

Barcelona

METROPOLIS

Revista de información
y pensamiento urbanos
Núm. 76
Otoño 2009
Precio 3€

Cuaderno central

La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Con artículos de Jesús Alturo, Lluís M. Anglada, Ignasi Aragay, Joan Busquets, David Castillo, Carles Duarte, Joan Esteve de Sagra, Javier Gomá Lanzón, Francesc Muñoz, Rosario Fontova, Joaquim Sabaté, Mercè Tatjer, Amador Vega.

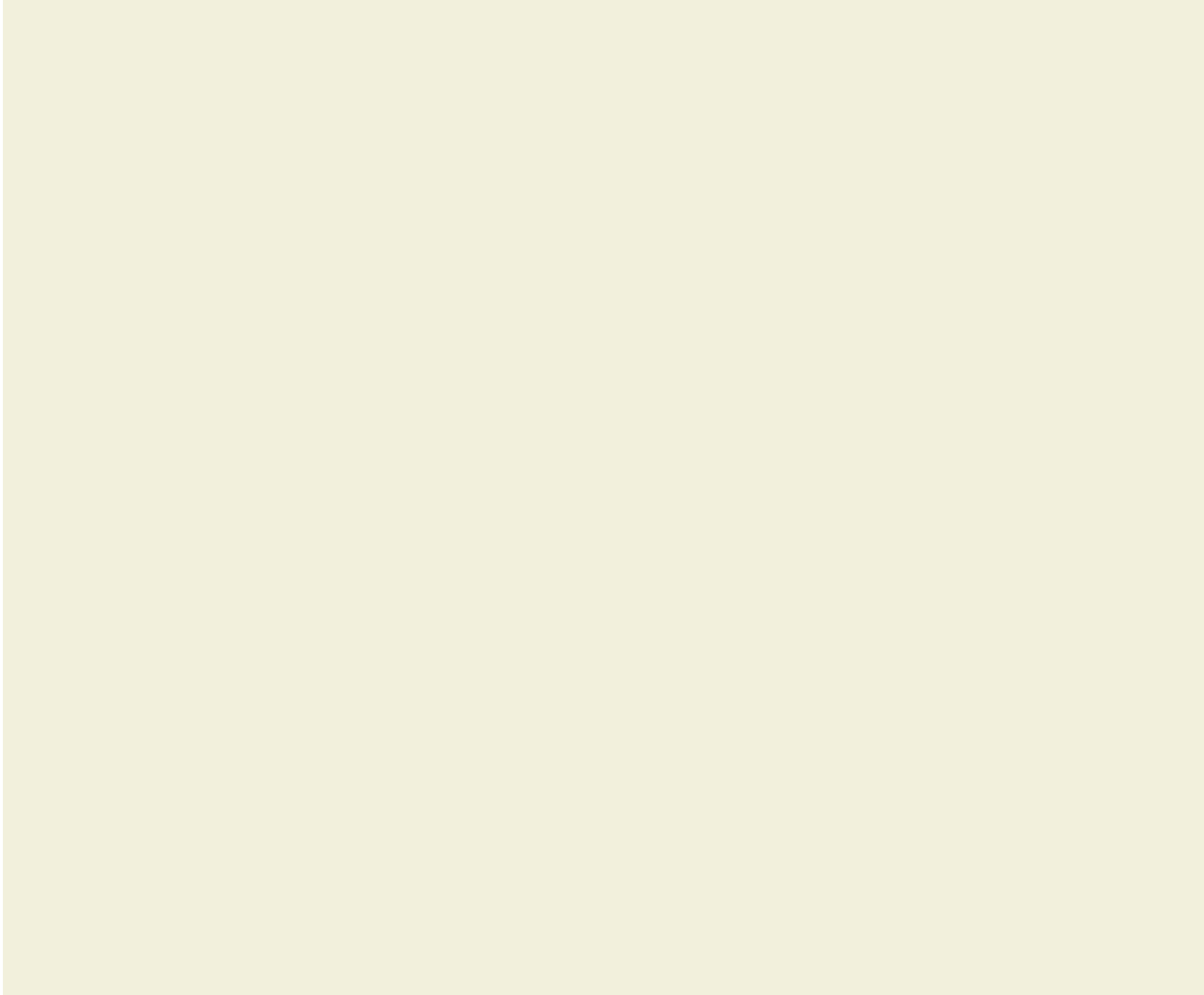
Entrevistas con Marc Augé y Adam Zagajewski

La Cataluña ciudad y el mundo rural

Las patentes farmacéuticas y el acceso a los medicamentos

El yo y la virtud republicana

La biblioteca edificio o la biblioteca conversación





Editorial

Contra la ciudad alegre y confiada

Manuel Cruz

Fotos Laura Cuch

Intentábamos argumentar, en el editorial del número anterior de esta revista, acerca de la necesidad de revisar al mismo tiempo y conjuntamente las formas tradicionales de entender los conflictos sociales y la idea de ciudad. Acaso a más de uno este planteamiento le resulte poco simpático, en la medida en que interprete que lo que se está proponiendo es visualizar la ciudad como el renovado escenario de una lucha no concluida. Pero quien objetara eso debería por su parte empezar reconociendo que con demasiada frecuencia en los últimos tiempos nos hemos deslizado hacia un lenguaje blando, exageradamente amable, que excluía del discurso de la ciudad todo antagonismo, toda arista. Se diría que en algún momento tomamos como modelo –por no decir que mimetizamos– esa relación galante que los sevillanos parecen mantener con su ciudad, a la que halagan, cortejan, admiran, o ante la que eventualmente caen rendidos. Nosotros, siempre más discretos, nos limitamos a alentarla (*Barcelona, posa't guapa*), pero se diría que inspirados por el mismo modelo.

Sin embargo, la ciudad no es sólo eso, precisamente porque lo es todo. La ciudad no es el resultado mecánico de sumar fiestas e infraestructuras. Es el espacio de la socialidad, de una socialidad que hoy sólo puede ser desgarrada, dolorida. Qué rancia ha quedado en poco tiempo la expresión “modelo de sociedad”, por la que antes se hacían pasar todas las diferencias. Pero los conflictos ni siquiera se ahuyentan por el mero hecho de que dejemos de hablar de ellos. No sería bueno que penetrara también en el discurso de la ciudad esa imagen de la realidad social que, desde otras esferas, se nos pretende imponer con el supremo argumento de la derrota de cualquier otra posibilidad histórica que no sea la perpetuación de lo existente. Dicha imagen vehicula el enésimo intento conservador de acabar con la política, de convertirlo todo en mera administración de recursos. A este intento bien pudiéramos llamarle, simétricamente, la fantasía del político contable.

Ahora bien, el político no sólo tiene que administrar recursos y atribuir partidas presupuestarias, sino –tal vez sobre todo– gestionar conflictos, solucionar problemas, aliviar dificultades. Devolver la voz a los vecinos, restituirles el protagonismo de la vida en la ciudad (propósito tan loable como necesario, viniendo de donde veníamos) implica, por parte de los poderes públicos, asumir la cuota de responsabilidad que les corresponde ante todas esas realidades. Los responsables políticos no están para ponerse a la cabeza de las quejas de los vecinos, sino para intentar resolverlas. Lo que es como decir que, aunque nunca dejen de ser sus representantes, en determinadas circunstancias han de oficiar primordialmente como sus interlocutores. Nadie dijo que intentar erradicar el dolor, colaborar en la mejora de la realidad o echar una mano que contribuya a la felicidad de la gente fueran tareas fáciles o sencillas. Pero constituyen el horizonte de la política, y resultaría contradictorio que, tras tanto tiempo reclamando el regreso de ésta, ahora nos quejáramos del protagonismo que ha alcanzado.

Hay imágenes de Barcelona, como las que hace algunas semanas llenaban los medios informativos, que nos conviene no olvidar (me refiero a las que aparecían en el polémico reportaje acerca de la prostitución en el barrio del Raval). Y no por masoquismo, o por una enfermiza complacencia en el error, sino como antídoto a las propuestas adormecedoras con las que con demasiada frecuencia se nos abrumba. La ciudad es también dificultad para vivir, para ser lo que se desea, para aspirar a lo que se cree tener derecho. La ciudad también tiene un rostro duro, bronco, violento e incluso desagradable, a cuya interpelación no podemos sustraernos. El debate que nos ha estallado en la cara es, en el fondo, el de cuánta desigualdad estamos dispuestos a soportar. No debe de ser casual que la imagen de la ciudad absolutamente vacía la hayamos terminado asociando al día después de la destrucción nuclear.



Barcelona METRÓPOLIS
número 76, otoño 2009

Editor

Direcció de Comunicació Corporativa i Qualitat de l'Ajuntament de Barcelona.
 Director: Enric Casas.

Edició y producció

Imatge i Serveis Editorials.
 Director: José Pérez Freijo.
 Passeig de la Zona Franca, 66. 08038 Barcelona.
 Tel. redacció: 93 402 31 11 · 93 402 30 91

Direcciones electrónicas

bcnrevistes@bcn.cat
 www.bcn.cat/publicacions
 www.barcelonametropolis.cat

Direcció

Manuel Cruz.

Direcció editorial

Carme Anfosso.

Edició de textos

Jordi Casanovas.

Redacció

Margarida Pont.

Gestió editorial

Jeffrey Swartz.

Gestió de redacció

Jaume Novell. Tel. 93 402 30 91 · Fax 93 402 30 96.

Coordinació Cuaderno central

Francesc Muñoz.

Colaboradores habituales

Martí Benach, Jordi Coca, Bernat Dedéu, Sergi Doria, Daniel Gamper, Gregorio Luri, Eduard Molner, Lilian Neuman, Jordi Picatoste Verdejo, Karles Torra, Jaume Vidal.

Colaboradores en este número

Jesús Alturo i Perucho, Lluís M. Anglada, Ignasi Aragay, Maria Buhigas, Joan Busquets, Xavier Creus, David Castillo, Carles Duarte, Jaume Fabre, Rosario Fontova, Marina Garcés, Javier Gomá Lanzón, Ramon Grau, Manuel Guàrdia Bassols, Fred Halliday, Joan Esteva de Sagera, Antonio Lastra, Marina López, Pablo Muñoz, Joan Roca i Albert, Salvador Rueda, Joaquim Sabaté, Mercè Tatjer, Amador Vega.

Consejo de Ediciones y Publicaciones

Carles Martí, Enric Casas, Eduard Vicente, Jordi Martí, Jordi Campillo, Glòria Figuerola, Víctor Gimeno, Màrius Rubert, Joan A. Dalmau, Carme Gibert, José Pérez Freijo.

Diseño original

Enric Jardí, Mariona Maresma.

Diseño y maquetación

Santi Ferrando, Olga Toutain.

Fotografía Cuaderno Central

Lluís Sans

Fotografía

Jean-Pierre Amigo, Julio Arboleda, Albert Armengol, Laura Cuch, Antonio Lajusticia, Christian Maury, Juan Miguel Morales, Lluís Ros, Susan Sanders, Jordi Todó, Pere Virgili.

Ilustraciones

Guillem Cifré, Pilar Villuendas.

Archivos

Age Fotostock, Arxiu Fotogràfic de Barcelona, Corbis, CRESIB (Hospital Clínic-UB), Intermón-Oxfam, Magnum Photos, Metges sense Fronteres, Prisma Archivo, Tavisia.

Correcció y traducció

Tau Traductors, L'Apòstrof SCCL, Daniel Alcoba.

Edició de web

Miquel Navarro.
 Manfatta SL.

Administració

Ascensió García. Tel. 93 402 31 10

Distribució

M. Àngels Alonso.
 Tel. 93 402 31 30 · Passeig de la Zona Franca, 66.

Comercializació

Àgora Solucions Logístiques, SL. Tel. 902 109 431
 info@agorallibres.cat

Depósito legal

B. 37.375/85 ISSN: 0214-6223

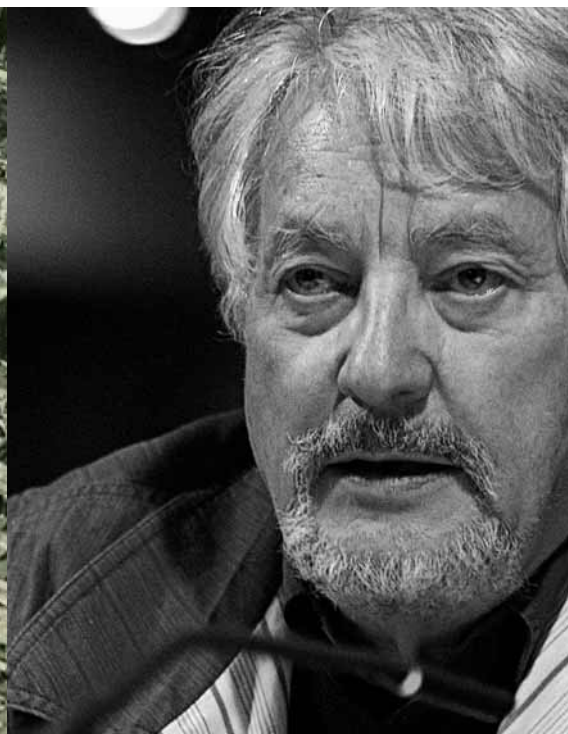
Los artículos de colaboración que publica Barcelona. METRÓPOLIS expresan la opinión de sus autores, que no ha de ser necesariamente compartida por los responsables de la revista.

Consejo de redacción

Carme Anfosso, Jaume Badia, Mireia Belil, Fina Birulés, Judit Carrera, Enric Casas, Carme Castells, Manuel Cruz, Daniel Inglada, Jordi Martí, Francesc Muñoz, Ramon Prat, Héctor Santcovsky, Jeffrey Swartz.

Comité asesor

Marc Augé, Jordi Borja, Ulrich Beck, Seyla Benhabib, Massimo Cacciari, Victòria Camps, Horacio Capel, Manuel Castells, Paolo Flores d'Arcais, Nancy Fraser, Néstor García Canclini, Salvador Giner, Ernesto Laclau, Carlos Monsiváis, Sami Naïr, Josep Ramoneda, Beatriz Sarlo, Fernando Vallespín.



1 Editorial

Manuel Cruz

Plaza pública

4 Desde la otra orilla

La Cataluña ciudad y el mundo rural

Carles Duarte

6 El dedo en el ojo

Seres urbanos y otros entes

Xavier Creus

8 La mirada del otro

Una estancia en Barcelona

Fred Halliday

10 Metropolitica

Las patentes farmacéuticas y el acceso a los medicamentos

Joan Esteva de Sagrera

16 Masa crítica

Marc Augé: "Podemos temer que el mundo avance hacia una nueva aristocracia"

Entrevista de Ignasi Aragay

23 De dónde venimos / A dónde vamos

Libros, lectura y bibliotecas antes de la imprenta

Jesús Alturo i Perucho

La biblioteca edificio o la biblioteca conversación

Lluís M. Anglada

30 Voz invitada

El yo y la virtud republicana

Javier Gomá Lanzón

39 Historias de vida

Yo estaré aquí

Lilian Neuman

Cuaderno central

La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

46 Pasado y futuro de la Barcelona territorio

Francesc Muñoz

48 Un sansimoniano para la barcelona

decimonónica

Ramon Grau

54 Cerdà y la tradición urbanística local

Marina López

58 La ciudad del XIX y el pensamiento moderno

Manuel Guàrdia Bassols

62 Los tres ciclos metropolitanos de Barcelona,

1859-2009

Joan Roca i Albert

66 Los primeros constructores o la fortuna del

Eixample

Joaquim Sabaté

72 El porciolismo y el Plan Cerdà: ¿boda por interés?

Mercè Tatjer

80 Un proyecto innovador convertido en gran

realidad

Joan Busquets

88 Los ensanches reciclados: el Poblenou

Maria Buhigas

94 Los ensanches sostenibles: el legado del Plan

Cerdà

Salvador Rueda

98 El Plan Cerdà en un pregunta

100 Mesa redonda: Cerdà hasta el infinito

104 Propuestas / respuestas

La metrópolis habitada, por Juan A. Módenes.

Barcelona "multiciudad": hacia una nueva

evolución urbana, por Manuel Gausa. *En*

busca de un relato cultural, por Jordi Pascual

Ciudad y poesía

110 Ellas

Agustí Bartra

Observatorio

112 Palabra previa

Travesías

Amador Vega

115 Zona de obras

Un mundo vigilado, por Marina Garcés.

Rompepistas, por Jaume Fabre. *Teatros de la*

memoria. Pasado y presente de la cultura

contemporánea, por Antonio Lastra. *Homo*

Sampler. Tiempo y consumo en la Era Afterpop,

por Pablo Muñoz

120 A pie de calle

El edificio Media-Tic, una "medusa" en el 22@

Rosario Fontova

122 Rincones vivos

El Sortidor de Poble Sec

Gregori Luri

124 En tránsito

Entrevista con Adam Zagajewski

Sergi Doria

128 Nueva memoria

El gusto del ajenjo

David Castillo

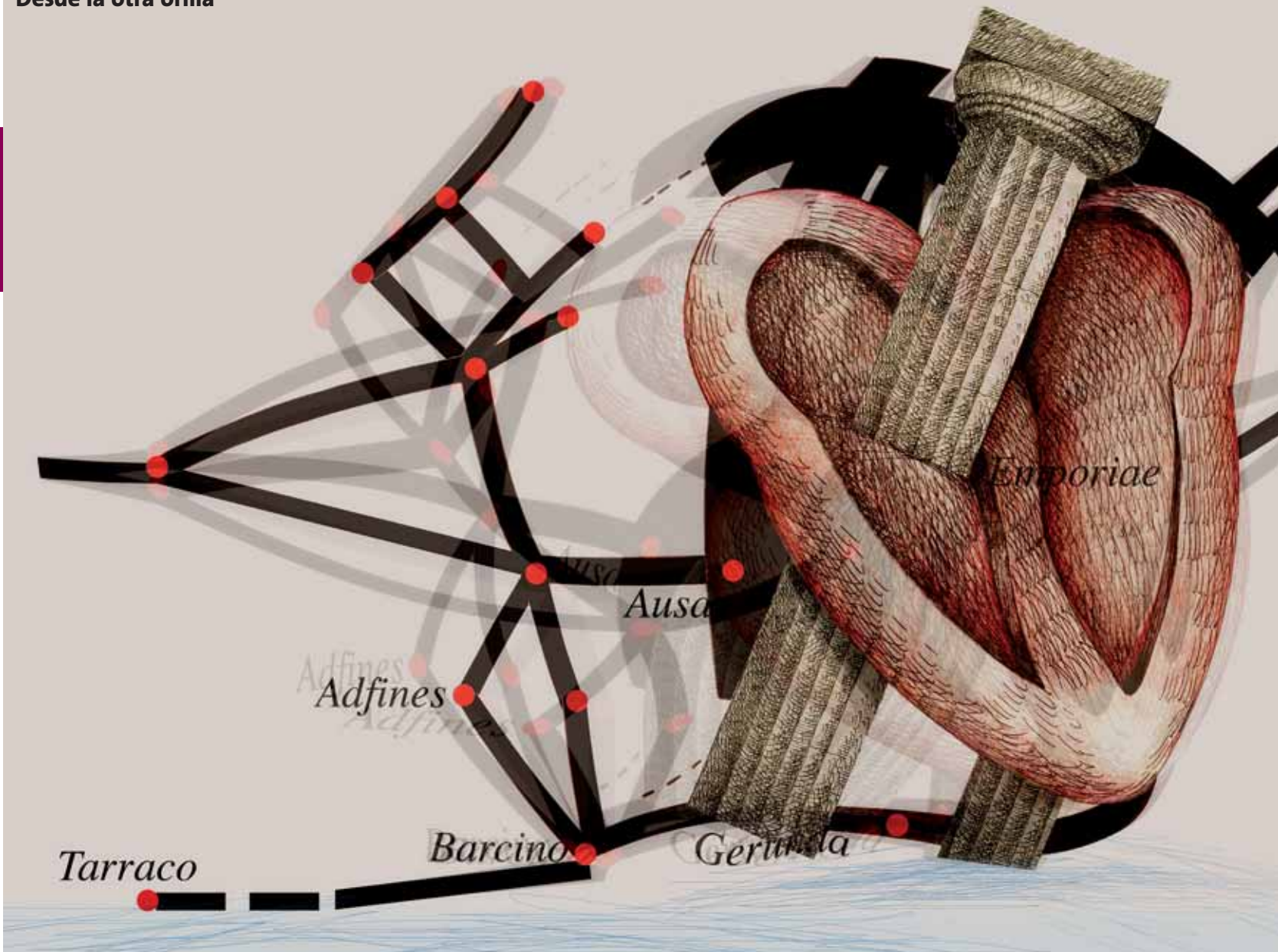
Portada y contraportada

Proyecto del Eixample de Barcelona de

Ildefons Cerdà, aprobado en 1859. Arxiu

Històric de la Ciutat de Barcelona. Sección

de planos



Cataluña se ha ido construyendo con una capital dinámica y proyectada al mundo, pero a la vez con una red de ciudades que ayudan a desplegar las energías del país. Una lectura de Cataluña que gire sólo en torno a Barcelona es directamente suicida.

La Cataluña ciudad y el mundo rural

Texto **Carles Duarte** Poeta

Es una obviedad recordar que una parte significativa del progreso humano la debemos asociar a las ciudades. En Cataluña tenemos en tal sentido exponentes tan emblemáticos como Empúries, donde el 25 de octubre y el 5 de noviembre de 1909, hace pues cien años, como consta en los *Diaris* del arqueólogo Emili Gandia, se descubrieron, separadas, las dos partes de la estatua de Asclepios -Esculapio, considerada la escultura griega más notable de la costa occidental del Mediterráneo. Una imagen convertida en símbolo del vínculo conformador del mundo clásico dentro de nuestra realidad cultural, como pone de manifiesto el hecho de que el rostro del Asclepios-Esculapio de Empúries fuera elegido para identificar a la prestigiosa colección Bernat Metge, de autores griegos y latinos, instituida por Francesc Cambó en 1923.

El representante más eminente del novecentismo político, Enric Prat de la Riba, había pedido a los arqueólogos que buscaran el alma de Cataluña y con este propósito Josep Puig Cadafalch promovió la adquisición sucesiva de fincas y el comienzo de las excavaciones en Empúries en el año 1908. Se trataba de reencontrar la ciudad que constituyó el punto de confluencia entre los antiguos pueblos ibéricos y las avanzadas civilizaciones griega y romana, la puerta que permitió integrarnos en una corriente de comercio, pensamien-



to, arte y derecho que acabaría determinando aspectos esenciales de nuestra personalidad colectiva. Al contrario de lo que habrían hecho otros, no fueron a buscar “el alma de Cataluña” en la cima de una montaña o en el último reducto de resistencia ante unos invasores, sino en una apuesta eminentemente mediterránea, en una ciudad puente abierta al mar y a los horizontes del conocimiento y del progreso. Además, Empúries es un formidable exponente de espíritu de ciudad, donde los iberos indiketes acogieron a los griegos focenses que ya al principio del siglo VI a.C. fundaron su primer establecimiento en la colina donde hoy está Sant Martí d’Empúries. Indiketes y griegos convivieron en Empúries, y colaboraron, aunque habitaran en recintos independientes. Y el año 218 a.C., durante la Segunda Guerra Púnica, desembarcaron los romanos que se instalaron allí con el objetivo de abrir un frente en la retaguardia de Aníbal, que avanzaba hacia Roma.

En su obra *Ab Urbe Condita* (XXXIV, 9), Tito Livio nos ofrece una muy interesante descripción de la sociedad de Empúries: “Ya entonces en Empúries había dos ciudades amuralladas separadas por un muro. Una la ocupaban los griegos oriundos de Fócida, donde se encontraban también los masilios; la otra los hispanos. Pero la ciudad griega, que se extendía hacia el mar, tenía un recinto de menos de cuatrocientos pasos de extensión; los hispanos tenían un muro de forma circular más alejado del mar, de tres mil pasos. Un tercer pueblo, de colonos romanos, se sumó tras la derrota de los hijos de Pompeyo por el divino César. Ahora están todos mezclados en un solo pueblo, acogidos a la ciudadanía romana, primero los hispanos y finalmente también los griegos.” En latín, esta última frase, tan significativa, es

¹ Silvia Alcoba “*Nunc in corpus unum confusi omnes Hispanis prius, postremo et Graecis in ciuitatem Romanam adscitis*”.

Antes de caer en el debilitamiento progresivo y el abandono, fruto de las invasiones normandas y musulmanas, y posiblemente también de epidemias favorecidas por los humedales, Empúries sería aún sede del episcopado y el condado, los cuales se trasladarán a Castelló d’Empúries después de la ocupación musulmana.

Pero más allá de Empúries, ciertamente ciudades como la Tàrraco romana o la Barcelona medieval fueron poderosos centros de irradiación política e intercambio económico y cultural de primera magnitud. Cataluña se ha ido construyendo con una capital dinámica y proyectada al mundo, pero a la vez con una red de ciudades que articulan y contribuyen a desplegar todas las energías del país. Dejando de lado las ciudades que rodean a Barcelona, como Hospitalet de Llobregat o Badalona, y las capitales de provincia, que constituyen, evidentemente, núcleos urbanos relevantes, habría que añadir, entre otras, Sabadell, Terrassa, Vic, Manresa, Figueres, Olot, Blanes, Reus, Valls, Tortosa, Balaguer, Mollerussa, Tàrraga, la Seu d’Urgell,...

Soy de los que creen que Cataluña sólo encuentra la plenitud de su sentido y de su futuro cuando ciudades del pasado y del calibre de las que acabo de mencionar tienen

un verdadero protagonismo en nuestra vida nacional. No es sólo empobrecedora y reduccionista sino directamente suicida la lectura de Cataluña que gira casi exclusivamente en el entorno de Barcelona y de su área metropolitana. ¿Por qué renunciar al inmenso potencial que desde un punto de vista político, económico y cultural aportan estas ciudades a nuestra dimensión colectiva, llena de amenazas y de posibilidades? ¿Por qué empequeñecer a Cataluña enfocando las iniciativas con horizontes más ambiciosos sólo en una pequeña parte de nuestro territorio, aunque se trate del más poblado y el de mayor proyección internacional?

Al contrario de lo que algunos propugnan, defiendiendo el acierto que representa la existencia de centros universitarios que, naturalmente bien coordinados y capaces de entretener una propuesta global, impulsan localmente la alta cultura, el debate intelectual y la formación en profesiones que requieren personas con una titulación adecuada en toda Cataluña. Sólo podremos desplegar íntegramente todas nuestras energías si ciudades capitales como las que he mencionado disponen de instrumentos propios y líderes de alta cultura y de la preparación de sus dirigentes políticos, económicos y en el campo del pensamiento.

El número de febrero de 1926 de la *Revista de Catalunya* publicaba una encuesta entre intelectuales de afuera de Barcelona bajo el título *Per la Catalunya-ciutat*. El objetivo era debatir sobre el papel del tejido urbano extendido por todo el territorio en la conformación de “la unidad cultural catalana”. El sueño de la Cataluña ciudad era entonces cohesionar el país por medio de la cultura, potenciando la red de equipos, promoviendo vínculos de relación y colaboración entre pensadores, creadores y promotores culturales, apostando por ellos como factores de modernización del conjunto de la sociedad. Pues bien, más allá de la decisiva realidad urbana en Cataluña, cometeríamos una simplificación imprudente si diéramos la espalda al mundo rural, si lo subestimáramos o si lo redujésemos a una visión edulcorada e ingenua del jardín de atrás, de espacio de esparcimiento, desatendiendo su compleja realidad humana, sus necesidades de progreso, su aportación determinante al equilibrio interno del país, su función imprescindible en el campo medioambiental y en el de la alimentación...

Y debe tenerse además bien presente otro aspecto no menos relevante. Con frecuencia asociamos vida urbana a vértigo imparabile, a precipitación, a consumismo, a incapacidad de sentir la naturaleza bajo el asfalto o en los árboles que algunos perciben casi como un mero decorado inerte o en los horizontes. Sin caer en una ingenua y romántica exaltación del ruralismo, es evidente que la vivencia del paisaje lejos de las avenidas atascadas de automóviles nos invita a adquirir una conciencia más física, real y concreta del tiempo y de la materia, más lúcida ante la influencia determinante de la naturaleza, de sus ciclos y de sus manifestaciones, en la condición humana. Pero volvemos a la reflexión inicial: la fuerza y el dinamismo de nuestro país tiene mucho que ver con su fecundo y extenso tejido de ciudades. **M**

Quizás para los anunciantes ya no es lo suficientemente rentable mantener la publicidad en las calles y fachadas de Barcelona, pero la ciudad ya no sería la misma sin ella, cuando menos para sus habitantes.

Seres urbanos y otros entes

Texto **Xavier Creus** Director de arte

Nace el ser urbano. Cuando las ciudades se transforman en gigantes hormigueros donde conviven miles de seres estrechados y casi automatizados por el día a día, subyace en la mente de cada uno un fuerte sentido del individualismo, una devoción por su persona, un querer ser algo diferente a lo que vemos, a lo cotidiano.

Quiero ser un ser diferente..., ¿cómo? Consumiendo todo tipo de productos o servicios que me ofrecen otros entes que conviven conmigo compartiendo espacio. A estos entes los llamaremos marcas. Buscamos todo aquello que sea necesario para tener una identidad propia, ser diferente al resto de seres que conviven a mi alrededor.

Estos entes a los cuales llamamos marcas quieren hablarnos y comunicarse con nosotros, curiosos por nuestros gustos, costumbres y preferencias. Quieren aprender y saber qué queremos y así ofrecérselo más tarde (¡es lo que buscas!); lo que siempre creías necesitar ahora puedes conseguirlo y te hará mucho más especial; a partir de ahora serás único, diferente al resto de seres urbanos.

Una marca es como ente efímero que se esfuerza día a día por encontrar un espacio propio en el gigantesco recinto urbano, un esfuerzo que acabe impregnándola de fuertes valores que le permitan comunicarse de forma fluida con los seres urbanos, siempre hambrientos de sensaciones y placeres (o placebos). Las marcas nos hablan a través de sinuosas formas para poder emocionarnos y atraernos con sus colores y luces.

Son entes que se multiplican por toda la ciudad hablándonos por multitud de canales, intentando llegar a nosotros para ofrecernos lo que necesitamos como individuos.

Un ser urbano cualquiera de una gran ciudad recibe diariamente más de 15.000 impactos publicitarios en un solo día. Vallas, *teasers*, carteles, rótulos, paradas de autobús, metro, fachadas, escaparates o una simple papelera, la ciudad se transforma en un gran lienzo en el que cualquier ente deja sus mensajes o algún tipo de señales que vamos recibiendo e interpretando a nuestra manera, como individuo. Todos nos quieren convencer de algo o recordar algún valor que sólo ellos, como marca o empresa, poseen en exclusividad. Y si seguimos sus sabios consejos, lograremos pertenecer a un pequeño grupo de elegidos seres urbanos especiales. Da igual si es de día o ya ha caído la noche, las luces se multipli-

can en armoniosas formas para encandilar al ciudadano de a pie mientras nos desplazamos por la ciudad. Siempre amables, nos recuerdan qué camino seguir para ser felices y romper la monotonía que se instala en nuestra vida. Para eso se creó la publicidad, una forma de comunicarse entre entes tan distintos como las marcas y los seres urbanos.

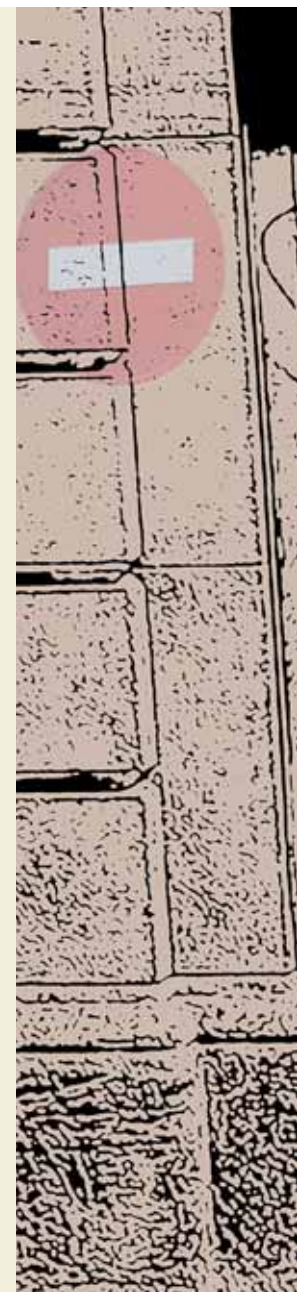
Hoy en día la publicidad forma parte de nuestro imaginario, ya estrechamente ligado a la imagen de nuestra ciudad. Antes era la arquitectura, ahora son los letreros, escaparates, carteles publicitarios, acompañados siempre de un concepto asociado al consumo (llámese “marca”, “liquidación”, “oferta”, etc.) los que obligan despóticamente a que nuestros ojos miren, siempre amables y con ganas de agrandar, ofreciéndonos eso que nos hará especiales, que nos hará ser más individuales que el resto.

Hace tiempo que la ciudad se ha visto bombardeada por este fenómeno. Empresas privadas (también públicas) con su gran maquinaria propagandística han adoptado el formato espacial de la urbe como un soporte clave para darse a conocer ellos y sus productos o servicios. La publicidad invade los espacios públicos y la imagen de la ciudad comienza poco a poco a transformarse en un gran soporte para las marcas (entes nacidos de las necesidades de las empresas).

Sabemos que la publicidad es muchas veces un hecho efímero; aparece un día y desaparece poco después, dejando paso al siguiente. Pero hay unos pocos que sobreviven a esta feroz criba a la que está sometida toda esta gran maquinaria. Es entonces cuando se crea un nuevo escenario, en el que la publicidad se convierte en un personaje más de la función, y va adquiriendo protagonismo a medida que avanza la obra.

En ese mismo momento es cuando la ciudad se vuelve interesante. Porque el producto publicitado en sí mismo ya carece de sentido. Lo que importa es la plataforma, el contenedor más que el contenido en sí, que desde que somos capaces de recordar ha ocupado ese mismo espacio. Grandes vallas en el arcén de la carretera o sobre las fachadas de la ciudad, dándonos más de una vez la bienvenida cuando volvimos a casa un fin de semana cualquiera.

Es en este punto cuando la publicidad pierde su propio contenido mediático y se transforma en un hito en la ciudad, un icono del imaginario urbano colectivo, tan o más



Silvia Alcoba



importante que una obra de arquitectura, un monumento o una fuente. Es testigo de la memoria, un objeto cargado de melancolía.

En ese instante es en el que el ser urbano asocia ciertas formas, como logotipos u otras imágenes, a su estado de ánimo, pudiendo recordar un grato instante de su vida al verlo en sucesivas ocasiones, o todo lo contrario, recordar un mal instante, que no tiene por qué estar relacionado con un logotipo o en su extensión en la marca que representa. Y todo esto nos acaba llevando al azar, más que a un acierto de los entes que mueven los hilos de la publicidad.

Pero volviendo de nuevo a cómo influye en el espacio que ocupamos nosotros, los seres urbanos, vemos que todo este despliegue de entes se transforma en un emblema de la ciudad de consumo, como sucede en Times Square en Nueva York o en Picadilly Circus en Londres. Lo que representan estos lugares pasa a ser secundario cuando comprendemos que eso sucede porque el bombardeo publicitario es precisamente lo que define su identidad, lo que lo transforma en un hito en la ciudad o del mundo entero. Y es esta la imagen de ciudad que nos queda plasmada en la retina, y que en ocasiones pareciera ser lo más estimulante del escenario urbano. Creo en la publicidad como algo bueno para nuestras ciuda-

des; las viste y las acaba de moldear para darles un aire diferente, las acaba de definir con un rasgo único y característico de la ciudad en la que vives y convives, aunque todos estaremos de acuerdo en que no siempre es correcta ni del todo respetuosa con su entorno. Debemos buscar siempre el equilibrio y tener sensibilidad ante el “soporte” que, en este caso, es el lugar en el que vivimos, las grandes ciudades –en mi caso, Barcelona–. Aunque no llegamos a los extremos de Nueva York o Londres antes mencionados, sí que llevamos mucho tiempo conviviendo con ella y casi siempre ignorándola.

Quizás ya no rinda lo suficiente para sus anunciantes mantenerla ahí, en las fachadas y calles de Barcelona, pero, ¿cómo sería Barcelona sin ella? Visto desde fuera, si preguntásemos a algún foráneo, no creo que supiera identificar la ciudad con algún elemento publicitario concreto. Si hiciésemos la misma pregunta a un barcelonés, posiblemente sí que nos hablaría de algún lugar o rincón de Barcelona, como, por ejemplo, los carteles en lo alto de los edificios de la plaza Francesc Macià o alguna otra valla o cartel situados en alguna de las zonas a las que acude asiduamente.

Seguiremos mucho tiempo más conviviendo seres urbanos y publicidad en las grandes ciudades, aunque, seguramente en formas y formatos muy distintos a los actuales. **M**



La filosofía que se resume en el dicho “trabajar para vivir y no vivir para trabajar” es uno de los principales mensajes que Barcelona envía al mundo, más eterno y universal que las chucherías de Gaudí, que el cava o que el pan con tomate.

Una estancia en Barcelona

Texto **Fred Halliday** Profesor de Investigación ICREA en el Institut Barcelona d'Estudis Internacionals *

Hace algún tiempo, el veterano presentador y periodista Josep Cuní me invitó a participar en un debate en TV3 de Cataluña. El tema, provocado por la controversia sobre un reportaje hostil en la revista británica *The Economist*, se centraba en la imagen internacional del país y, en especial, en qué pueden hacer Cataluña y el Gobierno catalán para mejorar la situación. Como he vivido y trabajado la mayor parte de los últimos cinco años en Barcelona y pretendo seguir haciendo lo mismo en el futuro, y también porque hablo español y puedo entender una discusión en catalán, fui invitado a tomar parte en la conversación. La discusión que siguió fue muy viva y quizás un poco *fauvista*: Pilar Rahola, ataviada con un traje de chaqueta con grandes solapas de piel de tigre, por la que sentí inmediatamente una cierta afinidad, denunciaba con su estilo característico a los políticos catalanes por malgastar dinero en “embajadas” en ciudades del extranjero, mientras que otros representantes más intelectuales de la cultura, los negocios y el periodismo catalanes expresaban su opinión. Estuve de acuerdo con la mayor parte de lo que dijeron, sobre todo con la insistencia de un filólogo en que “la resistencia a aprender la lengua de otro pueblo es un insulto”.

Mi contribución se centró en tres puntos principales. El primero es que aunque en el debate catalán las palabras y los



’ Silvia Alcoba

ánimos pueden caldearse, los catalanes no deberían reaccionar de forma exagerada ante el artículo de *The Economist*, algunos de cuyos datos no eran correctos, pero que en líneas generales era, en términos ingleses, un “comentario aceptable”. Sugerí que es un error que cualquier pueblo, por muy fuerte que sea su orgullo nacional, se preocupe demasiado por observaciones ocasionales que se puedan hacer sobre él. Sugerí también que deberían tomar nota del comentario de Gandhi: “Nadie me ha insultado nunca sin tener mi permiso”. Mi segunda observación se refería a un hecho que me provoca tanta vergüenza e irritación como a cualquier catalán: que parte de la responsabilidad por la ignorancia sobre Cataluña, y la susceptibilidad sobre los mitos del país, no es culpa de los catalanes, sino de los extranjeros que visitan y escriben sobre el país. Resulta sorprendente que en los dos últimos siglos hayan sido tan pocos los escritores o viajeros extranjeros, no latinoamericanos, que han venido aquí, en comparación con Francia, Italia o Grecia, o, más lejos, Egipto, Persia, India o China.

Tampoco es fácil contemplar Barcelona a través del espejo de la historia contemporánea: no existe ninguna guía a la venta en la Rambla que explique al visitante o a las jóvenes generaciones dónde encontrar el monumento erigido en recuerdo de las Brigadas Internacionales. Y, cuando finalmente lo encuentras, perdido en medio de una autopista en la zona montañosa del norte de la ciudad (cerca del Túnel de la Rovira, Rambla del Carmel), no hay nada que explique qué conmemora; sólo una cita, elocuente pero descontextualizada, de La Pasionaria. Finalmente, propuse en la tertulia de TV3 que algo que podría ayudar a promover el conocimiento de Cataluña en el extranjero sería una imagen literaria y cultural diferente. En el caso de Barcelona ya están disponibles dos de esas imágenes. La primera es la del turista extranjero, estudiante o visitante temporal de los Juegos Olímpicos, y la de Woody Allen: una ciudad de playas, música, comida estupenda, arquitectura espectacular y, para algunos también, clubes y botellón; seguramente una de las ciudades más interesantes y estimulantes (en mi humilde opinión, la más interesante) del mundo, única en su combinación de cultura, mar, sol, belleza y pura exuberancia urbana.

La segunda imagen es la de la capital de Cataluña, un producto de los enormes cambios políticos, económicos y culturales del último siglo o más, con aspiraciones internacionales y receptora de turistas, pero muy centrada en sí misma. Barcelona está orgullosa de sus logros, pero a veces está demasiado cerrada hacia el mundo exterior, y es extrañamente negligente con los que la visitan y vienen a vivir a ella; una ciudad de colores brillantes, pero sorprendentemente introvertida en sus círculos sociales y profesionales. Aquí la cuestión no es la lengua catalana –de hecho, a mí me gusta levantarme cada mañana y saber que tendré que trabajar a lo largo del día con tres lenguas diferentes–, sino una sociedad remarcablemente cerrada, curiosamente deficiente en las cortesías y en las prácticas y curiosidades de la hospitalidad, individual e institucional, que se encuentran en muchos otros Estados y culturas alrededor del mundo.

Por último, mi tercera sugerencia en TV3: celebrar la nueva Barcelona de inmigrantes, cambio tecnológico, pluralismo cultural, en efecto, y en el mejor sentido de la palabra, una Barcelona “posmoderna” y necesariamente “posnacionalista”. Esta Barcelona está esperando a su escritor, un John Dos Passos, un James Joyce, un Salman Rushdie, un Walter Benjamin, un Herodoto, alguien capaz de capturar las muchas caras y sonidos de esta ciudad en un retrato caleidoscópico, que sea verdadero tanto para la capital de Cataluña como para una de las ciudades más grandes del siglo XXI.

Esta es la Barcelona que, por encima de todo, he conocido y amado en los últimos poco más de cuatro años: la vitalidad diurna y nocturna de mi café local, el Tris i Tras, en la plaza Molina; el ambiente relajado en el chiringuito El Bierzo, en medio de la playa de Nova Icària; el camarero chileno en Sant Gervasi que me instruyó con lemas izquierdistas justificando la ocupación de tierras en mapuche; la familia marroquí que conocí en la playa de la Barceloneta y que sólo habla bereber y catalán; dos amigos argentinos, extrovertidos en su hospitalidad, que nos agasajaron a mis amigos y a mí en su bar de copas superchic Mama-Shake, en la plaza Sant Cugat, a un minuto del mercado de Santa Caterina; mi coautora australiana, que vivió durante mucho tiempo en Papúa Nueva Guinea y que ahora es una importante traductora de literatura catalana, cómodamente instalada en su piso del siglo XVIII en el Born, lleno de libros y con los volúmenes de Joan Corominas como telón de fondo; mi amiga la diseñadora islandesa, que es una bebedora formidable por derecho propio y que se trae el licor de 40 grados directamente desde su país; la peluquera dominicana, cuyo salón en Hospitalet se convierte las tardes de los fines de semana en un centro social para toda la comunidad latinoamericana, donde se puede escuchar la risa de las mujeres, *merengue* y *bachata*; el camarero filipino que al recomendarme los mejores platos de carne de su país e indicar cuáles se pueden tomar con pollo, cerdo o ternera, me susurra que, por supuesto, lo mejor es perro; mi profesor de lengua catalana, un palestino de Los Ángeles, con el que me encuentro una vez a la semana para tomar un café e intercambiar anécdotas lingüísticas e interculturales; y para no dejarlo para el final, mi siempre vivaz amiga cubana, que el día de su boda le dejó claro a sus invitados que estaba *casada pero no capada*, y que se dirige a mí como “profesor gordo”. Y otros muchos más.

Pero sobre todo, y para mí el más universal, eterno y, en estos atribulados tiempos modernos del “24/7”, más pertinente de los dichos es la filosofía de cualquier taxista de Barcelona: “O se vive para trabajar, o se trabaja para vivir”. Esto, más que cualquier cascada de cava, que las chucherías de Gaudí o que las cuarenta y tres variedades de *pa amb tomàquet*, es el mensaje que Barcelona ofrece al mundo. Y por el que muchos le estamos agradecidos. **M**

* Fred Halliday (República de Irlanda, 1946) fue profesor de Relaciones Internacionales en la London School of Economics entre 1985 y 2008. Actualmente asesora al CCCB en temas internacionales y es columnista de *La Vanguardia*.

La agenda de investigación tendría que modificarse para que no estuviera condicionada por los intereses de las multinacionales. Los organismos públicos deberían cobrar un mayor protagonismo para lograr que los descubrimientos realizados con fondos públicos fueran de acceso universal.

Las patentes farmacéuticas y el acceso a los medicamentos

Texto **Joan Esteva de Sagrera** Catedrático de la UB. Facultad de Farmacia

El acceso a los medicamentos implica, en primer lugar, que la industria haya puesto en el mercado un medicamento que cumpla las exigencias de eficacia, seguridad y calidad. Además, el enfermo, bien por sí mismo, bien a través de los sistemas de seguridad social, ha de poder pagar el precio del tratamiento. En los países ricos, enfermedades como el sida se han convertido en crónicas, mientras que África es un continente devastado y arruinado por la enfermedad y tiene en la actualidad unas expectativas de vida inferiores a las de hace décadas. La actual organización de la industria farmacéutica y su búsqueda de beneficios eludiendo al máximo los riesgos conduce a que apenas se investigue en las enfermedades “olvidadas”, como la malaria, el dengue o la enfermedad del sueño, mientras que la investigación se concentra en las enfermedades crónicas de los países desarrollados: hipercolesterolemia, hipertensión, obesidad, enfermedades cardiovasculares, sedantes, antidepressivos, antidiabéticos y antitumorales.

En 2008 la Comisión Europea propuso abrir una investigación sobre la escasa incorporación al mercado de medicamentos realmente novedosos que supongan una clara ventaja con respecto a los ya existentes. La política de innovación de los laboratorios farmacéuticos es cada vez más conservadora y menos innovadora: cuando un medicamento protegido por la patente está a punto de perder esa protección y de tener que competir con los genéricos, más baratos, el laboratorio pone en el mercado una variación de la misma molécula con retoques en su farmacocinética para imponer un nuevo líder de ventas a precios muy elevados, y pone en movimiento su maquinaria de promoción a través de publicaciones y congresos para que los médicos prescriban ese nuevo medicamento en vez de los genéricos. En ocasiones, las nuevas moléculas tienen un perfil de seguridad y eficacia incluso inferior al medicamento reemplazado, a pesar de su precio muy superior, con el consiguiente perjuicio para los pacientes y los sistemas nacionales de salud.

Incentivar la investigación de los medicamentos necesarios en todo el mundo y conseguir que los medicamentos

sean sociodisponibles a escala global es el gran desafío político, económico y ético de la farmacia de los inicios del siglo XXI.

La farmacia no constituye sólo una parte del desarrollo y el progreso de la ciencia y de la tecnología; es también una ciencia social, a la que afectan una serie de interrogantes éticos. Las contradicciones pueden resumirse en un hecho paradójico: por un lado se promueve a nivel legislativo el uso racional de los medicamentos, mientras que, al mismo tiempo, los mecanismos imperantes en el mercado impiden que ese uso racional pueda ser llevado a la práctica, sobre todo en los países en desarrollo. Los criterios imperantes en la industria farmacéutica conceden prioridad a los beneficios económicos en un terreno como la salud, donde el criterio que debiera imperar es el beneficio social, sin impedir en ningún caso la obtención de beneficios a las compañías farmacéuticas, pero sin olvidar que los medicamentos precisan de un tratamiento especial por cuanto no son objetos de consumo, sino productos esenciales para el bienestar de los individuos y para el desarrollo y la cohesión de las sociedades. La situación es desoladora: la Organización Mundial de la Salud considera que en el mundo sólo el 50% de medicamentos se usa de forma racional.

Una cuestión complicada

Una patente es un documento expedido por un gobierno que otorga algún derecho o privilegio para utilizar un proceso particular o para elaborar, utilizar y vender un producto o aparato por un período de tiempo específico. Proporciona protección contra la usurpación sólo dentro de la jurisdicción del gobierno que la expide, y en consecuencia es preciso obtener una patente en cada país en el que se desee disfrutar de la protección.

El caso de las patentes es complicado. Las empresas farmacéuticas defienden el uso de patentes ya que generan una exclusividad que permite obtener ganancias y dedicar parte de ellas a la investigación. Poner un medicamento en el mercado supone muchos años de investigación y un ele-





© CRESIB, Hospital Clinic-UB



© Susan Sanders / MSF



© C. Prikhassov / Magnum Photos



© Jean-Pierre Amigo / MSF



© Vidyadhar Sreepasad / Oxfam

En la página anterior, la doctora Helen Boland, de Médicos sin Fronteras, toma una muestra de sangre a un paciente de sida en Homa Bay, Kenia. En la columna de la misma página, de arriba abajo: investigadores de los centros de investigación en salud de Barcelona y Manhiça (Mozambique) en el laboratorio de malaria de la Facultad de Medicina de la UB; vacunación contra el sarampión en Níger; enfermos de sida en el hospital de Chiradzulu, Malawi, y campaña de Médicos sin Fronteras contra la tos ferina en Chad.

vado coste económico. La patente permite recuperar la inversión, puesto que el propio fabricante estipula el precio teniendo en cuenta el coste de investigación, producción y distribución. Los defensores de las patentes argumentan que sería injusto que un competidor que no ha invertido en la investigación marcara el precio a la baja teniendo en cuenta sólo la inversión en producción y distribución. Por ello, según la industria farmacéutica, las patentes tienden a mejorar el sistema sanitario mundial a largo plazo.

Los detractores de las patentes consideran que perjudican a los enfermos de los países en desarrollo y son un obstáculo para el progreso, ya que cuando una industria patenta una nueva molécula sólo ella puede comercializarla y sólo una pequeña parte de las moléculas propuestas llegan a comercializarse. Y muchas moléculas no pueden ser estudiadas por otras empresas o han de ser modificadas para no chocar con la patente inicial. Además, lo que para una industria farmacéutica es inviable puede ser un buen negocio para otra cuyo mercado sea un país subdesarrollado.

Los detractores de las patentes farmacéuticas sostienen que la existencia de fármacos patentables impide que la mayor parte de la población mundial se beneficie de los avances sanitarios. Según ellos, hay un sector muy importante de la población mundial que no puede beneficiarse de los avances sanitarios, y las patentes favorecen esa exclusión.

Está demostrado que las patentes generan desigualdad y

no permiten a la mayor parte de la población mundial beneficiarse de los conocimientos científicos y sanitarios, pero su desaparición, en opinión de la industria farmacéutica, pondría en peligro la innovación tecnológica y la aparición de nuevos fármacos.

Derecho a la salud y emergencia sanitaria

En 2001, los problemas de sociodisponibilidad de los fármacos anti-VIH en África acapararon la atención de la prensa de todo el mundo, que resaltó el litigio entre el Gobierno sudafricano y las multinacionales farmacéuticas. Naciones como Sudáfrica y Kenia, cuya población está siendo diezmada por el sida, tomaron la decisión de fabricar copias de los medicamentos antes de que expirase la patente que los protege según los convenios internacionales. La iniciativa del Gobierno sudafricano condujo a que treinta y nueve compañías farmacéuticas demandaran al Gobierno sudafricano para impedir la aplicación de las medidas que éste había anunciado. El 19 de abril de 2001, las treinta y nueve multinacionales se retiraron del caso ante la presión ejercida por las organizaciones humanitarias y los medios de comunicación.

Al advertir las dimensiones que adquiría el conflicto, las multinacionales prefirieron asumir la disminución de beneficios antes que asistir al deterioro de su imagen por oponerse a que los enfermos de sida de los países pobres pudieran tener acceso a fármacos baratos. La retirada de la quere-



© Alex Majoli / Magnum Photos / Contacto

lla se produjo después de que los representantes de las empresas farmacéuticas y de la administración sudafricana celebraran una reunión que se prolongó durante más de veinticuatro horas en busca de una solución amistosa. Kevin Watkins, representante de una ONG, declaró que la industria farmacéutica no había podido soportar la presión y que había tirado la toalla en mitad del combate. Desde la industria se alzaron voces que criticaron la demagogia de las medidas del Gobierno sudafricano. Según la industria, de extenderse esas medidas a todos los países pobres y a todas las enfermedades que padecen, los enfermos seguirían careciendo de recursos para curarse y la industria farmacéutica mundial se vería sin incentivos para incorporar nuevos fármacos, pues carecería de la seguridad proporcionada por la protección de la patente.

Los esfuerzos de los países pertenecientes a la Organización Mundial del Comercio por establecer los casos concretos en los que está justificado que un gobierno prescindiera de los derechos de la patente debido a causas de catástrofe sanitaria, no han conducido a medidas concretas y no existe el marco jurídico que concilie los intereses de las multinacionales con los intereses sanitarios de los países pobres. El caso del sida es el más llamativo. La Conferencia Internacional sobre el sida celebrada en Bangkok en julio de 2004 evidenció que los programas internacionales destinados a paliar el problema, ya que no a resolverlo, corrían el

riesgo de fracasar por falta de fondos. Kofi Annan pidió a los países ricos que dedicasen a combatir el sida la misma cantidad que aportan a la lucha contra el terrorismo, pero la respuesta de los gobiernos ha sido tibia y la batalla económica contra el sida en África y Asia podría perderse definitivamente, lo que conduciría a una situación crónica de desastre sanitario en los países más afectados.

La conferencia de Bangkok representó, pese a todo, un paso adelante en la lucha mundial contra el sida y algunas compañías farmacéuticas que desarrollan tratamientos antirretrovirales para controlar los efectos del VIH decidieron incorporarse a la política de ayuda para los países menos desarrollados, mediante la reducción de los precios de los fármacos. El laboratorio Gilead anunció la reducción del precio de su último medicamento, un antirretroviral de nueva generación que se administra una sola vez al día. La reducción consiste en un 37% de descuento con relación al precio, también inferior al inicial, que se estableció en los programas de ayuda. El programa permite, según fuentes del laboratorio, tratar a la población de estos países contra el VIH por 0,82 dólares al día. Este nuevo precio se considera asequible para la mayoría de la población africana, siempre y cuando las autoridades colaboren con los programas de ayuda internacional. Gilead colabora además con otras dos compañías (Bristol-Meyers Squibb y Merck) para el desarrollo de una combinación en dosis fijas que permita la admi-

Arriba, enfermos de sida en un hospital de Bombay. En la página anterior, manifestación contra Novartis en Chennai, India, después de que un tribunal desestimase la demanda que la multinacional interpuso contra la ley de patentes del país. Oxfam y Médicos sin Fronteras llevaron a cabo una campaña con gran eco internacional para denunciar las presiones de la farmacéutica.



© Pallava Bagla / Corbis

Las empresas farmacéuticas indias fabrican genéricos que pueden vender a un precio muy inferior al de los productos equivalentes manufacturados por las grandes multinacionales. En la imagen, el doctor J.M. Khanna, presidente de los laboratorios Ranbaxy, con algunos de sus productos.

nistración diaria de tres fármacos contra el VIH. Las tres compañías están de acuerdo en la necesidad de implantar tratamientos económicos y simplificados, sobre todo en los países donde hay más dificultades de acceso a los servicios sanitarios y donde los recursos son muy limitados. Se anunció también que está en estudio un envase que incluiría los fármacos de las tres compañías, a la espera de que el producto combinado en dosis fija esté disponible.

Excepciones a las patentes

En 1993 Novartis patentó Gleevec y en 1997 obtuvo la patente de un polimorfo que es el que actualmente se comercializa como antitumoral. Entre 1970 y 2005, las leyes de patentes de la India solo permitían patentar procesos, pero no productos farmacéuticos, lo que permitió el desarrollo de una industria nacional de medicamentos genéricos, con exportaciones a todo el mundo. Fabricantes indios como Cipla, Hetero Drugs y Ranbaxy consiguieron producir imatinib –el componente esencial de Gleevec– por un procedimiento diferente del original, con lo que evitaron así la patente.

Al crearse en 1995, la Organización Mundial del Comercio dio diez años de plazo para que los países en desarrollo se adecuaran a sus disposiciones sobre propiedad intelectual, definidas por el Acuerdo sobre los ADPIC (Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio). En 2006 la India adoptó esa normativa y revisó la solicitud de patente de Novartis para el imatinib, que, de concederse, tendría una validez de veinte años desde su solicitud inicial en 1998 hasta 2018. El 25 de enero de 2006 los jueces indios aceptaron las alegaciones de una ONG india, la Cancer Patients Aid Association (CPAA), que sostenían que el producto de 1997 no es una novedad, pues era el mismo que el patentado en 1993. La multinacional Novartis recurrió la sentencia, solicitando a la India la patente en su territorio de Gleevec, pero esta vez del original patentado en 1993. El

litigio tiene grandes repercusiones: la India es el principal productor de genéricos de calidad y las ONG dependen en gran medida de los genéricos indios. Las empresas genéricas indias proporcionan más del 50% de todos los medicamentos que distribuye UNICEF y en torno al 70% de los antirretrovirales que utiliza Médicos Sin Fronteras.

El enfrentamiento entre Novartis y diversas ONG como Intermón Oxfam o Médicos Sin Fronteras es radical y parece muy difícil que pueda llegarse a un acuerdo. Las ONG acusan a Novartis de mercantilismo y Novartis se defiende con artillería pesada: las ONG son organizaciones dogmáticas ancladas en un izquierdismo trasnochado, actúan por criterios a corto plazo y propugnan medidas que, de generalizarse, impedirían la aparición de nuevos fármacos y perjudicarían el progreso farmacéutico.

La ley de patentes india permite impugnar las solicitudes realizadas por los laboratorios si se considera que no constituyen una auténtica novedad, sino una modificación de un medicamento ya autorizado y sólo concede patentes para productos novedosos a partir de la fecha en que se integró en la OMC, o para actualizaciones de medicamentos que supongan una mayor eficacia. La cláusula 3-D permite evitar que falsas innovaciones sean objeto de patente.

En mayo de 2007 el Gobierno brasileño retiró la licencia al medicamento antirretroviral Efavirenz, fabricado por Merck. La compañía y el Gobierno brasileño negociaron sin ponerse de acuerdo sobre el precio del medicamento. Merck ofreció un descuento del 30% y las autoridades brasileñas exigían el 60%. En Brasil la unidad cuesta 1,20 euros y en Tailandia 0,50. El impacto económico es considerable: Brasil reembolsa 32 millones de euros anuales para pagar el fármaco.

El presidente brasileño Lula rubricó un decreto suspendiendo la licencia de Efavirenz y autorizando a importar su genérico indio, que cuesta un tercio menos que el original, con un ahorro de 22,5 millones de dólares al año, es decir,

“La actual organización de la industria farmacéutica y su búsqueda de beneficios eludiendo riesgos conduce a que apenas se investigue en las enfermedades ‘olvidadas’ y que la investigación se centre en las enfermedades crónicas de los países desarrollados”.

178 millones hasta 2012, fecha de caducidad de la patente. Merck y la Federación Internacional de la Industria del Medicamento han criticado la decisión de Lula, que consideran pernicioso para la investigación y favorable para los productores de genéricos. Los movimientos ciudadanos y diversas ONG médicas y farmacéuticas han aplaudido la decisión del Gobierno brasileño como una decisión histórica que marca el camino a seguir: por problemas de emergencia sanitaria un gobierno estaría en condiciones de revocar una autorización y de permitir la entrada en el país de genéricos de especialidades aún protegidas por la patente.

En julio de 2007, el laboratorio indio Auribondo vendió a Brasil el primer lote de genéricos de Efavirenz: 3,3 millones de comprimidos para adultos y 108.000 para niños, en una operación coordinada por UNICEF. Con esta actuación, Brasil medicará a 75.000 pacientes, el 10% de los enfermos brasileños con sida. Los países que han suspendido “legalmente” patentes para así adquirir genéricos son Mozambique, Malasia, Indonesia, Tailandia y Brasil.

La malaria, en el centro de la tensión

La malaria es una enfermedad en la que se evidencian las tensiones entre los intereses de la industria y los derechos de los gobiernos a tomar medidas que hagan posible la accesibilidad a los medicamentos. En fecha reciente se han producido avances significativos gracias a la colaboración de ONG, laboratorios y fundaciones privadas. Uno de los frutos de esta colaboración ha sido la puesta en el mercado de Asaq, un antimalárico a base de artemisina y amodiaquina, eficaz y muy barato: todo el tratamiento cuesta entre cincuenta centavos y un dólar. Ha sido el resultado de la colaboración ente Sanofi Aventis, Profármacos Contra las Enfermedades Olvidadas y Médicos Sin Fronteras. Se fabrica en Marruecos y no puede ser patentado, por lo que pueden fabricarlo todos los laboratorios que cumplan los parámetros de calidad. No hay que olvidar que, a pesar de que la malaria mata a un millón de personas al año, sólo se le dedica el 0,3% del total de los recursos para investigación sanitaria.

Para paliar esta situación, ejemplo de las disfunciones de la investigación realizada por las compañías farmacéuticas, la fundación Bill & Melinda Gates ha dedicado hasta la fecha 580 millones de euros a la lucha contra la malaria, que incluyen dos millones para la Fundació Clínica de la UB, que coordina dos proyectos internacionales.

La actuación de algunos gobiernos en favor de los intereses de sus enfermos aunque se perjudique a las compañías farmacéuticas y la colaboración entre los laboratorios y las

fundaciones y ONG suponen un cambio de rumbo y la posibilidad de solucionar paulatinamente el conflicto existente entre el derecho a la salud y el derecho a la patente, que sólo puede resolverse mediante la aceptación de que la situación de emergencia sanitaria que padecen muchos países les faculta para tomar medidas que inevitablemente han de perjudicar los derechos de los propietarios de las patentes. La actuación de los gobiernos no basta y es imprescindible la colaboración de las compañías farmacéuticas. Si se resuelve un problema que durante años ha parecido no tener solución, será en buena parte gracias a la nueva mentalidad, propiciada por la bioética, que considera el derecho a la salud como un derecho humano irrenunciable y que, en consecuencia, exige que los enfermos reciban la medicación que precisan con independencia de sus recursos económicos.

La OMS debería superar sus actuales limitaciones y asumir un papel de liderazgo internacional para promover programas de acceso a los medicamentos, al menos a los esenciales. La agenda de investigación debería modificarse en algunos aspectos. En la actualidad está condicionada exclusivamente por los intereses de las multinacionales. Es preciso un mayor protagonismo de los organismos públicos, de modo que los descubrimientos realizados con fondos públicos sean de acceso universal sin existencia de patentes. Otra posibilidad a explorar es que la utilidad sanitaria influya en la concesión de las patentes, de modo que puedan ser denegadas si no tienen interés para la salud pública. También es imprescindible una mayor independencia y transparencia de los ensayos clínicos, para evitar que sean promovidos y financiados exclusivamente por los laboratorios, que en consecuencia tienden a dar prioridad a que los nuevos medicamentos sean seguros para evitar reclamaciones y no aportan suficientes recursos a líneas de investigación prioritarias desde el punto de vista social y humanitario.

La corrección, gracias a la difusión de los criterios bioéticos, de los abusos existentes en la comercialización de los medicamentos, es uno de los factores que más pueden contribuir en el futuro a evitar que el acceso a los medicamentos se enfoque como un asunto exclusivamente mercantil. Es urgente corregir los criterios basados únicamente en el rendimiento y la obtención de beneficios económicos, y dar la máxima importancia a los criterios bioéticos que consideran prioritarios los beneficios sociales como la salud y la cohesión social, aunque para ello deban disminuir los beneficios empresariales, sobre todo en los países en vías de desarrollo que viven una situación de permanente emergencia sanitaria. **M**

Masa crítica

Marc Augé

“Podemos temer que el mundo avance hacia una nueva aristocracia”

Entrevista **Ignasi Aragay**
Fotos **Albert Armengol**

Marc Augé (Poitiers, 1935), a pesar de su edad, sigue teniendo cara de niño travieso, de aquellos que meten las narices en todo, ya sea para preguntar, ya sea para dar su opinión. Va vestido con esa elegancia informal universitaria, como si fuese a dar un paseo en bicicleta por Cambridge, le brilla la mirada y se le escapa la sonrisa con facilidad. Es muy agradable conversar con él porque se nota que para Marc Augé la conversación es un placer. Su vocación antropológica es la vocación de alguien que se interesa por todo, que quiere entender al hombre y al mundo o, mejor dicho, al hombre en el mundo. Profesor de antropología y etnología en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, de la que fue director (1985-1995), es autor de una extensa obra con títulos populares como *Los no lugares* o *El viajero subterráneo: un etnólogo en el metro*, ambos publicados aquí en castellano por Gedisa. Marc Augé sitúa el mundo actual en lo que denomina “sobremodernidad”, la cual viene marcada por los no lugares (lugares de anonimato), el no tiempo (presentismo) y lo no real (virtualidad). Hablamos con él de todo ello, y también de Barcelona, Cataluña, España y el mundo. Y lo hacemos en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), con motivo de su participación en el ciclo “La força de l’anonimat”.

¿Usted viviría en Barcelona?

He estado aquí muchas veces, pero siempre por pocos días. O sea, que tengo una cierta familiaridad con la ciudad, pero no la conozco lo bastante bien. Lo que tengo es un conjunto de impresiones y, a partir de eso, puedo decir que me gusta mucho, por supuesto. Y me gusta por varias razones: por el clima, por el mar, por la luz. Tiene todas esas paredes de colores. París es una ciudad bella pero gris, un poco triste, de hecho. En cambio, Barcelona es completamente diferente. Además, es una ciudad dinámica y moderna, en la que se han hecho muchos experimentos en arquitectura, y al mismo tiempo es una ciudad con un pasado interesante. El arquitecto holandés Reem Koolhaas ha dicho que Barcelona es la primera ciudad histórica que se vuelve ciudad genérica.

¿Y eso es bueno o malo?

[Se ríe.] Siempre que me reencuentro con Barcelona, siento la fragancia de la historia y al mismo tiempo también siento el impacto de la nueva arquitectura. Pues bien, si eso es la ciudad genérica, ya me parece bien.

Y, sin embargo, Barcelona también tiene, como usted dice, muchos no lugares, muchos lugares en los que todo es anonimato.

La verdad es que tengo un problema con ese concepto, en la medida en que lo he usado en un sentido relativo, no en un sentido absoluto. Porque en un sentido absoluto, no hay lugares y no lugares. Unos y otros se desarrollan en espacios de consumo, de comunicación y de circulación. Pero lo que puede ser para alguien un lugar, para otro puede ser un no lugar, y viceversa. Dicho esto, evidentemente, en el mundo actual se generan estos espacios de tránsito o no lugares. Porque lo que llamamos globalización es también un proceso de urbanización. Es decir, hoy las ciudades están cambiando de forma. Y, en este sentido, sí que hay en Barcelona muchos no lugares empíricos, porque es una ciudad a la que se viene desde fuera: en la que hay muchos turistas, muchos inmigrantes, muchos visitantes, gente de negocios. Como decía, es una ciudad en la que se pueden ver testimonios del pasado un tanto teatralizados y junto a ellos arquitectura nueva. Pero a mí, como uno más de esos visitantes, me parece que esta combinación funciona bien. No obstante, supongo que es posible que haya gente que haya vivido en ella, pongamos cuarenta años, que no reconozcan muchas partes de la ciudad. Pero esto pasa en todas partes. Las ciudades cambian.

En Barcelona hay algunos debates en marcha relativos a su realidad y a su futuro. Y precisamente uno de ellos hace referencia al exceso de turistas. Algunas voces críticas alertan sobre la posibilidad de que la ciudad se convierta en un espectáculo, en un parque temático.

Sí. Lo entiendo. Pero hay que tener presente algo: estamos en un mundo hecho de redes, con polos en los que se cruzan las redes. Y Barcelona es uno de estos polos. Toda ciudad que intenta existir a escala mundial, a escala global, presenta un descentramiento de sí misma porque necesita relacionarse y atraer gente. La alternativa es no existir o, cuando menos, no existir a escala global. Y para existir, el cambio de escala es crucial. El problema es saber cómo hacerlo. Claro, si yo viviese en Barcelona podría concretar más cómo hacerlo, cómo avanzar más o menos. Por eso puedo entender las reacciones de crítica, cuya existencia demuestra que se trata de una ciudad viva.

A veces me parece que es posible considerar Barcelona como una pequeña ciudad-Estado, al estilo del Renacimiento italiano, inserta en un pequeño país sin Estado, al estilo de las autonomías españolas.

Sí. Éste es el problema de España, el problema de esta coalición de estados pequeños por la que está formada. En este terreno, la historia de España no se parece en nada a la de



Marc Augé (Poitiers, 1935), profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, es autor de una obra con títulos populares como “Los no lugares” o “El viajero subterráneo”. Valora el mundo actual como el fruto de una sobremodernidad definida por el anonimato, el presentismo y la virtualidad.

Francia. Y ¿cómo se inserta Barcelona aquí? Pues, es posible que tenga una vocación mundial, de ser un polo dentro de esta red global de ciudades, precisamente para escapar de este problema, del debate Cataluña-España. Tal vez sería una solución, no lo sé.

¿Cómo se imagina este mundo de ciudades?

Imagino que dentro de treinta o cuarenta años algunos –yo ya no estaré aquí– verán un mundo cambiado: de hecho, en la actualidad, ya hablamos más de ciudades que de países o naciones. Incluso nos referimos a Moscú o Washington cuando en realidad estamos hablando de Estados Unidos o de Rusia. El uso de la parte por el todo ya significa algo, quiere decir que son unos de esos polos de redes.

¿Qué implicará o qué está implicando este mundo urbanizado y conectado en red?

De entrada, lo que me llama la atención en la actualidad es

que la ciencia se desarrolla muy rápidamente y, en cambio, la desigualdad entre las personas que están cerca de los polos del saber y las que están desconectadas de ellos, aquellas que son incluso analfabetas, esta diferencia crece más rápidamente que la diferencia entre los más ricos y los más pobres entre los pobres. Si proyectamos estos movimientos hacia el futuro, podemos temer que el mundo se vuelva, en lugar de una democracia generalizada, una aristocracia en la que haya polos en los que se concentre el saber, el dinero y el poder, con una masa de consumidores y una masa aún mayor de no consumidores, los excluidos tanto del consumo como del saber. En el fondo puede ser que esta competición entre las ciudades tenga que ver, de manera más o menos consciente, con este hipotético futuro. Es posible imaginar que en dicha competición haya ciudades más pequeñas que estén por delante de otras mayores y más poderosas. Todo ello se pone de manifiesto en la arquitectura: hay unos diez o veinte nombres de arquitectos conocidos que todas las ciudades del mundo quieren tener, porque tener un edificio que sea su icono significa hacerse un sitio en la red internacional. Barcelona puede ser una de estas ciudades que compite.

“Nos hallamos incluidos en una red global de ciudades, y Barcelona es uno de sus polos. Es posible que su vocación de ser mundial y de constituirse en uno de estos polos obedezca precisamente al deseo de escapar del debate Cataluña-España”.

Es una ciudad que se ha hecho una imagen en el mundo, ligada en buena medida precisamente a la arquitectura y al urbanismo.

Sí. Porque como estamos en el mundo de las imágenes también hay que reproducir una imagen de la ciudad. Y, desde este punto de vista, la política de Barcelona es un éxito. Para bien o para mal, no lo sé. En cualquier caso, proyecta una imagen en este contexto inquietante.

¿Cuál sería su utopía urbana, su ciudad ideal en este contexto?

Hay que tener presente que el mundo entero se está convirtiendo en una ciudad. De hecho, ya podemos hablar del mundo-ciudad. Así como podemos hacerlo de las ciudades-mundo, aquellas grandes urbes en las que se encuentra toda la diversidad del mundo: étnica, religiosa, de orígenes, etcétera. Pero al mismo tiempo se produce esta evolución del mundo que se convierte en ciudad o, si usted quiere, en espacio urbanizado, con el crecimiento del tejido urbano concentrado en torno a los ríos, a las costas. Es evidente que esta ciudad extensa no es la misma que las ciudades históricas. Dicho esto, mi utopía, por decirlo así, sería el modelo de una ciudad sin divisiones, sin guetos, en la que la gente se mezclara, en la que la existencia de clases no tuviese una traducción directa en la organización del espacio. Pienso que éste es el gran problema para el futuro y, de hecho, ya es el gran problema de hoy. He visto que en Barcelona hay barrios con muchos inmigrantes, en el mismo centro. Bien, esto, para comenzar, es algo bueno, pero podría ser mejor si los inmigrantes se disolvieran entre la población general. Pero se requiere tiempo.

Si me lo permite, dejemos el caso barcelonés y saltemos a la escala territorial superior, la escala catalana. Y, antes de hacerlo, no puedo resistirme a preguntarle por los antepasados catalanes que delatan su apellido.

Mi abuelo, es decir, el padre de mi padre, había pasado su infancia en un pueblecito que se llama Eus [comarca del Conflent], en los Pirineos, cerca de Prada, allí donde vivió Pau Casals. Pero mi abuelo había sido colonizado por mi abuela, que era de Bretaña. Y por razones que se me escapan, nunca volvió ni a Toulouse, donde nació, ni a su pueblecito, del que me había hablado un poco. Una vez, cuando yo tenía dieciocho años, con mis padres, cogimos a mi abuelo y viajamos en coche para llevarlo a su pueblo, pero mi abuelo se paró en Burdeos y ya no quiso seguir. Yo sí que he ido a Eus alguna vez. Mi abuela de la Bretaña era pequeña y

tenía los ojos azules. Mi abuelo era de un tipo físico que veo a menudo en Barcelona, me lo encuentro por aquí, como si fuera un fantasma.

¿Cómo se explica que una cultura como la catalana, abierta, en diálogo permanente con la cultura española y europea, se sienta a la vez permanentemente amenazada?

No lo sé. Siempre hay una tensión entre la organización del Estado centralizador y la existencia de naciones dentro de un estado. Y puedo imaginar que en Cataluña este Estado se puede percibir como una amenaza, especialmente si se piensa en el pasado, claro está. El caso de Cataluña es una forma de existencia autónoma que para un francés tiene algo de inédito y sorprendente, por el hecho de que en mi país desde el siglo XVI hemos concentrado el Estado. Por otra parte, imagino que el movimiento catalán siente el peligro de convertirse en una mera curiosidad... Como decía, si nos situamos a escala mundial, existe el movimiento de concentración dentro de polos urbanos en los que hay saber, dinamismo económico y poder. Éste puede ser el futuro del mundo, pero a largo plazo. Si nos situamos a escala europea, uno también se puede preguntar lo mismo: de momento es una coalición de Estados, pero hay corrientes que la querrían como una coalición de regiones y ciudades. Visto desde Francia, ésta es una visión preocupante. Y a la vez parece difícil, porque las regiones son tan diversas como lo son los Estados. Si tenemos que ir hacia una Europa que sólo hable inglés, quizá sea más fácil seguir con los Estados. En todo caso, España es un modelo interesante por este dinamismo económico y nacional, que puede ser que se deba a problemas con el pasado, pero también puede ser un modelo para pensar de manera no contradictoria la existencia de un poder central con poderes autónomos.

Es curioso, en el seno de un movimiento cultural y político denominado novecentismo, a principios del siglo XX, aquí ya se hablaba de la Cataluña-ciudad.

Bien, y hoy ya se habla del mundo-ciudad. Imagino que el papel de Barcelona dentro de Cataluña era y es enorme. Puede ser que de nuevo Cataluña sea un modelo.

A pesar de esta realidad global, la gente sigue buscando, como siempre, ser de un lugar, diferenciarse como individuo concreto.

Sí, hay una tensión. Pero la vida social está siempre en tensión entre el sentido social por un lado y la libertad individual por otro. En este sentido, como lo mostraron los inte-

“Todo el saber del mundo está en Internet, pero ¿de qué me sirve si no estoy preparado para clasificarlo? Internet es extraordinario para aquellos que ya tienen el saber, pero para los demás puede ser una ilusión, contra la cual sólo se puede luchar con la educación”.

lectuales de la década de los sesenta a través del movimiento estructuralista, el hombre se define en relación al otro y al grupo inmediato. Claude Lévy-Strauss decía que el ser se aliena porque consiente en existir en un mundo definido por la relación de uno con el otro. Cada uno se tiene que definir con respecto a la filiación, al grupo inmediato, etcétera. Decía que en estos pequeños grupos la idea de una libertad de iniciativa individual no tiene sentido. Mostraba la fuerte dependencia con respecto al contexto más cercano, comenzando por la familia.

Esta tensión entre integración social y libertad individual es la que describía Sigmund Freud en *El malestar en la cultura*.

Exactamente. Freud, desde este punto de vista, es más interesante que muchos sociólogos. Deja claro que no se puede hablar de la sociedad sin tener en consideración al individuo.

Él ya era muy crítico con el comunismo.

Sí, el comunismo no puede existir si no tiene en consideración, también, la libertad del individuo. Filosóficamente, la cuestión siempre es la misma.

Cualquier totalitarismo, evidentemente.

Sí, en los países industrializados, lo que llamamos totalitarismo es también un esfuerzo para limitar la iniciativa individual, incluso con la intervención en la vida más privada. Los regímenes totalitarios más duros son los que intervienen en la vida más privada, y lo mismo pasa con los totalitarismos religiosos. Son sistemas que, desde el propio nacimiento de la persona, intervienen en su vida más privada. Por otra parte, tenemos la sociedad de consumo en la que hay una apariencia de libertad individual, que es libertad de consumo. Libre es una palabra relativa en este contexto: depende del dinero, de la educación, etcétera. Si no tenemos un vínculo social, estamos perdidos. Es la locura de la soledad. La locura de la soledad entre gente o de la soledad absoluta. La democracia tiene que administrar el punto medio de socialización: no puede existir una democracia absoluta, porque tampoco tendría sentido.

Usted no habla de postmodernidad, sino de sobremodernidad. La describe como aquella sociedad en la que el individuo se enfrenta a los peligros del no lugar (el anonimato), el no tiempo (presentismo) y el no real (la virtualidad)...

¿Cómo se construye el individuo frente a estos tres retos?
No puedo hablar más que en términos muy pragmáticos.

Es decir, que tengo que hacerlo en la medida en que hay que entender que los medios de comunicación, como medios en sí, son extraordinarios. Tan extraordinarios que casi nos permiten vivir la ubicuidad. Hay una aceleración de todos los medios de relación entre las personas. Pero los riesgos están ligados al hecho de que podemos confundir la red con la realidad. En un mundo capitalista en el que la finalidad de todo es acumular capital, el papel de las imágenes a través de los medios como la televisión o Internet es hacer que se consuma. Y este desarrollo del consumo quiere decir que, al fin y al cabo, la vida nos parece que es la vida dentro de la pantalla. La gente puede pensar que cuando sale en la pantalla, existe. Hay una telerrealidad muy potente. La gente lleva aparatos que la relacionan permanentemente con el exterior: teléfono móvil, iPhone... La vivienda también existe en la medida en que se relaciona con el exterior a través del ordenador y la televisión, al igual que la ciudad, que tiene que estar relacionada en red para existir, y al igual que el individuo. El riesgo de todo esto es una nueva forma de alineación que, además, tiene dimensiones políticas: en Francia, por ejemplo, la manera de gobernar está directamente influida por la televisión. Sarkozy es el primer presidente que actúa a través de su existencia en la pantalla. Actúa para existir en la pantalla. Y la campaña de Obama también estuvo marcada por ciertas formas de aparición en las pantallas. No quiero decir que detrás de uno y de otro no haya nada más, pero las imágenes en sí cuentan mucho y tienen dimensión política. Casi se puede hablar de alienación de la misma manera que lo hacía el marxismo en términos de ideología, pero ahora respecto a una realidad mediático-consumista. Y lo cierto es, sin embargo, que no podemos vivir sin estos medios tecnológicos porque también son el futuro. Lo único que se puede decir es que, del mismo modo que la desigualdad en la educación es un peligro, también lo es la desigualdad en el aprendizaje del uso de las tecnologías. Los niños que han aprendido a hacer un poco de cine, saben muy bien que uno puede hacer que las imágenes digan lo que uno quiere. Por tanto, son mejores espectadores. Con todos los medios tecnológicos pasa lo mismo. Todo el saber del mundo está en Internet, pero ¿de qué me sirve si no estoy preparado para clasificarlo, para entenderlo? Internet es extraordinario para quienes ya tienen el saber, pero para los demás puede ser una ilusión. Y contra esta ilusión sólo se puede luchar con la educación, pero éste no es el caso ni en Francia ni en Italia, que yo sepa.

Para Marc Augé, el modelo ideal sería una ciudad sin divisiones ni guetos, donde la existencia de clases no tuviera una traducción en la organización del espacio. En la página siguiente, la confluencia del barrio de la Mina con el área del Fórum, y niños de la Mina. En la última página, de arriba abajo, trabajadores inmigrantes en el Poble Sec y en un comercio del mismo barrio, y grupos de jóvenes en la Plaça de Catalunya. Augé considera que el debate sobre la educación esconde en realidad un problema de financiación.






“La crisis actual no es el fin del capitalismo, pero muestra que estamos en pleno cambio. El problema es que no hay un discurso de futuro mientras la ciencia avanza velozmente”.

Aquí también hay un fuerte y vivo debate sobre la manera de educar.

Sí, pero yo estoy convencido de que este debate sobre los métodos en la educación esconde en realidad el debate sobre la financiación que necesita la educación. Es decir, puede existir un problema pedagógico, pero también hay un problema anterior y más grave de financiación. En Francia, sabemos muy bien que hay zonas difíciles, con familias desestructuradas y graves problemas sociales, que lo serían menos si hubiese más medios, más maestros por alumno, etcétera. Por eso creo que con más debates sólo de método no avanzaremos.



Aquí también tenemos abierto, desde hace unos años, el debate sobre la memoria histórica después de treinta años de democracia, en buena medida amnésica. Usted también habla, en *Por una antropología de la movilidad (Gedisa), de la movilidad de la mente.*

Hoy en día, uno de nuestros problemas es que no somos capaces de pensar en términos de tiempo. Todos los conceptos son espaciales: global, local, lugar, no lugar. Por un lado, el pasado se convierte en un museo, incluso en las ciudades, con los procesos de recuperación de los antiguos barrios. Y, además, después de lo que Jean-François Lyotard denominaba el fin de los grandes relatos, no se puede imaginar un discurso sobre el futuro. Pero el último gran relato puede ser el relato liberal, como imaginaba Francis Fukuyama. El fin de la historia significaba el fin del debate. Pero no. La crisis que actualmente vivimos no es el fin del capitalismo, pero muestra que estamos en un proceso de cambio, que las cosas se mueven. El problema es que no hay discurso sobre el futuro mientras que la ciencia avanza a grandes velocidades y casi se vuelve metafísica. Y, por otra parte, empezamos a conocer un poco mejor el sistema solar. De hecho, hay una aceleración tan fantástica que impide incluso dar pie a discursos o imaginaciones. Pero en el aspecto humano y social sería útil no olvidar la historia. El problema puede ser que este recuerdo sea diferente para los individuos que para las sociedades. Porque no podemos recordar siempre, también hay que olvidar. Con respecto a la colectividad, hay muchas fuerzas que intentan hacer olvidar y, por tanto, hay un deber de memoria. En Francia sabemos muy bien, quizá demasiado bien, olvidar y reconstruir. 





De dónde venimos

Los libros como
objetos elitistas

A dónde vamos

Las bibliotecas,
espacios comunitarios

© Kurwenal / Prisma

En la sociedad medieval, la pasión por los libros era minoritaria, igual que ahora. Los que leían, leían mayoritariamente libros de carácter profesional, imprescindibles para su trabajo. Y esta situación no variará ni siquiera cuando el invento de Gutenberg se difunda.

Libros, lectura y bibliotecas antes de la imprenta

Texto **Jesús Alturo i Perucho** Catedrático de Paleografía, Codicología y Diplomática de la UAB

Un libro no es más que el soporte de un texto. Y como tal ha tenido diversas formas y se ha construido con diferentes materiales hasta evolucionar al actual modelo electrónico, de progreso imparable, sin que se trate, ciertamente, de su última evolución. Se podría decir que el primer libro, el primer soporte, fue un elemento tan intangible como la memoria y tan volátil como la voz del que tenía alguna cosa que contar. Después, no sin oposición, se descubrirían las ventajas de la escritura, primero simplemente para conservar y después para transmitir los mensajes. Unos mensajes que, entonces, se podían enviar a receptores no presenciales, de otros lugares y hasta de otras épocas del futuro. Gracias a la invención de Toth, Platón –censor irreductible del libro escrito al cual reprochaba un contenido fosilizado, incapaz de participar en el diálogo enriquecedor– todavía nos habla hoy en día.

En nuestro mundo occidental las principales formas del libro antes de su reproducción mecánica por medio de la imprenta fueron dos: el rollo y el códex. El rollo era una lonja rectangular formada por diversas bandas de papel encoladas, que, debidamente unidas a un eje, se podían enrollar y desenrollar para guardar o leer su contenido, escrito en columnas y por una sola cara. Fue un tipo de libro de empleo no muy cómodo que los griegos hicieron suyo tomando en préstamo el modelo a los egipcios.

Los romanos, que desde el primer momento utilizaron el códex, antecedente directo del libro impreso, ya fuera formado por páginas de madera –recordemos que la palabra libro procede del latín *liber*, vocablo que hace referencia a la fina película del interior de la corteza de los árboles– o de lino primero, y de pergamino después, adoptaron el for-



© Bettmann / Corbis



© Bettmann / Corbis

Grabado alemán del siglo XIX donde se representa una sala de la Biblioteca de Alejandría; el copista, traductor e iluminador Jean Miélot, autor de los "Milagros de Nuestra Señora" (siglo XV), y la imprenta de Jocusus Badius Ascensius, ayudante de Gutenberg (1507). En la página anterior, miniatura del "Llibre dels fets" del rey Jaime I, en el manuscrito de Poblet fechado el 17 de septiembre de 1343, que se conserva en la biblioteca de la UB.

mato del rollo a imitación del libro de los griegos, y lo hicieron servir sobre todo a partir del siglo II a.C. hasta el II d.C., particularmente en los círculos literarios aristocráticos, porque el tradicional códex, más económico y, en consecuencia, más difundido entre los letrados menos adinerados, nunca dejó de utilizarse.

Y fue precisamente en los ambientes del primitivo cristianismo, que debían reproducir sus textos de manera clandestina e, inicialmente, sin bastantes recursos, donde mayor difusión encontró el códex, que, más allá de la económica, también tenía las ventajas de una mayor capacidad textual, porque se podían escribir las páginas por delante y por detrás; además, se leían con mayor comodidad y también era más fácil encontrar los pasajes bíblicos o los otros textos que se citaban. Por otra parte, los códex también eran más fáciles de transportar, característica nada desdeñable para unos viajeros tan deseosos de difundir la buena nueva como los primeros cristianos, y, en definitiva, se volvían también más ocultables cuando sus propietarios eran perseguidos.

Pero producir un libro a mano, ya fuera como rollo o como códex, era una tarea ardua y cara. Los libros manuscritos no podían ser abundantes; sobre todo teniendo en cuenta que el potencial público de lectores era muy escaso. No en tiempos de la Roma clásica, en los cuales el buen funcionamiento del sistema escolar consiguió unos notables

índices de alfabetización social, como prueban, por ejemplo, los grafitos de las paredes de Pompeya o Herculano, en buena parte fruto de jóvenes estudiantes suficientemente escolarizados, que ayer como hoy, manifestaban sus inquietudes políticas, amarguras amorosas o punzantes rivalidades en las paredes de los edificios. Pero cuando esta escolarización dejó de dar frutos en una decadencia que iba al mismo ritmo que el debilitamiento del poder político de Roma, el analfabetismo se extendió e hizo general en la sociedad que hemos convenido en llamar medieval. En esta época, la cultura escrita pasó a manos del clero cristiano. A partir de entonces serán las catedrales, los monasterios y, en menor medida, las iglesias parroquiales los principales, cuando no los únicos, reductos de alfabetización, la cual sólo tendrá justificación para hacer más claro y conocido el mensaje de la Biblia o para regular la vida social de acuerdo con una leyes civiles (y canónicas) bien impregnadas de pensamiento cristiano.

En la sociedad medieval la producción de libros no sólo será poco abundante, sino que siempre estará precedida de un encargo previo: no era el libro el que iba al encuentro de un potencial lector, sino que éste era quien encargaba directamente una copia. Ya se ve, pues, que las colecciones de libros que podía reunir una institución eclesiástica (y no digamos ya un simple particular) no justificaba en ningún



© David



© Ancient Art & Architecture Collection / Prisma

“Por lo menos hasta el siglo XII se leía siempre en voz alta, con alguna rara excepción. Ello imposibilitaba prácticamente la lectura común de varias personas en un mismo recinto”.

momento la existencia de una biblioteca, entendida ésta como un local preparado para guardar libros y permitir su consulta. Pensemos que una catedral de los tiempos de la Alta Edad Media podía disponer, a lo sumo, de unos cincuenta volúmenes.

Pero en el período gótico, no antes de las postrimerías del siglo XIV, en nuestro país, una cierta acumulación bibliográfica hará necesaria la creación de bibliotecas. Antes, un simple armario, un pequeño baúl, un modesto cajón eran suficientes para conservar los libros. Por otra parte, no debemos olvidar que, al menos hasta el siglo XII, siempre se leía en voz alta (con alguna rara excepción), lo que dificultaba, si no imposibilitaba, la lectura común de diversos lectores en un mismo recinto. Cuando la lectura se volvió mental y silenciosa, entonces sí que era posible que un cierto número de lectores compartieran una misma sala, donde ya se podían

dejar libros de estudio, es decir, los de teología y derecho, porque los litúrgicos, los más necesarios y difundidos, seguirán desperdigados por las distintas instalaciones de las iglesias, particularmente, la sacristía, las capillas y el coro.

Los nuevos espacios habilitados para la lectura, obviamente, se construyeron sólo en catedrales, monasterios y en las nacientes universidades. En la catedral de Barcelona, en concreto, fue en la sala anexa a la actual sala capitular, inaugurada en 1443, aunque ya en 1332 parece que el archivo también hacía las veces de biblioteca, cuando menos como centro de custodia de libros. Conocemos hasta el nombre de alguno de los primeros bibliotecarios: el de 1453 era el canónigo Pere d'Oller. Pero los canónigos bibliotecarios podían delegar funciones en subordinados, que no sólo debían custodiar los libros, sino, llegado el caso, incluso barrer el aposento. Por otra parte, los libros, colocados en estantes, fascículos o encima de los bancos, con frecuencia estaban revestidos de unas vistosas cubiertas de diferentes colores, que debían dar una singular elegancia cromática al lugar; sobre todo si tenemos en cuenta que los forros con frecuencia eran limpiados por una lavandera. La de Barcelona de 1389 se llamaba Isolda, y por la limpieza de diversas sábanas, toallas y cubiertas cobraba unos dos sueldos.

En las bibliotecas no sólo los insectos eran los enemigos declarados de las musas, como acertadamente dijo san

Paciano, el gran obispo de Barcelona del siglo IV, sino también los roedores, que si no se comían el pergamino, lo roían y en consecuencia lo estropeaban. De ahí también la necesidad de gatos que vigilasen a las ratas, las ratas auténticas de biblioteca, con tal de evitar que no la dejaran malparada. Así, en agosto de 1385 la catedral de Barcelona compró “medicina para administrar a las ratas y matar a las que están en la sacristía” por valor de un sueldo y seis dineros; y, todavía, en septiembre habrá de adquirir dos gatos para ejercer una función preventiva en la misma sacristía, entonces con el problema añadido de tener que solucionar el hedor de estos felinos, porque en diciembre del mismo año, debió invertir otros tres sueldos en la compra de “aromas para dar buen olor a la sacristía inficionada por los gatos”.

Los libros podían formar parte de la biblioteca móvil o de la fija: los primeros se dejaban en préstamo, los otros no; y con frecuencia eran encadenados para asegurar la conservación y evitar los hurtos. Recordemos el caso de unos novicios de Poblet que fueron expulsados del monasterio en 1237 por haber robado algunos; o la bibliomanía que derivaba fácilmente en bibliopiratería del infante Juan, hijo del Ceremonioso.

Las cortes condales y reales también fueron, en determinados momentos, centros de creación y de propagación de cultura. Pedro III hasta llegó a concebir la creación de una biblioteca real en Poblet, sin duda con el objetivo último de enaltecer su propia gloria y la de su linaje, y perpetuar el recuerdo propagandístico de sus gestas por medio de las crónicas; pese a todo, el proyecto no tuvo éxito.

Pero la pasión por los libros en la sociedad medieval, si bien no fue ciertamente inexistente (sólo cabe recordar a Pere Miquel Carbonell copiando y leyendo libros en medio del fragor de la guerra civil de 1462-72), fue, entonces como ahora, minoritaria. Y los que leían, leían mayoritariamente libros de carácter profesional, imprescindibles para su trabajo. Y esta situación no cambiará ni siquiera cuando el invento de Gutenberg se difunda. Entonces, por cierto, se facilitará enormemente la producción de libros, que, expuestos en los mostradores de las renacidas librerías con los datos indicativos de su contenido bien a la vista, volverán a buscar posibles lectores y llegarán, sin duda, a un público más amplio, lo que explica que ni la Iglesia ni las instituciones administrativas desdeñen las ventajas de la imprenta, contrariamente a lo que hará algún recalcitrante, como el duque Federico de Urbino, quien se habría avergonzado (“se ne sarebbe vergognato”) de poseer libros impresos. Frente a este avance de la civilización y de la libertad, frente a la posibilidad de un mayor acceso a las ideas, el poder no permanecerá impasible y aumentará las medidas de control de lo que se escribirá y leerá, de la misma manera que la promoción y el patrocinio cultural se continuará realizando desde la perspectiva del propio interés.

El mecenazgo meramente gratuito y la lectura desinteresadamente placentera nunca han sido demasiado comunes en ninguna sociedad alfabetizada. **M**

Barcelona demoró veinte años en descubrir que las ciudades modernas del extranjero que emulaba tenían grandes bibliotecas y construían nuevas, y que las bibliotecas nuevas y grandes eran los equipamientos culturales más usados en las ciudades de los alrededores.

La biblioteca edificio o la biblioteca conversación

Texto **Lluís M. Anglada** Director del Consorci de Biblioteques Universitàries de Catalunya
Fotos **Juan Miguel Morales**

Cuesta hablar de dónde vienen y hacia dónde van las bibliotecas porque éstas son instituciones recientes. En términos relativos, claro, y según el punto de vista. El mío es que no tienen mucho más de ciento cincuenta años de vida.

Lo que hoy entendemos por biblioteca nace en el mundo anglosajón a finales del siglo XIX. Nacen bajo el paraguas de tres ‘p’: la de ser instrumentos para el pueblo, y la de ofrecer plúteos llenos de cultura impresa sobre papel. Ortega y Gasset lo ha señalado perfectamente bien en su con frecuencia citada *Misión del bibliotecario*. La sociedad industrial necesita los libros y su información de la misma manera que los necesitaba la sociedad del renacimiento, por ejemplo, pero decide que esta necesidad ya no será responsabilidad personal sino la responsabilidad del Estado.

La cultura y la enseñanza pasan a ser razones de estado y las bibliotecas (modernas) nacen con la misión de servir al pueblo y a las comunidades. Estas bibliotecas son el resultado del incremento exponencial de la producción impresa que la mecanización aporta al mundo de la edición.

Si bien la invención de Gutenberg revolucionó el mundo en el siglo XIV, fueron casi tan importantes para la difusión de las ideas las invenciones del siglo XIX del papel continuo, la linotipia, el fotograbado... Y las bibliotecas nacidas entonces fueron creadas para estar llenas de todo lo que se publicaba, ya que sólo una entidad pública podía recoger la totalidad de lo que la sociedad registraba en forma impresa sobre





Un espacio comunitario donde compartir el estudio y la relajada lectura de periódicos, en una de las últimas bibliotecas construidas en Barcelona, la Joan Oliver, del barrio de Sant Antoni.

papel. Ha pasado el tiempo y hoy las bibliotecas parecen regidas por tres 'd': habiendo alcanzado la mayoría de la población unos notables niveles de bienestar, las bibliotecas serían sólo para desvalidos y sus funciones se difuminarían en el espacio, digital éste, claro está.

Pero si un día soleado de primavera visitamos la biblioteca de la Minnesota State University en Mankato, o un domingo la biblioteca pública de Eugene, Oregon, las encontraremos colmadas de gente que llena todos sus rincones y que utiliza las más diversas formas de registro de la cultura (libros, revistas, microfilmes, mapas, juego y también ordenadores). Las bibliotecas actuales de los Estados Unidos de América son nuestras bibliotecas de mañana. ¿Qué preocupa hoy a quienes mantienen bibliotecas en los EE UU que nos preocupará a nosotros mañana?

Las bibliotecas se desmaterializan, se difuminan y deconstruyen a un ritmo similar al que lo hacen otras cosas en nuestra sociedad y a medida que Internet se vuelve cada vez más omnipresente. Y a la vez que cada día pasamos más tiempo en este espacio inmaterial de la red, los espacios materiales se vuelven más importantes y lo es la biblioteca como espacio y el espacio de las bibliotecas.

Seattle y Minneapolis acaban de inaugurar grandes y magníficas bibliotecas en su centro, y los bibliotecarios de las universidades se preocupan de cómo mejorar los espacios de sus bibliotecas para hacerlos lugares tranquilos, agradables, con todas las facilidades que hagan falta para que sean un lugar para el estudio y la socialización. El concepto de Ray Oldenburg de los terceros espacios ha emergido como una necesidad real al mismo tiempo que más y

más actividades cotidianas se hacen virtuales. Necesitamos sitios donde estar, donde tener vida social y donde crecer personalmente.

Los gestores de bibliotecas, hoy preocupados en como mejorar los espacios bibliotecarios, viven sin embargo en una sociedad que se ha hecho una imagen determinada de las bibliotecas, una imagen en la que es perentorio que estén llenas de papel. Hace un par de años el ministro danés de cultura amenazó con cambiar la ley de bibliotecas si el director de la biblioteca pública de Copenhague y otros colegas de profesión insistían en querer reducir el espacio que ocupaban los libros para dar más a los medios digitales, a los juegos y a los instrumentos educativos¹.

No debería sorprendernos la imagen que tenían de las bibliotecas, en nuestro ayer de reanudación democrática, los gestores municipales de Barcelona que hicieron que la ciudad apostara por los centros cívicos. Pascual Maragall, repasando sus mandatos como alcalde, ponía en la lista de los errores no haber hecho bibliotecas por haberlas considerado entonces instrumentos caducos de unas formas culturales en pleno proceso de transformación.

Las bibliotecas populares llenas de papel se comenzaban a considerar, de manera verosímil, sólo necesarias para los desvalidos, para los que no tenían los medios que la sociedad de bienestar ofrecía a casi todos. Barcelona demoró veinte años en descubrir que en eso se equivocaba, que las ciudades modernas del extranjero que emulaba tenían grandes bibliotecas y construían nuevas, y que las bibliotecas nuevas y grandes eran los equipamientos culturales más usados en las ciudades de los alrededores.



Entretanto, en el mundo, las bibliotecas no habían dejado de ser populares, pero se había descubierto que por llenas que estuvieran nunca lo estarían bastante. El paradigma del papel comenzó a decaer en los años setenta y ochenta, cuando los ordenadores comenzaron a decir que a pocos kilómetros de nuestra biblioteca había otra que tenía, esta sí, el libro que ‘la nuestra’ no tenía.

Barcelona comenzó a elaborar su plan de bibliotecas en 1996 y lo aprobó en 1998² y desde entonces sus políticos y

“En la sociedad global, que refuerza los desplazamientos y las identidades de grupo, se necesitan espacios que hagan que la gente se asiente. La biblioteca es un espacio comunitario y una institución integradora”.

gestores no han dejado de referirse a él como un acierto descontextualizado de la evolución de las bibliotecas a nivel mundial. El éxito de las bibliotecas de Barcelona de hoy es un éxito de las bibliotecas de ayer. Hemos hecho las que no hicimos cuando correspondía y las hemos hecho con parámetros ya superados. Nos hemos quedado a medias aunque, en relación a lo que no había, la ciudadanía hace un balance muy positivo.

En el momento de la redacción del Plan de bibliotecas sólo se comenzaba a vivir la reciente oleada de inmigración que nos ha hecho una sociedad más diversa y más desequilibrada.

Justo entonces Internet y los recursos digitales (revistas y libros electrónicos) comenzaron a ocupar un espacio considerable en el ecosistema de la información y la ciudad redescubrió el valor de los lugares céntricos de toda la vida después de haber creado una nueva centralidad. Barcelona tiene unas bibliotecas que son, parafraseando a Pascual Maragall, no un lugar de llegada sino un punto de partida.

La ‘D’ mayúscula de la deconstrucción se descompone en ‘d’ minúsculas en el caso de las bibliotecas. La información se ha vuelto digital, las funciones difusas y las necesidades de la gente, en lo que respecta a la información, cada vez más dispersas. Pero está además la ‘d’ de ser para los desvalidos. En la portada del *New York Times* del 2 de abril pasado se publicaba un artículo con el título “People in Need are Filling and Taxing Libraries” y en el *BBC News on line* del 8 del mismo mes aparecía otro titulado “Recession boost library visitors”³. En la sociedad global, que refuerza los desplazamientos de la gente y las identidades de grupo, hacen falta como siempre o más que nunca, instituciones y espacios que asienten a la gente y que creen comunidades. La biblioteca es un espacio comunitario y una institución integradora. No es la única, pero una a tener en cuenta y en la cual apoyarse hoy para hacer posible la vida comunitaria de mañana.

Quedan lejos las épocas ingenuas de la reconstrucción de la ciudad y del país con la democracia en las que pensábamos que las soluciones de los problemas dependían sólo de los recursos. Más escuelas y más universidades no hacen por sí solas a ninguna sociedad más culta. Las malas posiciones que obtenemos en las pruebas internacionales de nivel PISA, el fracaso escolar y la ausencia de universidades catala-



Una biblioteca no es solo un edificio, sino que materializa la idea de cómo las personas aprenden y crean a partir del conocimiento que se conserva en ella. Las imágenes muestran varios ámbitos de la Biblioteca Joan Oliver.

nas entre las mejores del mundo son indicadores de que nos queda por hacer una culturización profunda de nuestra sociedad. En plena sociedad de la información, tenemos a la mayoría de las escuelas sin bibliotecas y las bibliotecas municipales (que faltan) han sido tradicionalmente pobres en contenidos y hoy son míseras en información digital de referencia. Las bibliotecas esta dentro del catálogo de soluciones que nos permitirán hacer frente a los retos del futuro. Querremos integrarnos mejor en la comunidad en la que vivimos, crecer como personas y aprender nuevos conocimientos. Las bibliotecas de hoy ya deberían ser eso, y las de mañana no podrán ser otra cosa que entornos enriquecedores de las experiencias sociales, personales y formativas.

Un mañana con más bibliotecas nos demanda que sepamos hoy cómo hemos de hacerlas. Podemos encontrar las direcciones del futuro en tres 'c': conectividad, complejidad y complementariedad. En los próximos años viviremos una revolución asociada a la conexión a la red. Personas y objetos lo estarán y querrán estar conectadas a todas horas. Lo estaremos con acuerdos de conexión propios o colectivos (desde el wi-fi de los terceros espacios), con instrumentos propios (el teléfono, el pc o el netbook) o públicos. Las bibliotecas deben ser y garantizar la infraestructura pública de conectividad social⁴. La complejidad en las bibliotecas provendrá de las sucesivas formas que tomen sus funciones, algunas de las cuales serán rellenar los agujeros que vayan quedando abiertos por una sociedad en transformación y compleja. Finalmente, la complementariedad será el resultado de la confluencia entre instituciones que se han distanciado más debido a las limitaciones de la tecnología

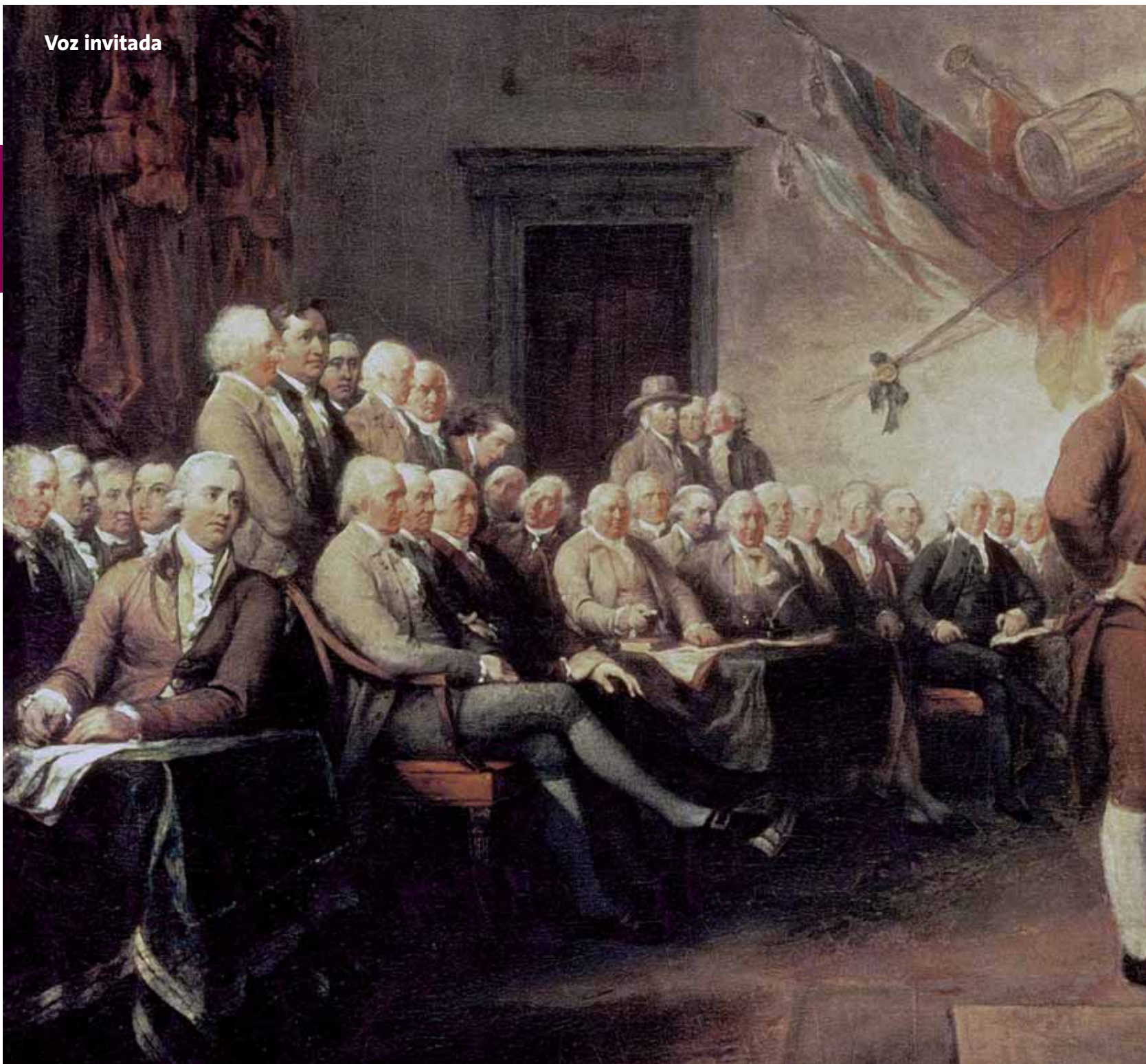
que a la diferencia entre sus funciones. Los archivos, las bibliotecas y los museos son complementarios y, en una estructura de trabajo en red, los resultados de sus actuaciones se fusionarán hasta resultar indiferenciables para el usuario. Una cosa similar pasará entre las bibliotecas nacionales, las universitarias, las populares...

En algún momento, hacia mediados de los años sesenta, pareció que la construcción de la biblioteca-organización sería la realización de un plan al término del cual, como si de un edificio se tratara, tendríamos totalmente acabada la biblioteca "ideal". Ahora que estamos construyendo la biblioteca digital (con Google Books y Europeana, por ejemplo), nos vuelve a parecer que el plan es posible y su finalización también. Pero la realización de la biblioteca no es un edificio; su realidad es como la de una conversación acerca de cómo las personas aprenden y crean a partir del conocimiento que conservan. Como una conversación con un amigo de toda la vida en la cual a medida que se desarrolla descubres que querías que no acabara nunca y que puedes interrumpir y reemprender según convenga. **M**

Notas

- 1 Sunniva Evjen i Ragnar Audunson, "The complex library: Do the public's attitudes represent a barrier to institutional change in public libraries?", *New Library World*, 110 (09) 3/4, pp. 161-174.
- 2 Mercè Cano Vers y Enric Vilagrosa, "Anàlisi del Pla de Biblioteques de Barcelona 1998-2010", Item: revista de biblioteconomia i documentació [en línia], 1999, Núm. 24, pp. 61-89. <http://www.raco.cat/index.php/Item/article/view/22537/0> [Consulta: 16-04-09]. Vegeu el Pla a: <http://www.bcn.es/biblioteques/docs/pla%2098-10%20catala.pdf>
- 3 http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/england/london/7988077.stm
- 4 Lorcan Dempsey, "Always on: Libraries in a world of permanent connectivity", *First Monday*, 14 (2009), 1, 5 January, 2009.

Voz invitada



© The Granger Collection, NYC / Prisma

El yo y la virtud republicana

Texto **Javier Gomá Lanzón** Doctor en Filosofía.
Director de la Fundación Juan March



***Ejemplaridad pública* es el tercer libro de Javier Gomá Lanzón (Bilbao, 1965), tras *Imitación y experiencia* (Premio Nacional de Ensayo de 2004), en que estudiaba el ejemplo, la ejemplaridad y la imitación, y *Aquiles en el gineceo*, dedicado al héroe homérico como símbolo de los dilemas de la socialización de un individuo. Su nueva obra, recién editada por Taurus, traslada los resultados de las dos anteriores a la esfera pública. Se estructura en tres partes: “Democracia”, “Virtud” y “Ejemplaridad”. Publicamos un capítulo de la segunda parte, que trata sobre la recuperación de la idea de virtud cívica por los teóricos del republicanismo.**



© Leemage / Prisma

La anterior enmienda al yo liberal fue un tributo al realismo que únicamente reclamaba respeto a la invariable naturaleza de las cosas: *en realidad*, se decía, no existe ni nunca ha existido ese supuesto yo aislado, legislador de sí mismo y abstraído de las costumbres históricas y sociales que le rodean y envuelven. Esta segunda enmienda, la del republicanismo, ya no se formula en nombre de la realidad sino en el de la moralidad: ese yo liberal, que desearía ver reducidas al mínimo las interferencias externas, *debe* aceptar algunas de ellas porque la humanidad, la polis universal y común, así se lo exige. Las fuentes de la argumentación de una y otra son también divergentes: el discurso comunitarista se halla próximo a la antropología filosófica y a la fundamentación de la moral en tanto que el republicano recurre a la historia de las ideas políticas y recupera una determinada tradición intelectual para proponer una filosofía política alternativa o com-

plementaria, según se mire, a la teoría liberal que inspira mayoritariamente la organización y funcionamiento de las democracias occidentales contemporáneas.

El debate se inició entre los historiadores que investigaban los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana. En 1955 Louis Hartz había publicado *The Liberal Tradition in America* dando cuerpo historiográfico con su estudio al principio, sobre el que entonces existía amplio consenso, de que, en la historia intelectual de América, “*Locke et praeterea nihil*”, esto es, como escribió el mismo Hartz, que “Locke domina el pensamiento político de América como ningún otro pensador ha dominado en ningún otro lugar el pensamiento político de una nación”. Locke es el padre del moderno liberalismo –con su lenguaje de los derechos naturales, del contrato social y de los límites al poder público– y, en consecuencia, establecer dicho principio equivalía a interpretar la revolución america-

“Si el genuino espíritu de la revolución americana era republicano, se estaba en disposición de juzgar como indeseables desviaciones las tendencias de un liberalismo que se había aliado con un capitalismo rampante produciendo estragos en una sociedad civil degradada”.

na como un acto básicamente ilustrado y moderno, y a establecer una línea de continuidad entre los heroicos orígenes de la revolución del siglo XVIII y el liberalismo vigente en la sociedad norteamericana dos siglos después, lo que, a su vez, como efecto reflejo, llevaba implícita una santificación auto-complaciente de la América liberal triunfante sobre los totalitarismos en dos conflictos mundiales y una legitimación de su política expansionista en los umbrales de la guerra fría. Sin embargo, a lo largo de los años cincuenta y sesenta fueron apareciendo investigaciones parciales que exploraban otras tradiciones distintas de la liberal, en particular, los escritos de aliento republicano que proliferaron durante la guerra civil inglesa (Milton, Harrington, Sydney), su pervivencia, pese a la restauración monárquica, en los *radical whigs* de fines del XVII y comienzos del XVIII (Toland, Gordon, Trenchard y otros) y, a través de este grupo de disidentes, su directa y real influencia sobre las ideas y la propaganda de los revolucionarios americanos¹. Esos escritos republicanos críticos de la monarquía inglesa contribuyeron a crear en las colonias pre-revolucionarias un clima de desconfianza hacia la metrópoli, en la que observaban una tendencia progresiva a la opulencia, el lujo y la corrupción en directo parentesco con el utilitarismo comercial y economicista en que, en el XVIII, había evolucionado el primitivo liberalismo moral de Locke. La madre patria estaba privando a los ciudadanos de sus antiguas libertades y ahora había riesgo real de que pretendiera extender su tiranía a las colonias, las cuales, precisamente por su rusticidad y su simplicidad, se hallaban en mejores condiciones de resistir y preservar el espíritu de la constitución sajona frente a sus actuales usurpadores.

La primera síntesis sobre esta cadena de transmisiones vino de la mano de B. Bailyn, autor de *The Ideological Origins of the American Revolution* (1967),² donde se ofrece un marco general de las ideas que llenaban los panfletos y pasquines que los publicistas de las colonias hicieron circular en los años anteriores a 1776, demostrando el enlace directo de dichos conceptos con los de la disidencia inglesa, aun sin negar la relevancia de otras influencias, como la liberal de Locke o la ética puritana. Bailyn no menciona en su reconstrucción histórica ni la tradición republicana ni la noción de virtud cívica, que informan por entero, sin embargo, la tesis central de *The Creation of the American Republic* (1969), de G. S. Wood, quien concibe la revolución americana como una tensión entre modernidad y tradicionalismo: si, por un lado, los revolucionarios tenían conciencia de estar creando con su acto de rebelión frente a la corona británica un orden políti-

co, social y moral más justo y rigurosamente novedoso –una moderna república–, por otro lado, para la realización histórica de esta utopía no dudan en recuperar conceptos del antiguo republicanismo grecorromano como, destacadamente, el de virtud, entendida como el sacrificio por el ciudadano de sus intereses individuales al bien común; pues la democracia recién creada era una sociedad cuya obediencia al gobierno y a las leyes no está basada en la coacción y el miedo, como en las monarquías corruptas, sino en el consentimiento libre de ciudadanos iguales, lo que requiere de ellos una educación cívica y un particular carácter³. Woods definió con precisión el contenido ideológico y moral del ideario republicano, pero dejó en penumbra sus antecedentes históricos, extremo del que se ocupa con amplitud J. G. A. Pocock en *The Machiavellian Moment* (1975)⁴, trazando en su monografía las evoluciones de la tradición republicana que se inicia con Aristóteles, Polibio y Cicerón, conoce su primera madurez en las obras de Maquiavelo, penetra en el mundo anglosajón con Harrington y desemboca en una postrera “americanización de la virtud”; a resultas de esta investigación retrospectiva, Pocock, que concede una posición central en dicha tradición al humanismo cívico de las repúblicas italianas del Renacimiento –el primer caso de comunidades políticas sin reyes arbitrarios y sin esclavos–, contempla la revolución americana “menos como el primer acto político de la Ilustración revolucionaria que como el último gran acto del Renacimiento; en muchos sentidos, hemos de considerar ahora a los Padres Fundadores como la culminación de los humanistas cívicos y de los republicanos clásicos”.⁵

Entretanto, el estado de la cultura americana del último cuarto del siglo XX estaba experimentando cambios profundos, y la autocomplacencia de los cincuenta y sesenta estaba dando paso, tras los movimientos contraculturales y de protesta y la aguda crisis energética que siguió, a un arraigado sentimiento general de malestar político en los setenta y ochenta, así como a una severa autocrítica a cuenta de la baja calidad de la democracia americana, empobrecida por la ola de un capitalismo que impone por todas partes las leyes del mercado y un deshumanizado estilo de vida destruyendo las instituciones éticas y los hábitos cívicos de un país y, no contento con las economías nacionales, una vez caídos los regímenes comunistas más allá del Telón de Acero que actuaban de contrapeso a su ansia de expansión, ya no conoce frenos y se globaliza ambicionando la mercantilización del mundo entero. En este contexto, la historiografía sobre los orígenes ideológicos de la revolución americana arrojaba nueva luz



Sobre estas líneas, fiesta de los homenajes en la plaza de la Signoria, en la Florencia del siglo XVI, según una pintura anónima de la escuela florentina que se conserva en la galería de los Uffizi. Abriendo el artículo en las páginas anteriores, firma de la declaración de independencia de los Estados Unidos, el 4 de julio de 1776, en Pennsylvania, en un óleo de John Trumbull.

“Se impone distinguir entre lo que, desde una perspectiva jurídico-social, tenemos derecho a hacer, porque somos ciudadanos libres y el Derecho no lo castiga, y la opción moral por lo bueno: por la vida buena, por el bien común”.

sobre los problemas del presente. Latentes en su erudición se debatían sustantivas cuestiones acerca de la democracia contemporánea, porque si el genuino espíritu de la revolución era republicano, se estaba en disposición de juzgar críticamente como indeseables desviaciones de ese momento fundacional las tendencias de un liberalismo que en los dos últimos siglos se había aliado con un capitalismo rampante produciendo estragos en una sociedad civil degradada; y por añadidura en las mismas fuentes republicanas podría encontrarse remedio, históricamente testado, a una desmoralización de la democracia que ahora se achaca a los excesos a los que ha conducido el individualismo liberal. Así, se entendió plenamente aplicable a nuestros días la polémica republicana entre *comercio y virtud*; esto es, entre una sociedad organizada en torno a la protección del interés privado y que alienta la acumulación de riqueza y el lujo entre sus miembros, tan replegados en su felicidad personal como indiferentes a los asuntos de la esfera pública excepto para señalar límites al poder, por un lado, y el ideal de una república integrada por ciudadanos comprometidos con el bien común, que participen en las decisiones que afectan al autogobierno y que hallan en esa actividad un modo de vida –*vivere civile*– superior al del *homo oeconomicus*, por otro. Lo que una propuestas filosóficas contemporáneas como las de Sunstein⁶, Pettit⁷, Sandel⁸, o estudios de historias de las ideas con orientación normativa como los Skinner⁹ o Viroli¹⁰, es ese mismo espíritu republicano que se resume en una cierta idea de virtud en contraposición no ya, como en el antiguo republicanismo, a la corrupta monarquía, sino a un Estado liberal cuyas deficiencias morales se denuncian, y a una clase de yo, el subjetivismo tardomoderno, que es fiel emanación suya.

Censuran los neorepublicanos ese Estado que carece de un designio específico y que no promueve una concepción de lo bueno para la polis; un Estado que desdeña la noción de bien común y que por ese motivo es impotente para pedir la colaboración de los ciudadanos, limitándose a garantizar el orden público en la sociedad y a proteger los derechos individuales, indiferente a los diversos modos en que en cada uno consume la vida buscándose su dicha o su desgracia, tolerante con todas las formas de ejercitar la libertad, y neutral con relación a sus posibles elecciones privadas; un Estado formal y procedimental del que es hechura ese yo instalado en el “vive y deja vivir”, celoso de su libertad y de su autonomía, que no reconoce otro dique a su espontaneidad que el perjuicio de tercero y refractario a las interferencias que interrumpen los impulsos de su autorrealización personal, no ya, por supuesto, a las coacciones externas del poder burocrático-administrativo, sino también a las más

sutiles coacciones interiores de índole moral que querrían obligar al yo sin violencia física y que, proponiendo a éste un ideal superior, coartan sus deseos estético-instintivos con la importuna insinuación de una reforma de vida.

No es cuestión ahora tanto de rechazar este antiguo ideal del liberalismo como de elevar su práctica pidiéndole que se abra a sus formas superiores¹¹. Sucede, sin embargo, que, tras siglos de identificación de la moralidad con la ampliación del surtido de capacidades subjetivas, sigue siendo frecuente un penoso deslizamiento argumental: se aprueba la posibilidad de ejercitar un derecho sin coacción y de ahí se pasa insensatamente a aprobar también cualquier ejercicio efectivo del derecho en nombre de la autorrealización, de la sinceridad o de la libertad por la libertad. Para deshacer este desgraciado malentendido, se impone distinguir entre lo que, desde una perspectiva jurídico-social, tenemos *derecho a hacer*, porque somos ciudadanos libres y el Derecho no lo castiga, y la *opción moral por lo bueno*: por la vida buena, por el bien común. Y así, se puede estar decididamente a favor de la conversión de la libertad individual en derecho positivo, hallando en ello un claro progreso moral de la humanidad, y afirmar al mismo tiempo y con energía que ese progreso no implica que todas las opciones morales que comprende el ejercicio de ese derecho sean de idéntico valor, neutras para la axiología. Por ejemplo, el hombre ensanchó su libertad cuando se aprobaron en los distintos Estados occidentales las correspondientes leyes del divorcio, porque desde entonces el ciudadano dispone de más formas que antes de ser libre y buscar el camino de su felicidad, pero no se sigue de ello una recomendación genérica a la práctica del divorcio como un modo de honrar la libertad, siendo sin duda preferible para la pareja y, en su caso, para los hijos de ambos, una situación sentimental estable y mutuamente gratificante; de igual manera que se puede estar de acuerdo con que hombres y mujeres ejerciten sin castigo y sin grave censura su derecho al adulterio y al abandono del hogar familiar, pero muy pocos sugerirían esa conducta como primera opción, estimándola moralmente inferior al valor de la lealtad en las relaciones personales, si ello es posible, y al respeto de los deberes de la paternidad responsable.

Tanto tiempo y tanto esfuerzo consumidos en preservar la libertad de la dominación han inoculado en la primera una crónica alergia hacia la virtud, la cual, al estimar unas conductas por encima de otras, parecería al liberal que se une a las antiguas coacciones que limitaban o restringían la amplitud del derecho subjetivo abdicando de su neutralidad primitiva y alineándose con los enemigos de la libertad; el yo liberal cree que tolerar sin juzgarlas todas las conductas ajenas es un

precio pequeño para exigir de los demás y de uno mismo la misma tolerancia hacia la liberación espontánea de sus personales inclinaciones. Ahora bien, en una época de libertad consumada como la presente, transida de subjetivismo y vulgaridad, la tolerancia no templada por la virtud conduce irremisiblemente a la barbarie¹², porque, cuando ya ha decaído el *élan* emancipatorio y liberador que le dio en su día fundamento, ese indiferentismo acrítico, ese aplanamiento moral, esa indistinción de valor que lo comprende todo y no discrimina nada –una indistinción típica de la vulgaridad–, conlleva la negación de la ética, toda vez que la libertad es el presupuesto de la ética, pero no la ética misma, la cual supone siempre, como se dijo arriba, una determinada opción por lo bueno.

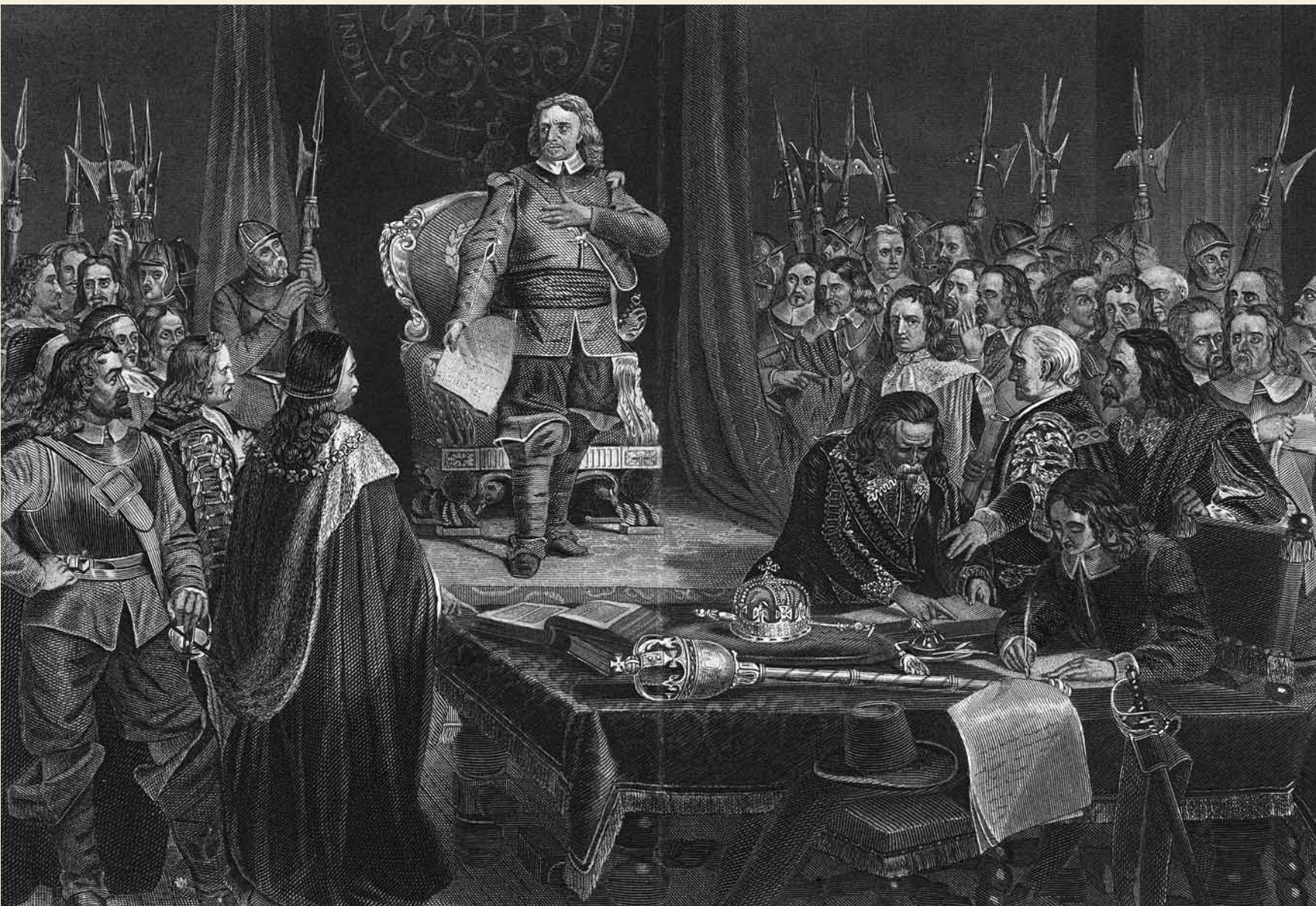
Cuando en un alarde de liberalidad el tolerante proclama que “todo está moralmente permitido mientras no lo prohíba la ley y no perjudique a tercero”, lo esencial es definir la naturaleza de este *tercero* y su extensión. Una interpretación muy restringida del concepto quisiera verlo reducido a la figura paradigmática del “vecino”, al dueño de la finca colindante, al viandante o, en general, a aquel con el que uno se roza por necesidades de la más elemental convivencia, de manera que bastaría con no causar daños en el fundo vecino, circular con

diligencia por la acera y comportarse de forma previsible y pautada en los comercios de la localidad y en oficinas públicas para entender cumplido el requisito moral de no perjudicar a tercero, y con la mejor de las conciencias considerarse autorizado para ser permisivo e indulgente consigo mismo en todos los restantes ámbitos de la vida. Por contraste, la moderna democracia nos ha compenetrado con la idea igualitaria de “humanidad”, basada en la común dignidad de todos los hombres, así como con los deberes que la pertenencia a ella hace nacer en sus miembros. La humanidad es el modelo de una polis universal y común de los hombres.

Si se repara de verdad en el hecho de que todo hombre comparte la misma humanidad y en que, por esta razón, parafraseando a Menandro, nada de lo humano debería resultarle ajeno, siendo corresponsable de su destino y de su devenir, se será proclive a extender la anterior interpretación de tercero desde la figura del “vecino” a la humanidad en su conjunto. Y ¿qué significa “no perjudicar a tercero” cuando el tercero que ha de preservarse de perjuicio alguno se asimila a la polis de la humanidad entera y a lo que a ella le es debido?

Las indagaciones históricas de Pocock han vinculado la recuperación de la virtud durante el Renacimiento italiano

Oliver Cromwell rechazando la corona de Inglaterra, en un grabado de época romántica.



con una nueva concepción humanista del tiempo y de la intrínseca finitud de las comunidades políticas¹³. El pensamiento político clásico-medieval estaba incapacitado para entender las realidades contingentes porque insertaba éstas en esquemas de eternidad, como los de providencia, destino o historia de salvación, o en mitos intemporales, sea Roma o el Sacro Imperio Romano-Germánico. El cambio de perspectiva se produce con los escritores florentinos de comienzo del XV: Pocock estudia la reutilización y transformación de las categorías clásicas –la recreación de un lenguaje republicano que denota una particular filosofía de la historia– para explicar el fenómeno nuevo de las repúblicas en el norte de Italia, la alta conciencia que han adquirido de su propia temporalidad y contingencia y de su sometimiento a la fortuna. Para los humanistas cívicos, las repúblicas son desde luego, como para Aristóteles, comunidades universales y totalidades éticas, pero, en cuanto entidades históricas, son también comunidades finitas que se deben a unas fortuitas circunstancias espacio-temporales y, por consiguiente, con un nacimiento y un probable final; desde esta perspectiva evocan la teoría de los ciclos de Polibio, que postula la necesaria corrupción de todos regímenes políticos que se van sucediendo en la historia conforme a unos ritmos predeterminados.

La mayor preocupación de los humanistas es precisar bajo qué condiciones surge la república, cómo asegurar su

continuidad interrumpiendo esos ciclos históricos que la abocan tarde o temprano a un final, y cómo evitar su degeneración por su corrosión natural a largo plazo. Mientras Polibio propone su ideal de los regímenes mixtos los humanistas recurren a la antigua idea de virtud, aplicada ahora a frenar la corruptibilidad de todo lo humano: la continuidad de la república no depende de instancias intemporales y sobrehumanas, sino de la virtud cívica de los ciudadanos y de su disposición a participar en el bien común. Previa a la polémica entre *virtud* y *comercio* tan común en los republicanos ingleses del XVII y XVIII, se estableció, en efecto, otra más fundamental aún en el Renacimiento florentino entre *virtud* y *fortuna*, entre una diosa caprichosa que personaliza el último reducto de lo bárbaro y lo inhumano –el azar y la entropía íntima a las cosas terrenales– en una cultura que inicia el proceso de secularización y, en el otro lado, la única arma de que disponen los ciudadanos para combatirla con eficacia y que consiste, en suma, en un determinado uso que decidan dar a su libertad.

Obligado es saludar con aplauso la devolución de la idea de virtud al debate político y moral contemporáneo por parte de los historiadores y teóricos del republicanismo, pues no otra arma contra la barbarie cabe imaginar en una época democrática que ha culminado la secularización de la cultura iniciada en el Renacimiento y que, tras proclamar “la

El ser humano, que ya no tiene a quién acusar por el dolor del mundo, está abocado a asumir su parte de responsabilidad en su decurso y es a él a quien se dirigen todas las miradas cuando se busca un culpable por todo lo malo que sucede. En la imagen, grupo de turistas junto a un “sin techo” en el mercado de la Boquería.



“El yo liberal cree que tolerar sin juzgarlas todas las conductas ajenas es un precio pequeño para exigir de los demás y de uno mismo igual tolerancia hacia la liberación espontánea de sus personales inclinaciones”.

muerte de Dios”, renuncia a una imagen sobrenatural del cosmos, incluso para explicar las causas del mal y de la corrupción que en él anidan. Durante siglos, precisamente porque todas las causas se remitían al final de la cadena a Dios mismo, hubo que inventarse una disciplina nueva, la teodicea, para justificar al creador y excusarle de la existencia en su obra de tan abundante sufrimiento. Pero ahora que se ha impuesto una cosmovisión científica y positivista o en cualquier caso, inmanente de los fenómenos, el hombre, que ya no tiene a quién acusar por todo el dolor del mundo, está abocado, como nuevo sujeto de la historia, a asumir su parte de responsabilidad en su decurso y es a él hacia donde se dirigen las miradas cuando se busca un culpable por lo malo que sucede en ella. Ahora es el hombre y no Dios quien está necesitado de justificación, y así Kant en

varios opúsculos –*Probable inicio de la historia humana*, entre otros– le recomienda que alcance su mayoría de edad moral autoinculpándose de los males que padece y atribuyéndose sólo a sí mismo la maldad que produce. Y, consecuentemente, como autoconciencia moderna y emancipada que no quiere confiar en una redención trascendente y ha perdido la esperanza en la intervención de un *deus ex machina*, haría bien en tomar la firme determinación de redimirse a sí mismo militando activamente contra la injusticia ontológica y ética de la que es autor y víctima.

Para ello habría que sacudirse la consolidada inhibición liberal con respecto a lo bueno. El yo moderno en los últimos siglos ha luchado con éxito contra las opresiones y coacciones de los poderes públicos y ha ensanchado hasta el máximo la esfera de su libertad; pero, como se defendió

La alianza entre liberalismo y capitalismo ha revitalizado la polémica entre comercio y virtud. Abajo, aparador de unos grandes almacenes. Página siguiente: en las sociedades actuales el concepto de prójimo, cuya libertad hay que respetar, se extiende como máximo al vecino y a la persona con quien se coincide en la vida diaria.






© Julio Arboleda

en la primera parte de este ensayo, una cosa es la ampliación de la esfera de la libertad del yo y otra el ejercicio, virtuoso o no, que éste haga de esa esfera ampliada: el progreso moral de lo primero ha sido evidente, el de lo segundo –el “progreso hacia lo mejor” (Kant)– lo ha sido mucho menos. Lo que el ahora nos pide es tener el coraje de abandonar un discurso de liberación que se desliza día a día hacia el manierismo afectado y mimético, y en lugar de agitar los brazos en demanda de aún mayores porciones de libertad, ejercitarse en el aprendizaje de su uso virtuoso.

Esta humanidad democrática no represora, sostenida sobre cimientos finitos y profanos, se halla más expuesta que ninguna otra a las arbitrariedades deletéreas de la fortuna. De ahí la renovada actualidad del viejo lema de los humanistas cívicos florentinos: *virtù vince fortuna!*, sólo la virtud de los ciudadanos es apta para sostener una civilización secular en vilo frente a las instigaciones siempre acechantes de la anarquía, la anomía y la nada. La incertidumbre ontológica de la democracia proyecta sobre el yo el imperativo primario de orientar su libertad en determinada dirección con preferencia sobre otras para dotarla de ser, sustancia y consistencia, y ello no por temor a las represalias de una desprestigiada coacción o en virtud de un principio de autoridad que la democracia ha hecho caer en desuso, sino *en conciencia*, en respuesta a la *vis directiva* que los ciudadanos de esta polis finita concedemos a una humanidad necesitada de la libertad rectamente orientada de sus componentes para llevar adelante el común proyecto civilizatorio. ¿Y qué decir sobre ese tercero que, con arreglo al axioma liberal, ha de preservarse de perjuicio? A la luz de las anteriores consideraciones es obligado concluir que el yo que, detenido en su progresión moral, se mantiene en el estadio del esteticismo instintivo, rehúsa reformar su vida y se inhibe de la virtud, perjudica positivamente a tercero, aunque la ley le autorice ese comportamiento.

Las reservas y matizaciones que una propedéutica como la presente tenga que dirigir al republicanismo, en especial a su desconocimiento de la función política de las costumbres (prolongando en este punto la larga tradición de estatismo liberal), y en segundo lugar, a su concepción desenfocada o parcial de la virtud, serán desarrolladas en el curso de la siguiente sección. 

Notas

- 1 Cfr. R. E. Shalhope, “Towards a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography”, *The William and Mary Quarterly*, vol. 29, n. 1, 1972, pp. 49-80; y D. T. Rodgers, “Republicanism: the Career of a Concept”, *The Journal of American History*, vol. 79, n. 1, 1992, pp. 11-38.
- 2 Hay traducción al español: *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Paidós, Buenos Aires, 1972, trad. A. Vanasco.
- 3 Cfr. parte 1, cap. 2, párrafos 3.- “The Public Good”, y 4.- “The Need for Virtue”. Hay una nueva edición en The University of North Carolina Press, 1998. Sobre estos temas, una síntesis más reciente del mismo autor se encuentra en *La revolución norteamericana*, Mondadori, Barcelona, 2003.
- 4 J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Tecnos, Madrid, Madrid, 2002.
- 5 J. G. A. Pocock, “Virtue and Commerce in the Eighteenth Century”, *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 3, n.º 1, 1972, p. 120.
- 6 C. R. Sunstein, “Más allá del resurgimiento republicano”, en F. Ovejero, J. L. Martí y R. Gargarella (comp.), *Nuevas ideas republicanas*, Paidós, Barcelona, 2003, pp. 137-190.
- 7 P. Pettit, *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Paidós, Barcelona, 1999.
- 8 M. Sandel, *Democracy’s Discontent. America in Search of a Public Philosophy*, Harvard University Press, 1996; cfr. también la discusión que este libro ha suscitado en A. L. Allen y M. C. Regan Jr (ed.), *Debating Democracy’s Discontent*, Oxford University Press, 1998.
- 9 Q. Skinner, *Liberty before Liberalism*, Cambridge University Press, 1998, y, entre otros artículos, “La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad?”, *Isegoría*, n.º 33, diciembre de 2005, pp. 19-50.
- 10 M. Viroli, *Reppublicanesimo*, Laterza, Turín, 1999; hay traducción al inglés: *Republicanism*, Hill and Wang, Nueva York, 2002.
- 11 Cfr. Ch. Taylor, *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994, cap. VII: “La lotta continua”.
- 12 Cfr. A. Arteta, “Tolerancia como barbarie”, en M. Cruz (comp.), *Tolerancia o barbarie*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 51-76.
- 13 J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico, op. cit.*, primera parte, III, “El problema y sus modos. C) La *vita activa* y el *vivere civile*”, pp. 133 y ss.



Yo estaré aquí

Texto **Lilian Neuman**
Fotos **Antonio Lajusticia**



Personajes de ficción, objeto de estudio en tesis doctorales; porque en ellos se reflejan los cambios de nuestra ciudad. Desde los tiempos en que trabajaban de lunes a domingo, de ocho de la mañana a diez de la noche, vigilaban las calles, tenían llaves de todas las casas, conferenciaban con el sereno y velaban por los demás. Lo cierto es que se prescinde de ellos desde la creación del portero automático. Se cancelan porterías –que se alquilan como viviendas– y se contratan conserjes que, una vez concluido su horario, cierran con llave y se van de allí. Pero Barcelona sigue albergando a quienes, según el convenio colectivo en curso, tienen su casa como parte de “la retribución en especie”.

Viven donde trabajan, o tal vez su trabajo es su forma de vivir: mirando al interlocutor –o a la periodista–, pero sin dejar de estar atentos a la entrada o la ventana, atentos a ruidos, a distinguir entre habituales y extraños, a estar dispuestos siempre, aunque sea su hora de cenar, a ser llamados, requeridos, a veces muy tarde por la noche –un anciano del segundo piso que se ha caído, una repentina fuga de agua–, o a percibir, fuera o dentro del horario del convenio, esa silueta lejana, la de un desconocido que se acerca, sospechoso, una noche en medio de un campo deportivo desolado. Tal vez un loco, o tal vez una pobre mujer que se quedó encerrada en el cementerio de Poblenou, que ya ha cerrado sus puertas: “¡Socorro, sáquenme de aquí!” Ese es el grito habitual, el terror de una noche en compañía del muerto que se ha ido a visitar.

La búsqueda de los guardianes de esta ciudad conduce a orígenes lejanos: el pueblo o la ciudad que alguna vez se

abandonó, hace cuarenta o cincuenta años, para llegar a esta ciudad: Salvadiós, en la provincia de Salamanca; Balouta, a sesenta kilómetros de Ponferrada; Urbiola, en Navarra; Teruel; Cartagena; Córdoba...

El sol no dejará de salir

Julita me enseña un cuadro con una serie de fotos en blanco y negro. Ella tiene diecinueve años y tiene en la falda, y a su alrededor, unas niñitas que sonríen encantadas, y que hoy pueden tener entre cuarenta y cincuenta años. Ella las cuidó, cuando llegó de Salvadiós. No había tenido hijos todavía, pero había cuidado de sus hermanitos menores. Esas niñas y niños que ella crió pueden aparecer en cualquier momento con sus coches, con sus familias, y Julita –o su esposo Polis– los verá por la ventana y les abrirá el portón de entrada, para seguir charlando en su cocina comedor. Cuando Polis y Julita se instalaron en esta vivienda a la entrada de este interminable jardín con siete casas (todos miembros de una misma familia), alrededor, aquí en la entrada de Esplugues, sólo había cielo y árboles. Polis hace rápidamente el inventario: desde 1963, él se encargó a diario de llevar a los niños de estas familias a sus respectivos colegios. Y enumera en voz alta los niños y los colegios: cuatro hijos en una casa, cinco hijos en otra, seis, doce, ocho, siete... Cuarenta y dos primos que crecieron allí, a quienes él llevaba –sobre todo a los varones– a pasar el día a la Barceloneta.

Polis tiene en la parte trasera de la casa su gran reino, su enorme taller, donde desmontaba las motos que diseñó uno de los miembros de esta familia –los fines de semana



“La enternecedora estampa del portero de colegio que los viernes cerraba las puertas y se quedaba solo en aquel edificio huérfano de algarabía juvenil, salta en mil pedazos. Eso es simple sentimentalismo para Enric y Joan, del instituto Margarida Xirgu de Hospitalet”.

Debajo de estas líneas, Polis y Julita, encargados de una propiedad familiar en Esplugues, a la entrada de su casa. En la página de apertura del artículo, de arriba abajo: Enric y Joan, conserjes del instituto Margarida Xirgu, de Hospitalet; Polis; Julia, empleada en un edificio de la Ronda de Sant Pere, y Rogelio, presidente del sindicato de empleados de fincas.

eran un despliegue de motos desmontadas, bajo la supervisión de Polis-, y allí están sus herramientas para arreglarlo todo: jardinería, lampistería, electricidad. En su casa cuelga una graciosa caricatura de Polis rodeado de herramientas y de artefactos para arreglar, desde televisores hasta motos. Polis tiene llaves de las siete casas y de sus respectivos buzones, y muy pronto por la mañana ya está en pie reparando la prensa. “Tengo la manía de estar siempre contento”, dice. Es un hombre feliz, que salva la vida a un árbol o se sube al coche para llevar a alguno de estos niños –hoy adultos– al aeropuerto.

A la vida, dice Polis, no hay que maltratarla. “Cuando yo llegué a este mundo, el sol salía por allí y se iba por el otro lado. Y cuando yo no esté, eso seguirá siendo así”.

No hay miedo a la noche

Parece una abuela de armas tomar. De hecho, la segunda vez que he ido a verla, esta vez para llevarle un libro que le prometí a su nieta Judith (y para presentarle a mi perro), el diálogo comienza de esta manera: “Vengo a traerle el libro”, le digo por el teléfono móvil, “pero aquí, en el jardín del cementerio, pone que no dejan entrar perros”. Respuesta: “Si alguien se atreve a decirte algo sobre el perro, ya salgo yo con una escopeta y se acabó”. Desde luego no tienen escopeta, y sí unos cuantos juguetes desparramados por la sala, y una enorme foto del bellissimo Balouta, en el que pueden señalarme exactamente la casa a la que siempre van.

Se conocieron en un baile en el Poble Sec. Ella, de setenta y ocho años, ha limpiado nichos, mientras su esposo, de ochenta, mantiene una admirable forma física, sin duda por todos los años que fue sepulturero y paleta aquí, en Poblenuu. Llevan aquí cincuenta años, y toda su vida él trabajó para “Pompas” –así se refieren a la empresa Serveis Funeraris–, desde los tiempos en que subir un féretro a los nichos más altos era un trabajo peligroso y manual (y él ha sobrevivido a un accidente durante una inhumación). Y, aunque parezca extraño, han tenido vecinos turbulentos. En la casa de al lado, hoy almacén, vivía un matrimonio que también trabajaba para “Pompas”, “aunque la verdad es que él cada mes se tomaba al menos cuatro días de baja”. Los dos acostaban a sus niñas –dos gemelas– muy temprano para sentarse en el jardín a beber. Y ellos recuerdan como si fuera ayer los gritos de aquellas niñas encerradas en la habitación.

Entre nosotros, ahora está también Judith, que acaba de regresar del colegio. Tiene los ojos muy abiertos, habla con

dulzura y está atenta a todo lo que decimos. Al relato que su abuelo hace de otras épocas, hace cuarenta y treinta años, cuando en el cementerio por la noche había un guardia municipal: “Había uno gordo, un tipo enorme de unos ciento cuarenta kilos, que me mandaba cada noche a comprarle una botella de *champagne*”.

No hay miedo a la noche ni lo han tenido nunca, aunque tal vez Judith todavía recuerde aquella pesadilla, la del tiempo en que vivió bajo la tutela de una abuela materna impiadosa. Suena lejano, el cuento de aquella bruja, mientras por los ventanales vemos las copas de los árboles y oímos cantar a los pájaros. Paradójicamente, la bruja está enterrada aquí.

Historias para no dormir

Los dos se conocieron en un partido de rugby, porque él jugaba en el equipo del Español. Y a ella el rugby siempre le gustó. Se casaron, él siguió jugando y también entrenando –aquí están sus fotos en la pared, con el equipo, él con unos rizos que le valieron el apodo de “Calígula”– y vivieron en el campo de rugby de Montjuïc. Desde 1984 viven en esta casa de grandes ventanas, por las que se ve la enorme extensión del estadio Serrahima, también en Montjuïc. Allí siguen preparando el estadio para rugby y atletismo y siguen, como toda la vida, atentos a las ventanas. “Es una manía que tenemos”. Aunque ya no quede nadie en las instalaciones y él ya haya terminado de instalar y desinstalar los artefactos de competición.

Recuerdan muertos de risa que una noche, mientras estaban sentados en el sofá mirando el programa *Historias para no dormir*, de Chicho Ibáñez Serrador, de repente la puerta del porche se abrió: tuvieron un sobresalto que aún hoy no han podido olvidar, aunque aquello fue obra del viento.

No tienen miedo al silencio, ni a la soledad; han criado allí a sus tres hijos, tienen dos nietas, y no han perdido la manía vigilante. Si hay uno fuera, el otro queda en la casa. Hace muchos años, una madrugada, José, que se levanta a las cinco y media de la madrugada, salió de su casa –cuando todavía vivían en el estadio de rugby– y se encontró con un tipo vestido de marinero colgado. Fue un caso policial, el de un marinero asesinado en el puerto y trasladado allí para fingir un suicidio. Años más tarde, aquí en Serrahima, vieron por la ventana a un hombre extraño. Era ruso, estaba borracho y sólo decía “dormir, dormir”. Tardaron más de dos horas en echarlo. José me enseña el arma defensiva que guarda tras la puerta: fiel a su trayectoria, se trata de un bate





de béisbol. Cuando lo sostiene y me lo enseña con una sonrisa, adquiere la fisonomía de aquel Calígula cuyos rizos, por cierto, fueron obra de una permanente que le hizo su mujer.

El colegio vacío

La enternecedora estampa del portero de colegio que los viernes cerraba las puertas y se quedaba solo en aquel edificio huérfano de algarabía juvenil acaba de saltar en mil pedazos: “¡Eso es sentimentalismo!” Enric y Joan tienen su oficina en el instituto Margarita Xirgu, en Hospitalet. Enric vivió en este instituto durante veinticuatro años. Y aquí sigue trabajando. Quien vive aquí es su compañero Joan, que en 1992 perdió a su esposa y se hizo cargo él solo de sus cinco hijos. Su casa, en la parte trasera del edificio, da a un enorme jardín –hay dos palmeras plantadas por su antecesor Enric–, y por allí se ven los juguetes de los nietos de Joan. Desde la casa, un cachorro tremendo llamado Fox no ve la hora de salir a correr. Joan cuenta que su antecesor pilló por los pantalones a un ladrón que intentaba entrar por el jardín y lo dejó en calzoncillos.

En la central de operaciones de Enric y Joan entran y salen profesores, alumnos, y ambos no paran de moverse con energía casi atlética, de unas fotocopias a una llamada de teléfono, o a un mensaje de última hora. No es fácil decir si este lugar lleno de vida es lo que los hace así, o tal vez sea al revés: es la vitalidad de estos dos tipos llenos de sentido del humor lo que hace de esta sala un sitio del que nadie se quería ir. “Si nos limitáramos a hacer lo que la ley dice, este instituto dejaría de funcionar”. Enric se sienta en una silla y escenifica lo que quiere decir. “Mírame bien, ahora soy funcionario”. Y allí se queda, tieso, ausente,

aristocrático, la estampa de todo lo que ninguno de los dos, que coinciden también en provenir de familias proscritas –anarquistas, la de Enric, “roja”, la de Joan–, son ni llegarán a ser.

La otra ciudad

¿Ha visto alguna vez a un portero con ordenador? En efecto, nada más entrar en este elegante edificio de Sarriá, un hombre corpulento, de voz muy agradable y muy buena planta, levanta la vista de su portátil. Manolo consulta sobre todo las ofertas de viajes por Internet, y desde hace veinte años vive aquí, con su esposa y sus dos hijos adolescentes. A veces, confiesa que se siente “un pájaro encerrado en una jaula”. Le gusta bajar al centro, pero también le ensordecen los ruidos. Y afirma, con vitalidad y energía, que su trabajo “es más psicológico que físico”. Estar atento a lo que la gente quiere, saber tratarla, ser discreto, saber estar.

Y tiene una debilidad: su función es espantar a vendedores, pero entonces él mismo, apiadándose de aquellos a quienes debe echar, acaba escuchando durante largo rato a dos Testigos de Jehová. Y otro día, cuando vuelva a pasar por allí, me confesará que esa misma mañana se ha hecho socio del Círculo de Lectores. Estar con él un rato en la calle es ver a otra portera que viene a traerle el dinero de la Primitiva que juegan entre todos, o a una joven vecina pararse con la moto y pedirle fuego, y saber de muchas otras porterías en esta zona de empleadas del hogar uniformadas (y de ancianas damas uniformadas con sus elegantes *foulards*). En este barrio hay porteros muy jóvenes, de no más de cuarenta años, que encuentran vivienda y una forma de eludir el yugo de una hipoteca o un alquiler. Por ejemplo, Juan y su esposa, los dos de Jaén, casa-

Enric y Joan –en la imagen de arriba– están convencidos de que si se limitasen a hacer lo que pide la ley, el instituto donde trabajan como conserjes no funcionaría. En la página siguiente, Rogelio, presidente del sindicato, que con el dinero ahorrado se pudo comprar el ático del edificio donde vivió y trabajó, y Julia, en la portería de la céntrica casa que cuida desde hace 34 años.



dos desde muy jóvenes, quienes de este modo han dejado atrás el pluriempleo y el viajar arriba y abajo sin cesar.

A Manolo, como a muchos, le han dicho alguna vez que era como de la familia. Estamos en la calle, en donde se puede fumar un cigarro y tirarlo en una alcantarilla, y Manolo me dice que eso “nunca es verdad”. Pero también es cierto que hace unos años, cuando su mujer estuvo enferma, fueron los miembros de una entidad bancaria que había en ese edificio quienes le pagaron, espontáneamente, un dinero mensual. “Y eso se agradece para toda la vida”.

“Esta ciudad estaba más limpia y había menos ladrones, antes, cuando estábamos los porteros”. Bien lo sabe el presidente del sindicato, un *self-made man* –¿quién de todos los hombres y mujeres aquí entrevistados no lo es?– que lleva cincuenta y ocho años casado, que suele volver a Teruel de vacaciones, que se ha jubilado de la portería y, con el dinero ahorrado durante años, pudo comprarse el ático del edificio en donde vivió y trabajó. “Un portero nunca debe gastárselo en juerga, tiene que ahorrar”. También fue alcalde de barrio en Sant Gervasi, trabajó los fines de semana en el Fútbol Club Barcelona y hoy sigue siendo portero los domingos en la Monumental, en la zona VIP. ¿Es posible, hoy, plantearse la vida como se la planteó él?

Cae la tarde en la Ronda de Sant Pere, esa hora en que las porterías se sientan en sus puestos y, como dice Mari Carmen, corren el riesgo de “comerse el coco”. Por eso ella hace unas extraordinarias labores en punto cruz, en esta portería que heredó de su madre. Ellas y otras más me han llevado hasta una mujer de semblante joven y sano, bonita y vivaz, aunque me confiese que está cansada y no tiene muchas ganas de hablar. Julia tal vez no sabe que es una pre-

ciosa estampa, nada más entrar en ese edificio noble, que cuida desde hace treinta y cuatro años. Su rostro y su elegancia tienen algo de belleza antigua. Hoy está sola, en su pequeña habitación, pero hay tardes en que su nieta se instala junto a ella y lee o hace sus tareas. Es de familia gallega, de Lugo, y lleva aquí toda su vida. Ha criado y educado a sus hijos, y aunque está triste –sé que ha perdido a su esposo hace poco tiempo, y que él solía sentarse aquí– me habla con orgullo de su familia unida, y en verdad no quisiera molestarla, tal vez sí distraerla. Pero es ella quien me distrae del vértigo diario con su curiosidad y su interés. Escucha, pregunta y, sin duda, allí está la razón de ser de esa belleza que le encuentro mientras hablamos de los precios del mercado, y de dónde compro yo los frutos secos. “Mi marido compraba allí”, dice recordando de repente. En medio de todo lo que hablamos, ha dicho algo que tiene relación con la lucha y el esfuerzo, el paso del tiempo y la vida “que a veces todo se lo lleva”, pero la vida misma nos está llevando a otros temas, también a lo difícil que se ha vuelto esta ciudad.

“Conversas con mucha gente, pero nunca profundizas una conversación con nadie”, me han dicho por las porterías. No ha sido así con Julia, estoy segura. Y quien se aventure por esta ciudad y se tome el trabajo de detenerse a hablar con quienes nos cuidan tiene garantizado que será mucho, muchísimo, lo que aprenderá. Sobre lo fugaz de la vida y sobre el mejor puesto de pescado. Sobre lo que en otra época fue dejar atrás la miseria y llegar a esta ciudad, para darles un porvenir a los hijos. O ver la vida pasar, a los niños crecer, y a los viejos vecinos morir.

Todos ellos han dicho algo memorable: “Vuelve cuando quieras, yo estaré aquí”. **M**



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

150 años del proyecto del Eixample



Barcelona conmemora el 150º aniversario del Plan de Ensanche de Ildefons Cerdà. En este tiempo, el Eixample se ha convertido en un tablero de juego en el que la ciudad y su urbanismo han establecido un diálogo permanente con el proyecto del ingeniero de Centelles.

Pasado y futuro de la Barcelona territorio

Texto **Francesc Muñoz** Profesor de Geografía Urbana.
Universitat Autònoma de Barcelona

El Eixample de Barcelona, el Eixample Cerdà, ilustra de forma clara el intenso proceso de reflexión sobre la forma urbana que se produjo durante el transcurso del siglo XIX y que caracterizó un urbanismo nacido con la urgencia de aportar soluciones a una crisis urbana de tipo ambiental y social. Las condiciones extremas de densidad, resultado del acelerado crecimiento urbano, y la insalubridad de los espacios habitados y públicos serán, en efecto, concebidas como la causa primordial de la elevadísima mortalidad que definía la percepción vital y estadística de los espacios urbanos y que sin duda constituía el principal problema de la ciudad.

De este modo, tanto la medicina galena como el incipiente urbanismo explicaron los mayores riesgos para la salud, concretados a partir de los elevados umbrales de mortalidad urbana, en función de la excesiva densidad que entonces definía el espacio urbano a partir de evidencias diversas: desde el aumento exponencial de la población en el espacio intramuros hasta la subdivisión intensiva de las propiedades que daba lugar a viviendas de superficie progresivamente más reducida.

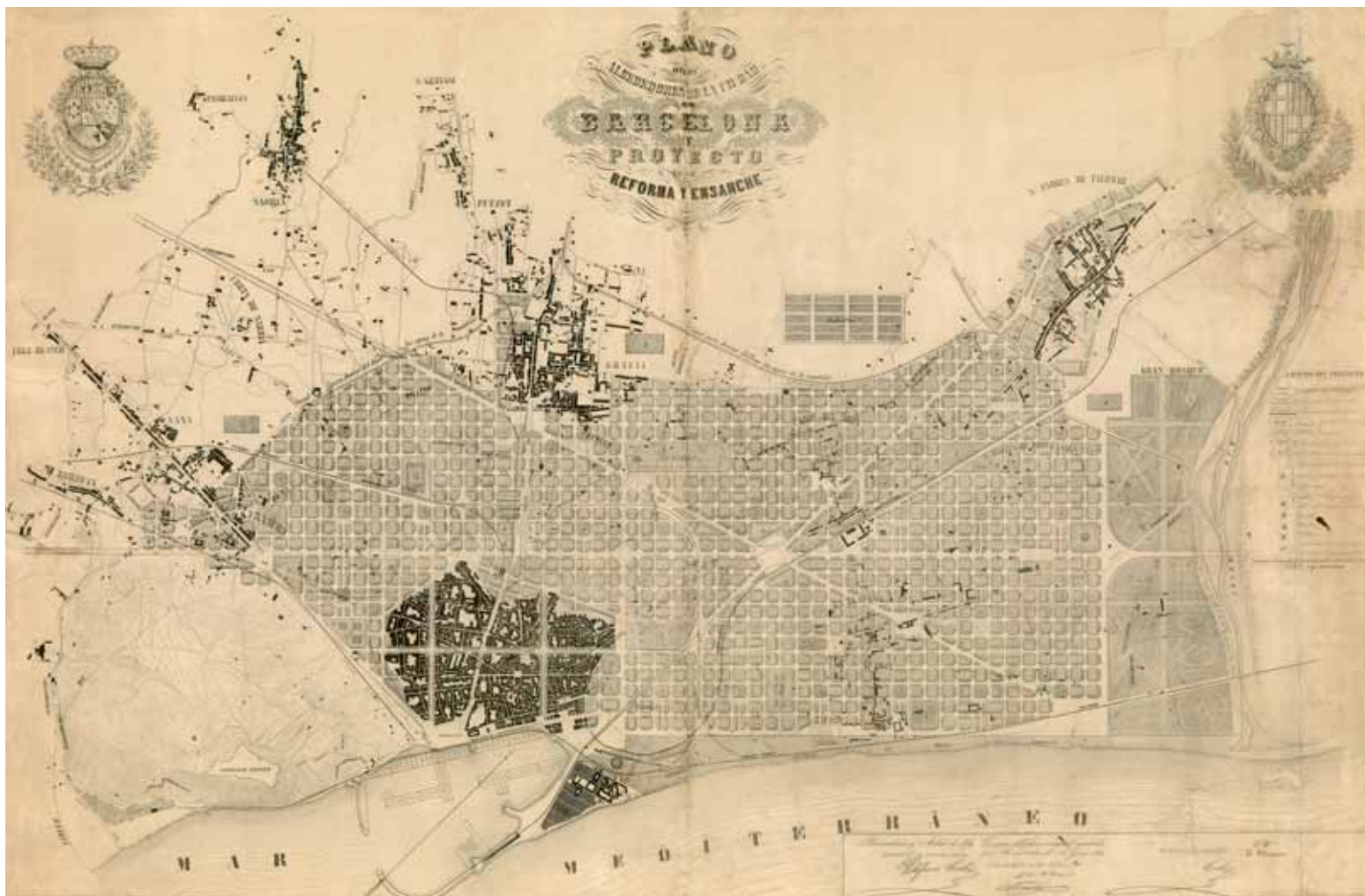
Este vínculo entre densidad y sobremortalidad se estudiará desde el prisma positivista a partir de la acumulación exhaustiva de datos cuyo análisis llevará a la conclusión de la necesaria reforma y ensanche de la ciudad existente como condición previa para proyectar un espacio urbano adecuado al ideal técnico de salud pública. En el caso de Barcelona, este análisis causal de la densidad y la mortalidad, que con muchas otras informaciones estadísticas se recoge en *Teoría general de la urbanización*, lleva a Cerdà a justificar la necesidad del Plan de Ensanche, de cuya aprobación celebramos el 150.º aniversario en 2009. Este cuaderno monográfico parte de esas perspectivas históricas para proponer cuatro grandes argumentos relativos al Eixample de Cerdà y a su legado a Barcelona:

–En primer lugar, una contextualización del Plan de Ensanche como un proceso urbano en el que hay que considerar las herencias e inercias del momento de partida no sólo en lo que se refiere a la producción de suelo urbano de forma

estricta, sino, sobre todo, en lo relativo a las vertientes social y política que van conformando el proceso de urbanización. Los artículos de Ramon Grau, Marina López y Manuel Guàrdia exploran estas cuestiones con mayor profundidad y nos permiten entender la complejidad que acompaña los procesos de cambio morfológico y funcional en la ciudad del siglo XIX. Una complejidad que nos indica que no sólo cambia el espacio físico de la ciudad, sus fachadas o espacios públicos sino también la propia sociedad urbana.

–Esta presentación de la evolución del Plan de Ensanche, lejos de plantearse en términos de un plan virtuoso que, con posterioridad, es transformado o corrompido por la práctica del urbanismo, se propone, por el contrario, desde el enfoque precisamente opuesto, es decir, el Eixample constituirá más bien un tablero de juego en el que la ciudad y su urbanismo establecerán un diálogo ininterrumpido con el Plan y sus resultados. Es muy cierto que el proceso de construcción del Eixample se fue orientando según criterios diferentes de los que fundamentaban las propuestas iniciales, como lo demuestra el hecho de la progresiva densificación de las manzanas y del tejido edificado, ya bastante estudiada y conocida. Pero no es menos cierto que el propio Cerdà introdujo modificaciones en sus planteamientos, buscando siempre el máximo pragmatismo de acuerdo con el momento histórico, y que los cambios progresivos significaron la introducción de elementos y situaciones consideradas hoy como positivas. Los artículos de Joaquim Sabaté, Mercè Tatjer y Joan Roca se hacen eco de este interesantísimo debate y muestran hasta qué punto el Plan de Ensanche nos permite reflexionar no sólo sobre la ciudad pasada sino sobre la actual.

–El énfasis en la relación entre la gestión del Plan de Ensanche y la práctica del urbanismo en Barcelona cobra especial interés cuando se pretende valorar el pasado reciente de la ciudad. En este sentido, los artículos de Joan Busquets, Maria Buhigas y Salvador Rueda ensayan una visión comprensiva sobre el urbanismo democrático que refundó la gestión urba-



© Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona

“Plano de los alrededores de la ciudad de Barcelona y proyecto de la reforma y ensanche”, aprobado por real orden de 7 de junio de 1859. La imagen corresponde a una copia de 1861, autenticada por el propio Cerdà y el director general de Obras Públicas del gobierno español.

na de la ciudad y, ya con la mirada puesta en el momento actual, ponen de manifiesto, un siglo y medio después de la aprobación del Plan, la inmensa capacidad del Eixample como una forma urbana capaz de acoger diferentes funciones urbanas, de adaptarse a nuevos programas de uso e incluso de representar percepciones sociales nuevas.

–Por último, la sección del monográfico “Propuestas/respuestas” sugiere una reflexión sobre el futuro de la metrópoli barcelonesa en el siglo XXI partiendo de la visión de largo alcance que caracteriza la reflexión de Cerdà en la Barcelona del siglo XIX. Los artículos de Juan Antonio Mòdenes, Manuel Gausa y Jordi Pascual abordan, así pues, la cuestión de la morfología física y social de la futura metrópoli y ponen de manifiesto la contradicción que actualmente representa el hecho de que las dinámicas metropolitanas presenten una magnitud claramente regional cuando las capacidades para gobernar el territorio no son aún efectivas a escala supramunicipal.

Los tres artículos, con diferentes argumentos y desde diversas perspectivas, plantean lo que desde la demografía, el urbanismo y la cultura constituye el principal reto de las regiones metropolitanas en el momento actual, también en el caso de Barcelona: conocemos bastante bien el territorio, evaluamos con relativa exactitud los volúmenes poblacionales, los consumos de suelo o los hábitos culturales, pero aún hemos de enfrentarnos al problema de cómo poner esa diagnosis exhaustiva al servicio de una visión regional del gobierno del territorio, capaz de dotar de contenido nuevas formas de gestión metropolitana más adecuadas a la dimensión territorial que adquieren las problemáticas urbanas actualmente.

De hecho, se trata de una situación que ciertamente recuerda a aquella en la que Cerdà propone el Plan de Ensanche, ya

que, después de haber recogido un detallado operativo estadístico y completado el diagnóstico del por aquel entonces principal problema urbano –la sobremortalidad urbana asociada a la densidad–, la reflexión que introduce el Eixample no llevará más que a la agregación municipal de 1898, que supone, de hecho, un primer salto en la escala del gobierno de la ciudad.

Reflexionar en el momento actual sobre esta adecuación del gobierno del territorio a una escala metropolitana vasta plantea no pocas dificultades pero, a pesar de ello, se trata de una condición necesaria y no suficiente. En otras palabras, la eventual creación de una ley o de un futuro gobierno metropolitano debería ir acompañada de otro gesto aún más importante y de raíz claramente cerdaniana: la redefinición, inspirada en la diagnosis del territorio, de las políticas urbanas al uso para adaptarlas a la dimensión real de las cuestiones que crean la metrópoli.

Llevar las políticas urbanas al territorio: éste es el “gesto Cerdà” que Barcelona puede aprovechar en el nuevo siglo.

Seguramente, la demanda retórica de Cerdà cuando pedía “Rurizad lo urbano, urbanizad lo rural”, se ha cumplido en el transcurso del siglo XX y hemos, efectivamente, urbanizado el campo, pero también es evidente que lo hemos hecho sin la política, sin políticas inspiradoras de urbanidad que hayan ido más allá de la mera urbanización del territorio.

Más allá de la celebración de la efeméride y de la reivindicación de la figura del ingeniero creador del Eixample, este Año Cerdà ha representado una oportunidad para someter a debate estas cuestiones. Un debate que, aunque debe comenzar por el propio Eixample, valorando su historia y relevancia urbana en el momento actual, tiene que concluir lejos de las fronteras definidas por la geometría de su cuadrícula, hasta hacer visibles los territorios de la metrópoli donde el “gesto



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

El espíritu del ingeniero

Cerdà se enfrenta a dos exigencias de similar importancia. Se trata de satisfacer, por una parte, las demandas de una economía pensada sobre todo como comercio, y por otra, los derechos de las personas, que merecen realizarse serenamente.

Un sansimoniano para la Barcelona decimonónica

Texto **Ramon Grau** Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona

Parece que debería ser fácil comprender a Ildefons Cerdà. Sus acciones públicas concuerdan bastante bien con sus ideas. Y su pensamiento, expresado prolijamente pero con una claridad invariable, es de un racionalismo arquetípico. Cerdà se esforzó por captar y traducir el mundo exterior mediante una simplificación extrema. Cojamos un pasaje representativo:

“Todo bien considerado, la vida urbana se compone de dos principalísimos elementos que abarcan todas las funciones y todos los actos de esa vida. El hombre está, el hombre se mueve: he ahí todo. No hay, pues, más que estancia y movimiento. Y esos dos elementos tienen en la urbe, como no podían menos de tener, sus dos correspondientes medios o instrumentos para ejercitarse. Todos los actos de verdadera estancia se verifican en las capacidades finitas material o virtualmente ocupadas por la edificación; todos los actos concernientes a la locomoción se realizan en los espacios indefinidos que se llaman vías”¹

Es evidente que el encuentro entre esa manera de razonar y el mundo exterior da lugar a complejidades y a resultados parciales que, si se quiere interpretar el robusto sistema cerdánico como un todo sin fisuras, sorprenderán por paradójicos; por más que aparezcan como plausibles dentro de una argumentación concreta; por más que los admiradores modernos de Cerdà –en general, personas implicadas en la acción urbanizadora, con prioridades ajenas a la pura comprensión histórica– hayan quedado presos de la fuerza retórica de nuestro urbanista o no hayan querido ver en ella tensiones que llevan la marca de una manera de hacer y de un tiempo muy determinado.

Resulta significativo, por ejemplo, que, justo después de aquellas definiciones transparentes, la ciudad, centro de actividad principal de la industria moderna y punto focal de todo el movimiento de la civilización contemporánea, le parezca a Cerdà por un momento –porque no todo es cuantificable, no todo es reductible a la funcionalidad mercantil, y no faltan las tintas horacianas– como un amable receso:

“Es ni más ni menos que un gran apartadero de la vialidad universal, de suerte que la urbe, con todas sus masas de edifica-

ción y con todas sus vías, no es más que una estancia inmensa donde mora una gran colectividad humana, de la mismísima manera que la casa, con sus vías y departamentos, forma la estancia de la familia”²

Pero las contradicciones o inconsistencias –¿y qué pensamiento ambicioso no las contiene?– giran siempre en torno a ese único punto. Es la misma dualidad –la binaria es la más simple de las opciones clasificadoras– que recorre toda la obra de Cerdà, en diferentes escalas y con formas diversas: acción y descanso, espacios públicos y espacios privados, vías e intervías, calles y casas, y, dentro de éstas –como acabamos de leer–, pasillos y habitaciones. Cerdà se enfrenta con dos exigencias de similar importancia que no siempre se pueden relacionar armónicamente. Por una parte, se trata de satisfacer las demandas de una economía que está pensada, sobre todo, como comercio, como tráfico de objetos. Por otra, hay que dar satisfacción a los derechos de las personas, que merecen realizarse serenamente, como individuos y en su prolongación familiar.

La tensión entre estas dos exigencias principales –¿dónde queda el fenómeno fabril?– delimita y da sentido al diseño y al libro conocidos desde siempre: el plano de ensanche y reforma de Barcelona, aprobado por Real Orden de 7 de junio de 1859, y la *Teoría general de la urbanización*, publicada en 1867. Que la misma visión social haya sido expresada con lenguajes diferentes, es decir, en prosa, con planos y con estadísticas –el gran instrumento para analizar la realidad empírica– no deja lugar al equívoco con respecto a la filosofía urbanizadora de Ildefons Cerdà y su aportación concreta al desarrollo de Barcelona.

Los últimos treinta años del siglo XX han hecho aflorar algunos escritos más y otros planos de nuestro urbanista que permiten enriquecer la descripción de su pensamiento, ver otros campos en los que lo ha aplicado y seguir su peripecia; pero no alteran la imagen fundamental, sino más bien todo lo contrario: los nuevos materiales rescatados del olvido corroboran el perfil característico de la empresa personal de Cerdà, con indicaciones más claras sobre sus fuentes de inspiración, sobre sus filias y sus fobias.

A pesar de las novedades que Ildefons Cerdà extrae al aplicar conocimientos profesionales y capacidad de análisis social a la proyección de una ciudad que necesita crecer –resultados que ahora producen admiración, vista en perspectiva la evolución del urbanismo hasta nuestros días–, él es, filosóficamente hablando, un hombre de escuela: un discípulo más que un maestro. Cerdà no es tan solo un pensador. Mejor aún, no es, principalmente, un pensador, o no se presentaba como tal. Y, probablemente, de aquí surjan las dificultades para comprender su obra y su figura. Sin embargo, sus escritos manifiestan a menudo y con una rotundidad característica cuál era su actitud:

“En nuestro siglo esencialmente práctico, tras continuos escamientos, acompañados de pérdidas considerables de tiempo y de dinero, después de escuchar [...] la exposición de un pensamiento que por su utilidad y ventajas nos halaga, nos apresuramos a pedir y examinar la posibilidad inmediata de su aplicación y los medios y recursos con que para ello puede contarse. Si no trae estos auxiliares indispensables, lo rechazamos desde luego, y bien pronto queda relegado al olvido”.³

Esta invocación al “siglo”, al espíritu de su época, no es banal y no debería pasar desapercibida, porque una parte considerable de las confusiones existentes en relación con Cerdà y su obra deriva de una relativa desconexión entre el mundo actual y el clima cultural de hace ciento cincuenta años. La distancia queda, sin embargo, camuflada por la larga pervivencia de unas palabras llenas de connotaciones positivas: Razón, Progreso, Vanguardia, Ciencia, entre otras. Ahora bien, la erosión del tiempo se ha ejercido sobre estas palabras mágicas

dentro de la Modernidad –¡otra noción mítica!– e, incluso cuando conservan una parte de su antiguo prestigio, han adquirido otros regustos. Se desconfía de la razón, se ha visto otra cara del progreso, el gesto rompedor de los artistas románticos se ha repetido hasta agotarlo en las últimas vanguardias, la ciencia actual deja muy atrás las ingenuas certidumbres de principios del siglo XIX y, aún más atrás, las doctrinas apriorísticas del siglo XVIII.

Por esa lejanía espiritual entre el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial y el anterior a la Primera, las lecturas modernas de Cerdà a menudo lo han vinculado demasiado alegremente con una de las formas clásicas del racionalismo: la Ilustración del siglo XVIII. Pero las frases que acabamos de presentar de nuestro ingeniero –que pertenecen, como otras similares, al conjunto de escritos redescubiertos a finales del siglo XX– nos lo muestran desencantado con la Ilustración y, en un sentido muy concreto, directamente opuesto al verbalismo de esa corriente, a la satisfacción puramente intelectual que ofrecen las exploraciones de los enciclopedistas y sus recetas optimistas para sacar al mundo de un supuesto marasmo y hacerlo avanzar hacia la luz definitiva.

Más aún, el rechazo a la falta de sentido práctico del racionalismo de la Ilustración y su irresponsabilidad histórica (Ildefons Cerdà comparte con su paisano y casi pariente Jaume Balmes la percepción de que el echar las campanas al vuelo típico de los enciclopedistas había atizado el fuego de una revolución descontrolada y, en definitiva, innecesaria y evitable) alcanza también al utopismo reavivado en el umbral del siglo XIX. Y quizá lo rechace con más énfasis todavía, porque a los

Para Cerdà la urbe es una estancia inmensa donde mora la colectividad humana, “de la misma manera que la casa forma la estancia de la familia”. El ingeniero aspira a satisfacer a la vez los derechos de las personas y las demandas de una economía comercial. A la derecha, venta ambulante en la Rambla, en la primera década del siglo XX. En la portada del artículo, una imagen característica de la Barcelona antigua, la calle Arc de Sant Francesc, en 1908.



“Para comprender a Cerdà hay que recuperar aquel espíritu de un capitalismo en expansión, lo bastante inteligente como para autocorregirse”.

ojos de nuestro ingeniero, los utópicos decimonónicos repiten inútilmente y a destiempo el gesto intelectualista de sus predecesores y, en particular, de Rousseau:

“Hemos visto aparecer en nuestros tiempos algunas utopías brillantes, deslumbradoras, y realmente han brillado y deslumbrado, pero simplemente a la manera de un relámpago fugaz, y no han dejado en pos de sí rastro alguno”.⁴

Forma y proceso

Las analogías entre el modelo geométrico que Cerdà incorpora a su diseño para el Eixample de Barcelona y las ciudades ideales de los utopistas son tan evidentes como, a la postre, irrelevantes. Porque el núcleo de la propuesta para la capital de Cataluña no es el dibujo en sí, ni mucho menos el sudadísimo plano hipodámico, que era presentado ingenuamente por los utópicos como la imagen ordenada de una sociedad ideal futura, cuando, de hecho, había dado cuerpo a innumerables ciudades coloniales, desde Filadelfia y Buenos Aires hasta Turín, o la propia Barcino, remontándonos en el tiempo. Todo eso –lo supieran o no los maliciosamente denominados socialistas románticos– pertenecía al pasado, y nuestro urbanista era absolutamente consciente de ello; como Marx.

Si Cerdà no retrocedía frente a aquella distribución urbanística tan obvia no era tan sólo porque sabía enriquecer la cuadrícula con detalles innovadores como los chaflanes, tan útiles para los medios mecánicos de locomoción, o como las generosas proporciones entre casas y jardines, tan recomendables para la salud física y mental de la población, sino también, y en un plano más elemental, porque la homogeneidad del trazado del Eixample permitía limar las diferencias de posición de los propietarios de los solares favorecidos por el ensanchamiento de la ciudad, establecer unas reglas universales para la reparcelación y distribuir entre todos los interesados la carga de la imprescindible cesión gratuita de terrenos para construir las vías urbanas y los demás espacios públicos.

Por encima de la seducción eventual de una belleza matemática, atemporal, predomina en Cerdà la conciencia de las dificultades del proceso de cambio en un contexto histórico adverso a las grandes empresas colectivas; es el contexto derivado de la revolución liberal o burguesa, que había impuesto un gran respeto por el ejercicio del derecho a la propiedad particular y había dejado a los poderes públicos atados de pies y manos. A Cerdà le importa la forma final de la ciudad, su nueva configuración como sujeto social y económico, pero no la literalidad del dibujo, que sólo es una simple prefiguración de la misma (a pesar de que el dibujo seguía monopolizando la atención de los arquitectos aspirantes también, por aquel entonces, a hacerse con la competencia urbanizadora; y por esa fijación formalista perdieron la batalla):

“Lejos, muy lejos de poderse considerar el plano de reforma y ensanche de una población como una premisa de la cual haya de partirse para llevarla a cabo, el proyecto no debe mirarse más que como la construcción geométrica de la fórmula final a la cual se haya podido llegar después de serios y detenidos estudios sobre los inconvenientes que tienen las ciudades actuales y sobre el modo de remediarlos, teniendo en cuenta los derechos, las necesidades y los medios de que, para satisfacerlos, puede disponer nuestra civilización”.⁵

Los enciclopedistas franceses de mediados del siglo XVIII habían pensado que la mera destrucción del Antiguo Régimen, considerado un conjunto de errores históricos y estructuras de poder deformadoras de la sociedad, permitiría que esta última, ya liberada de secuelas ancestrales, engendrara inmediatamente toda la perfección posible para la humanidad. Habían predicado el final de la historia. Su progreso era un resultado, un punto de llegada, no un tránsito que arrancará con los pies bien sentados en el mundo heredado y se encaminara a coyunturas siempre renovadas dialécticamente. La Revolución hizo que aquella esperanza en un cambio total e irreversible pasara por el cedazo de la crítica más inapelable; una vez superada la gran conmoción y realizados algunos cambios en materia jurídica, se veían reaparecer, adaptadas a la nueva situación, antiguas costumbres y viejas tendencias sociales, algunas de ellas reforzadas con la industrialización: la explotación del hombre por el hombre. Como se ha vuelto a constatar hacia finales del siglo XX, la historia continuaba, y el naciente XIX habría de ser bautizado precisamente como el Siglo de la historia. La mejora social podría ser lenta o rápida, podría ser acelerada por la acción consciente de la humanidad inteligente, pero, en cualquier caso, sería un proceso; y un proceso incierto, porque sería necesario contar con un cúmulo de resistencias.

Sansimonismo: positivismo

De acuerdo con la sintética filosofía de la historia de Henri de Saint-Simon, la tarea de los intelectuales del siglo XVIII había sido la destrucción de una organización defectuosa, mientras que la del XIX tenía que ser la reconstrucción del orden social sobre bases más justas. Mientras que aquellos no necesitaban ningún pacto con una realidad empírica que querían desbaratar, los reconstructores postrevolucionarios deberían tenerla muy presente, conocerla a fondo para aprovechar sus energías y canalizarlas hacia el progreso auténtico. Es el espíritu del positivismo, es el espíritu de Cerdà.

Marx, que se reconocía heredero de Saint-Simon, lo alineó, a pesar de todo, con otros “socialistas románticos o utópicos”. Y quizá por la gran influencia marxista en la historiografía de las ciencias sociales, el sansimonismo ha quedado confundido con otras propuestas y corrientes decididamente menores y



© Antoni Esplugas / AFB



© Josep Gaspar / AFB

que eran –como indicaba Cerdà– flor de un día. Pero el alcance del pensamiento sansimoniano es mucho más amplio: además del socialismo y del positivismo, también forma parte de sus ramificaciones la tecnocracia. En consecuencia, son importantes tanto su carácter pragmático –como el de Marx: dejemos de interpretar el mundo, ha llegado la hora de cambiarlo– como su influencia en la transformación material del mundo (ferrocarriles transcontinentales, canales transoceánicos), ejercida desde la centralidad cultural y empresarial de la Francia de Luis Felipe y de Luis Napoleón.

Los divulgadores barceloneses de las corrientes de pensamiento que ofrecía el gran mercado parisino hacia 1840, como, por ejemplo, Joaquim Roca i Cornet, separaban el sansimonismo de los productos irremisiblemente revolucionarios y, por tanto, objeto de condena. Ildefons Cerdà puede haber obtenido de Roca i Cornet, o del propio Jaume Balmaes, una buena formación sobre la doctrina de Saint-Simon y de sus discípulos. Sin duda, la tuvo que asimilar en la Escuela de Ingenieros de Madrid y dentro del cuerpo español de ingenieros, porque, en

esas esferas, la influencia francesa era abrumadora, y es conocida la importancia del magisterio del propio Saint-Simon en las enseñanzas politécnicas en la época napoleónica y la profesión de fe sansimoniana de muchos de los ingenieros más activos e influyentes durante las décadas centrales decimonónicas.

El biógrafo moderno de Cerdà, Fabià Estapé, gran conocedor del pensamiento económico y social decimonónico, sitúa a nuestro urbanista lejos de especuladores intelectuales como Charles Fourier, inventor de los falansterios, y lo vincula, en cambio, al sansimonismo, al que caracteriza como una versión muy concreta de lo que puede denominarse ‘reformismo capitalista’, el cual sólo por pereza puede llamarse ‘socialismo utópico’.⁶ Entendamos, no obstante, que el sansimonismo busca más la reforma del individualismo liberal, proclive al minifundio económico, inhibidor de las grandes operaciones, que no la del capitalismo. Muy por el contrario, en la superación de los obstáculos individualistas a la concentración de poder económico, los sansimonianos buscan la posibilidad de las grandes obras –también el gran negocio– y, a la vez, la redención de la clase obrera. Socialismo y gran capitalismo son las dos caras de una misma moneda. Las vivencias del siglo XX han hecho rara o impensable esta asociación; las del siglo XXI quizás vuelven a acostumbrarnos a ella. Para comprender a Cerdà hay que recuperar aquel espíritu de un capitalismo en expansión, lo suficientemente inteligente como para autocorregirse y evitar así la oleada destructora de la revolución de los oprimidos.

El caso de Barcelona y la teoría general

Ildefons Cerdà aplicó esa voluntad de redención universal a un objeto por el que sentía una especial estima: Barcelona. De ese vínculo tan intenso se deriva tanto el gran empleo de energías en el análisis del caso concreto como la invención de una teoría general, una ciencia de la urbanización. Vemos crecer el conocimiento positivo sobre Barcelona desde el anteproyecto de 1855 hasta el proyecto de 1859, y, más espectacularmente, entre éste y la *Teoría general de la urbanización* de 1867, aunque esta obra trata de adoptar un tono de universalidad y pretende reducir Barcelona a la condición simple de primer ejemplo de aplicación de los flamantes conocimientos científicos, cuyas estadísticas ofrece Cerdà *exempli gratia*. Los cantos de las sirenas españolas, que a comienzos de la década de 1860 prometían convertir las ideas de Cerdà en ley de aplicación a todas las ciudades del país, tienen mucho que ver con la adopción de ese tono generalista. Más adelante, a las puertas de la muerte, nuestro ingeniero revelará su secreto con frases descarnadas:

“No me he contentado con resolver casuísticamente las cuestiones, como vulgarmente se hace y es lo más cómodo, sino que allí donde ha hecho falta una teoría a la cual subordinar el asunto de que se trataba, la he inventado, las más de las veces, por no decir siempre, con el más ímprobo trabajo”.⁷

Sin duda, la teorización, es decir, el traslado de las cuestiones desde el ámbito en el que se presentan llenas de connotaciones concretas hacia otra esfera donde son separadas de ese “ruido” ambiental y donde es posible verlas con claridad, es un procedimiento científico. Pero no olvidemos que la base empírica de las inducciones cerdanas es únicamente el caso de Barcelona. La elevación o –si se quiere decir sin la connotación positiva de esta palabra– la reducción de los problemas a los términos de la máxima abstracción posible es funcional con



© Josep Domínguez / AFB

Sobre estas líneas, la calle Mallorca el año 1932. En la página anterior, arriba, el inicio de la calle Balmes con el trazado en superficie del tren de Sarrià, en un Eixample todavía en construcción, durante los años 80 del siglo XIX, y vista aérea del Eixample en 1925.

respecto a lo que es clave en la personalidad de Ildefons Cerdà –la firme voluntad de incidir en el progreso social a través de la transformación de las estructuras territoriales– y es, también, una estrategia para conseguir la autoridad incontrastable sin la cual la consecución de este beneficio sería inalcanzable.

Como confiesa el propio Cerdà, lo que legitima el esfuerzo de teorizar y lo que orienta sus resultados es la perspectiva de la acción concreta. A eso se le llama pragmatismo. El diccionario del Institut d'Estudis Catalans, en su edición de 2007, nos informa de que el pragmatismo es una “doctrina filosófica según la cual la función esencial de la inteligencia no es conocer las cosas, sino posibilitar nuestra acción sobre ellas”. El definidor de la corriente, el filósofo norteamericano William James, situaba el origen de la denominación alrededor del año 1898, unos veinte años después de la muerte de Ildefons Cerdà. Está claro que James, en 1906, añadió a su compendio doctrinal *Pragmatism* un subtítulo expresivo: *A New Name for Some Old Ways of Thinking*. El nombre era nuevo, pero las formas de pensar que comprendía tienen fuentes más antiguas. El utilitarismo británico y el positivismo francés, hijo de Saint-Simon, eran su clara manifestación en el umbral del siglo XIX. Ildefons Cerdà lo traduce de forma excelente a escala catalana y española y, más concretamente, al servicio del relanzamiento histórico de su ciudad, tan polémica con respecto a la España oficial.

La actitud ambivalente de Cerdà con respecto a su invención teórica –¿es función exclusiva del caso de Barcelona?, ¿puede alcanzar aplicación general?– no es en absoluto extraña en el contexto del sansimonismo. En 1841, uno de los más notables ingenieros de esta filiación, Jean Reynaud, nos hablaba al respecto en términos que seguramente Cerdà suscribiría (o suscribiría):

“La utilidad de una teoría general, incluso si esta teoría no tuviese que servir para ninguna realización positiva, no es

dudosa; aunque de ella no se derivase otro efecto que el de hacer sentir con mayor claridad a las ciudades cuán imperfecta es su ordenación y qué fácil les sería poner remedio a los vicios esenciales que sufren, a menudo con medios poco cuantiosos. Este servicio merecería un cierto reconocimiento. Alguna vez he pensado que sería un buen objeto de estudio para los arquitectos proponerse no –como lo hizo Ammannati– la concepción de una ciudad puramente imaginaria, sino la de una ciudad nueva que tendría que sustituir, de acuerdo con las reglas del arte, alguna de las ciudades existentes, partiendo de su propio grado de bienestar y de las mismas necesidades generales. Y este estudio, tan variado en su universalidad, podría incluso ser susceptible de proporcionar para cada ciudad soluciones diversas, mediante la cláusula de conservar en ella, de las antiguas construcciones, todo lo que la ciudad nueva pudiese asimilar sin demasiados inconvenientes”.⁸ M

Notas

- 1 Ildefons Cerdà, *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, Madrid, Imprenta Española, 1867, pág. 595.
- 2 Ildefons Cerdà, *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, Madrid, Imprenta Española, 1867, pág. 596.
- 3 Ildefons Cerdà, *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid*, 1861, edición dentro del volumen *Cerdà y Madrid*, Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas / Ayuntamiento de Madrid, 1991, pág. 185.
- 4 Cerdà, *Teoría de la viabilidad urbana...*, pág. 185.
- 5 Ildefons Cerdà, *Teoría de la construcción de las ciudades aplicada al proyecto de reforma y ensanche de Barcelona*, 1859, edición dentro del volumen *Cerdà y Barcelona*, Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas / Ayuntamiento de Barcelona, 1991, pág. 116.
- 6 Fabià Estapé, “En torno a la ideología de Ildefonso Cerdà”, dentro de DA, *Cerdà y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Madrid, Ministerio de Fomento, 2004, pág. 16.
- 7 Ildefons Cerdà, *Despojo. Reclamación contra el despojo que por la Ley de Ensanches se ha hecho de mi Plan Económico, y consulta, manuscrito sin fecha editado dentro del volumen Cerdà y Madrid...*, pág. 312.
- 8 Jean Reynaud, “Villes”, dins *Encyclopédie nouvelle*, 1841, vol. VIII, pág. 683.

Cerdà no ignora la tradición local; la evalúa críticamente, toma una parte y otra la rechaza. La voluntad de impulsar una nueva manera de hacer no excluye aprender y aprovecharse de la experiencia adquirida en una ciudad en proceso acelerado de cambio.

Cerdà y la tradición urbanística local

Texto **Marina López** Historiadora y comisaria de la exposición “Cerdà i Barcelona: la primera metròpoli, 1853-1897”, del MUHBA

En 1860, Cerdà, en su *Pensamiento económico*, presenta la alternativa entre ensanchar o abrir una calle en terrenos no urbanizados y reformar o abrir una calle a través del tejido urbano, e invoca las enseñanzas que pueden aportar las normas consuetudinarias y las prácticas de los gestores de la ciudad.

De esta fuente procede, como declara expresamente, el procedimiento que propone seguir en el caso del Eixample: la cesión gratuita de los terrenos para los viales y la asunción de las cargas de urbanización por parte de los propietarios confrontantes. A continuación, expone la historia de la utilización de este sistema en la construcción de la ciudad de Barcelona desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta el presente en el que él escribe. Como dice enseguida, no es un procedimiento peculiar de ciudad. Pero, por el detalle de las referencias realizadas en este y en otros escritos, es una manera de hacer que Cerdà ha conocido en Barcelona por su condición de vecino de la ciudad, de antiguo concejal y de observador interesado de la dinámica urbana.

En cambio, Cerdà no encuentra una solución satisfactoria para la reforma en esta práctica consuetudinaria o, más precisamente, en los cambios recientemente introducidos en la materia al abrir el eje transversal (Ferran-Jaume I-Princesa). La reforma de la calle Argenteria en 1782 es un buen ejemplo de la práctica tradicional antes de los cambios. El Ayuntamiento afrontaba por primera vez la realineación del trazado entero de una calle principal que no se podía realizar de otro modo por ser una vía con voladizos continuos a ambos lados. El método utilizado fue la compensación recíproca entre los vecinos que, en un lado, perdían espacio de casa y, en el otro, ocupaban espacio público; así se evitaban las indemnizaciones que, falto de recursos, el consistorio no podía presupuestar. Era una solución sencilla y adecuada a los objetivos de aquella reforma modesta: realinear la calle para regularizar el ancho en todo el largo de la vía, sin pretender imponer ni la línea recta ni un ensanchamiento significativo.

En 1826, al abrir los primeros tramos del eje transversal, no se habló de compensaciones ni de indemnizaciones. Los his-

toriadores explican que el silencio se debía al hecho de que era una decisión militar servida por procedimientos expeditivos. Hay que decir que los militares no siempre trabajaron de este modo. Pero la novedad de este momento es que las protestas de los afectados tuvieron un cierto éxito y se desviaron algunos fondos municipales para indemnizarlos parcialmente. Otros hechos confirman que las ideas liberales ya estaban bastante difundidas y el cambio de ciclo político se adivinaba próximo. Desde 1828 hubo en Barcelona intentos repetidos de reconocer el derecho a ser indemnizados de los propietarios expropiados y de formular algún tipo de reglas al respecto en sede judicial. Son un precedente próximo de la primera ley española de expropiación forzosa de 17 de julio de 1836.

Los episodios anteriores ayudan a comprender los cambios recientes en la práctica tradicional que Cerdà menciona. En 1852, el proyecto municipal de acabar el eje transversal y abrir la calle Princesa incluyó dos novedades: el recurso al crédito para financiar una obra más ambiciosa que la de la calle Argenteria y el compromiso solemne de pagar las indemnizaciones correspondientes en una época en que el régimen liberal se había consolidado y la ley de 1836 era prescriptiva. Al tener que aplicarla, los gestores barceloneses de la obra tuvieron muy presente la ley francesa de 16 de septiembre de 1807 de desecamiento de los pantanos y, concretamente, los artículos que extendían la expropiación por razón de utilidad pública a las obras urbanas y establecían un procedimiento de fijación de las indemnizaciones; el precio de tasación tenía que ser la diferencia entre los perjuicios causados por la expropiación y los beneficios derivados de la operación urbanística. Cerdà conocía y aprobaba un principio que consideraba justo, pero hacía un balance negativo de los resultados obtenidos. Y no solo él. La reforma de la ley de expropiación forzosa, considerada lesiva para los intereses de la Administración, fue un tema recurrente en la documentación municipal y se convirtió en una propuesta formal elevada al Gobierno en mayo de 1859, que la rechazó enseguida por una razón formal: tan solo el Parlamento español era competente en materia de legislación.



©Frederic Ballell / AFB

La plaza del Ángel y la calle Argentería en 1917. La reforma aplicada por el Ayuntamiento a esta calle a finales del siglo XVIII, para realinearla, se basó en la compensación mutua entre los vecinos, una solución que ya no se intentó cuando se abrió el eje transversal medio siglo después.

El Ayuntamiento y la Junta Consultiva –instancia representativa de la comunidad urbana– que lo convoyaba en aquellos días y apoyaba la reforma de la ley, aducían el ejemplo de las reglas dictadas en 1857 para la reforma de la Puerta del Sol, el primer intento de introducir los principios del famoso decreto de 16 de marzo de 1852 relativo a las calles de París en la legislación española. El decreto francés añadía a la expropiación de los terrenos necesarios para abrir la calle, hasta entonces la única posible, la autorización genérica de la expropiación de la totalidad de los edificios confrontantes por razones de salud pública. Madrid y las instituciones barcelonesas intentaban delimitar el alcance de esta última y proponían definir las dimensiones del solar mínimo edificable según las recomendaciones higienistas. El procedimiento previsto para la reforma interior en el plan económico de Cerdà, la expropiación de franjas laterales, era otra tentativa en el mismo sentido. El hecho de que el Ayuntamiento hablara de reforma de una ley vigente y Cerdà enfatizase los elementos innovadores de su propuesta, no invalida la coincidencia en el diagnóstico del problema (la ley de 1836 no sirve) y en el origen de la solución prevista (el decreto de Napoleón III). No obstante, había una diferencia importante que separaría a Cerdà del resto: la idea de confiar la ejecución de la obra a una empresa capitalista y marginar a la administración municipal.

Hay que decir que en 1859, y en los años inmediatamente posteriores, que sepamos, ni el Ayuntamiento, ni sus asesores, ni Cerdà se hicieron eco de una modificación importante en la aplicación del decreto de 1852. Como fruto de una sentencia favorable a las reclamaciones de los propietarios parisinos, en 1858, el Consejo de Estado francés les reconoció el derecho de oponerse a la expropiación decretada por el Ejecutivo. En este caso, aquella tenía que ser revalidada por una disposición particular para cada caso del propio Consejo. El nuevo procedimiento, que alargó el trámite y dio a los propietarios la posibilidad de bloquear las obras, no detuvo las expropiaciones, pero las encareció y agravó el endeudamiento del Estado francés.

En julio de 1861, el Gobierno español abría la posibilidad de una ley general de urbanismo a la altura de su tiempo con la presentación del Proyecto Posada Herrera, que en materia de reforma interior suponía la sustitución de la ley de 1836. Es sabido que los propietarios del interior se opusieron de forma feroz al plan económico de Cerdà desde el momento en que lo conocieron a mediados de 1860. Su manifiesto del 8 de enero de 1862, presentado en el momento de la discusión del Proyecto Posada Herrera en el Senado, lo descalificaba sólo por su vinculación con las propuestas de Cerdà. Era una interpretación fiel al espíritu de la ley, pero



©Joan Vidal i Ventosa / AFB

“Las tesis higienistas se difunden por la degradación de las viviendas, y las ventajas de la zonificación, por los problemas derivados de la multiplicación de las fábricas”.

no a la letra. Los artículos 11 y 12 del proyecto, los relativos a la expropiación forzosa debido a utilidad pública, reproducían la norma dictada para la Puerta del Sol y recogida en la propuesta del consistorio barcelonés. Los propietarios, en cambio, los presentaban como “adopción implícita” de la base 2ª del plan económico del ingeniero: “Expropiación de dos zonas laterales de 20 a 30 metros de anchura cada una a más de la expropiable para vía pública en el interior de la ciudad”. En una especie de apéndice documental, al final del escrito, se insertaba una traducción castellana del decreto francés de 16 de marzo de 1852 y, lo que resulta aún más ilustrativo de las intenciones de los firmantes, el decreto de 2 de diciembre de 1858 del Consejo de Estado.

En julio de 1862, el Gobierno español retiró el proyecto de ley; la decisión fue vista en Barcelona como la renuncia definitiva a una ley parlamentaria reguladora de la urbanización del Eixample y de la reforma de la ciudad. La falta de la ley no impidió el lanzamiento del Eixample. La reforma, en cambio, no prosperó.

La actitud de Cerdà ante la tradición urbanística local es razonable. No la ignora; la evalúa críticamente, toma una parte de ella y otra la rechaza. La descalificación negativa de la ciudad construida y la voluntad de poner los cimientos de una nueva manera de hacer ciudad no excluyen aprender y aprovecharse de la experiencia adquirida en una Barcelona que, impelida a un proceso acelerado de transformación, sufre los problemas que ello conlleva, sigue y admira las innovaciones surgidas fuera y acumula frustraciones por no poder aplicarlas en el lugar. En este contexto se gesta su obra.

No es una tesis nueva, pero recordemos algunos hitos y establezcamos un hilo argumental.

En 1771 un decreto del capitán general obligó a pedir el permiso municipal para hacer obras en la ciudad: es la ocasión para fijar la alineación de las casas y dictar unas ordenanzas figurativas mínimas; unas multas relativamente elevadas para los contraventores completan el sistema. No hay nada nuevo en este montaje, pero esta vez la institución arraiga y crece; el maestro de obras recoge y ordena la información;



©J.E. Puig / AFB

En esta página y en la anterior, dos momentos de la gran transformación de Barcelona: la Rambla de Catalunya en la década de los 80 del siglo XIX, en plena explosión del Plan de Ensanche, y la apertura de la Via Laietana a través de la ciudad vieja, en 1908.

para conectar al técnico con el ejecutivo municipal se crea una comisión de concejales especializada. Esta Junta de Obreroía, la primera materialización de las oficinas municipales de urbanismo, es la responsable de la reforma de la calle Argenteria.

La cuestión social del siglo XVIII

La expansión dieciochesca, coetánea de la creación del registro de obrería, alcanza los máximos a partir de 1785. Entonces la conciencia de los cambios alimenta el debate sobre la ciudad. Como en la capital francesa, la reforma urbana es la “cuestión social” de la época y el debate convoca todos los puntos de vista. En Barcelona, las tesis higienistas se difunden por la degradación de las viviendas, y las ventajas de la zonificación, por los problemas derivados de la multiplicación de las fábricas. La tesis de la coerción de las murallas como causa directa de la aglomeración y de la obsolescencia del espacio urbano se enuncia a finales del siglo XVIII. Muy pronto, el programa urbanístico y el antimilitarismo exacerbado pasan a ser un componente esencial de la versión barcelonesa de la revolución liberal.

La crisis bélica europea y española impone un paréntesis que, en el campo económico y político, se alarga hasta el decenio de los años treinta. Pero en 1817, la obrería municipal plantea la necesidad de un plano general de alineaciones de la ciudad y discute la manera de hacerlo. Las ordenanzas parisinas de 1783-1784 habían promovido a la vez la idea de plan general y creado el instrumento legal: la aprobación del plano por la superioridad convertía las alineaciones consignadas en obligatorias para la propiedad y abría el paso a la acción de los agentes públicos.

Era un salto cualitativo evidente y fue una referencia constante para Barcelona en la primera mitad del siglo XIX. Pero las formas adoptadas –una suma de planos de alineaciones por calles, de mejoras modestas y puntuales y la subordinación a los intereses mezquinos de la propiedad– marcan las distancias entre la capital de un Estado y una ciudad emprendedora. En la antigua ciudad condal nunca hubo un plano global de alineaciones aprobado con las prescripciones tradicionales en Francia que el régimen liberal había actualizado. Sólo por ello, la aprobación del plano de 1859 tiene una trascendencia histórica que no anularía el desencanto posterior. El consistorio de una ciudad no capital, por lo tanto, no pudo contar ni con la colaboración técnica y financiera de la Administración estatal, ni con la promulgación de la legislación requerida para la modernización de la ciudad.

Sin embargo, no se ahorraron esfuerzos para establecer una cierta complicidad con Madrid y para influir también en materia urbanística sobre el Gobierno central. Después del momento dulce del Bienio, la recuperación de 1859 se presenta para las dos partes, sin duda, como la gran oportunidad. En Barcelona, el mismo impulso animó la propuesta de reforma de la ley de expropiación de 1836 suscrita por la autoridad municipal y la ambición cerdaniana de convertir los preceptos del plan económico del ensanche y la reforma de su ciudad en una ley estatal. Al no triunfar, las normas consuetudinarias, conocidas y aceptadas por todos los agentes urbanos, incluidos los propietarios, fueron suficientes para poner en marcha el ensanche; no sin problemas, naturalmente, y un tipo de ensanche determinado. **M**

Cerdà ha marcado decisivamente el desarrollo de Barcelona, pero se debe evitar considerar el Eixample como una obra de autor. Su actitud fue contraria al urbanismo de autor propio de los arquitectos, y entendió su proyecto como un modelo ideal.

La ciudad del XIX y el pensamiento moderno

Texto **Manuel Guàrdia Bassols** E.T.S. Arquitectura del Vallès - UPC

Cerdà concibió su plan como un instrumento que debía permitir abordar sistemáticamente principios operativos de carácter jurídico y económico, con capacidad para adaptarse a las diferentes realidades. Trataba de evitar las aproximaciones casuísticas que respondían a los problemas con soluciones de tipo particular y adoptaba una aproximación netamente “antiesteticista”.

La aprobación del proyecto fue parcial, ya que ni desapareció la Ciutadella ni fue posible unificar la gestión al mantenerse las divisiones municipales y, ya desde los primeros pasos del Eixample, fueron necesarias algunas adaptaciones. Las propias intervenciones de Cerdà, como facultativo asesor del Estado entre 1860 y 1865, ponen de manifiesto que no tuvo ningún inconveniente en modificar su proyecto, adaptarlo y mejorarlo, siempre que no se alterase la estructura general. Su planteamiento sistemático, con previsiones casi abstractas en términos de circulación, de trazado, y con frecuencia esquemático o ambiguo en la definición de los detalles, configuró un cuadro comprensivo, considerablemente flexible, capaz de adaptarse a un desarrollo histórico difícil de prever y capaz de absorber modificaciones notablemente críticas con el proyecto. Estableció, en definitiva, las bases del campo y de las reglas de juego del urbanismo barcelonés.

Ésta es, de hecho, la lectura que se le dará en la ciudad: “El proyecto Cerdà fue establecido y empezó a desarrollarse, pero no prefijó ni prefija el que dicho plano estuviera exento de tener que sufrir grandes reformas a medida que adelantaban las épocas, en las cuales los adelantos de ornato y de vida interior y política de los pueblos exigen modificaciones perentorias que forzosamente imponen” (*La Vanguardia*, 25 de enero de 1887).

Esta clase de comentarios no nos sorprenden si recordamos que la aprobación gubernativa del proyecto Cerdà no fue bien recibida en Barcelona. En todo el debate, en las bases, las propuestas y los proyectos inspirados por las instancias locales, la idea de modernización de la ciudad que se

perfilaba era muy diferente de la que proponía el proyecto de Cerdà. De entrada, privilegiaban el área entre Barcelona y Gràcia, vertebrada por el ya existente Passeig de Gràcia. Una nueva área central propia de una capital moderna, en donde debían concentrarse las intervenciones de *omato* y las residencias más privilegiadas. La imposición del proyecto Cerdà no suponía, como es lógico, la renuncia a esas aspiraciones. De manera que el proyecto no resultó únicamente erosionado por la resistencia de los intereses privados, sino que fue objeto de una activa y continuada reinterpretación impulsada por los núcleos dirigentes.

A pesar de constituir un marco urbanístico muy contestado hasta bien entrado el siglo XX, determinó profunda y visiblemente la forma de la ciudad y, a través de su influencia en la definición de un marco legislativo, condicionó de forma muy decisiva las prácticas urbanísticas en Barcelona y en las grandes ciudades españolas hasta prácticamente 1956.

Un arranque difícil, 1859-1870

Los diez años siguientes a la aprobación del proyecto de ensanche no fueron de rápida construcción, sino de lenta superación de obstáculos, de resistencias, de tanteos y de revisiones. A la novedad de los retos, a la falta de un marco legislativo apropiado y a las limitaciones económicas, se sumaba la persistencia de los límites municipales que fragmentaban la unidad del proyecto. La propia permanencia de la Ciutadella hipotecaba un sector clave del proyecto previsto por Cerdà, de manera que el esfuerzo se concentró en la zona más inmediata al casco antiguo y en la derecha del Eixample que, desde los debates previos a la aprobación, siempre se había visto como el ensanche natural de la ciudad.

Desde el Ayuntamiento se trataron de impulsar algunas modificaciones para introducir propuestas que ya estaban presentes en las bases del concurso de ensanche. Por ejemplo, aprovechando la titularidad pública del espacio ocupado por las murallas y los glacis, se propuso abrir amplios bulevares como cinturón higiénico. Iniciativa abandonada





©Antoni Esplugas / AFB

La plaza de la Universitat durante los años de preparación de la Exposición Universal de 1888, cuando se hizo evidente que los aspectos más visibles y celebrados de la modernidad eran bien diferentes de los que preocupaban a Cerdà.

por la falta de colaboración gubernamental, que propició una rápida privatización de los solares. La aparición de sociedades inmobiliarias con gran capacidad financiera contribuyó a un primer impulso constructivo en el Eixample entre 1861 y 1863. Pero el contexto era de crisis económica y ésta llegó a su punto más dramático en la primavera de 1866 con la quiebra de todas las compañías ferroviarias catalanas y el desplome del mercado bursátil barcelonés que arrastró a las nuevas sociedades inmobiliarias. Fue una crisis que dejó una profunda huella en la curva de construcción en Barcelona, y marcó un antes y un después en la psicología colectiva.

En su conjunto, esos diez años fueron de escaso crecimiento del Eixample, si se comparan con el periodo posterior. A las dificultades económicas se añadían las derivadas de la falta de instrumentos operativos que permitieran resolver los problemas técnicos y económicos y llevar a cabo el proyecto. Las limitaciones de la ley de expropiación de 1836 hicieron imposible acometer la reforma interior, que era una parte substancial del proyecto, y no permitieron garantizar en el área de ensanche la reserva de suelo necesaria para los equipamientos previstos por Cerdà. El marco legislativo tampoco facilitaba la compensación de cargas y beneficios entre los propieta-

rios, otro obstáculo importante para el efectivo encauzamiento de la acción privada. La Ley de Ensanche de Poblaciones, de 29 de junio de 1864, ya se aprobó en un contexto adverso y, si bien es verdad que ofreció nuevas herramientas, no facilitó los necesarios mecanismos expropiatorios. Así pues, no tuvo en cuenta la cuestión de las reformas interiores, bloqueando la posibilidad de una efectiva renovación de las “ciudades reales” y, como alternativa, potenció la construcción de los ensanches entendidos como un paliativo al problema de la vivienda, que era apremiante en todas las grandes capitales españolas. Con ese marco legislativo era inevitable la progresiva erosión de los espacios y equipamientos públicos previstos por Cerdà, especialmente los parques.

La solución que se dio al solar de la Ciutadella es un buen exponente de la reinterpretación activa por parte de las autoridades municipales del proyecto aprobado de Cerdà.

Los argumentos que se esgrimían durante los primeros años para recuperar los terrenos de la Ciutadella se basaban en su localización estratégica de cara a la expansión del barrio portuario, mercantil e industrial de la ciudad. Pero, cuando la Revolución de Septiembre de 1868 permitió su restitución a la ciudad, las expectativas habían cambiado signifi-



ficativamente y no se advierte ninguna oposición a que sean dedicados a construir un gran parque. El proyecto de Fontserè afectaba a aspectos sustanciales del proyecto Cerdà. Si Cerdà entendía la ciudad como una plataforma de intercambio entre las rutas terrestres y marítimas, Fontserè renunciaba al espacio más estratégico y bloqueaba la conexión de la vía Meridiana con el puerto. El proyecto en sí respondía menos a la imagen de una ciudad industrial o a la lógica de funcionamiento que defendía Cerdà y aspiraba a configurar el parque como espacio de sociabilidad, expresión de valores cívicos y de representación de las elites urbanas, un espacio que “remataba” y monumentalizaba la ciudad más central y accesible.

La explosión del Eixample (1870-1885)

A pesar de las condiciones económicas cambiantes, el periodo que se abre con la devolución del solar de la Ciutadella y finaliza en 1885, cuando se decide celebrar la Exposición Universal, fue sin duda decisivo en la formación del Eixample y en la modernización de la ciudad. Un largo ciclo de auge económico y de masiva construcción que, entre otras cosas, completó la parte más valiosa del Eixample, entre el Passeig de Gràcia y el paseo de Sant Joan, consolidó el área económicamente más modesta, entre los nuevos edificios de la Universidad y del mercado de Sant Antoni, e hizo aparecer de la nada el barrio del Poble Sec. Si el crecimiento en el término municipal fue considerable —la población aumentó un 50%—, el del conjunto de los municipios del Plan lo fue todavía más —creció casi un 75%.

Probablemente, la *Oda a Barcelona* de Verdaguer, de 1883, sea la expresión más exaltada y perfecta de la sorpresa causada por la repentina, casi explosiva, expansión de la ciudad.

Todo ese crecimiento esencialmente residencial gravitaba en definitiva sobre el casco antiguo, en donde se concentraba toda la actividad. En línea con lo que se estaba realizando en otras ciudades europeas, Àngel Josep Baixeras proyectó e impulsó una reforma interior que incorporaba las vías previstas por Cerdà a una propuesta mucho más ambiciosa. Persiguió un cambio del marco legislativo y, en el año 1879, el tema de la reforma de grandes poblaciones fue incorporado a la nueva ley de expropiación forzosa. Ese mismo año, el Ayuntamiento de Barcelona puso en marcha el proceso administrativo correspondiente. A pesar de las expectativas que generó, el desproporcionado alcance de las intervenciones que exigía, la resistencia de los afectados y la falta de recursos llevaron la reforma a un callejón sin salida.

El Ayuntamiento, muy consciente de las limitaciones que le impedían acometer las iniciativas más urgentes de la ciudad consolidada, e incapaz de dotar al Eixample de la red de espacios públicos y equipamientos previstos por Cerdà, se dedicó a eliminar los obstáculos y constricciones que limitaban la acción privada y se concentró en un conjunto muy concreto de intervenciones en las zonas que bordeaban el casco antiguo donde las necesidades de expropiación eran mínimas: muelle de la muralla, paseo Colom, solar de la ex Ciutadella, paseo de Sant Joan, apertura de las conexiones entre el casco antiguo y el Eixample, como las calles Ludovico Pío, Bilbao y Portal de l'Àngel... Entre estas iniciativas destaca la preocupación por transformar la plaza

“El proyecto de Cerdà no solo quedó erosionado por la resistencia de los intereses privados, sino que fue objeto de una continuada reinterpretación impulsada por los núcleos dirigentes”.

En la página anterior, de arriba abajo: el Passeig de Gràcia en los años 1870-1879, el paseo de Colom una década más tarde, y la plaza de Catalunya –un espacio no previsto en el Plan de Ensanche de Cerdà– en 1890. Este período fue decisivo en la formación del Eixample y en la modernización de la ciudad.

Catalunya en el centro de una auténtica “capital moderna”, que caracterizará todo el periodo.

Al margen de la construcción residencial privada, las inversiones en infraestructuras fueron decisivas, entre ellas, las destinadas al definitivo acometimiento de las obras del puerto y a la reordenación de los enlaces ferroviarios, que se llevaron a cabo en 1882. El trazado de los enlaces mostraba la voluntad de orientar el crecimiento del Eixample al establecimiento de una barrera definitiva a la expansión hacia levante, mientras el paso deprimido por la calle Aragó hacía permeable esta vía para no obstaculizar el crecimiento del Eixample hacia Gràcia. Al mismo tiempo, la revolución técnica de los sistemas de distribución de agua, gas, electricidad, teléfono y, sobre todo, transporte provocó una redefinición del espacio urbano. El examen de las diferentes redes técnicas muestra el empuje decisivo de ese periodo. El caso más ejemplar es el de los tranvías, cuyo primer ciclo de construcción se despliega entre 1872 y 1884 y configura una red básica que sirve intensivamente al sector central del Eixample. Entre 1867 y 1882 se forman las primeras compañías de suministro de agua corriente; en 1870 se realiza la gran conducción de aguas de la cuenca de Dosrius, y en 1882 se crea, por absorción, la Sociedad General de Aguas de Barcelona, que unifica los diferentes caudales de agua. Al tratarse de servicios públicos, con un relativo control municipal, pero de sociedades privadas con tecnología “punta” que obedecían a lógicas empresariales, se orientaban por criterios de solvencia de los usuarios, de manera que fueron reforzando la calificación de las áreas urbanas más privilegiadas. La Rambla, las principales vías que rodeaban Ciutat Vella, la plaza Catalunya y la derecha del Eixample fueron las áreas mejor abastecidas: las nuevas redes técnicas remarcaban la nueva vertebración de la metrópoli.

La experiencia de la metrópoli

Durante esos años, la formación del Eixample sigue las líneas trazadas por Cerdà, pero la experiencia se aleja bastante de lo que él y los de su generación habían podido imaginar. El Eixample, como el ferrocarril o el barco de vapor, habían dejado de ser promesas de un futuro anunciado para formar parte de una experiencia urbana saturada de novedades en la que confluyen la acumulación de innovaciones técnicas, nuevas manifestaciones de ocio y nuevas formas de consumo.

El telégrafo, los periódicos, las revistas ilustradas, el culto creciente a las novedades contribuyen al fenómeno esencialmente cosmopolita de la modernidad. No deja de ser significativo que en 1878, cuando finalmente se realiza el enlace de

ferrocarril Portbou-Cervera, Barcelona sólo está a un día de París. Pero el momento crucial de condensación e impulso vendrá determinado por la preparación y celebración de la Exposición Universal de 1888. Ése es el momento en que resulta más evidente que los aspectos más visibles y más celebrados de la modernidad son bastante diferentes de los que preocupaban a Cerdà. El puerto y las estaciones de trenes son ahora simples cuestiones técnicas; resultan más ostensibles los tranvías, los nuevos hoteles, los grandes almacenes, los escaparates, los anuncios, el mobiliario urbano, la iluminación eléctrica, los trabajos de marquetería o la visibilidad de una moda cambiante. Son aspectos que equiparan Barcelona a las grandes capitales modernas y califican su paisaje urbano. La plaza Catalunya, que Cerdà no había previsto y que debe ser el nuevo centro moderno de la ciudad, tiene que contener “[...] unos edificios que además de permitir la circulación libre en todos los conceptos, puedan destinarse a tiendas, almacenes, cafés y restaurantes [...]”

Frente a esas perspectivas, el aspecto del Eixample no parece por aquel entonces en absoluto apropiado: “Sólo se ven manzanas más o menos regulares en su capacidad, pero en la forma vienen a ser casi simétricas. Todos los cruces puntos visuales se ven iguales, cansancio, hastío. Eso no pasa en las grandes ciudades donde la visual estratégica y perspectiva artística se estudia con tanto esmero para evitar dicho defecto” (*La Vanguardia*, 9 de febrero de 1887). Se propone “la reforma de ornamentación y visualidad, puesto que es indudable que la monotonía enorme, que se encuentra al cruzar las calles de la nueva Barcelona, abruma en el vacío, pues la monotonía es uno de los defectos principales que se trata de corregir” (*La Vanguardia*, 25 de enero de 1887). Años después, Puig i Cadafalch, en sus propuestas para la *Barcelona dels anys a venir* (Barcelona de los años venideros), lo declaraba “uno de los horrores más grandes de mundo” y lo compara con las galerías de nichos de los cementerios.

En la actualidad, los edificios modernistas parecen consistenciales al paisaje del Eixample, pero, de hecho, son la respuesta a esas valoraciones: auténticos manifiestos en contra de Cerdà de una generación que lo apreciaba muy poco. Son también una de las pruebas más ostensibles de la capacidad de adaptación de un marco urbanístico determinante que hoy sigue estructurando el núcleo de nuestra metrópoli. **M**



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Urbe y conurbación



Con su apuesta por un ensanche ilimitado, el Plan Cerdà se constituyó como pauta que permitía avanzar en la creación de una metrópolis más circulable, higiénica e igualadora y en la formación de una capital moderna.

Los tres ciclos metropolitanos de Barcelona, 1859-2009

Texto **Joan Roca i Albert** Director del Museu d'Història de Barcelona

Contar o no con una esfera de decisión política adecuada a su espacio metropolitano parece una cuestión cada vez más relevante al abordar el potencial de las grandes ciudades, en un momento de cambios intensos de alcance mundial. Dilucidar la escala adecuada suele ser el primer escollo al plantear el tema: a menudo se produce una confusión entre la realidad de una amplia región urbana multipolar –la región metropolitana– y la no menos evidente existencia de una conurbación central mucho más entretejida y compacta. Tal vez la celebración de los 150 años del Plan Cerdà pueda propiciar una reflexión sobre los ciclos metropolitanos de Barcelona con una perspectiva de más larga duración.

La primera metrópoli

En una ciudad que había acumulado la experiencia de una modernización urbanística intramuros, así como un notable potencial cultural y técnico para proponer alternativas, finalmente se consiguió que en 1854, durante el Bienio Progresista, se autorizara el derribo de las murallas. El debate sobre la reforma y el ensanche de la ciudad fue muy intenso, hasta que en 1859, en mitad de abundantes tensiones locales y entre el Estado y el gobierno municipal, ganó la partida el Plan Cerdà.

Se ha hablado mucho de las características formales del plan, y sería conveniente aprovechar la conmemoración actual para estudiar más el proceso histórico en el que nació y se desarrolló materialmente. Con su apuesta por un ensanche ilimitado –esto es, que debía extenderse más allá de los límites municipales de la época–, el carácter metropolitano del Plan Cerdà reveló con el paso del tiempo su capacidad para encajar, mejor que otros planteamientos alternativos, las necesidades del desarrollo de la ciudad. El plan se constituía como una pauta que permitía avanzar a un tiempo en la creación de una metrópoli más circulable, higiénica e igualadora y en la formación de una capital moderna, con unos resultados que fueron concretándose en función de las capacidades y el comportamiento de los distintos agentes urbanos, públicos y privados. Era una pauta suficientemente valiosa para llevar a plantearse que, si no se formalizaba un ámbito de decisión política a su

misma escala metropolitana, el plan resultaba inviable: por eso es tan relevante la cuestión de las agregaciones de municipios.

No obstante, la unificación municipal de la primera metrópoli no resultó fácil. Hubo que esperar desde su formulación inicial en 1876 por parte de Rius i Taulet –artífice asimismo de la Exposición Universal de 1888– hasta la coyuntura propicia de 1897. En esta última fecha, el poder municipal encontró la oportunidad de obtener una nueva dimensión política para Barcelona aprovechando la debilidad del gobierno de Madrid, que necesitaba más recursos para financiar la guerra de Cuba. Una vez llevada a cabo, la unificación municipal debilitó las redes del caciquismo local controladas por los partidos dinásticos y catapultó los nuevos partidos modernos: la Lliga y los republicanos se convirtieron en los principales antagonistas de una arena política renovada.

La energía de fusión liberada por esa unificación política sobre la base del Plan Cerdà bastó para acomodar incluso propuestas que, en contradicción con sus principios, propugnaban una ciudad menos isótropa y más monumental: una capital *beaux arts*. El Plan Jaussely, glosado con entusiasmo por Puig i Cadafalch y Eugeni d'Ors, fue su esquema, y una segunda exposición internacional, de la que se hablaba con fervor desde 1905, podía convertirse en su catalizador. Sin embargo, y a pesar de las críticas que recibía, el Plan Cerdà resultó una base imprescindible y resistió bien el envite. Su solidez permitió que en determinados espacios se produjeran las operaciones que buscaban una mayor capacidad de representación urbana, sin poner por ello en peligro las líneas maestras de la ciudad.

Mientras la metrópoli se transformaba con los cambios técnicos asociados a la Segunda Revolución Industrial, una nueva monumentalidad tomaba cuerpo en el centro del Eixample, del modernismo al novecentismo y más allá. En la trayectoria que va de la Casa de les Punxes a la Casa Pich i Pon, Puig i Cadafalch encarna mejor que nadie ese *continuum* de voluntad representativa, que se convirtió en todo un programa urbanístico en el caso de la Vía Laietana, que estaba prevista desde el Plan Cerdà y empezó a abrirse en 1908 a través del núcleo antiguo. La nueva avenida se construiría con

grandes edificaciones *Chicago style* y a su paso junto a las sedes históricas del poder civil y religioso se formaría un conjunto monumental estilizado: el Barri Gòtic.

Si de la aprobación del Plan Cerdà a la consumación de la unificación municipal la cuestión central había sido el crecimiento, en esta segunda fase del ciclo metropolitano el centro del debate se desplazaba hacia la recalificación y la formulación de ejes y nodos de nueva centralidad: de la Vía Laietana a la plaza de Espanya, con la exposición ubicada en Montjuïc. No obstante, Barcelona seguía creciendo. La metrópoli realimentada por la electricidad, el motor de explosión y el teléfono ya se expandía incluso más allá del nuevo término municipal. Durante el primer tercio del siglo xx la ciudad pasó de medio millón de habitantes a un millón.

La segunda metrópoli

En los años veinte los problemas generados por ese crecimiento, que volvía a rebasar el límite político de la ciudad, acapararon de nuevo la atención. En tiempos de la segunda exposición de Barcelona, celebrada finalmente en 1929, se hablaba ya de una Gran Barcelona, concebida, eso sí, de forma distinta por los hermanos Rubió i Tudurí y por los jóvenes admiradores de Le Corbusier que formaron el GATCPAC.

Llegó la época de la República y los planteamientos esbozados por los Rubió i Tudurí tuvieron ocasión de desarrollarse por encargo de la Generalitat, siguiendo la línea del *Regional Planning* norteamericano. Desde ese punto de vista, el crecimiento de Barcelona no debía cristalizar en una vasta conurbación, sino que tenía que conformar un anillo en torno a Collserola, con localidades de tamaño medio y con ciudades jardín, separadas por franjas verdes. En suma: una metrópoli con un peso destacado de “*la caseta i l’hortet*”. Ese planteamiento traducía los recelos de los novecentistas y de la Lliga ante la gran metrópoli obrera, y también podía satisfacer las aspiraciones de las incipientes clases medias y de los sectores anarquistas partidarios de una vida más comunitaria y rural.

Para los jóvenes arquitectos del GATCPAC, en cambio, Barcelona tenía que prepararse para ser la organizada capital industrial y obrera de un Estado catalán autónomo dentro de la España republicana. Ésa era la base de la propuesta conocida como Plan Macià, que zonificaba la expansión urbana en paralelo a la costa y proponía ordenar el crecimiento con grandes bloques dispuestos en una cuadrícula con un módulo que multiplicaba por nueve el tamaño del propuesto por Cerdà: ese cambio de módulo reflejaba una concepción completamente distinta de la ciudad.

Ambas propuestas dejaban en suspenso la fórmula del gobierno urbano, si bien quedaban implícitos tanto el temor a la gran urbe política, en el caso de los Rubió i Tudurí, como la apelación a un poder fuerte, mitad local y mitad nacional, en el del GATCPAC. Mientras, los ediles de los nuevos ayuntamientos republicanos, enfrentados a los problemas del crecimiento, empezaban a imaginarse un gobierno metropolitano. En el congreso municipalista celebrado en 1933 se habló del “gran municipio de la Gran Barcelona”, de un “núcleo de acción municipal” con competencias en urbanismo y en los servicios urbanos, formado por Barcelona y nueve municipios más que eran –se decía– “susceptibles de una agregación, más o menos lejana”, a la ciudad.

Llegó la guerra sin haber podido concretarse nada y la prevención del franquismo hacia Barcelona, símbolo del obrerismo y el catalanismo, parecía condenar la cuestión metropolitana al ostracismo. Sin embargo, la realidad era tozuda. A pesar de las restricciones y del desabastecimiento, Barcelona reprenió pronto el camino del crecimiento migratorio e industrial. El empuje hacia una segunda metrópoli se revelaba más fuerte que los designios del régimen, que de mala gana tuvo que aceptar la apuesta de FIAT por Barcelona.

Los trabajos encaminados a un nuevo plan general se desarrollaron en paralelo a la construcción de aquella gran fábrica de automóviles. Los primeros SEAT empezaron a circular en 1953, el mismo año en que se aprobó el Plan Comarcal. Sus autores habían conocido de primera mano los debates urbanísticos de antes de la guerra y en ellos se basaron al perfilar, en un momento histórico radicalmente diferente, una solución que pudiera dar respuesta a los temores conservadores ante la gran metrópoli industrial y a la necesidad de construir vivienda popular y nuevas infraestructuras en la periferia.

El plan para Barcelona aprobado en 1953 comprendía 27 municipios, pero sus esquemas mostraban la voluntad de mantener la máxima autonomía de las unidades territoriales: su diseño de conjunto no era ajeno a las preocupaciones del *Regional Planning* de los años treinta. En cambio, en el detalle de las soluciones urbanísticas y en las tipologías constructivas para las zonas obreras el plan retomaba las directrices del urbanismo funcionalista del GATCPAC.

La cuestión de la dimensión política de la ciudad inquietaba en gran medida al régimen franquista. En el preámbulo del Plan Comarcal se advertía contra la emergencia de un nuevo ente urbano fruto de otra tanda de agregaciones, exactamente lo contrario de lo que propugnaba el régimen para Madrid, donde por las mismas fechas se constituyó el gran municipio actual.

El segundo plan metropolitano arrancaba, pues, sin el vigor del primero, el de Cerdà. Sus insuficiencias metodológicas y las notables presiones especulativas lo convirtieron en un instrumento poco respetado. Al cabo de veinte años de crecimiento desordenado, resultó inviable seguir sin revisarlo y sin un órgano de gobierno a su misma escala: las previsiones de la Carta Municipal de 1960 resultaban insuficientes.

En 1974 se creó la Entidad Municipal Metropolitana de Barcelona. Pese a la distancia histórica, las condiciones políticas de su nacimiento tenían algo en común con las que propiciaron la unificación municipal de 1897. Se trató, en ambos casos, de coyunturas favorables para la negociación del municipio con el Estado. En las postrimerías de la dictadura y con los primeros efectos de la denominada crisis del petróleo, un gobierno estatal debilitado se enfrentaba a una Barcelona estrangulada por el caos urbanístico y punta de lanza de una Cataluña en plena ebullición social, cultural y política.

La revisión del Plan Comarcal, hasta su reformulación en el Plan General Metropolitano de 1976, resultó muy polémica. El proceso propició el encuentro entre las mayorías urbanas y las nuevas élites técnicas y clandestinamente políticas, e hizo madurar el movimiento vecinal. Empezaba a tomar cuerpo el compromiso social y territorial que, en los primeros años de democracia municipal, se plasmaría en la consigna de “monumentalizar la periferia” y “sanear el centro”. Sin ese combate



© Adolfo Zerkowitz / AFB

La trama de Cerdà en el área industrial de Poble Nou, en una imagen de los años 1915 a 1929. Abriendo el artículo, arriba, la Plaça de Catalunya en la segunda década del siglo XX, con la casa Pich i Pon de Puig i Cadafalch en la esquina, y una imagen de la Via Laietana a su paso por la plaza del Àngel, entre 1925 y 1930. Puig i Cadafalch encarna un deseo de monumentalidad que se prolongaría con los edificios *Chicago Style* de la Via Laietana.

por la ciudad, que introdujo en el juego político las periferias urbanas surgidas de la inmigración, no podría explicarse tampoco el éxito de la convocatoria vecinal para acudir desde los barrios a la gran manifestación del 11 de septiembre de 1977 por la autonomía de Cataluña. El pacto urbano contribuyó decisivamente al pacto nacional de la Transición.

Si en el primer ciclo metropolitano la unificación municipal de 1897 había propiciado un período de propuestas recalificadoras, la formalización institucional de la segunda metrópoli, con un órgano de gobierno y un plan general revisado, también liberó un caudal de energía notable. En un ambiente intelectual y político que amalgamaba “novecentismo” y “socialdemocracia”, la recalificación urbana a distintas escalas sería el objetivo durante más de dos décadas: de los espacios públicos de la periferia a la remodelación de Ciutat Vella, de las infraestructuras impulsadas por los Juegos Olímpicos a las nuevas centralidades y los grandes equipamientos. Así como, a principios del siglo XX, Puig i Cadafalch podía dar rienda suelta al ansia monumentalizadora porque el Plan Cerdà era firme, en los años ochenta los valedores de los “proyectos” frente a los “planes” podían permitirse cuestionar el planeamiento general precisamente porque existía y era consistente.

¿Una tercera metrópoli?

Establecer los límites políticos de un nuevo gobierno urbano ha sido siempre una decisión más jurídica y política que cien-

tíficotécnica. En los dos ciclos metropolitanos anteriores fue el área del plan general la que prefiguró un nuevo espacio de gobierno urbano, si bien con modalidades diferentes. La Corporación Metropolitana se reveló como una fórmula institucional más frágil y menos legitimada que la unificación municipal de la primera metrópoli de finales del XIX: la disolvieron sin excesivas dificultades las leyes territoriales de 1987. La Generalitat se encontraba entonces en fase de consolidación y recelaba del uso de la institución metropolitana no como poder urbano, sino como contrapoder nacional. La diferencia de color político hizo el resto.

El impacto de la desaparición del poder político metropolitano no se notó de inmediato; los programas aprobados con antelación todavía podían impulsar la ciudad durante un tiempo. Sin embargo, desde mediados de los años noventa las actuaciones empezaron a mostrar síntomas de una dispersión creciente. Los efectos de ese agotamiento prematuro del segundo ciclo metropolitano se han notado sobre todo en la década presente, de intensa globalización técnica, económica y humana.

Quizá ahora, cuando vea la luz el Plan Territorial del Àmbit Metropolità de Barcelona y contribuya a enfocar las actuaciones referidas al conjunto de la Regió Metropolitana, sea un momento propicio para abordar de nuevo la cuestión del gobierno de su conurbación central, la de Barcelona. **M**



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Teoría y práctica

Cerdà diseña un proyecto racional, ajustado al territorio y flexible, capaz de asumir modificaciones sin perder un ápice de rigor. La edificación perimetral, el gran jardín central y la parcelación regular son sus elementos fundamentales.

Los primeros constructores o la fortuna del Eixample

Texto **Joaquim Sabaté** Doctor arquitecto. Catedrático de Urbanismo en la UPC

Fotos **Lluís Sans**

No creo preciso insistir en la magna aportación de Ildefons Cerdà a la disciplina del urbanismo, o en la extraordinaria calidad del Eixample de Barcelona. Quiero defender, en cambio, que dicha calidad descansa asimismo en una obra coral que modifica y completa notablemente la propuesta inicial del ingeniero.

Con Cerdà participan propietarios de terrenos, sociedades inmobiliarias, concejales y técnicos municipales, arquitectos y maestros de obras. Y lo hacen contribuyendo a definir aspectos tan centrales como la forma del parcelario o la manzana cerrada con patio regular; consolidando el modelo de la casa de renta y resolviendo brillantemente el difícil reto de la casa en chaflán, que deviene el elemento arquitectónico más representativo de la nueva ciudad; pero también forzando el incremento de alturas o introduciendo elementos no contemplados inicialmente, como los pasajes. Y todo ello no supone demérito alguno de su autor, que aúna teoría y pragmatismo, que ha diseñado un proyecto de un grado tal de racionalidad y ajuste preciso al territorio, que lo hace sumamente flexible, capaz de asumir importantes modificaciones sin perder un ápice de su rigor. Considero que los primeros años suponen un proceso de maduración y enriquecimiento del proyecto y que sus primeros constructores contribuyen de este modo a la fortuna del Eixample.

La regularización del parcelario

Cabe afirmar que dicho proceso empieza incluso años antes de la presentación del proyecto, con la adquisición de terrenos por quienes pretenden anticipar los beneficios que ha de reportar la extensión de la ciudad, lo que habrá de facilitar su arranque. El Eixample propone una nueva escala de ciudad, define una manzana, unidad de proyecto y gestión, mucho mayor que las existentes. Y lo hace en un momento en el que la propiedad del suelo adquiere su condición moderna, en el que se transita rápidamente desde un irregular catastro rústico a un parcelario regular y adecuado para consolidar el modelo de la casa de renta. El nuevo orden urbano se traduce en términos de negocio, y al ser la vivienda objeto de cam-

bio, su base material, el suelo, se convierte en base de fijación de derechos.

El peso de los propietarios y las empresas inmobiliarias es muy determinante en el arranque del Eixample. Muy pronto asumen un papel protagonista en la discusión de las propuestas de ley para fomentar la edificación rebajando los aranceles de los materiales de construcción, y asimismo en la elaboración de la primera Ley de Ensanche.

Su atención se centra en tres aspectos fundamentales: el aprovechamiento edificatorio, la forma de costear y repercutir el suelo necesario para las calles, y la división de los terrenos en solares edificables.

La irregular estructura catastral constituye un problema relevante en la construcción del Eixample, sobre todo a medida que empiezan a ocuparse terrenos más alejados y en propiedades de menores dimensiones. Poco después de la promulgación de la Ley de 1864 se reúnen en Barcelona los propietarios de terrenos del Eixample y nombran una comisión para proponer al Gobierno los medios más apropiados para aplicarla. Reconocen, en los mismos términos en que Cerdà lo ha hecho tres años antes, su preocupación por las dificultades que encuentra el Eixample en su desarrollo, que atribuyen a la ausencia de normas claras para resolver los inconvenientes de la irregular estructura catastral. Algunos propietarios han regularizado ya sus terrenos de acuerdo con las bases propuestas por Cerdà. Él mismo ha procedido a la división del ámbito de las antiguas murallas en parcelas regulares previa subasta.

Frente a la alternativa de la ley, los propietarios plantean un sistema de condonación (cesión de los terrenos para calles, plazas y jardines y ejecución de la infraestructura a cambio de exención de impuestos). Defienden asimismo que se exija la regularización de las parcelas antes de solicitar licencia. Consideran imprescindible dicha parcelación regular en cada manzana; y ésta es habitual y relativamente sencilla durante los primeros años del Eixample, dada la existencia de propiedades de tamaño considerable. Las adquisiciones de



terrenos facilitan el impulso inicial del Eixample y la regularidad de las parcelas edificables hace posible una rápida consolidación de la casa de renta.

La definición de la manzana

Uno de los aspectos que ha suscitado mayores equívocos y controversias, y que ha alimentado sugerentes interpretaciones, es el relativo a la edificación en las manzanas, así como las razones de la forma y medida de éstas. Se ha defendido como absolutamente esencial para Cerdà la disposición de bloques edificadas de escasa profundidad en solo dos de los cuatro lados de la manzana. Como corolario de ello se deriva que su cierre supone una completa desvirtuación del modelo y la pérdida de una de las aportaciones más sustanciales del proyecto. Incluso algunos estudiosos siguen empecinados hoy en dicha interpretación. Y, de hecho, una primera lectura de la memoria del anteproyecto, o de las mismas ordenanzas que elabora Cerdà pareciera darles la razón.

Hace ya más de veinte años, cuando aún se desconocía el paradero y contenido de dichos documentos, planteé un argumento totalmente opuesto: Cerdà acaba apoyando el cierre de la manzana y este cierre constituye una de las razones de la calidad de la ciudad resultante¹. Sintetizo las razones que me llevaron a defender dicha tesis.

Detengámonos en primer lugar en aquellos textos de Cerdà que parecen invalidar mi tesis. Como veremos enseguida, no cabe entenderlos como una aportación cerrada y definitiva en su concepción de la nueva ciudad. En todas sus actividades, escritos y proyectos se puede reconocer una característica clave de su intervención: siempre contrapesa la fuerza teórica de sus propuestas con la experiencia de su puesta en práctica. Sorprende su capacidad de ajuste y corrección continua, incluso de renuncia a aquello que no considera estricta-

mente sustancial. Teoría y pragmatismo se dan la mano en aras del impulso del desarrollo de su proyecto.

Durante el período en que permanece al frente de su ejecución se ocupa de encauzar la obra urbanizadora, pero también de buscar mecanismos para afrontar las dificultades que surgen en la construcción de la nueva ciudad. Por ello sus ordenanzas deben ser leídas como el resultado de un largo proceso, que arranca con su redacción inicial, o incluso antes, con las reflexiones contenidas en la memoria de su anteproyecto, y se prolonga mientras dura su dedicación al Eixample.

Las alternativas de su anteproyecto se basan en el conocimiento exhaustivo de las condiciones de habitabilidad de la ciudad amurallada (que en 1867 se traduce en su *Monografía estadística de la clase obrera* y en su especial atención a cuanto afecta a la higiene pública). La corrección de aquellas condiciones de habitabilidad “[...] que habían hecho de Barcelona la capital más insana del continente” constituyen su motivo de preocupación básico y el objetivo que orienta todas y cada una de sus reflexiones. En función de ello justifica las medidas y la ocupación de las manzanas, la forma y distribución de las viviendas, y el tamaño y disposición de los jardines.

En su anteproyecto se mueve aún con cierta ambivalencia entre diversas alternativas residenciales. Sin embargo, una vez comentadas todas ellas, escribe tajante: “[...] Juntar más de dos casas unas a continuación de otras, y sobre todo venir a cerrar por completo el espacio de una manzana son monstruosidades incompatibles con la cultura de nuestro siglo”. Esta afirmación no parece dejar dudas respecto a la importancia para Cerdà de la manzana con bloques aislados, incluso a pesar de que no la recoge en la memoria del proyecto, ni sus ordenanzas aciertan a regularla.

Veamos, en cambio, los argumentos a favor de mi tesis. Un plano de 1865, que recoge las primeras construcciones en el

Los Jardines de Jaume Perich, en la manzana del 657 bis de la Gran Vía, un interior recuperado para uso público que antes había estado ocupado por la fábrica Colònia Tèxtil Rosal. En la página siguiente, un degradado y sobreocupado interior en la zona de Gran Vía - Rambla de Catalunya. Abriendo el artículo, uno de los primeros edificios del Eixample, en Roger de Llúria - Consell de Cent, restaurado y reconvertido actualmente en hotel.



Eixample, contradice aquella supuesta intención del proyecto, en un momento en que Cerdà dirige su ejecución, y su firma valida todas las solicitudes para edificar. Vemos que los edificios se levantan en cualesquiera de los lados de las manzanas y no tardan mucho en cerrarlas completamente.

¿Hasta qué punto se produce con ello una trasgresión del proyecto?

¿O simplemente se encaja este ajuste con una flexibilidad que descansa precisamente en la extraordinaria racionalidad de la cuadrícula?

Creo que existen muchas razones para considerar que la ocupación de solo dos lados de la manzana no constituye una cuestión básica para el propio Cerdà, que acepta, e incluso propone, el modelo de manzana cerrada con patio central. Veamos algunas:

1. De entrada hay que pensar que la reducida ocupación de la manzana nace de las propias bases del concurso de 1859 (que establecen que el espacio destinado a jardines sea igual al edificado). Cerdà se atiene a esta regla sobre espacio libre y construido. Y esta ocupación se mantiene en valores relativamente bajos durante los primeros años del Eixample, y en los sucesivos decretos que la Administración promulga.

2. Pero en las seis versiones sucesivas y diferentes que Cerdà elabora entre 1859 y 1861, modifica la posición de las edificaciones, recogiendo en la última un número mayor de manzanas construidas en tres y cuatro de sus lados. Cabe interpretar los dibujos como verificación de sus principios, una magnífica conjunción de teoría y aplicación, en aras del mantenimiento de sus aspectos esenciales.

3. Conviene recordar que el documento que se aprueba, el único que tiene refrendo oficial, es un plano a escala 1:5.000, que sólo contiene la definición del perímetro de las manzanas. Desaparece toda referencia a las construcciones y a su

disposición en las mismas y queda lo esencial, el ajuste preciso del trazado de las calles.

4. Otro argumento a favor de la importancia relativa que tiene para su autor la manzana abierta es que en sus ordenanzas de 1860 ni siquiera aborda cómo llevarlo a la práctica.

5. Además, todos los reglamentos de construcción del siglo XIX se basan estrictamente en la fijación de alineaciones. Y Cerdà no pretende en ningún momento liberarse de la disciplina de la calle. Las ordenanzas de las principales ciudades son ordenanzas de calle. En función de la alineación, se fijan los parámetros de las construcciones. La ordenación abierta y su regulación están aún bastante lejanas en el tiempo.

6. Otro argumento a mi favor está en el texto *Cuatro palabras sobre el Ensanche dirigidas al público de Barcelona*, escrito en mayo de 1861, cuando apenas se han levantado una docena de casas y el Eixample se pone en entredicho. Cerdà sienta las bases para resolver la reparcelación y reconoce como edificable el perímetro completo de la manzana.

7. Trabajando como técnico responsable del Eixample se encarga de fijar, desde la primera casa, alineaciones y rasantes y de dar su conformidad a cada solicitud de edificación. Sus informes autorizan construcciones en cualesquiera de los frentes de la manzana. Incluso en su visita a Madrid en 1869 lleva una relación completa de los 458 proyectos aprobados, que con su visto bueno han venido a ocupar ya todos los lados del perímetro de numerosas manzanas.

8. Igualmente abunda en mi tesis su propuesta de parcelación y tasación para subastar los terrenos de las antiguas murallas, que realiza por encargo del Gobierno a mediados de 1861. En ella reconoce el valor equivalente de los cuatro frentes edificables.

9. Su tarea como director facultativo de la Sociedad Fomento del Ensanche, o sus trabajos para algún particular



nos muestran una vez más al autor del *Proyecto de reforma y ensanche de la ciudad de Barcelona* renunciando a ciertos aspectos accesorios del mismo para garantizar lo fundamental. Así, en un proyecto de la Sociedad Fomento del Ensanche propone un interesante modelo de manzana cerrada prácticamente por sus cuatro lados.

10. También la promoción de 211 casas que José Serraclara impulsa en 1867, en la que existen indicios para suponer su participación, muestra un modelo de hileras de casas de dos plantas a lo largo del perímetro de varias manzanas y en los pasajes abiertos a través de ellas.

Podría seguir añadiendo más pruebas, pero creo que las expuestas resultan suficientes para defender que la manzana de Cerdà está basada en tres decisiones fundamentales: su considerable tamaño, la definición construida de su perímetro y la existencia de un gran patio central ajardinado. La fuerza del perímetro y la equilibrada proporción de la superficie de calles, edificios y patios están en la base de la extraordinaria calidad de la ciudad resultante y de la capacidad de acometer su ejecución. Disponer bloques aleatoriamente en dos lados de la manzana no solo hubiera hecho inviable la propuesta, al no disponer de instrumentos adecuados de gestión, o la hubiera encarecido notablemente, sino que hubiera dado como resultado una volumetría de dudosa claridad. Ni el cierre de la manzana desvirtúa el modelo, ni con ello se pierde una de las aportaciones más sustanciales del proyecto, como creo haber demostrado. Otra cosa es que a finales del siglo XIX se tolere edificar aquel jardín central que los primeros constructores del Eixample habían respetado escrupulosamente. Pero esto es harina de otro costal.

Una de las decisiones básicas de Cerdà es el cierre del perímetro de la manzana. Poco importa que sus primeros textos y dibujos no la recojan. En cambio, desde el inicio de su ejecución insiste en la disposición relativamente homogénea

de la edificación, remarcando muy especialmente el chaflán, seguramente el elemento más característico de la arquitectura del Eixample. Cerdà reconoce, dibuja y construye manzanas completamente edificadas en todos sus lados. En este sentido, es sintomático el dibujo que realiza a petición de la Junta Consultiva en 1861, cuando amplía la extensión de su proyecto más allá del canal colector. En esta versión aparecen muchas manzanas edificadas en todo su perímetro y pocas en solo dos de sus lados.

Con ello está avanzando en su solución para la Sociedad Fomento del Ensanche: la disposición de un gran patio central, una de las aportaciones clave para la ordenación de la manzana. En la Gran Vía lo dibuja como un patio comunitario, que se suma a los jardines particulares de las plantas bajas. En diferentes propuestas posteriores y a través de sus ordenanzas, establece su considerable dimensión y su tratamiento como espacio ajardinado.

Son, en definitiva, la edificación perimetral, el gran jardín central y la parcelación regular los elementos fundamentales que la labor continuada de Cerdà y de los primeros constructores del Eixample aportan a la definición de su forma edificada.

El reconocimiento de los pasajes

En cuanto a los pasajes, el ingeniero se acomoda igualmente con absoluto pragmatismo. En la memoria del proyecto los rechaza de modo tajante. Pero una vez más acaba aceptando la aportación de diversos técnicos; los ensaya en posteriores versiones de su plano o los incorpora en alguna de sus propuestas.

Los pasajes constituyen una de las aportaciones más singulares que el desarrollo del Eixample introduce. Aún no estando contemplados en el proyecto, ni en las ordenanzas, su aparición no se hace esperar, al aprovechar la posibilidad de abrir vías particulares. Resulta sintomática la petición del

“En Cerdà sorprende la capacidad de ajuste y corrección continua, incluso de renuncia a aquello que no considera estrictamente sustancial”.

Ayuntamiento de que se permita a los particulares dividir las manzanas señaladas en los planos mediante calles rectas de al menos diez metros de anchura². En 1865, apenas cuatro años después de haberse levantado la primera casa, el pasaje Permanyer está prácticamente edificado; en un plano de 1877 se identifican ya una docena (Mercè, Méndez Vigo, Mercader, Domingo, Concepció...) y a finales de siglo existen unos cincuenta, especialmente en Gràcia y Sant Martí. Por lo general tienen una anchura reducida y los edificios son de carácter unifamiliar, con uno o dos pisos entre medianeras y con escaso desarrollo de fachada.

Diversas razones impulsan su aparición. Si la propiedad no dispone de la manzana completa, pero sí de una extensión importante de ella, le puede sacar mayor partido con un pasaje que incrementa el perímetro edificable. Con la escasa profundidad y altura de las primeras construcciones resulta rentable eliminar una o dos en el perímetro y disponer en el interior de la manzana dos hileras de casas unifamiliares. También la demanda de vivienda unifamiliar, de tamaño y coste reducido, con escasa repercusión del valor del terreno y de la urbanización, favorecen su rápida extensión.

La casa de chaflán

La casa de chaflán constituye el elemento más representativo de la arquitectura del Eixample barcelonés. Su planta pentagonal y la magnífica perspectiva que ofrece su preciado emplazamiento la hace, a su vez, un reto difícil y deseado, por su carácter representativo. Los mejores palacios, las sedes de las principales sociedades, hoteles y equipamientos buscan su ubicación en estos solares. En los planos correspondientes a los primeros años se observa la preferencia por dicho emplazamiento.

Se trata de un tipo de casa con mucha fachada pero con dificultades para ventilar en la parte posterior, para acceder al patio central, si sus vecinas son profundas. Ello, unido a su peculiar geometría en planta, hace que al inicio se resuelvan con escasa profundidad, con un gran patio al fondo de la parcela. Uno de los ejemplos más claros es el de las cuatro esquinas Llúria-Consell de Cent, promovidas en 1863. Con doble crujía y sin patios interiores, apenas superan los diez metros. Durante los primeros años apenas un tercio de las casas de chaflán alcanzan los dieciséis metros de fondo y menos de la mitad a final de siglo. Al tener un amplio desarrollo de fachada, no precisan tampoco de patios interiores para resolver adecuadamente su ventilación.

La distribución en planta se va enriqueciendo con la práctica de arquitectos y maestros de obras, y aun con esquemas bien sencillos contribuyen notablemente a la diversidad tipológica en el Eixample.

La edificación entre medianeras, por otra parte, constituye la alternativa más generalizada y aquella en la que se consolida el modelo de casa de renta característico del Eixample. Se trata de una casa sensiblemente más profunda que las de chaflán o las aisladas, inicialmente con planta baja y tres pisos y con una distribución crecientemente homogénea, que varía en función del ancho de la parcela. La regularidad de la planta, su anchura desahogada y la experiencia acumulada³ permiten desde el inicio introducir patios de ventilación y ganar profundidad y aprovechamiento.

No veamos en absoluto como fruto de la codicia especuladora el incremento de profundidad hasta los 27,90 metros, o de altura hasta alcanzar planta baja y cinco pisos, que recoge la ordenanza de 1891. Creo que debemos interpretarlo como el resultado de un ensayo colectivo que ha durado treinta años, hasta encontrar las dimensiones más adecuadas de la arquitectura del Eixample.

Prueba de ello es que la altura de las primeras casas queda por debajo de lo autorizado. Los límites de las órdenes y decretos posteriores, la inexistencia de ascensores o la escasa presión edificatoria dan como resultado construcciones que en ocasiones no superan las cuatro plantas, ni siquiera en aquellas fases en que las sucesivas normas lo admiten⁴.

También es relevante la labor uniformadora de las sociedades inmobiliarias⁵, o el acuerdo de diferentes constructores en unos parámetros comunes, hasta el extremo de igualar profundidades, ajustar la disposición de los patios y ensayar esquemas distributivos cada vez más homogéneos. Hasta cerca de un tercio de las edificaciones en banda disponen sus patios en la medianera ajustados al del vecino, configurando así uno de mayor tamaño. Pero, además, muchas de ellas se construyen con proyectos comunes, en grupos de dos o más.

Creo que, una vez más, la presión de estos primeros constructores del Eixample acaba definiendo una ajustada proporción entre calle y fachada, entre profundidad edificable y dimensión del patio central, cualificando así el proyecto urbanístico más relevante del siglo XIX. **M**

Notas

- 1 Ver *El proyecto de la calle sin nombre. Los reglamentos urbanos de la edificación París-Barcelona*, tesis doctoral presentada en 1986 y publicada en Barcelona en 1999 por Fundación Caja de Arquitectos.
- 2 Artículo quince de las *Bases económicas* propuestas por el Ayuntamiento Constitucional de Barcelona a la Reina en diciembre de 1862.
- 3 Fundamentalmente, en las calles recientemente abiertas Unió, Ferran y Princesa, así como en diversas plazas y calles con servidumbres arquitectónicas.
- 4 Entre 1862 y 1968 o desde 1879 hasta 1890.
- 5 El *Ensanche y Mejora de Barcelona*, Fomento del Ensanche de Barcelona, La Constructora Catalana, La Catalana General de Crédito, La Caja Mercantil, El Cambio Universal.

Los pasajes constituyen una de las aportaciones más singulares de Cerdà al desarrollo del Eixample, aunque no estaban previstos ni en su proyecto inicial ni en las ordenanzas. En la imagen, el pasaje Méndez Vigo que une las calles de Aragó y Consell de Cent.





La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Máquina de dinero

El Eixample fue una parte importante de la máquina de renta inmobiliaria. Mientras se hacía denso y se transformaba, cada vez más alejado de las propuestas de Cerdà, perdió patrimonio artístico y equipamientos privados, y tampoco mejoró su dotación pública.

El porciolismo y el Plan Cerdà: ¿boda por interés?

Texto **Mercè Tatjer** Universitat de Barcelona

Fotos **Lluís Sans**

De unos treinta años a esta parte se ha escrito bastante sobre el Plan Cerdà. Sin tener en cuenta las notas aparecidas con motivo del centenario del plan y el libro publicado en 1968 por Fabià Estapé, gracias al cual se recupera la personalidad de su reconocido autor, ha sido a partir de 1970 cuando numerosos estudios han tratado de los orígenes y características de este plan, así como los grandes rasgos de su normativa urbanística, a la vez que se adentraban en la figura del polifacético ingeniero de caminos que fue Ildefons Cerdà¹.

Sin embargo, el Eixample todavía tiene muchas “islas del tesoro” por descubrir; es un espacio más complejo y poliédrico de lo que se podría pensar y va mucho más allá del Modernismo del Quadrat d’Or o de su consideración como la parte más burguesa de Barcelona. El Eixample popular y fabril de Sant Antoni, el Eixample del Poblenou, los “eixamples” del Fort Pienc o el próximo a la Sagrada Família son espacios que apenas empiezan a ser estudiados² ahora.

Calles fijas, casas y usos cambiantes

A pesar de su apariencia estática, el Eixample experimentó desde muy pronto grandes transformaciones y cambios, manteniendo siempre su trama de calles como elemento fijo e inamovible.

Los cambios fueron importantes durante el primer tercio del siglo XX, cuando la parte más central del Eixample empezó a tener una nueva función. Durante varias décadas había sido espacio de residencia burguesa, poblado por palacetes y casas unifamiliares con jardín, de nobles, de industriales y financieros, o por edificios de pocas plantas en los que el principal, donde vivía el propietario, se valoraba tanto por la posibilidad de ser visto como por la de ver; esa parte más acomodada iba acompañada a menudo de casas de vecinos de alquiler de carácter más mesocrático e, incluso, popular. A pesar de todo, no muy lejos de los espacios residenciales se encontraban algunas fábricas de sectores de las artes gráficas (las editoriales Montaner i Simón, y la editorial Espasa; fotograbados y tricotomía Thomas), mobiliario y decoración (talleres Masrera,

talleres de mobiliario de F. Vidal) o géneros de punto. Algunos nuevos conventos (Adoratrices, Magdalenas, Arrepentidas...), escuelas religiosas (jesuitas, L’Ensenyança, escolapias, concepcionistas), y la reinstalación de fragmentos góticos desde Ciutat Vella (iglesia de Sant Miquel y claustro de Jonqueres en la actual iglesia de la Concepció, convento de Montsió –actual parroquia de Sant Raimon de Penyaforç–, claustro del convento de Jerusalem en el actual colegio de Sant Miquel), habían aportado un cierto aire monumental a la zona y equipamiento religioso y escolar a la burguesía que allí habitaba, a la vez que se convertían en hitos característicos de la trama igualitaria del nuevo espacio urbano del Eixample.

Esa parte central del Eixample todavía mantenía una parte de la antigua función de ocio (espacios al aire libre, cafés), pero poco a poco iba iniciando el camino hacia un espacio terciario.

No tardaron en construirse grandes y vanguardistas edificios de oficinas, como La Unión y el Fénix (1927-1931), o las sedes de empresas como Nestlé (1934-1935). Siguiendo a las que ya existían desde hacía algún tiempo (Camisería Comas), se instalaron más tiendas de lujo, como la casa de modas Martí i Martí, abierta en 1916, o como la joyería Roca, inaugurada en 1934. Al comercio se fueron añadiendo algunas sedes de instituciones, como el esplendoroso y elitista Círculo Ecuestre (1926). Todos ellos se convirtieron en los primeros símbolos de la nueva función del Passeig de Gràcia.

La construcción de nuevos grandes equipamientos de ocio, como el teatro Coliseum (1923), y la conversión del palacete Marçet en teatro en 1934, marcaban un nuevo camino entre la monumentalización terciaria y los modernos usos de ocio.

Paralelamente, las nuevas ordenanzas municipales de 1923³ y de 1932 favorecían construcciones con alturas superiores (planta baja más seis plantas y áticos) a las que hasta entonces se permitían en los edificios del Eixample (planta baja más cinco). En torno al Passeig de Gràcia y a la Diagonal pronto aparecieron edificios más altos: algunos novecentistas (Casaramona o Casa Sant Jordi) y otros racionalistas (Casa Codina o edificio Astoria); e incluso la promoción de un con-



junto de viviendas para la Caixa d'Estalvis i Mont de Pietat de Barcelona (en el cruce entre la calle Londres y la de Muntaner).

Esa nueva ordenanza, así como las obras públicas realizadas con motivo de la Exposición de 1929 y algunas leyes de vivienda (Ley de 1935) aceleraron la urbanización definitiva de la Diagonal y de nuevos espacios más allá del Eixample central, hacia la izquierda del Eixample. En la Diagonal y sus alrededores, a los edificios de carácter monumentalista de gran altura, se sumaron otros racionalistas (Casa Espona). En el sector de Sant Antoni también se construyeron edificios más altos, novecentistas y art déco, pero también racionalistas, que combinaban el uso residencial en los pisos con el uso industrial en el interior de la manzana (casa-impresora Riusset, de la calle Floridablanca); hacia la zona de la Sagrada Família, también se levantaron una serie de edificios del mismo estilo en la avenida Gaudí y en varias calles cercanas (Casa Cardenal), al tiempo que la nueva función terciaria llevaba a la transformación, en 1934, de espacios fabriles, como la Editorial Henrich en sede de Unicolor; mientras que en otros casos se mantenía la función industrial. En esa parte más periférica del Eixample, muchas de las nuevas edificaciones respondían perfectamente a lo que ya señaló J. A.

Solans⁴: efectivamente, las reducidas dimensiones –en torno a los 50-60 m²– y las escasas mejoras higiénicas introducidas por las ordenanzas en la mayoría de casas de renta modesta las convertían en habitáculos pequeños y poco salubres.

Estos edificios habían ganado muy poco con respecto a las descripciones que Garcia Fària ya había hecho a finales del siglo XIX en su balance sobre la insalubridad de las viviendas de Barcelona, entre las cuales incluyó las construidas en el Eixample contraviniendo las propuestas de Ildefons Cerdà.

Por otra parte, entre los años 1920 y 1930, en la izquierda del Eixample y en la parte de la Sagrada Família, se construyeron, en la zona del solar interior de una casa de vecinos, pasillos con pequeños habitáculos alquilados a las clases más modestas⁵.

Cuando las casas empezaron a tener sombrero

En los años de la posguerra, la facilidad para construir en altura y para levantar nuevos pisos sobre los edificios existentes, en una época de escasez de materiales, dio lugar a las primeras grandes transformaciones del paisaje del Eixample.

Grandes conjuntos de casas que se acogieron a las leyes de la vivienda de 1944 y de 1948, y después a las de 1954, vinieron

En el solar de la antigua fábrica Elizalde, del paseo de Sant Joan, la Caixa de Barcelona construyó un denso conjunto de viviendas en lugar de hacerse equipamientos o zona verde. Abriendo el artículo, la torre conocida como del Banco Atlántico, de Francesc Mitjans y Santiago Balcells (1969), uno de los diecinueve edificios singulares levantados en el Eixample durante el periodo Porcicles.

“La permisividad, la tolerancia, cuando no la corrupción con que se aplicaban las normas, acabarían convirtiendo el Eixample en uno de los símbolos de la especulación urbanística”.

a sustituir en algunos casos a instalaciones fabriles y, en otros, se levantaron sobre solares todavía sin edificar de la periferia del Eixample central, en especial en la izquierda y hacia la Sagrada Família. El valor arquitectónico que consiguieron la mayoría de esos conjuntos construidos entre 1940 y 1956 fue escaso y se limita a los elementos neoclásicos (columnas adosadas, frontones...) que solían adornar unas fachadas de paramentos lisos y llenas de ventanas.

Los nuevos pisos levantados sobre edificios ya construidos, realizados en muchos casos con materiales pobres y sin respetar la construcción de la casa existente, pusieron “sombbrero” a muchos de ellos⁶; por otra parte, muchas casas reconstruidas después de la Guerra Civil, con el apoyo de las nuevas leyes de vivienda, aprovecharon para construir en altura; lo que, en conjunto, permitió una importante rentabilización de los inmuebles.

La terciarización del Eixample central como espacio de hoteles, oficinas y sedes de banca o de empresa se intensificó rápidamente. En el año 1952 ya estaban construidos dos de los nuevos emblemas de la ciudad de la posguerra: el edificio del Banco Vitalicio, que se levantó sobre el solar del palacete del marqués de Marianao⁷, y el hotel Avinguda Palace, en la Gran Via.

Poco a poco, las sedes de los bancos, los hoteles, más los establecimientos de lujo (Loewe) y las sedes de instituciones de la época (la Falange Española ocupó la sede del Círculo Ecuéstre hasta el año 1947, cuando se estableció, hasta no hace mucho, el Banco Hispano Americano) avanzaron por el Passeig de Gràcia hacia arriba hasta la Diagonal, en donde el Palau Robert, ocupado por el famoso Julio Muñoz Ramonet, fue todo un símbolo de los nuevos tiempos.

El Plan Cerdà y el porciolismo

Con la llegada, en 1957, de Josep Maria de Porcioles i Colomer a la alcaldía de Barcelona, la transformación del Eixample fue aún más rápida y bastante espectacular.

¿Se puede afirmar que el porciolismo contrajo con el Plan Cerdà un matrimonio de conveniencia? Si eso es cierto, el matrimonio tenía precedentes, tal y como hemos visto. Por otra parte, la conveniencia se estableció, también, entre muchos grupos sociales y profesionales de la arquitectura. Los herederos y propietarios de casas modernistas, las nuevas empresas constructoras especialmente –y no sólo la de Núñez i Navarro– y las clases medias en demanda de vivienda en una Barcelona en crecimiento económico y demográfico favorecieron la importante transformación del Eixample ya construido y contribuyeron a estropear el que se iba completando.

El Eixample pasó a ser un espacio en el que obtener rentas fáciles del suelo, ya que contaba con urbanización y era un

espacio central bien comunicado. Las ordenanzas favorecieron que se construyeran edificios de mayor altura (planta baja más siete plantas) y que se añadieran áticos y sobreáticos⁸. Además, la permisividad, la tolerancia, cuando no la corrupción con que se aplicaban las normas –las viviendas ilegales en las terrazas, las grandes terrazas y tribunas que sobresalían hacia la calle, la continuada ocupación de los interiores de las manzanas con edificaciones de incluso dos plantas, las diferentes plantas de aparcamientos subterráneos– en una ciudad sin democracia municipal, acabarían convirtiendo el Eixample en uno de los símbolos de la especulación urbanística de la etapa Porcioles.

A todas estas circunstancias se debe añadir, en especial en la década de los años sesenta, la configuración de las ideas porciolistas de la Gran Barcelona que pretendía conseguir una nueva imagen de la ciudad desplazando la industria hacia las áreas de la Zona Franca, el Bon Pastor y la parte interior del Poblenou⁹.

La Gran Barcelona de Porcioles, de la mano de la Carta Municipal de 1960 –solicitada por Barcelona, y que confería amplios poderes a una alcaldía no democrática–, apostaba por el crecimiento en altura y la densificación del Eixample y por su transformación terciaria en la parte central. Baste con señalar que de los 33 edificios singulares levantados en aquellos años, diecinueve se construyeron en el Eixample, que debía convertirse en el CBD (el *Central Business District* del modelo norteamericano). Mientras tanto, Porcioles programaba la conversión del litoral industrial y de ocio popular en área de sol y playa de gran categoría, como se manifiesta claramente en los dos grandes proyectos de la década de los sesenta vinculados al gran capital industrial y financiero: el Plan de la Ribera (1965), obra de Antoni Bonet Castellana, y el Plan Especial de Ordenación de las Zonas Sudoeste de Montjuïc (1964-69), obra del mismo arquitecto, en colaboración con Oriol Bohigas y Josep M. Martorell.

En esa misma línea se crearon varias figuras normativas sobre fiscalidad (impuesto de radicación, 1960) o de control de la actividad industrial, que se sumaron a los cambios de calificación del Plan Comarcal de 1953, mediante los planes parciales que transformaban suelo de equipamiento (zonas verdes, escuelas, etc.) y suelo industrial en residencial. Todas esas figuras contribuyeron a la especulación y a los grandes beneficios del sector inmobiliario, a la vez que densificaban el Eixample así como otras partes de la ciudad.

Con respecto a las fábricas, es obligado citar la construcción en el solar de la fábrica Elizalde en el paseo de Sant Joan: en lugar de dar paso a equipamientos o a zona verde, la Caixa de Barcelona construyó en él un denso conjunto de viviendas. La fábrica de cervezas Moritz se reconvertiría en un nuevo edifi-



cio de oficinas, y la fábrica de tejidos Blanch, situada entre las calles Calàbria y Rocafort, siguió el mismo camino con la construcción de un gran bloque de pisos de Núñez i Navarro, que privatizó el interior de la manzana para usos comerciales.

Otras industrias de valor arquitectónico menos probado, como la fábrica de tejidos de Francesc Sans o la Frigo, ambas en la calle Casanova, o la de aluminio de la calle Borrell con Consell de Cent darían paso, ante la perplejidad del vecindario, a conjuntos de viviendas de mayor altura que la fábrica existente, con la consiguiente pérdida de luz y suelo y con un fuerte incremento de la densidad de población.

Sólo cuando la presión vecinal fue lo suficientemente fuerte, algunos conjuntos fabriles pudieron, por fin, ser reconvertidos en equipamientos: como en el caso emblemático de la fábrica La Sedeta, en la actualidad escuela pública y centro cívico gracias a la lucha vecinal de los años finales del porciolismo y de la transición democrática, cuando los nuevos ayuntamientos querían reconstruir la ciudad¹⁰.

En el Eixample, la pérdida de suelo de equipamiento en favor del residencial y del terciario fue muy importante. En esa reconversión jugaron fuerte las nuevas inmobiliarias surgidas en los años del boom económico; una de ellas fue Núñez i Navarro, pero, no obstante, no fue la única¹¹. Sólo hay que citar algunos ejemplos bastante significativos, como el del Gran Price, que se transformó en 1972 en un mastodóntico edificio de viviendas.

Otros edificios de equipamiento también pasaron a manos de inmobiliarias para ser reconvertidos en edificios de oficinas. El colegio de Loreto dio paso a un edificio de uso terciario, y la Casa Serra (ocupada por la escuela de las Damas Negras), obra de Puig i Cadafalch, una de las pocas incluidas en el catálogo de 1962, fue descatalogada y, sólo tras una larga lucha de colegios profesionales, entidades cívicas y vecinos, se consiguió mantener una parte del conjunto, a pesar de la conversión, ya en democracia, del resto del recinto en un edificio de oficinas de la Diputación.

Si tenemos en cuenta el patrimonio arquitectónico-artístico modernista, el Eixample sufrió muchos derribos y numerosas mutilaciones de edificios. A pesar de la temprana publicación de estudios que comenzaban a valorar el Modernismo, pocas de las piezas a las que se le reconocía un indiscutible valor llegaron a salvarse, ya que muchas no fueron incluidas en el catálogo del patrimonio histórico-artístico de la ciudad hasta 1992. Un ejemplo bastante significativo y representativo lo constituye la Casa Trinxet: era una casa unifamiliar, obra del arquitecto Josep Puig i Cadafalch, construida para la familia de industriales textiles Trinxet, que, además de sus valores arquitectónicos, contaba con valores decorativos, como vidrieras y pinturas de Joaquim Mir. Esa casa fue derribada para levantar un conjunto de viviendas con bajos y seis plantas más áticos, promovido por Núñez i Navarro y proyectado por el arquitecto Joan Margarit Serradell.

La casa Golferichs, obra de Joan Rubió i Bellver (1901), estuvo a punto de ser destruida con autorización municipal para dejar paso a un bloque de Núñez i Navarro, pero la lucha vecinal consiguió salvarla. En la página siguiente, La Sedeta, uno de los escasos ejemplos de conjuntos fabriles reconvertidos en equipamientos, gracias a la presión popular de los últimos años del porciolismo.



“ Aunque se publicaron estudios que comenzaban a vindicar el Modernismo, fueron pocas las piezas de valor indiscutible que se salvaron”.

De nuevo, el movimiento vecinal, surgido a principios de la década de los setenta, fue pionero en la reivindicación de los edificios modernistas, a menudo con poca fortuna, si exceptuamos el caso del chalé Golferichs. Esta casa unifamiliar, obra de Joan Rubió i Bellver, era una escuela de las religiosas de la Presentación, cuyo derribo fue autorizado por el Ayuntamiento, después de ser vendida por las monjas a Núñez i Navarro; afortunadamente, una dura y larga lucha vecinal consiguió salvarla (a pesar de la destrucción de parte de su interior) y fue convertida en un centro cívico¹².

La iconoclasia del periodo porciolista no se limitó a los edificios residenciales: establecimientos de decoración modernista, novecentista y también racionalista fueron mutilados y transformados de manera brutal para conferir una imagen más moderna al comercio del Eixample, con el apoyo implícito o explícito de un buen número de arquitectos y de ciudadanos.

Otra forma de agresión patrimonial y de cambio de función fue la autorización para subdividir los pisos, en general el principal, en el que había vivido el propietario, pero que progresivamente fue extendiéndose también a los de las demás plantas; la finalidad era construir pequeños apartamentos, pero, especialmente, dedicarlos a usos terciarios (despachos, consultorías de profesionales, sedes de empresas, etc.). Como resultado de la nueva función, se compartimentaron estancias, se bajaron techos, y los que antes habían sido grandes despachos de profesionales (médicos, abogados o notarios) y estancias de casas burguesas se convirtieron en cubículos de pequeñas dimensiones. Tampoco hemos de olvidar la pérdida de mobiliario: puertas, lámparas, vidrieras y ascensores que fueron destruidos para dar paso a elementos nuevos, casi siempre de escasa calidad.

La terciarización del espacio más central del Eixample fue acompañada de una importante renovación comercial que





En esta página y en la siguiente, remotas y medianeras, dos herencias clásicas del urbanismo de la época franquista, que contribuyeron en importante medida a degradar el Eixample.

convirtió el Passeig de Gràcia en los Campos Elíseos de Barcelona. Nuevos establecimientos de moda (Bel, Santa Eulàlia, El Dique Flotante, Torrents) se instalaron en ese paseo barcelonés, convertido en eje de la alta costura de la ciudad, y junto a ellos figuraban las mejores joyerías, zapaterías, peleterías y otras tiendas de lujo muy especializadas (Gimeno, Bagués, Regia, Magda) que servían a las clases más acomodadas catalanas pero también a las de buena parte de España.

Librerías especializadas, las más modernas tiendas de electrodomésticos y deportes, de mobiliario y decoración, junto a galerías de arte y nuevos cines y espacios de reunión, como el famoso salón Rosa, convertirían el Passeig de Gràcia y sus alrededores en uno de los escaparates de la riqueza acumulada durante los años del *desarrollismo* coincidentes con el final del porciolismo.

Más allá del Eixample central, el comercio tradicional local o también especializado (esparterías, cesterías, confección, radiofonía, mobiliario) se mantenía muy vivo en razón de la proximidad a los mercados (Ninot, Sant Antoni, Sagrada Família) combinado con talleres y fábricas a pie de calle, en los bajos de los edificios o en los interiores de manzana.

A modo de balance, se puede decir que, durante el porciolismo, el conjunto del Eixample fue una parte importante de la máquina de renta inmobiliaria de la ciudad, a la vez que perdió patrimonio histórico-artístico y también equipamientos escolares privados (Presentación, Loreto, Damas Negras), mientras se mantenían los pocos centros de enseñanza pública, porque no se construyó prácticamente ninguna nueva escuela pública ni instituto de enseñanza secundaria, ni tampoco se mejoraron los existentes¹³. Tampoco se incrementaron los equipamientos de proximidad (mercados, bibliotecas, centros de salud, centros cívicos) o las zonas verdes.

La densificación, el fuerte impacto del tráfico –cada vez más intenso, ruidoso y contaminante– y la falta de zonas verdes fueron alejando de la parte más central a las clases bur-

guesas y más acomodadas, que optaron por irse a vivir “por encima de la Diagonal”, en dirección a Pedralbes. Se mantuvieron, en cambio, las clases más mesocráticas y populares, favorecidas por la ley de arrendamientos urbanos que permitía tres subrogaciones y alquileres congelados, pero que, en contrapartida, ayudaba muy poco al mantenimiento y la mejora de los edificios, que acabaron por deteriorarse cada vez más.

Paralelamente, los nuevos edificios de Núñez i Navarro y de otras inmobiliarias y promotoras escondían, en mayor o menor medida según las zonas y bajo una cierta apariencia moderna y de calidad en las porterías y revestimientos, casi minipisos y distribuciones muy angostas que eran ocupados por la pequeña burguesía. Aunque unos cuantos proyectos presentaran un cierto interés arquitectónico, no solían renunciar a la densificación.


Contradictoriamente, mientras en la etapa de Porcioles el Eixample se iba densificando y transformando, cada vez más lejos de las propuestas iniciales del Plan Cerdà, la figura de su autor tuvo un primer reconocimiento oficial en 1959, con motivo del centenario de la aprobación del Plan de Ensanche. Al mismo tiempo se le erigió un monumento en la Gran Vía, lindando con Hospitalet, que duró bien poco, ya que en la década de los setenta fue desmontado y desapareció¹⁴.

El oportunismo político del alcalde Porcioles hizo coincidir esa conmemoración con el I Congreso Nacional de Urbanismo y con el Día Mundial del Urbanismo para dar muestras de apertura política y de nuevas ideas urbanísticas para la ciudad. Más adelante, también se celebraron conferencias y exposiciones a raíz de la publicación, en el año 1968, de la edición facsímil del libro de Cerdà, *La teoría general de la urbanización*, y del traslado de sus restos a Barcelona, dos años después, desde Barros, cerca de Caldas de Bezaya, donde había fallecido.

Desde el periodo de los ayuntamientos democráticos, y a pesar de la recuperación del Eixample por la revalorización del patrimonio modernista, que ha incluido desde medidas de



paisaje urbano hasta ayudas para la rehabilitación, la recuperación del Eixample todavía no se ha producido de puertas adentro; aunque su imagen urbana esté muy valorada, sigue siendo todavía uno de los lugares en los que se encuentran los peores ejemplos de la “Barcelona de las medianeras”. Sólo se consiguieron mejorar poco a poco las condiciones de habitabilidad con la nueva normativa derivada del Plan Comarcal de 1976 (Plan Especial del Ensanche, de 1988), que limitaba la edificación de los interiores de manzana y los convertía en zona verde, a la vez que restringía las profundidades edificables y las alturas de los edificios y ampliaba los patios de luces.

Sin embargo, la trayectoria de destrucciones patrimoniales, que desgraciadamente ha continuado en democracia (Casa Amús de Passeig de Gràcia-Mallorca, Manzana de la Discordia, Les Arenes), ha convertido el Eixample en un conjunto urbano todavía muy densificado que sigue en peligro de deterioro, salvo en el caso de los edificios emblemáticos que, a menudo y en gran medida, se conservan gracias al negocio turístico. 

Notas

- 1 Estapé, F.: *Vida y obra de Ildefonso Cerdà. Anexo documental y bibliografía. Tomo III de “Teoría general de la urbanización, reforma y ensanche de Barcelona”*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1968. No es éste el lugar para hacer una reseña completa del tratamiento de la figura Cerdà y de su Plan, puesto que en los últimos años varias publicaciones y valiosas exposiciones ya lo han hecho; no obstante citamos aquellos primeros estudios, obra de una joven generación de arquitectos, historiadores y economistas, que en la década de los setenta iniciaron la recuperación de Cerdà: “Cerdà. Un pasado como futuro”, en *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo*, n.º 100, enero-febrero de 1974; *2c Construcción de la ciudad*, n.º 6-7, 1977; y *El ensanche de Barcelona*, Laboratorio de Urbanismo de la ETSAB, 1978.
- 2 González Moreno-Navarro, A. *El Camp d'en Grassot. Familia i territori*, Barcelona, (s.p.i.), 2008. Tatjer, M. “La industria a l'Eixample: el sector de Sant Antoni”, en R. Grau (coord.): *Cerdà i els altres. La modernitat a Barcelona, 1854-1974*, Barcelona, Quaderns d'Història, 14, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona-Ajuntament de Barcelona, 2008, p. 279-302.
- 3 Una crítica a este aumento de altura se puede ver en: “Un pis més a les cases”, *Civitas*, enero de 1923.
- 4 Solans, J.A.: “De las constituciones a los edictos de obrería, de los edictos a las ordenanzas de edificación, de las ordenanzas a las normas urbanísticas”, en *Arquitectura Bis*, Barcelona, n.º 5, 1974, pp. 23-31.
- 5 Tatjer, M.: “La vivienda popular en el Ensanche de Barcelona”, en *Scripta*

Nova. Revista de Geografia y de Ciencias Sociales, Universitat de Barcelona, 1 de agosto de 2003, vol. VII, n.º. 146 (021).

- 6 El profesor Juan Carlos García Borrón recordó varias veces esta expresión que habían empleado Manuel Sacristán y él mismo en el grupo que editaba en los años cuarenta la revista *Quadrante* (García Borrón, J.C.: *España siglo XX. Recuerdos de observador atento*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2004. p. 144.
- 7 Roselló, M.: “La casa Salvador Samà de Josep Oriol Mestres. Un exemple d'arquitectura residencial de les primeres dècades d'urbanització de l'Eixample”, en R. Grau (coord.): *Cerdà i els altres. La modernitat a Barcelona, 1854-1974*, Barcelona, Quaderns d'Història, 14, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona-Ajuntament de Barcelona, 2008, p. 47-62.
- 8 Joan Busquets ha calificado la ordenanza aplicada al Eixample en ese periodo como “ordenanza congestiva”. Según este autor, la altura de los edificios pasa a ser de 24,4 m, con bajos y siete plantas más ático y sobreático, mientras que la edificación del patio interior de manzana podía alcanzar los 5,5 m de altura con posibilidad de zigurat por encima de ese límite: Busquets, J.: *Barcelona. La construcción urbanística de una ciudad compacta*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2004, p. 306.
- 9 Sobre la “Gran Barcelona” que Porcioles y los agentes económicos y sociales que le dieron apoyo querían configurar, véase: Alibes, J.M.; Campo, J.; Giralt, E.; Huertas, J. M.; Prades, R.; Tarragó, S.: *La Barcelona de Porcioles*, Barcelona, CAU, n.º. 21, septiembre-octubre de 1973. Editado en 1975 como libro por la Editorial Laia.
- 10 Sobre las reivindicaciones vecinales para salvar el patrimonio y conseguir equipamientos en el Eixample, hay que releer los trabajos de Josep M. Huertas y Jaume Fabre, en especial: *Tots el barris de Barcelona*, Barcelona, Edicions 62, vol. 5, y *Barcelona*, Edicions 62, 1976; así como *Barcelona: la construcció d'una ciutat*. Barcelona, Plaza & Janés, 1989.
- 11 Entre otras empresas inmobiliarias que actuaron en diferentes sectores del Eixample construyendo grandes conjuntos de viviendas que incrementaban la densificación, podemos citar: Spai, La Llave de Oro, Construcciones Pulido, Ibusa y Construcciones Españolas, sin olvidarnos de algunas cajas de ahorros.
- 12 La Casa Golferichs fue una de las grandes reivindicaciones de la Asociación de Vecinos del Eixample de Sant Antoni, creada en 1969.
- 13 Cf. Fabra, J.; Huertas Clavería, J. M.; op. cit., 1976, vol. 5, p. 98-100 y 125-126, sobre la situación de las escuelas públicas de los barrios de Sant Antoni y de la Sagrada Família (unos de los más populares y poblados del Eixample) durante el porciolismo. De los mismos autores véase el muy significativo plano de ubicación de las escuelas construidas en Barcelona durante la alcaldía de Porcioles: Fabre, J., y Huertas, J. M.: *Barcelona. La construcció d'una ciutat*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989, p. 278-279.
- 14 Sobre la historia del primer monumento a Cerdà, propuesto en 1889, y la polémica que suscitó, véase Nadal Piqué, F.: “Urbanisme i ideologia: la polèmica entorn d'un projecte de monument a Cerdà (1889)”, en *Història urbana del Pla de Barcelona*, Ajuntament de Barcelona, 1990, vol. 2, p.465-491. Y sobre las conmemoraciones de la época de Porcioles y la labor de Fabià Estapé en la recuperación de Cerdà, véase Estapé, F.: “Una passió extraacadèmica: vida i obra d'Ildefonso Cerdà”, en *De tots colors. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 2000, pp.147-152, y las informaciones recogidas por Bonet Correa, A.: *Ildefonso Cerdà y el Ensanche de Barcelona*, Madrid, Ministerio de Cultura-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2009.



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Barcelona refundada



Cerdà propuso una refundación de Barcelona, tanto por la naturaleza de la propuesta como por su escala. Su proyecto de ciudad es uno de los primeros que utiliza instrumentos urbanísticos modernos.

Un proyecto innovador convertido en gran realidad

Texto **Joan Busquets** Arquitecto

Fotos **Lluís Sans**

La celebración del Año Cerdà hace justicia a uno de los proyectos seminales de la urbanística moderna y facilita su entendimiento a los ciudadanos que viven y trabajan en el Eixample. Ambas circunstancias ayudarán a mejorarlo.

Hay que tener presente la naturaleza específica que esta celebración puede mostrar con respecto a otras, como la de hace unos años en París, dedicada a Haussmann, un personaje clave en el Segundo Imperio francés, que remodeló el París de mediados del siglo XIX, o la actual de Chicago, sobre Daniel Burnham, quien definió una estrategia para el frente del lago Michigan.

Ildefons Cerdà desarrolló su trabajo a mediados del siglo XIX y dedicó más de veinte años a preparar las ideas del proyecto y a llevarlo a cabo. Su labor tiene muchas facetas y sus aportaciones han sido objeto de estudio durante las últimas décadas. Se trata de una figura fundamental de la urbanística europea que se había infravalorado, probablemente por las propias dificultades en la gestación del proyecto y quizá también por la polémica generada por su despliegue y adaptación.

Por otra parte, hasta hace poco, los libros de historia urbana ignoraban el proyecto Cerdà o hacían escasas referencias al mismo. Por esta razón, resulta conveniente valorar correctamente esta experiencia en el contexto europeo.

Podríamos decir que el proceso de desarrollo del Eixample explica la constitución de las bases de una gran ciudad moderna. Por eso es importante considerarlo como paradigma urbano en las discusiones sobre la ciudad actual.

Existe una amplia bibliografía sobre los trabajos de Cerdà –una parte de la cual se acompaña al final del artículo– de la que querríamos hacer aquí una interpretación sintética que nos permita avanzar en la relación entre proyecto y realidad.

Hay que entender que Cerdà propuso una refundación de Barcelona, tanto por la naturaleza de la propuesta como por su escala. El suyo constituye uno de los primeros proyectos de ciudad que utiliza instrumentos urbanísticos modernos, en el sentido de que tiene en cuenta una profunda interpretación de la realidad y el estudio de otras ciudades, en para-

lelo a las tareas de definición del proyecto para Barcelona. Para explicar sus ideas básicas, sería necesario destacar cuatro puntos:

1. La formalización de una “teoría de la urbanización”, como aportación original de Cerdà, que parte de la voluntad de producir una ciudad mejor entendiendo las aportaciones de la ciudad del pasado; lo que lo lleva a una elaboración teórica de la idea de “urbanización”.

En este bloque se deberían incluir tanto los estudios estadísticos y memorias como sus trabajos más teóricos: la *Teoría para la construcción de las ciudades*, de 1859, y la *Teoría general de la urbanización*, de 1867.

A partir de esas orientaciones metodológicas, Cerdà desarrolla tres componentes principales:

a) La voluntad higienista, basada en la crítica de la situación urbana del momento. Cerdà elabora la *Monografía estadística de la clase obrera*, que acompaña a la memoria del anteproyecto, en donde refleja, a partir de los estudios de Laureà Figuerola, las condiciones de vida de los habitantes de la ciudad amurallada. En ella expone con claridad la situación generada por la concentración de industrias y de población obrera en condiciones sanitarias muy precarias, lo que explica su propuesta “alternativa” de una ciudad “nueva y grande” en la que la industrialización pueda desarrollarse sin sufrir esas dificultades.

Al mismo tiempo, en el atlas de la *Teoría*, realiza un estudio comparativo de otras ciudades del mundo, lo que le permitirá comprender cuáles son los mecanismos que ya se han empleado para resolver dichas cuestiones: Boston, Turín, San Petersburgo y Buenos Aires, entre otras, forman parte de sus estudios y de los cuadros comparativos. Esa preocupación por acumular datos y experiencias diversas es una dimensión metodológica que el propio Cerdà explica porque “es necesario estimular continuamente la capacidad racional con datos empíricos para obligar al urbanista a mantener una estrecha relación con la realidad”.

b) Un segundo componente relevante del proyecto fue la cir-

La arquitectura del Eixample responde a unas topologías muy variadas que dependen de las tendencias culturales y estilísticas de cada periodo.

A la derecha, edificios la Rambla de Catalunya en la vecindad de la Gran Via. Abriendo el artículo, dos perspectivas de un patio de manzana del barrio de Sant Antoni, recuperado para uso público de acuerdo a un proyecto del equipo RCR.

culación, el movimiento de mercancías y de personas. Sin duda, su conocimiento del ferrocarril, como gran avance tecnológico del periodo, le lleva a buscar su adecuada inserción en la ciudad. Su admiración por esas nuevas formas de movilidad le lleva a pensar incluso que un día “estas máquinas de fuego” podrán tener una utilización masiva, como avance de lo que décadas después será el automóvil.

La generosidad de las dimensiones de las calles y las avenidas se explica por la necesidad de dar respuesta a flujos potentes y variados. La importancia de los cruces y los chaflanes –como octógonos virtuales de veinte metros– radica en que posibilitarán el cambio de dirección de los diferentes flujos. El hecho de que exista una dimensión reservada a la movilidad mecanizada y otra a la de los peatones implica una distribución en dos mitades equivalentes, lo que se convertirá en una regla de oro para la Barcelona del futuro.

c) El tercer elemento es la idea de ciudad nueva, una ciudad higiénica y funcional, que se propone partiendo tanto de la ampliación de su extensión sobre el territorio como de la reforma de la ciudad existente.

La amplitud del proyecto es un dato importante para entender la voluntad de Cerdà de dar cabida a todas las formas de actividad y asentamientos dentro de una trama homogénea.

Cerdà tenía un conocimiento detallado del territorio por haber confeccionado el plano topográfico para el proyecto de ensanche. La ejecución era muy precisa, con el detalle a escala 1:1.250, e incluía curvas topográficas, caminos, rieras, etc. Lo ejecutó con su equipo en 1855.

2. El plano del proyecto abarca la totalidad del suelo del llano de Barcelona e incorpora los municipios limítrofes sobre los que la capital no tenía ninguna jurisdicción, pero que, en opinión de Cerdà, era necesario ordenar como partes del conjunto. Se piensa que la idea de metrópoli ya está presente en su proyecto porque ciertos hechos urbanísticos van más allá de los límites administrativos y, por tanto, tienen que ser tratados en su conjunto.

El espacio situado fuera de las murallas estaba vacío debido a la restricción militar que impedía edificar en un espacio concéntrico de 1,25 km, que correspondía al alcance de tiro de los cañones. Esa limitación había ido estableciendo unas discontinuidades en la expansión de Barcelona desde el siglo XVIII y fue lo que finalmente le ofreció una gran oportunidad para plantear una ciudad nueva junto a la ciudad histórica.

Las propuestas de Cerdà consisten en unos sistemas de trazados que se superponen y ofrecen diferentes niveles de servicio:

El trazado base, compuesto por calles de veinte metros de ancho situadas en ejes cada 113 metros. Sus directrices son las dominantes en el plano y repiten la orientación romana.

El trazado regional o metropolitano para avenidas anchas, de cincuenta metros, que configuran las directrices fundamentales del proyecto: la Gran Via, situada en tangente por encima de Montjuïc; la Diagonal, abriendo la conexión entre el valle del Llobregat y la desembocadura del Besòs; la Meridiana y el Paral·lel, que se encuentran en el puerto y definen la posición geográfica de la ciudad en el mundo. Seguramente nos expliquen la voluntad de Cerdà de inscribir su proyecto en diferentes escalas y concebir la ciudad a escala global, pero integrando las diferentes lecturas funcionales.



“La regularidad se concreta en el orden de las calles y en la fragmentación de unos conjuntos de edificios sin singularidad monumental”.

Como contraposición a las “vías” –calles y avenidas– de implantación más isotropa, el proyecto incorpora también las propuestas ferroviarias, que tienen unas formas de trazado específico en función de sus características tecnológicas.

3. En la aprobación de 1860, Cerdà introduce unas **ordenanzas constructivas** para dar forma a la edificación como materia independiente de las ordenanzas de policía urbana, que eran las que tradicionalmente habían constituido un corpus jurídico único.

Su propuesta consistía en edificar sólo la mitad de cada parcela, de acuerdo con su preocupación por mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad, pero esas iniciativas no acabaron de ser aceptadas y se aplicarían las ordenanzas vigentes en 1857.

4. **El pensamiento económico**, con el objetivo de asegurar el despliegue y la viabilidad del proyecto. Por una parte, destaca la imposición a los propietarios de la contribución a la tarea urbanizadora, una propuesta que hoy nos parece evidente pero que entonces era altamente socializadora. La segunda cuestión hace referencia a la voluntad de acometer la reforma de Ciutat Vella, vinculándola a la dinámica de beneficios del Eixample. Esa parte del proyecto quedó finalmente al margen y Barcelona tuvo que esperar más de cien años para emprender esa profunda y necesitada reforma.

El despliegue inicial del Eixample exige un estudio específico para valorar la implicación personal de Cerdà, pero también su compromiso durante casi dos décadas por ajustar sus propuestas y conseguir hacerlas realidad. Probablemente ese esfuerzo ayudó a respaldar el proyecto frente a las incomprensiones y los malentendidos, tantas veces malintencionados. Ésta es una cuestión que queda pendiente de estudio.

La ciudad metropolitana y la evolución del proyecto

1. **Ciudad proyectada partiendo de la idea de “regularidad”.** El Eixample es el resultado de una idea potente y racional que en su aplicación, a lo largo de 150 años, ha producido una ciudad muy compleja y rica en matices. Todos los grandes proyectos urbanísticos necesitan tiempo para desarrollarse y muchas veces quedan incompletos. En sus diferentes etapas, hasta llegar a la actual, el proyecto de Cerdà ha encontrado articulaciones y propuestas que lo han ido modulando.

La idea de regularidad es muy antigua y la comparten las culturas más diversas. En el caso de Barcelona no responde al poder centralizado que había marcado a muchas ciudades asiáticas o europeas: el caso de Roma, con Sixto V, en el siglo XVI, y el de Lisboa, con el Marqués de Pombal, en 1758, después del tsunami que arrasó la ciudad, son dos ejemplos diferentes de ello. En Barcelona, la regularidad se materializa en un orden público de las calles y en una fragmentación de edificaciones

que forman conjuntos, sin la singularidad monumental que tienen otros ejemplos más ligados a la expresión de un poder fuerte que impone el proyecto.

2. **Continuidad de la forma urbana.** El modelo se basa en la continuidad de las infraestructuras, de las formas residenciales y productivas. El desarrollo se realiza por piezas urbanas o fragmentos, de acuerdo con la demanda que existe en los diferentes espacios del territorio, de forma que el modelo de continuidad es el resultado de resolver los conflictos con la topografía, los desagües, la propiedad, etc.

Cerdà desarrolló un nuevo concepto basado en la integración de la multitud de movimientos y en la diversidad de personas y actividades de la ciudad contemporánea, concepto que permite compatibilizar la existencia humana, el crecimiento económico y el espacio público. La idea de continuidad lo lleva a definir que hay que “ruralizar la ciudad y urbanizar el campo” como objetivo ideal.

3. **Movilidad en el espacio público.** La organización del trazado se realiza con una malla básica de calles y un sistema territorial de avenidas. Es como una malla infinita sobre el territorio, que, a pesar de que se realiza a lo largo de muchas décadas, mantiene el rigor de su geometría. El trazado se convierte en una estructura que homogeneiza el conjunto del territorio urbano.

El espacio público dominante es el de las calles, formadas por intersecciones y espacios lineales entre ellas. Los pasajes son una articulación local de los espacios públicos para crear una mayor fragmentación de la manzana. Las avenidas establecen la estructura territorial con la región metropolitana, y sus cruces generan algunos espacios simbólicos de referencia.

Los flujos que transitan por las calles y las avenidas integran modos de transporte e intensidades muy diferentes, con una configuración cambiante a lo largo del tiempo. El uso de la malla de calles ha sido más bien homogéneo y muy intenso: podríamos decir que el tráfico de vehículos privados es todavía una condición muy pesada en el Eixample actual. En cambio, el mismo trazado puede responder a una estructura diferente formando mallas orientadas o maximallas que permiten responder a formas de movilidad diversas con mejor calidad ambiental.

4. **El desarrollo es compacto y se vuelve sostenible.** La organización urbana ha ido fluctuando desde modelos intensivos de edificación –a veces exagerada a causa de la especulación– a otros de baja densidad, que han llevado a esquemas de movilidad basados de manera casi exclusiva en el transporte individual.

El Eixample tiene una densidad elevada, lo que le confiere una gran calidad en términos de sostenibilidad urbana. Si esta densidad va acompañada de diversidad funcional, se puede



reducir el coste de los servicios y hacer un buen uso de los equipamientos. Por otra parte, la organización espacial densa, con calles y patios de manzana, le permite una configuración ambiental muy comfortable. A pesar de todo, el tráfico actual está generando una contaminación acústica y ambiental exagerada e innecesaria, ya que se puede hacer un uso más intensivo del transporte público ya disponible.

5. Alto nivel de complejidad urbana. La mezcla funcional ha sido una de las características primordiales. Su gran dimensión inicial permitió que hubiera espacio para multitud de actividades que han ido evolucionando a lo largo del tiempo. Actualmente viven en el Eixample 280.000 personas y alberga más de 300.000 puestos de trabajo, lo que lo convierte en el gran espacio productivo del país.

La distribución de funciones entre grupos de manzanas es muy diversa, por lo que se puede hablar de una conformación de barrios con identidades y contenidos muy diferentes que le confiere un valor social y económico muy elevado.

6. Las manzanas organizan el sistema edificado. Pueden ser entendidas como un espacio complementario al del trazado: como si de una inversión geométrica se tratase, definen el espacio privativo para la actividad residencial y productiva y también para los equipamientos.

A pesar del rigor de las manzanas cuadradas con chaflanes, responden a diagramas morfológicos muy diversos, y quedan reflejadas en el parcelario. Tienen que ver con la forma de la

propiedad del suelo y con su programa funcional original: parcelas más grandes cuando había actividad industrial y de menor dimensión cuando el desarrollo tenía el horizonte de la residencia. Su objetivo es maximizar el uso del perímetro de la manzana para obtener más fachada.

Las manzanas constituyeron “modelos” formales con una gran influencia en la transformación y el nuevo uso que se están produciendo en las últimas épocas.

7. Los patios de manzana son ciudades dentro de la ciudad. Los patios de manzana son elementos controvertidos en el desarrollo del proyecto de ensanche. Originariamente, Cerdà hace propuestas muy diferenciadas para los edificios y su espacio trasero, es decir, para el interior de manzana. Sin embargo, al principio diseña los edificios como bloques independientes en el perímetro, y deja fluir el espacio de atrás. Después opta por una solución muy interesante con la edificación en “U” siguiendo el límite de la manzana y dejando un lado con edificación baja y discontinua –para uso de servicios y/o equipamientos–, de forma que el “patio” interior queda formalizado, pero es compartido con el espacio público.

El despliegue del proyecto se contraponía a la utilización industrial y a la voluntad de maximizar los aprovechamientos privados, lo que llevó a cerrar la manzana y a ocupar la mayor parte de su interior. Diferentes ordenanzas de edificación fueron consolidando esas opciones y fijando los volúmenes per-

Los edificios monumentales de la llamada manzana de la discordia, como otras construcciones de estas características situadas en el Eixample, respetan la regularidad de la trama y la continuidad de la forma urbana.



mitidos en cada momento de su aplicación. En definitiva, se puede hablar de una ciudad que se desarrolla siguiendo la calle y un mundo interior más doméstico que tiene que ver con los usos residenciales y la actividad productiva.

La recuperación residencial del Eixample que se ha llevado a cabo desde los años ochenta aconsejó, en 1985, que se propusiera la recuperación de algunos patios como espacios públicos siguiendo la lógica de una distribución bastante homogénea allí donde era más factible, y también que se limitara la edificación en el centro de la manzana para poder fomentar los jardines y el verde en el patio

8. La arquitectura responde a unas tipologías muy variadas. Los edificios van llenando el espacio privado y van cambiando de usos y programas a lo largo del tiempo. El conjunto de edificios define una enciclopedia tipológica de los diferentes usos, y su arquitectura responde a las tendencias culturales y estilísticas de cada periodo. Su implantación sigue unas reglas de fijación de volúmenes máximos a través de un instrumento legal y técnico que es la ordenanza de edificación, cuyo contenido y reglas ha ido evolucionando y fue el tema de mayor controversia especulativa en el denominado *desarrollismo* de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Dentro de este proceso, el Eixample ha recogido grandes piezas de arquitectura monumental, bien reflejadas en las guías de arquitectura, y unos miles de edificios de dimensión y protagonismo razonable.

En la actualidad hay que conseguir que ese instrumento, que nació como “contenedor”, evolucione para que sea capaz de potenciar programas mixtos y formas de arquitectura más contextual con respecto a las edificaciones ya existentes.

Se trata de una tarea que ya inició la ordenanza de rehabilitación del Eixample y que hay que ir ajustando en su contenido para conseguir el mantenimiento de ciertos criterios ambientales con la innovación arquitectónica que ha ido guiando el despliegue del proyecto. Hay que tener en cuenta la evolución de las tipologías arquitectónicas hacia modelos “híbridos” en los que la mezcla funcional parece ser una tónica destacable: el edificio quizá comience a ser una suma de edificios, el patio ordenado como espacio tranquilo abre nuevas oportunidades...

9. Las fachadas han definido unas pieles muy consistentes. Podríamos decir que son los “umbrales” entre el exterior y el interior de las manzanas.

El umbral equivale a límite: como los balcones tradicionales o las ventanas modernas, que expresan formas de transparencia y porosidades diferentes. Otras veces, el umbral establece “espacios de relación”, como las galerías de los patios interiores o los miradores de los pisos principales.

Diríamos que los edificios han ido aportando lecturas interesantes desde los espacios privados y desde los dominios colectivos –los patios–, y los públicos –principalmente calles–, a través de las plantas bajas. Probablemente son dimensiones





© JORDI TODÓ / TAVISA

que la arquitectura contemporánea tiene que reentender como condición específica del Eixample.

10. Una serie de iniciativas y planes sectoriales posteriores aseguraron un buen despliegue del proyecto. El plan de ensanche de Cerdà fue posible por la existencia de una serie de iniciativas, estrategias y planes diferentes que se fueron sucediendo y entre los que podemos distinguir dos tipos:

a) Los que añaden dimensiones nuevas y enriquecen el proyecto: hay que hacer referencia aquí al proyecto de Garcia Fària para el despliegue del saneamiento, o al esfuerzo de replanteamiento topográfico realizado por el equipo de Vicenç Martorell a partir de 1925, que estableció las bases para completar el proyecto en la zona más periférica.

b) Los que plantean alternativas al propio proyecto de Cerdà: éste es el caso del de Leon Jaussely, que aprovechaba la anexión de los municipios del llano de Barcelona para buscar un sistema de avenidas que lo conectara, e introducía ejes diagonales menores que enfatizaban algunos edificios monumentales; o el Plan Macià, de Josep Lluís Sert y Le Corbusier, que trataba de implantar la lógica de una especialización de las calles sugiriendo las macromanzanas e introduciendo los principios de la arquitectura moderna como patrón para la composición urbana.

Seguramente uno de los méritos del proyecto de Cerdà fue permitir que en él tuvieran cabida otras ideas, sin arrinconar los atributos iniciales, y que proyectos posteriores le añadiesen valor en lugar de restarle ambición.

11. El uso del subsuelo es cada vez más intensivo. El subsuelo como infraestructura de servicios para la ciudad moderna es innato en la idea de Cerdà. La racionalidad y las buenas dimensiones de su trazado han permitido que las nuevas tecnologías de transporte, de comunicación, de suministros, etc., encontrasen las magnitudes adecuadas para su instalación.

Inicialmente el subsuelo era el espacio “servidor” del resto y, por tanto, visto como elemento secundario y menor. Era como un espacio “ignorado” por el ciudadano, que sólo servía para el alcantarillado y la distribución de los servicios; su apreciación era negativa, como el espacio negro o el infierno de la ciudad, el mundo de las ratas, el de las cuestiones necesarias pero nunca enfatizadas.

En el siglo XX se incorporan los espacios de la comunicación eficiente y moderna, que son el Metro y el ferrocarril urbano: el subsuelo pasa a ser un elemento de la vida cotidiana de las personas.

En la medida en que la red se extiende, su racionalidad se impone y crea un mapa mental diferente para la mayoría de los ciudadanos. La forma de la malla del Eixample ayuda a su construcción y a su funcionalidad.

Es un mapa de líneas y sobre todo de nodos o puntos privilegiados por las estaciones y los intercambios. Este diagrama de Barcelona, como el diagrama londinense de H. Beck, ofrece una nueva imagen de la ciudad.

La plaza Catalunya, uno de sus nodos, sigue siendo todavía la estación intermodal mayor del país. El espacio subterráneo



En Barcelona, el Eixample es la pieza clave de la *forma urbis*, com en nueva York lo es Manhattan. Sobre estas líneas, la prolongación del Eixample por el frente marítimo, uno de los proyectos abordados con motivo de los Juegos Olímpicos. En la página anterior, vista aérea de Manhattan.

comienza a ser como un edificio integrador de flujos, del cual sólo se ven las entradas.

Por otra parte, los edificios van integrando un mayor cuidado del espacio subterráneo y su funcionalidad se hace más compleja. De los aparcamientos se pasa a otros servicios. En la situación actual, los edificios de nueva planta disponen casi de tanto volumen por debajo de la rasante como por encima. Las ordenanzas no le dan mucha importancia, ya que son servicios complementarios a la actividad que se realiza por encima de la rasante. Todo ese volumen subterráneo normalmente está servido desde las aceras.

Seguramente hoy se demuestra que la ciudad necesita mejorar la integración entre espacios privados y públicos para encontrar formas y programas urbanísticos más adecuados a la condición central que ha pasado a tener el Eixample. Esta condición puede afrontarse partiendo de los casos paradigmáticos de ciudades como Chicago o Pekín, o de la investigación reflejada en *Urban Design Manhattan*. Son referencias que permiten entender las posibilidades de algunos lugares seleccionados del Eixample, quizá para fomentar experiencias piloto que pudiesen validar estos esfuerzos de ciudad vertical y de imbricación entre los espacios públicos y los privados y también entre diferentes funciones urbanas. Eso permitiría una relectura del proyecto original frente a la nueva situación y nos ofrecería nuevas estrategias innovadoras.

12. La estructura de los espacios verdes y de los equipamientos es relativamente equilibrada. Refleja la escala de las “unidades” espaciales y funcionales de la ciudad: los mercados, las escuelas y algunos otros equipamientos tienen ese valor de definir la escala del barrio como uso y como referente.

El modelo geométrico intuido por Cerdà proponía un sistema de distribución más regular del que en realidad se ha desarrollado. A pesar de eso, el “intercalado” entre piezas ofrece un sistema funcional bastante eficaz.

De forma similar, podríamos hablar de los grandes parques del proyecto original con respecto a la estructura de espacios públicos y de servicios que resulta más de la aplicación *ad hoc* y de las posibilidades abiertas por la transformación sectorial. En cualquier caso puede ser visto como un resultado vivo en constante evolución con una expansión reciente de gran interés. Seguramente la malla de calles y avenidas todavía puede ayudar a aumentar su protagonismo.

13. Completando el proyecto: frente marítimo y Ciutat Vella. Será necesario destacar algunos episodios de las últimas décadas en los que Barcelona se ha tenido que enfrentar con cuestiones pendientes en el proyecto Cerdà: éste es el caso de Ciutat Vella, que él proponía transformar como contrapartida de la riqueza que creaba el nuevo desarrollo, y que desgraciadamente quedó fuera en el momento de su aprobación. Por otra parte, la fachada al mar no se planteó por la presencia del ferrocarril y porque no era un tema importante en la ciudad del XIX. Es ahora cuando las ciudades se vuelcan en los frentes de agua, tema que se ha abordado con ímpetu y con resultados bastante interesantes.

Estos hechos han puesto de manifiesto de forma aún más palpable la fuerza contenida en el proyecto y su capacidad para incorporar sectores no considerados en la hipótesis inicial.

14. La fuerza de su imagen hace pensar que “el Eixample es Barcelona”. Pocas ciudades tienen una forma urbana potente y ordenada que las identifique. Barcelona, como Nueva York, Roma o París, goza de esta característica. En el caso de Barcelona, el Eixample es la pieza clave de la *forma urbis*, como en Nueva York lo es Manhattan, y se da la circunstancia de que ambos casos no son fruto de la imposición desde el poder absoluto, sino de la voluntad de la ciudad y de sus operadores de seguir un proyecto, como el propuesto por Ildefons Cerdà en 1859 y por la Comisión por la extensión en 1815.

15. De zona de expansión a centro metropolitano. En muchas ciudades europeas, la evolución de los proyectos de extensión del siglo XIX los ha convertido en lugares centrales. A pesar de esta tendencia, el Eixample se ha convertido en el baricentro de la ciudad compacta, y dada la fuerza de su trazado ha podido incorporar gran parte de las infraestructuras necesarias para un desarrollo central. Quizá haya que plantearse su papel a medio plazo: ¿tiene que seguir hacia un proceso de *downtown* como a veces se postula, o tiene que seguir buscando la mezcla funcional como directriz de evolución?

Seguramente, la correcta interpretación de la realidad nos tiene que permitir de nuevo entender el pasado desde una perspectiva similar a la adoptada por Cerdà en su *Atlas*, y crear nuevos elementos teóricos para afrontar el futuro.

16. ¿El Eixample puede ayudar a entender el futuro del sistema regional actual? La mirada sobre este gran proyecto que canalizó una transformación inimaginable en la Barcelona de mediados del siglo XIX –una ciudad todavía amurallada, rodeada de unos pueblos y villas muy dinámicos situados en el llano– puede servir para introducirnos en nuevas maneras de entender la realidad actual y, sobre todo, de concebir el futuro de Barcelona y su realidad urbanística a medio plazo.

La ciudad contemporánea adopta otras formas, y sus dinámicas ya no son las mismas que en el periodo industrial. A veces nos esforzamos por seguir manteniendo los mismos conceptos y no sabemos entender unos procesos que responden a nuevos paradigmas, quizá todavía no bien formalizados y menos aún bien ordenados. Tendemos entonces a decir que son fenómenos anormales y a devaluarlos, por considerar que sólo responden a prácticas especulativas, pero, aunque esto pueda ser cierto en gran medida, habría que entender qué tienen de auténtico y, sobre todo, descubrir cómo los podemos reconvertir en alternativas que tengan en cuenta la calidad de los espacios y su evaluación a largo plazo.

No sería muy osado decir que a la generación de Cerdà se le plantearon cuestiones similares y que fue capaz de darles respuestas. Esta actitud puede constituir un estímulo en las discusiones actuales. ☺

Bibliografía de referencia

- Fabià Estapé: *Teoría general de la urbanización*. Madrid, 1971.
- Françoise Choay: *Urbanisme, utopies et réalités*. París, 1965.
- *2C Construcción de la Ciudad*. “Cerdà 1876-1976”. Barcelona, 1977.
- Laboratorio de Urbanismo: *Los Ensanches I y II*. Barcelona, 1978.
- Ildefons Cerdà: *Cerdà y Madrid, Cerdà y Barcelona* (facsimil). Madrid, 1992.
- Laboratorio de Urbanismo: *Trabajos sobre Cerdà y Barcelona*. Barcelona, 1992.



La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Economía y urbanismo

Este artículo propone la relectura de algunos aspectos y elementos del Plan 22@ a la luz de “L’Eixample, èxit pràctic d’un projecte teòric”, quinta de las “Deu lliçons sobre Barcelona” de Manuel de Solà-Morales.

Los ensanches reciclados: el Poblenou

Texto **Maria Buhigas** Jefa de Estudios Estratégicos Urbanos.

Barcelona Regional, SA

Fotos **Lluís Sans**

Ya hace cerca de diez años de la aprobación de la modificación del Plan General Metropolitano (PGM), que daba el pistoletazo de salida al proceso de transformación de suelos industriales del Poblenou. Se empezaba a superar la condición del plan como expresión de un objetivo de futuro a realizar, para convertirse en una realidad tangible y en construcción. Una realidad que, pese a reconocerla, no es el objeto de estas líneas.

Así, volviendo a los inicios del Plan 22@, el primer elemento a destacar hace referencia a su escala. El ámbito objeto del plan tiene una dimensión más que evidente en el conjunto de la ciudad, asimilable a una cuarta parte del distrito del Eixample central más consolidado. La transformación afecta a 116 manzanas.

Sin embargo, el elemento singular es la escala temporal del plan: “El Ayuntamiento debe garantizar la transformación del Poblenou independientemente del ciclo económico e inmobiliario. La visión debe ser a 15-20 años”.¹ La construcción y transformación de la ciudad de Barcelona se ha explicado muchas veces vinculada a grandes acontecimientos que llevan implícitos unos periodos de planificación y ejecución muy ajustados. Esta situación, pese a las ventajas que en ella se puedan reconocer de impulso para la ciudad en su conjunto, tiene un efecto perverso en el imaginario colectivo sobre el *tempo* natural –no forzado– de la “proyección de la gran ciudad moderna, un proceso de urbanización continuo, abierto en el tiempo y el espacio”.²

La inmediatez con que las nuevas propuestas urbanas son engullidas por la avidez tanto de las agendas políticas como de los medios de comunicación contrasta con la complejidad de su definición. Hay que reivindicar la escala temporal de la planificación, la gestión y la ejecución, desde la urbanización hasta la edificación, que comporta la creación o transformación de la ciudad. Un proceso enriquecedor en el que se pueden ver “la suma de una y de muchas ideas a la vez, como un gran proyecto inicial y muchos proyectos menores superpuestos, como una dialéctica entre leyes generales y solucio-

nes particulares, como tensión entre regularidad y variedad, entre utopía y nostalgia, entre individualidad y norma, entre trazado y arquitectura”.³

Definición de los objetivos primarios

El Plan 22@ se enmarca en las políticas que desde las administraciones, mayoritariamente de escala local, se fueron perfilando ante la reestructuración productiva de los espacios urbanos. La relación entre industria y ciudad viene de lejos y no hay duda de que su evolución ha marcado la configuración de las sociedades desarrolladas. Una vez más, esta relación intrínseca se encuentra en el epicentro de las grandes transformaciones de la ciudad contemporánea. Los cambios en las estructuras económicas industriales y empresariales se han traducido en la aparición de nuevas demandas, así como de nuevos problemas –ahora los llamamos retos– urbanísticos.

La actividad económica actual supera tanto los límites tradicionales de su misma definición como la rigidez de la zonificación del suelo, heredada de la Carta de Atenas. La posibilidad de introducir cambios de fondo en los tejidos industriales tradicionales centra la transformación y el proyecto de la ciudad contemporánea.

Tal como recoge el texto refundido de la modificación del PGM para la renovación de las áreas industriales del Poblenou⁴, este tiene por objeto actuar urbanísticamente sobre un territorio central destinado de manera predominante a actividades productivas, con la intención de potenciarlo. Este objetivo obliga a reflexionar con carácter previo sobre la naturaleza y las características de los nuevos procesos productivos y las condiciones urbanas específicas que estos requieren y, concretamente, sobre como hay que:

–Adecuar las condiciones de la oferta a los cambios producidos en las demandas de la actividad económica respecto a las características del suelo y de los emplazamientos en los que ubicarla: “Las oficinas constituyen el uso productivo con más demanda en el municipio de Barcelona y por el cual la

oferta está muy limitada. El exceso de oferta en relación con la demanda que se produjo en el año 1992 se ha absorbido, y el mercado presenta hoy casos de empresas que no pueden localizarse en Barcelona por falta de oferta adecuada”⁵.

–Revalorizar el espacio: “Al intensificarse la competencia interurbana se intentan reforzar las ventajas competitivas locales y, siguiendo los criterios generales aplicados en las políticas de desarrollo, se procura aprovechar de manera integral los recursos propios a la vez que fomentar las iniciativas empresariales locales.”⁶.

Todos ellos tienen un elemento común: favorecer la diversidad de usos y tipologías arquitectónicas⁸.

La regulación de la subzona 22@, que corresponde a la nueva clave urbanística con que el Ayuntamiento de Barcelona quiere calificar los usos y actividades a los que se destinará el territorio que se ha de transformar en el Poblenou, supone la actualización de la regulación industrial de acuerdo con las nuevas formas de producción. “La propuesta formulada elimina la restricción propia de la calificación urbanística de suelo industrial (22) que el Plan



–Superar las actuaciones aisladas que tradicionalmente disocian las acciones de promoción económica de las de carácter urbanístico: “La normativa urbanística ha de permitir esta recuperación industrial y las políticas económicas de promoción deben fomentarla”⁷.

Las exigencias técnicas

a) Exigencias instrumentales. La complejidad de la transformación obliga a definir un sistema flexible de planeamiento derivado, es decir, de los mecanismos para gestionar la realización posterior de los objetivos y contenidos previstos en el plan. Hay diferentes instrumentos reguladores que permiten afrontar situaciones diversas: sectores de promoción pública o privada, de diferentes escalas –la manzana Cerdà es la medida mínima de actuación– y programas.

General Metropolitano atribuía al Poblenou. La creación de una nueva calificación urbanística que engloba una gran diversidad de usos para todo el territorio a transformar”⁹.

b) Exigencias hipológicas. La renovación de los suelos productivos del Poblenou tiene lugar sobre la malla del Eixample de Cerdà, que ha perdurado a lo largo del tiempo como estructura de apoyo de unos cambios sucesivos de uso y tipología edificatoria, desde su concepción hasta el momento actual. “En Barcelona se ha conformado, a lo largo de los siglos, un sabio y elaborado conocimiento con el que es posible proceder a aberturas parciales, a transformaciones controladas, a reelaboraciones de materiales urbanos previamente existentes con la finalidad de dar una medida adecuada a las operaciones de arquitectura en el marco urbano de una ciudad con vocación por la colmatación y la densidad”¹⁰.

Sobre estas líneas, la sede del grupo mediático Mediapro, en la nueva Diagonal, con la torre Agbar al fondo. En la página siguiente, edificio de oficinas en Pere IV. En la página de portada del artículo, edificios de la Universitat Pompeu Fabra y Mediapro, en la confluencia de las calles Granada y Bolívia.

Las tipologías edificatorias asociadas a las nuevas actividades que se promueven en el ámbito se alejan de la nave industrial tradicional de poca altura y extensiva en su ocupación en planta y se acercan a los edificios en altura y una ocupación en superficie menor. La intensidad edificatoria de estas tipologías es superior a la de los polígonos industriales. El Plan 22@ hace una apuesta incrementando las edificabilidades asociadas a las zonas 22@ para alcanzar el objetivo de adecuar la oferta a las nuevas demandas de la actividad económica de las áreas centrales. Por un lado, el incremento

fricción– y que es una condición necesaria para propiciar la preciada complejidad del tejido urbano.

El Plan de Infraestructuras, complemento decisivo

Según afirma la *Modificación del PGM para la renovación de las áreas industriales del Poblenou*. Texto refundido: “(...) Pese a que el proceso inversor generado con motivo de los Juegos Olímpicos resolvió algunas cuestiones básicas del sector, hay que reconocer que el tejido urbano interno (...) se encuentra en aquellos momentos en una situación de clara penuria



favorece un tejido urbano coherente con la ciudad consolidada y, por otro, hace económicamente viable la adecuación infraestructural del ámbito.

Polémicas aparte, parece oportuno hacer una pequeña reflexión sobre un debate, a veces excesivamente simplista, acerca de la densidad urbana. Habría que introducir otros elementos en la discusión, como por ejemplo la intensidad urbana, la diversidad del tejido urbano o su capacidad de carga, antes de posicionarnos en pro o en contra de una densidad supuestamente “óptima”.

La calidad urbana en términos del cumplimiento de unos estándares de espacios libres –espacio público, zonas verdes y equipamientos– en relación con los espacios construidos no debe suponer perder lo que es propio de la ciudad – la aglomeración, la compacidad; incluso el solapamiento y la

infraestructural, obviamente incompatible con el destino y función que se le quería asignar desde el planeamiento”¹¹.

La dimensión que adquieren las infraestructuras en la transformación de los suelos del Poblenou no son un elemento singular y aislado del Plan 22@: “La ciudad se encuentra con la primera ocasión de definir un estándar infraestructural adaptado a estas nuevas circunstancias. El objetivo del planeamiento en esta materia debe ser, en definitiva, identificar un nivel de disponibilidad de servicios urbanos de carácter diferencial respecto a otros sectores industriales, de tal manera que se configure como un elemento propio y diferencial”¹². La dotación infraestructural en lo referente a calidad y fiabilidad de las infraestructuras y de los servicios asociados se ha convertido en un elemento clave de competitividad de los territorios.



“El Plan 22@ incrementa las edificabilidades con el objetivo de adecuarse a las nuevas demandas de la actividad económica de las áreas centrales”.

Este mismo texto afirma que: “un amplio Plan Especial de Infraestructuras (PEI) (...) actuará tanto en los espacios públicos como en los espacios privados comunitarios, determinando aspectos de suelo y de subsuelo. El contenido del plan incluirá aspectos relacionados con el ciclo del agua, la utilización y producción de energía, los procesos de frío y calor, los residuos, la red telemática, la movilidad y el mobiliario urbano. (...) no se desaprovecha la posibilidad de introducir los parámetros de la sostenibilidad (...)”¹³.

Introducir este elemento, el PEI, en paralelo a la planificación urbanística tendría que ser una práctica generalizada. La complejidad del contenido programático de los desarrollos urbanísticos requiere este instrumento para garantizar que lo planificado tenga la capacidad de convertirse en un territorio productivo social y económicamente, y de adaptarse, de adecuarse y de modernizarse a lo largo del tiempo. Esta es una cuestión que tiene una relevancia especial en los tejidos productivos y en la transformación de los suelos obsoletos de las áreas centrales urbanas.

Las condiciones infraestructurales, definidas por ley, de una parcela para constituir un solar apto para ser edificado, así como otras regulaciones sectoriales relativas a su calidad, se han ido adaptando y lo seguirán haciendo, poniendo de manifiesto la relación directa entre el nivel de desarrollo de un territorio y su nivel infraestructural. Una condición

que ha ido más allá de las infraestructuras de movilidad y se ha extendido a todas las infraestructuras energéticas, ambientales y telemáticas.

Fenómeno financiero y económico

La transformación de tejidos obsoletos parte de la premisa de que un recurso, en este caso el suelo urbano, se encuentra infrautilizado, o bien de que su vida útil ha sido superada. El Plan 22@ ponía de nuevo en valor unos suelos en una posición claramente ventajosa para atraer actividad económica “de nueva generación”, reintroduciendo estos espacios en un nuevo ciclo de vida.

Sin embargo, para la renovación no basta con la sustitución de unas edificaciones por otras y una “mano de pintura” de la estructura urbana de apoyo. Va mucho más allá. La transformación para adecuarse a las nuevas actividades que buscan localizaciones en las tramas urbanas centrales pide, incluso requiere, una estructura de apoyo de gran calidad. Los costes asociados a esta adecuación, “el Plan Especial de Infraestructuras, se pueden financiar parcialmente con una parte de las plusvalías generadas por el incremento de edificabilidad”¹⁴. Los operadores de servicios asumirán también una parte de los gastos en concepto de inversión de su negocio y podrán ofrecer servicios a los futuros clientes que se vayan instalando allí.



© ARCHIVO BARCELONA REGIONAL, S A

La plaza de las Glòries, Diagonal-mar, el distrito 22@ y la zona del Fòrum. En la página anterior, interior de manzana en Pamplona / Ramon Turró.

En paralelo, la dimensión del hecho urbanizador como parte de toda una cadena de actuaciones con el objetivo común de propiciar el crecimiento económico, supera las acciones aisladas que tradicionalmente disocian las acciones de promoción económica de las de carácter urbanístico. En este sentido, se abren nuevas posibilidades, ya puestas en práctica, de vincular mucho más estrechamente la promoción económica y la producción urbanística, superando los modelos en los que la acción urbanística se convierte en el fin, en sí mismo, de la promoción económica.

Apoyo teórico o razonamiento interno

El Plan 22@ –en este caso es más oportuno utilizar la denominación completa del documento urbanístico de la *Modificación del PGM para la renovación de las áreas industriales del Poblenou*– introduce dos cuestiones sobre las que nos falta todavía un soporte teórico de carácter general: la construcción de ciudad por transformación de tejidos consolidados y la adecuación de los instrumentos de planeamiento a las nuevas estructuras productivas.

Ambas cuestiones ponen sobre la mesa una temática de una gran complejidad: la revisión crítica de los instrumentos de planeamiento y el marco regulador vigente. Intencionadamente lo planteo en términos de revisión y no de cambio o sustitución, porque sería poco realista formularlo en términos de *tabula rasa*. Pero sí tengo el convencimiento, y en el caso particular de los suelos productivos aún más, de que este ejercicio disciplinario es urgente. De lo contrario, veremos proliferar ensanches reciclados como versiones más o menos acertadas del 22@.

Manuel de Solà-Morales afirma que: “Desvelando lo que de verdaderamente interesante hay en nuestra valoración positiva de la ciudad del siglo XIX, podremos, más allá de la

simple obsesión mimética, aprovechar su evocación como fuente de sugerencias, de innovaciones y de progreso”¹⁵. 

Notas

- 1 Resumen ejecutivo del “Estudi de la demanda d’oficines al Poblenou en el període 1999-2004 i requeriments urbanístics de la seva localització”, Aguirre Newman, 1999, como parte del *Estudi econòmic i financer de la MPMG per a la renovació de les zones industrials del Poblenou*, pág. 12.
- 2 *Deu lliçons sobre Barcelona*, Manuel de Solà-Morales, COAC, Barcelona 2008, pág. 291.
- 3 Ídem, pág. 305.
- 4 *Modificació del PGM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou*. Text refós, Sector d’Urbanisme, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, septiembre de 2000, pág. 10-13.
- 5 Resumen ejecutivo del “Estudi de la demanda d’oficines al Poblenou en el període 1999-2004 i requeriments urbanístics de la seva localització”, Aguirre Newman, 1999, como parte del *Estudi econòmic i financer de la modificació del PGM per a la renovació de les zones industrials del Poblenou*, pág. 12.
- 6 *Organización industrial y territorio*, Ricardo Méndez e Inmaculada Caravaca, “Espacios y Sociedades”, Editorial Síntesis, Madrid, 1999, pág. 309.
- 7 “La renovació del Poblenou: una aproximació urbanística al districte d’activitats 22@bcn”, Ramón García Bragado, *La ciutat del coneixement*, “Els monogràfics de BMM”, n.º 1, pág. 39 (38-43).
- 8 *Modificació del PGM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou*. Text refós, Sector d’Urbanisme, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, septiembre de 2000, pág. 3.
- 9 “La renovació del Poblenou: una aproximació urbanística al districte d’activitats 22@bcn”, Ramón García Bragado, *La ciutat del coneixement*, “Els monogràfics de BMM”, n.º 1, pág. 40 (38-43).
- 10 “Barcelona: construir sobre lo ya construido”, Ignasi de Solà-Morales, en *Revista de Occidente*, 97, junio de 1989, pág. 26.
- 11 “Dotació infraestructural (Pla d’Infraestructures)”, capítulo 7 de la *Modificació del PGM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou*. Text refós, Sector d’Urbanisme, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, septiembre de 2000, pág. 33.
- 12 Ídem.
- 13 Ídem.
- 14 *Estudi econòmic i financer de la modificació del PGM per a la renovació de les àrees industrials del Poblenou*. Text refós, Sector d’Urbanisme, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, septiembre de 2000, pág. 10-13.
- 15 *Deu lliçons sobre Barcelona*, Manuel de Solà-Morales, COAC, Barcelona 2008, pág. 307.

La razón en la ciudad: el Plan Cerdà

Superar la manzana



El modelo de movilidad continúa siendo la asignatura pendiente, no sólo del Eixample sino de la ciudad en su conjunto. El actual modelo es el factor que más energía urbana consume y el que más contaminación genera.

Los ensanches sostenibles: el legado del Plan Cerdà

Texto **Salvador Rueda** Director de la Agencia de Ecología Urbana de Barcelona

Fotos **Lluís Sans**

Quizá una de las cosas que más me impresiona de los trabajos de Ildefons Cerdà es que, con la escasez de medios de los que se disponía en aquella época, articula una propuesta de ensanche casi sistémica (sin la existencia de la teoría de sistemas) que, de forma intencionada, buscaba la resolución de los conflictos de la Barcelona de mediados del siglo XIX. Es sorprendente cómo Cerdà analiza y aborda cada una de las disfunciones que sufrían la ciudad de Barcelona y los barceloneses: la higiene y la salubridad, la movilidad, la cohesión social, la justicia y la igualdad, el equilibrio entre la funcionalidad (“relación”) y la descompresión urbana (“aislamiento”), etc.

Con su propuesta formaliza las soluciones a cada una de las disfunciones detectadas y lo hace construyendo ciudad, es decir, haciendo que el espacio público tenga todos los usos y funciones que le son propios y posibilitando la implantación de una maravillosa mezcla de usos (personas jurídicas).

Es sabido que parte del proyecto original ha sido suprimido y lo iba siendo a medida que se sucedían nuevas ordenanzas que ahora cerraban la manzana, después ocupaban los patios interiores, seguidamente se añadían a los edificios una, dos, tres plantas más, etc. A pesar de todo, el Eixample se ha ido construyendo (todavía se está construyendo ahora) lentamente, tal y como se construyen los sistemas complejos (los ecosistemas) en la naturaleza. La resultante ha sido la creación de un tejido que cuenta con la mayor diversidad de personas jurídicas (actividades económicas, asociaciones e instituciones) existente en cientos de kilómetros a la redonda, y que se configura, en sus dimensiones, como la mayor área de centralidad de España, con una influencia que va más allá de sus fronteras.

En un estudio realizado por la Agencia de Ecología Urbana de Barcelona para los diversos tejidos de Donostia-San Sebastián, se comprueba que la morfología urbana de los ensanches es la que acoge mayor densidad de actividades (máximo alcanzado: 114 actividades por hectárea), más que los tejidos en manzana abierta, tejidos mixtos o de baja densidad (máximo de 54 actividades/ha).

El Eixample irradia actividad a su alrededor, es un auténtico corazón que bombea diversidad extendiendo la compleji-

dad urbana siguiendo los ejes transitados, sobre todo, a pie. Cuando algún eje tiene una ruptura en la concatenación de actividades, el tejido se simplifica mostrando un agujero, un vacío en el plano. Las soluciones adoptadas para la plaza de las Glòries y sus alrededores fueron pensadas en términos de continuidad y resolución del tráfico, pero la plaza se convertiría en una barrera en la conexión de la diversidad urbana entre el Eixample y el Eixample del Poblenou. En lugar de ser el centro de la ciudad ideado por Ildefons Cerdà, se convertiría en un agujero de simplificación urbana, que no de centralidad. La remodelación de la plaza de las Glòries es, sin duda, necesaria.

Por otra parte, el Eixample es, hoy en día, el tejido de la ciudad que acoge un mayor número de actividades densas en conocimiento, mucho más que el distrito tecnológico del 22@.

Aunque los problemas que abordó Ildefons Cerdà siguen siendo conflictos actualmente, ahora tenemos que abordar, además, nuevos retos que entonces no eran manifiestos. Los dos retos que, a mi entender, son los principales en este principio de siglo son los relacionados con la sostenibilidad, es decir, con las incertidumbres que nuestra acción genera sobre el conjunto de sistemas de la Tierra y con el hecho de haber entrado en una nueva era: la de la información, dejando atrás, cada vez más, la era industrial.

El tráfico, factor imprevisto

Del conjunto de factores relacionados con la sostenibilidad, el que genera mayor impacto y disfunciones probablemente sea el tráfico motorizado. El tráfico es, hoy en día, el factor que consume más energía, el que emite la mayor contaminación atmosférica, el que genera más ruido, el que provoca más muertes externas (por accidente o por polución), el que proyecta más intrusión visual y el que hace perder más horas laborales. Sin embargo, es evidente que Ildefons Cerdà no podía ni imaginarse que su red vial acabaría totalmente ocupada por ese nuevo artefacto, ni que lo haría en toda su trama, teniendo como célula básica la manzana. Es probable que, después de analizar las características del flujo motorizado, hubiese pro-



“La creación de una célula de 400 m de lado mantendría la funcionalidad urbana y ganaría espacio al coche”.

puesto, como lo hizo Le Corbusier en su Plan Macià, una nueva célula básica urbana de 400 o 500 m de lado para los coches.

Lo que constituye una aberración para la eficiencia de un vehículo, cuyo objetivo es ir de un punto a otro de la ciudad lo más rápidamente posible, es que se encuentre un obstáculo cada 100 m para dar paso a otros vehículos que se cruzan en su camino. Cuando se han creado infraestructuras adaptadas al objetivo del coche, se han construido autopistas, las cuales están diseñadas para que la velocidad sea la máxima admitida sin tener que detenerse nunca. En la ciudad, no caben las autopistas y, cuando se colocan, crean más problemas que soluciones aportan.

La creación de una nueva célula básica urbana de 400 o 500 m de lado adaptada al flujo motorizado puede, en mi opinión, mantener la funcionalidad y la organización urbana y, a la vez, liberar el 65 o el 70% del espacio público sometido hoy a la circulación de vehículos. Una supermanzana de ese volumen permite una mayor eficiencia en la onda verde semafórica y reduce las fricciones del flujo, puesto que sólo se puede girar a derecha o izquierda cada 400 m. Por las vías básicas circula el transporte público de superficie y permite que el conjunto de la trama esté a menos de 300 m de una parada. La construcción de aparcamientos situados en las vías básicas permite que no se tarde más de tres minutos a pie desde el aparcamiento hasta cualquier punto de la supermanzana. En el interior de las supermanzanas el ciudadano recobra su carta de naturaleza, es decir, puede desarrollar el

conjunto de usos y funciones del espacio público sin restricciones, superando la función de “peatón” (un modo de transporte) que se le otorgó cuando lo relegaron a las “aceras”.

Las supermanzanas implantadas en Barcelona, una en el barrio de la Ribera (en torno a Santa María del Mar) y dos en Gràcia, han permitido aumentar el número de viajes a pie (>10%) y en bicicleta (>15%), e incrementar significativamente la actividad comercial y de servicios (en el caso del Born, la transformación de la actividad ha sido espectacular. Incluso en demasía, desde mi punto de vista, o mejor, la desproporción entre las actividades de escala ciudad y las actividades de proximidad es excesiva).

Las redes viarias actual y futura muestran la reserva de espacios para cada modo de transporte. Actualmente, la mayoría del tráfico entre mar y montaña se canaliza en el Eixample (en hora punta acoge en torno a 76.000 veh/h). Con una propuesta de supermanzanas, hay que llevar a cabo una redistribución del tráfico que haga que la presión sobre esta área disminuya significativamente y que se redistribuyan, a su vez, los efectos de la circulación, en especial la contaminación atmosférica, hoy fuera de límites en el área central.

Red ortogonal de autobuses

La red de autobuses, hoy radial, se transforma en una red ortogonal que, siguiendo la trama del Eixample, se extiende al conjunto de la ciudad. El cambio de topología es el factor que más incide en el aumento de la velocidad comercial, más aún que otras medidas como la priorización semafórica. La ubicación de las paradas cada 400 m y la reducción significativa de los giros permite estimar el aumento de la velocidad comercial en 0,6 km/h, en una red que actualmente circula a unos 11 km/h de media.

Cerdà ya demostró la mayor eficiencia de la red ortogonal con respecto a la radial. Su razonamiento, siguiendo el ejemplo de la estructura fractal de una cuenca hídrica, es magistral.



La reestructuración del Eixample en supermanzanas permitiría revertir el predominio actual del coche, dedicar el 43% del espacio disponible al ciudadano y construir una red de carril bici segura y sin interrupciones. Sobre estas líneas, la calle Enric Granados y su doble carril bici. En la página anterior, el Passeig de Gràcia. Abriendo el artículo, la Gran Via entre el Passeig de Gràcia y la Rambla de Catalunya.

Viene a decir que dos riachuelos que confluyen crean uno nuevo que lleva el caudal de ambos y tiene un cauce mayor. Cuando ese cauce se une a otro aguas abajo, se repite la suma de caudales y el aumento del cauce, y así hasta llegar al final (el centro), en donde el caudal y el cauce que lo acoge son tan grandes que el centro es ocupado totalmente y desaparece. Como el centro no puede desaparecer, la falta de espacio para absorber el flujo radial se convierte en congestión y, por tanto, en una tipología de red ineficiente. Por el contrario, la red ortogonal proporciona a los tejidos que la contienen un isomorfismo en el conjunto del mismo, y hace que las diferentes partes que la componen estén igualmente privilegiadas.

Con el mismo número de autobuses y a 13 km/h de velocidad media comercial, las frecuencias de la red ortogonal estarían por debajo de los cuatro minutos, lo que supondría aumentar más de tres veces la frecuencia actual. El ahorro de tiempo de la red al cabo del año es de un millón de jornadas laborales. La conectividad también mejora ya que el número de personas que disponen de una parada a menos de 300 m es de 30.000 más que en la actualidad. La accesibilidad global de la red actual permite que el 15% de la población acceda en autobús a la totalidad del municipio en menos de cuarenta minutos. Con la red ortogonal, el porcentaje aumenta hasta el 55% de la población. Con la nueva red, cualquier punto de la ciudad se conecta con cualquier otro con un trasbordo como máximo, de manera similar a como se llega a cualquier casilla en el juego de los “barquitos”. La proporción de trasbordos de la red actual es aproximadamente del 14%. Con la nueva red los trasbordos son similares a los del metro, por encima del 30%.

La red de bicicletas cada día cuenta con más kilómetros de carril. Pero, es evidente que la normalidad y el uso masivo de este modo de transporte sólo se puede conseguir construyendo una red segura y con continuidad. La red de carriles bici de Sevilla es hoy la más completa y el ejemplo a seguir. En esa ciudad la bicicleta se ha convertido en un

auténtico modo de transporte y el número de usuarios ha sorprendido a propios y a extraños.

Quienes dicen que la ciudad de Barcelona no es apta para el uso de la bicicleta a causa de la clinometría no tienen razón. El análisis clinométrico permite afirmar que el 80% de la ciudad y el 100% del Eixample son aptos para ir en bicicleta.

Las supermanzanas en el Eixample permitirían que el 43% del espacio fuese, en su mayor parte, para peatones. Un espacio que devolvería al ciudadano su carta de naturaleza, ya que en él podrían hacer efectivos el conjunto de usos y funciones del espacio público: el intercambio, la fiesta, el juego, etc.

El espacio público y la reunión de complementarios (personas jurídicas) en un espacio reducido son los dos aspectos generadores de ciudad. El ciudadano lo es, fundamentalmente, porque ocupa el espacio público (la casa de todos) sin restricciones y puede ejercer su conjunto de usos y funciones potenciales. Con la ocupación masiva del espacio público por el coche, el ciudadano dejó de serlo para convertirse en un “peatón”, es decir, en un modo de transporte al que se le ha asignado para pasar unas cintas contiguas a los edificios.

El resultado de las nuevas redes propuestas es un nuevo modelo de movilidad y unos beneficios que redundan en la mejora de la calidad urbana y de vida.

Dadas las disfunciones y el impacto generados por el actual modelo de movilidad, no hay duda de que es la asignatura pendiente de la ciudad y también del Eixample. El actual modelo es el factor que más energía urbana consume y que más contaminación genera, ya sean contaminantes atmosféricos de escala local y regional o bien global (gases de efecto invernadero). Hoy en día, el número de personas expuestas a niveles de contaminación por NO_x por encima del límite legislado es de alrededor de 1.800.000. Con un modelo de movilidad basado en supermanzanas, con algunos cambios de sentido y reduciendo un 25% el número de vehículos circulantes, el número de personas expuestas no superaría las 20.000. **M**

El Plan Cerdà en una pregunta

¿Cuál es su experiencia personal y profesional del Eixample?

Jordi Borja. Geógrafo y urbanista. Director del Máster en Gestión de la Ciudad de la UOC.

Si la patria es el territorio de nuestra infancia, es decir, la calle, el barrio, la ciudad... la mía es el Eixample.

He leído que durante muchos años, los primeros del desarrollo de la cuadrícula, se criticaba el Eixample por monótono, gris, aburrido. El Eixample que yo conocí a finales de los años cuarenta hasta principios de los sesenta, lo viví como un territorio maravilloso. La ciudad era triste, oscura, sucia; los barrios periféricos estaban abandonados; los del “centro” (la ciudad vieja, intra muros), degradados. Para encontrar la vida había que meterse en callejones y locales. En cambio en el Eixample pasaban los tranvías, había tiendas, bares y cines; en las esquinas, mostradores con frutas y verduras; jugábamos al fútbol en la calle; los coches eran esporádicos y la gente muy numerosa. En verano se cerraban las calles y se hacían fiestas, bailes, meriendas, juegos. El sol llenaba aceras y fachadas, y al anochecer farolas y carteles publicitarios luminosos creaban paisajes que prometían aventuras y descubrimientos. No había leído *Nadja* (de André Breton), pero caminando por el Eixample sentía que en una esquina cualquiera podía encontrarme con una sorpresa.

Hoy el Eixample es todavía la mejor carta de presentación de Barcelona. Pero por suerte toda la ciudad está (relativamente) limpia e iluminada, hay tiendas y gente en todas partes. Y el Eixample, a pesar de mantener una estructura formal, se confunde con el resto de la ciudad. Los coches han ocupado más espacio que los paseantes, las tiendas miran hacia el interior y los vendedores ambulantes han desaparecido o están perseguidos por las normas incívicas. Todavía me gusta pasear, pero no más que por los barrios populares o por el Raval. Aún espero realizar descubrimientos sorprendentes. Pero encuentro turistas y marcas, como en todas partes.

El Eixample de Cerdà no era trivial. La ciudad actual parece haber escogido la trivialidad. La urbanización no se encuentra sólo en las periferias difusas y confusas.

Lluís Domènech i Girbau. Doctor arquitecto. Biznieto del arquitecto modernista Lluís Domènech i Montaner

Del Plan Cerdà me impresionó la idea de superponer la malla neutra 400 x 400 (tres manzanas) a un territorio existente con zonas baldías y zonas edificadas. La experiencia me hace admirar las medidas de la manzana, el ancho de la calle, las dimensiones del chaflán del plano Cerdà de 1877.

No estoy demasiado seguro del valor de las diagonales (las dos grandes, sí), pero tantas, tantas, crean excesivos problemas funcionales y paisajísticos. Para resumir: me quedo con el valor urbano del chaflán. Prefiero la realidad de la manzana cerrada por cuatro lados a la idea original de bloques paralelos. Eso sí,

exigiría el patio de manzana totalmente libre y con acceso, cuando menos, por dos partes opuestas. Me gusta la manzana cerrada porque es capaz de crear contraste entre la vida urbana perimetral, intensa, y el silencio y la tranquilidad del interior.

Tengo un recuerdo muy hondo del ruido del tranvía bajando por la calle Bruc, de cuando iba a casa de mi abuelo. Me gusta el trazado igualitario de las calles y, en cambio, la sutileza del recuerdo diferencial: un Gaudí o un Domènech i Montaner, un olor, la entrada de un cine, un bar abierto con mesas en la acera te permiten saber dónde estás.

La experiencia de la primavera con las hojas que acaban de brotar y que crean una nube verde por encima de la escala humana, pero que permiten ver la línea de cornisa. Las manifestaciones en el Passeig de Gràcia, por el Estatut, contra la guerra, por Ernest Lluch, etc., son para mí experiencias ciudadanas inolvidables.

Juli Esteban. Arquitecto y urbanista. Participó en la redacción del Plan Metropolitano de Barcelona

Mi experiencia de Barcelona comenzó en el Eixample, en un chaflán de Pau Claris -Valencia donde estaba el dentista al cual visitábamos desde Girona para un tratamiento de ortodoncia. Lo más inmediato fue descubrir la facilidad para la orientación en la gran ciudad, a partir de unas secuencias de calles de fácil memorización y de las referencias de paseos y avenidas. Más adelante, y ya desde una mirada con cierta deformación profesional, he visto el Eixample como la gran trama que ha aportado ordenación urbanística y red de movilidad a todo el conglomerado de Barcelona, pese a una edificación y unos flujos que su diseñador, aunque fuese un visionario, nunca pudo imaginar. Si además considero el valor que sus calles, chaflanes, aceras, filas de árboles, planos de fachadas aportan a la identidad ciudadana, podría decir que Barcelona tiene en el trazado del Eixample su referente más comprensivo. Y es así no sólo por el valor icónico de sus invariantes, sino en especial por su capacidad de evolución en el tiempo por sustitución de edificios y usos, vaciado de interiores de manzana, reurbanización de algunas calles y también por la incorporación de nuevas formas de edificación de la manzana que permiten casi reinventar el Poblenou.

Pese a todo, el Eixample no es perfecto. Se podría decir que los chaflanes, tan interesantes para otras cosas, atormentan a los peatones, o que, sin duda, le faltan aún ciertos elementos que polaricen o articulen algo más una extensión tan grande de islas similares. En cualquier caso su historia nos permite comprobar que el Eixample es un tejido urbano con capacidad de mejora indefinida sin abandonar los rasgos de carácter más significativos. Creo que esta es la cualidad fundamental, la que asegura su protagonismo permanente en una ciudad que ya es mucho más vasta y compleja que la que Cerdà imaginó.



©ANA PORTNOY

Jordi Garcés. Arquitecto. Catedrático de Proyectos en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona.

El Eixample es para mí un escenario lleno de episodios particulares. Allí nací, cuando todavía se nacía en casa. Y recuerdo los paseos con mi madre por la derecha del Passeig de Gràcia, el lado del sol al mediodía. Y mi padre entrando en la joyería Ramón Sunyer a saludar a los amigos, cogiendo los taxis frente al Hotel Ritz y en la tertulia, de pie, en el quiosco de Gran Via y Via Laietana, con el quiosquero Tomàs, el periodista Sempronio o el abogado Solé Barberà, entre otros.

Enumero algunas experiencias formativas que se han convertido en elementos fundamentales de mi idea de la arquitectura. El concepto “medida”, formalizado en base a repetir la misma unidad, el módulo. Las virtudes de la serie donde la suma de la invariante se convierte en magia. El elegante dominio de la orientación, con el norte en la diagonal del cuadrado y, por ende, calles de mañana y calles de tarde. La capacidad evocadora del tejido que con su medida y extensión crea la imagen de una ciudad. Y la comprensión de la siguiente paradoja: una planificación regular, despótica en apariencia, crea un espacio de máxima libertad creativa, donde lo abstracto es la base de lo figurativo, que aparece en forma de piezas singulares, como La Pedrera, o bien en la singular suma de una abstracción continua que acaba constituyendo un gran episodio ornamental.

Jordi Puntí. Escritor

Hace 23 años que vine a Barcelona y desde el primer día he vivido en la derecha del Eixample. De hecho parece que colecciono calles verticales. He vivido en las calles Sardenya, Sicília, Nàpols, Roger de Flor y Bailèn, y ahora estoy en el paseo de Sant Joan. Si quiero completar el álbum todavía me faltan unas cuantas. Siempre he vivido en pisos con balcón a la calle y galería al patio. Hay un Eixample exterior y uno interior. Al atardecer me siento en la galería y observo cómo se encienden las luces en las casas del patio. Es como tener un palco preferente en el interior de la bestia, y espiar el engranaje que mueve el barrio.

También paseo cada día por el Eixample exterior. A veces, como un personaje de Paul Auster, imagino que las calles del Eixample son un cuaderno cuadriculado y mis pasos la tinta. Cuando camino dejo un rastro de letras que poco a poco se convierten en palabras. Comienzo por un extremo y voy escribiendo. Los chaflanes van muy bien para redondear las letras. Un día de estos caminaré la palabra C E R D À, como homenaje. El acento de la “A” será un pedazo de Diagonal, por ejemplo, entre Bruc y Girona (que son dos de las calles que me faltan para la colección).

Maria Rubert. Doctora arquitecta. Profesora del Programa de Doctorado de Urbanismo y del Máster de Paisajismo. UPC.

Nací en el número 469 de la Diagonal, en la esquina del restaurante Finisterre, en lo que era efectivamente el *finisterre* del Eixample; más allá había sólo pistas hípicas, locales de fiesta y de prostitución. Como todas las que quedan cortadas por la Diagonal, la manzana donde tengo el estudio es de forma irregular y dimensiones reducidas; y en consecuencia, sin patio interior. Las plantas bajas se destinaron desde el principio a locales. La vinatería, el colmado y el almacén de mi niñez son ahora una tienda de revestimientos cerámicos, una óptica y una tienda de trajes de novia. En las intersecciones se instalaron los empleos de mayor interés tanto para los vecinos como para la población flotante de las oficinas: bares con terraza que ocupan los triángulos liberados por la geometría. Pero es en las calles de más abajo donde se realizan las actividades que anclan la vida del barrio: tintorerías, ferreterías, fruterías, y, más abajo aún, el Mercado del Ninot, los bomberos y cuanto pasa en los alrededores del Hospital Clínic.

Durante años mi trayecto cotidiano ha sido la línea recta, bajo los árboles, que une el 469 con el 649 de la misma avenida (la Escuela de Arquitectura). Un trayecto que últimamente puedo hacer en bicicleta, en autobús o en tranvía por el tramo que urbanizó Rubió i Tudurí. Recientemente he alargado el itinerario hasta la calle Sicília en la dirección opuesta. Desaparecen los escaparates con muebles y vestidos del tramo central a medida que se supera el Passeig de Gràcia, para hacer lugar a bares confortables. Más allá del paseo de Sant Joan, cuando han desaparecido los autobuses (y comprobamos la estrecha relación entre su accesibilidad flexible y la actividad de las aceras), desaparecen los escaparates: oficinas, tiendas de colchones y garajes ocupan los bajos.

Me agrada el carácter ambiguo de los cruces de la Diagonal, que dejan intuir lo que sucede detrás de este corte que atraviesa Pedralbes y Les Corts, que separa Sant Gervasi del centro del Eixample y, más allá, Gràcia, que atraviesa la izquierda del Eixample hasta Glòries, en un cambio de rasante enfila hacia el mar con una sección que se estrecha hasta llegar al Fòrum y, en un gesto final, tuerce hacia el Maresme.

Esta experiencia del Eixample sigue una línea recta que no es la del *flâneur* ni la de la deriva, y que tiene que ver más bien con el carácter de la avenida apta para acontecimientos un tanto autoritarios –como por ejemplo los desfiles militares o los congresos (tanto el eucarístico como el Fòrum)– que han querido aprovechar su espléndida geometría. Pero el vaivén insistente por el mismo itinerario aporta otros conocimientos y es otro modo, el más corriente para los ciudadanos que lo habitan, de participar en la experiencia geométrica y humana de su ciudad. **M**

Cerdà hasta el infinito

Barcelona METRÓPOLIS, en la primavera de 1995, invitaba a estos cuatro arquitectos a debatir el modelo urbanístico hacia el que Barcelona se encaminaba tras los Juegos Olímpicos. Y en aquel primer encuentro proliferaron las referencias a Cerdà, en torno a su papel en la definición de ese modelo. Bernardo de Sola reconocía “la imponente presencia del modelo Cerdà” en la ciudad y Josep Martorell destacaba que “la Barcelona estricta, la que ha crecido entre el mar, la sierra y los ríos, lo ha hecho bajo el patrón de la cuadrícula de Cerdà”. Eduard Bru anunciaba el peso decreciente del Eixample y “la necesidad de ir hacia una renovación de tipología”, y Federico Correa recordaba que el proyecto Cerdà “tiene su origen en los modelos de Chicago o Manhattan”.

Conversamos con cuatro de los arquitectos que han modelado Barcelona desde los años 80, los barceloneses Eduard Bru, Federico Correa y Josep Martorell y el ovetense Bernardo de Sola. Los más veteranos, Correa (1924) y Martorell (1925), siguen en activo en distintos proyectos privados, como la reforma del Banco Hispano Colonial en hotel, el primero, y la sede de RBA en el 22@ y el Museu del Disseny en Glòries, el segundo. Por su parte, Bernardo de Sola (1948) encabeza el reto de codirigir el proyecto de transformación de la Diagonal desde 2008. Eduard Bru (1950) se encuentra inmerso en la docencia como profesor de Proyectos en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona y su última gran intervención en la ciudad han sido los proyectos del Fórum de las Culturas de 2004. Cuentan con intervenciones urbanísticas en Barcelona, entre las que destacan las que marcaron el cambio de Barcelona con motivo de los Juegos Olímpicos: Vall d’Hebron (Bru), Estadi Olímpic (Correa), Vila Olímpica (Martorell) y Ronda de Dalt (De Sola). En el debate que les propone la revista, les acompañan Francesc Muñoz, coordinador de este Cuaderno Central dedicado al Año Cerdà, y la periodista Rosario Fontova, especialista en arte y arquitectura.

Francesc Muñoz

¿Qué importancia tendrá el Plan Cerdà en la Barcelona del futuro? ¿Existen límites en su aplicación?

Eduard Bru: Me parece que Cerdà tiene un papel decreciente. Hay dos hechos específicos de esta época. Uno es que llega a sus límites físicos. El margen inferior de la Sagrera es Cerdà y ha acabado de llegar al Fórum. La llegada a estos lugares podría ser una ocasión de probar los límites de Cerdà en un contexto físico que no haya sido reflejarse en un espejo de un siglo y medio. Y la llegada es discreta en parte, porque se ha sumado otro fenómeno propio de estos años, que es el gran énfasis en la singularidad de la arquitectura como

valor premiado. Creo que la suma de estos hechos, la dificultad y la novedad del lugar geográfico, además de un estado de opinión a favor de que la arquitectura sea muy visible, ha hecho que Cerdà haya quedado como una geometría de partida, pero no ha ido mucho más allá.

Otro ejemplo está en el 22@. Es Cerdà puro, sin ser necesariamente Cerdà. Es un banco de pruebas con aciertos y desaciertos, y cosas que me parecen interesantes. Y una discusión interna de cómo las tipologías de oficinas o empresas tecnológicas podrían caber en Cerdà. Al llegar a la Sagrera, Cerdà podía dar más de sí, sin tantas cosas extrañas. Hay muchos tapones. No digo que se dejara a Cerdà intacto, pero sí que permitía una respuesta más tensa, en volumetría y geometría, sin estar tan adornada de singularidades sobrepuestas.

Josep Martorell: Me parece que el Plan Cerdà es un acierto total y se debería llegar a los límites con toda rigidez. Hay un ejemplo reciente en la calle Villarroel-Londres, en una manzana donde hay pisos y una escuela (según un proyecto de Coll-Leclerc). Lo encuentro perfecto porque demuestra que se pueden acabar las cosas en una manzana del Eixample. Lo que sucede es que a veces terminar el Pla Cerdà tiene una cierta dificultad. Yo extendería la cuadrícula al infinito.

Federico Correa: Me gusta mucho escuchar lo que comenta Josep Martorell. Doy todos los fines de semana un paseo largo. Cojo el metro hasta el Fórum y vengo caminando por un paseo fantástico por la playa, de lo mejor que se hizo en los Juegos Olímpicos. Y siempre voy pensando en arquitectura. Aprecio aún más lo que Martorell realizó en la Vila Olímpica, cuando veo la diferencia con el urbanismo que se ha hecho en el Fórum, que encuentro desastroso. Lo veo abstracto, no veo posibilidad de que llegue a nada. Al contrario, en la Vila Olímpica observo un urbanismo humano y una prolongación de Cerdà.

Es evidente que Cerdà está muy determinado por una cuestión geográfica. La Barcelona de Cerdà es una ciudad casi llana.



©EVA GUILLAMET

El otro día, bajando de la nueva Clínica Quirón, decidí hacerlo a pie y pasé por unos lugares urbanísticamente incomprensibles que rodean el Putxet, unas calles con pendientes tan pronunciadas que da miedo caminar. Este urbanismo es un escándalo, porque no se puede ni definir. Para mí, como observador, existe ahora una fenómeno extraño con el urbanismo que llega hasta el mar: no hay nadie por la calle, casi no hay tiendas... ¿Qué hace esta gente?... El urbanismo del Fòrum es terrible. Por la noche no es un lugar como la calle Casp o València. A mí me recuerda el East End de Londres, donde da miedo caminar por algunas calles.

Eduard Bru: ¡Efectivamente! En cuanto al tema de las pendientes, debería haber una ordenanza acotando por arriba la manzana. Josep Martorell, en la calle Homer, dio con una buena solución.

Federico Correa: En referencia al 22@, no me gusta nada porque han hecho una trama Cerdà, pero con edificios Le Corbusier, aunque es injusta la comparación si pensamos por ejemplo en el “supositorio” de Nouvel. Lo que veo es confuso, no funciona. Hay otro edificio, el de Dominique Perrault, que sí me gusta de lejos, aunque no tanto de cerca. Y al lado hay un edificio muy elegante y con *glamour* (de Carlos Ferrater) delante del parque que ha hecho Nouvel, que es una porquería. Con Hans Hollein hicimos un pequeño recorrido y me daba un poco de vergüenza enseñarle el parque porque es algo infantil.

Bernardo de Sola: Nadie discute el acierto de la malla Cerdà, que es una malla romana que se implanta en cualquier topografía y se puede desimplantar. Pero hace muchos años que se perdió el plano Cerdà. El GATC-PAC [Grup d'Artistes i Tècnics Catalans per al Progrés de l'Arquitectura Contemporània] confeccionó el plano final. Es verdad que

existen algunos ejes vertebradores, los que eran más estructuradores, como la Gran Vía, pero posteriormente hemos ido cizallándolo todo. Hemos perdido esta ocasión porque esta malla se queda sobre sí misma. Los nuevos límites de la ciudad ahora son las Rondas.

Teníamos la Gran Vía, por el lado nordeste, donde se ha restituido al máximo, hacia el Maresme. Ahí creo que el ejercicio está bien hecho. Sin embargo, en la Gran Vía hacia Hospitalet, que planteamos en su momento con el eje de Cerdà, se perdió. El eje de la Gran Vía hacia el aeropuerto se hizo mal; no han sido capaces de ponerlo recto. Porque las condiciones de contorno han podido a la energía que en su momento tuvimos para hacer las cosas rectas, coplanares, al hacer las Rondas e infraestructuras en clave de arquitectura. La Gran Vía de Cerdà hacia el aeropuerto es un desastre, y ese es uno de los puntos donde la ciudad ha pinchado. Porque la gestión del área, o los promotores de L'Hospitalet 2010, cogen el plano de Barcelona Regional, que es una línea recta que va hasta el aeropuerto (al menos, hasta el Llobregat), y, a partir de ahí, cuando planteamos el eje de la Gran Vía de Cerdà-Ronda del Mig, al generar el proyecto la obra se pierde.

Rosario Fontova

¿Y en el otro extremo de la Gran Vía, en el nuevo distrito hacia el Besòs?

Bernardo de Sola: La malla ortogonal de Cerdà en el 22@ sí se ha aplicado, en clave particular, porque Cerdà, con su gran manzana, marcaba una jerarquía con equipamientos, definía una rítmica que se reconoce. Y esto, en el 22@, con la recuperación de la convivencia entre el modelo blando de industria y la residencia, en cierta forma aguanta el tipo. La continuidad de la Diagonal hasta el Fòrum es el reconocimiento del plano de Cerdà. Es igual que cuando Cerdà pinta un parque del Besòs.

En el fondo, la restitución del parque, dicho en clave realista de hoy, es la recuperación medioambiental del río Besòs, que tiene 10 kilómetros de largo por 15 kilómetros de ancho. La reinterpretación de las claves de Cerdà, vistas en los mapas del planeamiento, es que... si se reconoce algo del Plan Cerdà en la Barcelona más metropolitana, se desdibuja totalmente. Y si no ha habido más Cerdà es que, a lo mejor, hemos perdido la ocasión. Lo malo es saltárselo como han hecho con Torre Vilana. En Barcelona se han hecho bastante bien las cosas, aunque se ha perdido el oremus en algunos *hinterlands*.

Federico Correa: Lo que yo no entiendo o no comparto es que el Plan Cerdà sea sobre todo la cuadrícula, más que las prolongaciones. A mí no me parece una tragedia que la Gran Vía se tuerza. También hay una descolocación o añadido en la Diagonal. El único ejemplo al que se podía agarrar es Broadway, que corta la trama de Manhattan, pero no entiendo el Plan Cerdà como algo que tenga una continuidad física necesaria.

Francesc Muñoz

Se ha explicado a Cerdà, en relación con la ciudad, como alguien que deja una herencia inmaculada que se va corrompiendo. ¿Hasta qué punto es verdad esa idea o Cerdà se va enriqueciendo con la práctica urbanística?

Eduard Bru: Sí, se ha intentado ver a Cerdà como un pensamiento acabado o un objeto en sí mismo y, probablemente, era más un tablero de juego con capacidad de evolucionar. Cerdà hizo un plan en 1859, otro en 1863, y se rectificó a sí mismo.

Federico Correa: Yo apunto la psicología. Son aspectos que no son visuales o de comunicaciones...

Eduard Bru: El Plan Cerdà hay que pensar-

lo, pero lo realmente valioso es que la malla ha aguantado mucho y aguantará. ¿Qué es lo que no aguanta? Lo que no aguanta es la mala arquitectura. Es decir, podemos pasar por trozos de Cerdà que son feos cuando hay una densidad notable de mala arquitectura, de malas fachadas, de malos materiales, de cromatismos equivocados. Lo digo porque no todo es abstracción en esta vida. Otra cosa que no aguanta es la definición del espacio común. Hay una indefinición: ¿esto es espacio público o privado? Esta indefinición la estamos produciendo en cantidades considerables en el 22@. Me da miedo ver cómo va a ir evolucionando, creo que ahí las reglas de la ciudad deben ser claras y sencillas.

Josep Martorell: La malla de Cerdà, al cien por cien, sirve al plano, pero cuando hay desnivel no sirve. Me parece que si la manzana la establecemos en el plano, es lógico que se adapte a las profundidades edificables, o al sistema que creamos que deben tener las casas en ese momento. Ahora, cuando queremos hacer casas sin patio de ventilación, hemos de cambiar la forma de la manzana y las profundidades, porque hay que construir de otra manera. Barcelona tiene la tradición de construir cubriendo con terrados, y así es mucho más difícil acabar la silueta. La de París parece mejor porque está acabada en tejado.

Rosario Fontova

¿Cómo determina la arquitectura nueva el dibujo de la ciudad enmarcada por los márgenes de Cerdà?

Federico Correa: Yo no creo que el Plan Cerdà sea peor que otros sistemas, incluso aguanta mejor la arquitectura mala. Estoy personalizando, pero el hotel de Rogers quizás no sería tan feo dentro de la trama Cerdà como cuando te lo encuentras allí.

Eduard Bru: ¡Es un edificio de retirada de carnet! ¡Yo no sé cómo se lo han dejado hacer! Y ahora le dedican una exposición...

Federico Correa: ¡...Y no hablemos del de Toyoy Ito...!

Bernardo de Sola: Lo que se está viendo es que el cuadrado Cerdà resiste bien las malas arquitecturas, no tanto por las cues-

tiones epidérmicas, como porque el lote es ortogonal. Lo que pasa es que se está optando por dejar las fachadas, con un gasto tremendo en sostener y arriistrar las fachadas, y después crear una arquitectura de nueva planta. Esta práctica me parece perversa. Puede ser más un problema de buen hacer, pero eso de hacer una *pastoralidad* moderna por dentro...

Eduard Bru: Pues yo estoy totalmente a favor de dejar la fachada. Imaginen que todas las casas del Passeig de Gràcia las hiciéramos nuevas. Yo me exiliaría un poco. En el siglo XIX, hacer ciudad se nos dio magníficamente. Y de eso vamos tirando. En el siglo XX y XXI no se nos da tan bien. A pesar de que estamos muy contentos, creo que se nos da peor. Imaginen ir a París o Barcelona, y comprobar que el siglo XIX no ha existido. ¡Sería horrible!

Bernardo de Sola: ¡De acuerdo! Cabe esta interpretación y en este sentido es verdad que Cerdà aguanta muy bien.

Federico Correa: En el Eixample, cuanto más categoría económico-social del edificio, menos aberturas hay. Es curioso, porque si tomamos la Gran Vía, de Muntaner a Tetuan, y cogemos las verticales, iremos viendo que se utiliza la misma tipología arquitectónica. Pero cuanto más modestas son las viviendas, más balcones hay en la fachada. En Barcelona tendríamos que estar muy atentos a esta arquitectura del *noucentisme*, que tiene edificios fantásticos, hechos en los años 20 y 30, como el de Balmes con Diagonal, con forma de rotunda. Hay muchos edificios de estos que hacen ciudad. Podríamos juzgarlos arquitectónicamente con cierta severidad, pero sería dramático echarlos abajo.

Rosario Fontova

¿Es cierto que vamos hacia una nueva centralidad, la que impone el final de Gran Vía con la plaza Europa del Hospitalet, Zona Franca y Marina, por un lado, y el crecimiento hacia el norte, pasado Collserola, que en 1995 analizaban de forma crítica, por otro lado?

Federico Correa: La comunicación por la Gran Vía y por la Fira 2 es un drama. Salir de allí es imposible. La zona está tan mal comunicada que no puedes salir de la Feria

de Muestras de ahora. Eso es una negación de Cerdà. Porque con él las calles están bien comunicadas.

Bernardo de Sola: En 1859 Cerdà remarca mucho la traza de la Gran Vía, la Diagonal y la Nacional 2, y su perpendicular, que es la Meridiana. El Plan Macià y el GATCPAC hacían como una traslación a otra escala, pero corrían a lo largo de la Gran Vía. Ha habido una perversión por culpa de esta afirmación banal: “Con lo difícil que es llevarlo recto, pues lo torcemos un poco”. El proyecto de Gran Vía hacia la plaza Europa lo han hecho de otro modo. Me refiero a que se ha perdido una ocasión. Por el lado de la Gran Vía hacia el Besòs, ahí sí que ha aguantado el tipo la malla... Los urbanistas nos hemos dejado tomar el pelo.

Federico Correa: He trabajado allí cuando hicimos la fábrica Godó i Trias, y aquello, urbanísticamente, era un caos total. Hospitalet ha sido el caos urbanístico absoluto. En Hospitalet no se puede ni mencionar a Cerdà, y la Gran Vía no le comunica ninguna de las ventajas de la trama.

Eduard Bru: Yo daría a esta zona el beneficio de la duda. Porque en los primeros 90 fui, medio comisionado por el Ayuntamiento, a ver el barrio de Chelsea de Nueva York, donde se preparaba una transformación de fábricas de carne y circulación de camiones, en una zona de moda en la ciudad, como punto de inspiración del 22@. Ahora voy a hacer una extrapolación. Creo que el 22@ no va a ser eso, va a ser mucho más de diseño, un Cerdà releído con una vocación de independencia y notoriedad formal de sus partes. Y a lo mejor, lo que se parecerá a Chelsea es la zona entre la plaza de Europa y el mar. Hay Fira, rascacielos (de momento, fuera de escala), una cuadrícula en formación, el barrio de la Marina, Montjuïc y el cementerio, y la propia Zona Franca. Hay una vitalidad que me intriga. Los problemas son evidentes, pero si se logra más permeabilidad desde el mar, se nota una ebullición que de momento no condenaría. Me parece estimulante y puede ser menos de diseño que el 22@, más auténtico.

Josep Martorell: Lo que yo veo muy bestia en el 22@ son esos edificios tan altos, tan



©JORDI TODÓ / TAVISA

cerca unos de otros. Si hacemos un edificio de treinta plantas (la sede de RBA) y está separado del vecino por sólo ocho o diez metros... ¡me parece un desastre!

Bernardo de Sola: Parece la traslación de lo que ocurre en otras ciudades grandes, puesto aquí para que quepa. Lo peor es el edificio Hynes, al final de Diagonal, un centro comercial. Este mal planteamiento empezó allí. Fue un mal comienzo acercar las fachadas de la Diagonal.

Federico Correa: Respecto a Sant Cugat, acepto que haya gente con muchas ganas de tener jardín, sobre todo gente con perros, más que gente con niños...

Eduard Bru: Las infraestructuras no están allí a la altura. Una vez titulé: *Sant Cugat, el Far West*. Está bien cuando uno dice en qué calle vive, pero allí, y en otros muchos lugares, no lo puedes decir. Yo creo que la nueva manera de referirse a un lugar será la parada de metro. La línea 9 pone un orden browniano, no euclidiano, un orden sugerente, distinto. No sería enteramente entusiasta de ello, pero estaría dispuesto a jugar ese partido. En la Barcelona de detrás de la Fira no sé bien dónde vivo, pero lo sabré cuando tenga el nombre de una estación de metro.

Bernardo de Sola: Yo estoy expectante...

Eduard Bru: La línea 9 es revolucionaria, puede cambiar muchísimo la percepción de la ciudad.

Bernardo de Sola: La línea 9 articula todas las radiales, pero cuando cruza la Gran Vía, y va hacia Marina y Fira 2, comienza a marear la perdiz. Y por las tensiones y necesidades, no hay modo de que la línea 9 llegue al aeropuerto. Y tenemos un Metro que no llega al aeropuerto, aunque en Madrid sí que lo hace.

Francesc Muñoz

Hablemos del tema metropolitano. En refe-

rencia a Sant Cugat como límite de la urbanización dispersa, pensamos en esas versiones de “la caseta i l’hortet” que ya vemos en las periferias de Manresa y Vic. Hay un esfuerzo del Govern para que, a partir del transporte, del ferrocarril transversal, se pueda conseguir una cierta modalidad y centralidad mediante el transporte público. En 1995 ustedes planteaban dos cuestiones: una, la metrópolis que pierde la forma, y dos, que no hay un organismo metropolitano que ataque la gestión urbanística. Parece que va a coincidir con un gobierno metropolitano. ¿Cómo ven esta diagnosis?

Federico Correa: La falta de entidad metropolitana facilita muchísimo la corrupción. Esos pobres ayuntamientos de pueblos pequeños tienen esa tentación. Hace falta una seria, ordenada y coordinada organización metropolitana.

Eduard Bru: En el pasivo de estos años incluiría la vergonzosa, increíble y escandalosa ausencia de la Corporación Metropolitana, con poderes de un mismo color político desde hace ya un tiempo. ¿Existirá? Ya veremos... Otro elemento escandaloso es que el reglamento urbanístico de Barcelona consiste todavía en los restos del Plan General Metropolitano (PGM). La planificación de Barcelona ha sido la reforma del PGM. Ya no se nos ocurre otro *modus operandi*. Cuando el plan está en manos de un poder que nos gusta, los resultados nos satisfacen, y al contrario. Esto es la anticivilización. Cuando hay unas reglas, deben ser las mismas para todo. Nos estamos inventando Barcelona *ex novo*. Esto es la parte negativa. La positiva es que habrá línea 9 de metro. Y que parece cierto que habrá cercanías, y que el gobierno ha propuesto elaborar cien ARE [planes de áreas residenciales estratégicas]. El Govern ha aceptado que, para que crecieran estas ciudades, el modelo fueran *eixamples*, lo cual me ha producido una enorme sensación de civilidad. Me ha parecido una estupendísima noticia.

Josep Martorell: Mientras la cuadrícula Cerdà se pueda extender, yo la extendería hasta donde fuera posible, porque me parece que es un sistema con una pauta muy orientativa, y con esta cuadrícula se puede hacer lo que se quiera.

Federico Correa: Estoy de acuerdo con Josep Martorell. Sobre lo que dice Eduard, yo siempre cojo metro y autobús, pero tengo mucho respeto por gente que debe coger el coche porque no tiene más remedio. Creo que la ciudad funciona con coches, y no creo que dejar los coches aparte sea urbanísticamente una solución que me guste. Uno de los grandes valores de la trama Cerdà es la comunicación, que es fantástica y no debería perderse.

Bernardo de Sola: De la primera corona metropolitana, me parece importante la aprobación del plan de Collserola, que ha recuperado 100 hectáreas más. El otro asunto que me preocupa es la nueva generación de vías de tráfico. Me preocupa la vía unipolar, esta generación de nuevas plataformas de tráfico para la unión del Vallès Oriental con el Occidental, una B-40 que va rotulando el territorio. Y preferiría que fuera nutrido por sistemas de transportes de tipo metro, tren o tren y metro combinados. En cuanto a vías rápidas como una cuarta autopista, me preocuparía, porque no sé si seremos capaces de hacerlo bien integradamente. Tenemos más dinero para gastar en temas de infraestructuras que van roturando el territorio, creando trincheras y cortando la continuidad natural del territorio. Lo que habíamos logrado como país rico, *a la suíza* –por ejemplo, en el Maresme–, con galerías y túneles para preservar el territorio, se acabó. Y yo creo que volveremos a los sistemas más feroces de hacer ese tipo de “carreteras”. La primera corona metropolitana de Barcelona-región me preocupa mucho. Y estamos otra vez con que no hay un gobierno que gestione bien esas cosas. Por eso puse el ejemplo de Gran Vía por Hospitalet, que va por libre. **M**

Propuestas/ respuestas

Juan A. Módenes nos habla de las personas y descubre cómo se diluyen las diferencias en los comportamientos de la población de la Barcelona metropolitana y de la Cataluña no metropolitana, con respecto a fecundidad y mortalidad, recepción de inmigración, estructuras familiares... Manuel Gausa reflexiona sobre la Barcelona “multiciudad” que se extiende más allá de su núcleo central, fuera del área metropolitana incluso, lo que comporta repensar la ciudad en este nuevo marco de relaciones con el territorio. Más allá de la ciudad física, Jordi Pascual, por su parte, arguye por qué la cultura debe constituir la cuarta columna del desarrollo sostenible de un territorio, junto al crecimiento económico, social y medioambiental.

La metrópolis habitada

Texto **Juan A. Módenes** Profesor del Departamento de Geografía de la UAB. Investigador del Centre d'Estudis Demogràfics

Vivimos tiempos de cambio, también demográficos. En los últimos años se han intensificado algunos procesos transformadores de la demografía catalana y española, como por ejemplo la llegada de la intensa inmigración extranjera, el *boom* inmobiliario reciente que ha incrementado la movilidad residencial y potenciado los procesos de suburbanización de la población, el descenso de la fecundidad y el cambio de los modelos familiares, etcétera.

La población metropolitana de Barcelona ha sido tradicionalmente el motor principal de estas innovaciones en la población catalana. Basta pensar en el papel de Barcelona en primer lugar, y luego en su área de influencia directa, como focos de atracción de buena parte de la migración interior interregional en España durante buena parte del siglo XX. ¿Pero qué ha ocurrido durante el período más reciente, años de *boom* y ahora de crisis? ¿Esta personalidad demográfica metropolitana, este papel de vanguardia se mantiene?

Actualmente, en el ámbito metropolitano, la población es de prácticamente cinco millones de personas (4,92 millones según el último informe oficial, del 1 de enero de 2008). En los últimos diez años, la población metropolitana ha aumentado en 665 mil individuos, es decir, un 15% más. La tasa anual media de crecimiento es del 1,5% anual, que es una cifra elevada en términos de poblaciones europeas, pero normal para una población urbana que ha recibido una importante oleada inmigratoria. Ahora bien, la Cataluña no metropolitana ha tenido un crecimiento relativo más intenso en esta década prodigiosa: por encima de medio millón de personas, casi un 30% más de población. El crecimiento demográfico catalán reciente no es básicamente metropolitano. Esto es una novedad. Fuera del ámbito metropolitano, la tasa de crecimiento no ha bajado ningún año del 2,5% anual; si esta velocidad se mantuviese, la población no metropolitana se duplicaría cada 28 años. Una consecuencia de esta disparidad de velocidades es que el peso de la población metropolitana sobre el conjunto de la catalana ha pasado del 69% al 67% desde el año 1998.

Las migraciones han sido las protagonistas del crecimiento demográfico metropolitano. No es de extrañar; no existirían ciudades, ni áreas metropolitanas, sin la aportación intensa y constante de las migraciones externas. Desde el 2000, las entradas netas han aportado más del 1% de la población cada año. Aun así, este rasgo tan tradicionalmente vinculado a los grandes centros urbanos, se ha difundido también, de manera más marcada, en el conjunto de Cataluña. En el 2007 ningún ámbito fuera del metro-


politano tuvo una tasa de migración neta inferior al 2% anual. Tradicionalmente, las poblaciones de las grandes ciudades son más diversas que las de sus territorios de referencia. Las mismas migraciones eran una vía para introducir diversidad: eran más numerosas las personas nacidas en otras comarcas o países. El ámbito metropolitano de Barcelona no ha sido una excepción. Aun así, con la última oleada inmigratoria esta regla ya no se cumple. Según el padrón de 2008, el 15,8% de la población metropolitana había nacido fuera de España. En la Cataluña no metropolitana el porcentaje de no nacidos en España ascendía en 2008 al 17,5% del total.

La movilidad residencial también era más alta en los ámbitos urbanos. La mayor presencia del alquiler, el menor peso de la familia o la herencia como suministradora directa de vivienda o, más recientemente, la desconcentración de la población o el *boom* inmobiliario, son factores que empujan a la movilidad. Si nos fijamos en la movilidad residencial, el 6,5% de todos los hogares metropolitanos hacía menos de un año que residían en el domicilio en que fueron censados en el 2001. Pero esta alta movilidad la encontramos también por todas partes. Este porcentaje ascendía al 6,7% para Cataluña en su conjunto. Sólo el Alt Pirineu y las Terres de l'Ebre tenían una movilidad inferior a la metropolitana.

Con respecto a los comportamientos demográficos, el papel de vanguardia de la población metropolitana se está relativizando. En el pasado, las ciudades tenían una menor esperanza de vida, situación que la revolución tecnológica sanitaria invirtió durante el siglo XX. Pero la difusión constante del progreso en todo el territorio ha homogeneizado los comportamientos de mortalidad. Con respecto a la fecundidad metropolitana, es un poco más baja dentro de la ya reducida, pero creciente, fecundidad catalana. Las diferencias no son sin embargo tan grandes como para definir modelos diferentes. Sí que se observa un sistemático retraso en la edad de la maternidad de las mujeres metropolitanas (31,2 años en 2007) en relación con el resto de Cataluña (alrededor de 30-30,5). Es una diferencia significativa que muestra que en el ámbito metropolitano hay más dificultades para poner en marcha proyectos reproductivos. Otro indicador de modernización demográfica es el porcentaje de nacimientos que tienen lugar fuera del matrimonio. Tanto en Cataluña (32,4) como en el ámbito metropolitano (33,2%) representaba casi un tercio del total. La región con el porcentaje más alto en el año 2007 era el Alt Pirineu y la Vall d'Aran, con el 47% del total, una proporción casi nórdica.

Ni siquiera el municipio de Barcelona, con un 37% de nacimientos extramaritales, alcanzaba ese nivel.

Las poblaciones urbanas han acogido estructuras familiares más complejas, a menudo rompiendo normas sociales arraigadas. Recientemente, el proceso de envejecimiento explica un aumento generalizado de los hogares de solitarios. Quizás la modernización familiar la podemos rastrear más bien con el número de parejas jóvenes no casadas. Según el censo de 2001, no estaban casadas el 16,9% de las parejas metropolitanas de 30-34 años, algo más que el 14,1% del resto de Cataluña. Por tanto, la población metropolitana ya no destaca tanto por aquellos rasgos que se atribuían a la urbanización: no tiene un crecimiento demográfico especialmente elevado, no ha recibido el impacto más fuerte de la inmigración reciente, el grado de movilidad residencial de la población metropolitana es inferior al de la mayor parte del resto de Cataluña. Ni siquiera se caracterizan los habitantes metropolitanos por disfrutar de comportamientos más modernos desde el punto de vista de la familia y la descendencia.

¿La población metropolitana de Barcelona ya no es vanguardia? ¿Podemos continuar hablando de una población metropolitana desde un enfoque demográfico, más allá de los rasgos morfológicos o funcionales conocidos? A los efectos de identificar poblaciones diferenciadas necesitamos tres conjuntos de rasgos: unas fronteras reconocidas, un sistema de reproducción a largo plazo relativamente autónomo y un comportamiento sociodemográfico diferenciado. Las fronteras de los espacios metropolitanos son siempre tema de discusión, debate y revisión; aunque a menudo quedan fijadas por límites administrativos que no son de manera inexorable los más adecuados. La reproducción autónoma a largo plazo de las poblaciones urbanas nunca se ha aplicado porque las migraciones y otras formas de movilidad interrelacionan íntimamente las ciudades con sus *hinterlands* y territorios más lejanos. El comportamiento sociodemográfico ha sido normalmente el principal punto diferenciador. Aun así, el repaso de los indicadores más habituales nos sugiere que los comportamientos metropolitanos y no metropolitanos se están acercando, se homogeneizan. Los rasgos metropolitanos se están difundiendo, se diluyen para confundirse con los del conjunto. Quizás, aquello que diferenciará en el futuro próximo a la población metropolitana desde el punto de vista demográfico, sea la intensa diversidad social que se desarrolla allí. Y las futuras fronteras demográficas las tendríamos que encontrar en su interior. 



Propuestas/respuestas

Barcelona “multiciudad”: hacia una nueva evolución urbana

Texto **Manuel Gausa** Arquitecto. Director del Estudio de Arquitectura y Urbanismo Actar.

Barcelona, como muchas otras multiciudades expandidas en el territorio, precisa pensar hoy cómo estructurarse –cómo articularse– hacia afuera y cómo reestructurarse –cómo redefinirse– hacia adentro. El proceso desencadenado en la ciudad a finales del siglo XX ha forzado las dinámicas de un crecimiento generado, casi de repente, más allá del antiguo llano central –de la “Barcelona entre dos ríos”– en y hacia los grandes corredores del Maresme, del Garraf y del Vallès, traspasando las antiguas barreras de la ciudad e incluso los tradicionales límites metropolitanos. Los conceptos geográficos tradicionales han cedido ante los territoriales, igual que los viejos factores trazadistas o planimétricos lo han hecho ante los infraestructurales, los económicos o los sociales: las antiguas dinámicas urbanas, acotadas y previsibles, contemplan, así, una nueva realidad metropolitana –o mejor, *metapolitana*– móvil, incierta, escurridiza y vital.

Un mapa de esa nueva “multiBarcelona” que extendería su área de influencia más allá de la clásica área metropolitana –en un vasto radio de influencia de Vilanova a Blanes, de Vilafranca a Maçanet– propondría un posible nuevo dibujo intencionado para una interpretación propositiva del territorio: la de una ciudad acordada a una malla de paisajes e infraestructuras y nodos edificados de densidad, con vocación diferencial, integrada y equilibrada en un territorio que ya no se manifestaría como un “único lugar”, un movimiento centrífugo o radial alrededor de un centro, sino como una estructura seriada de franjas y redes de movimiento que se entrelazarían en una gran “ciudad de ciudades” o “lugar de lugares”.

El nuevo escenario resultante traduciría esa necesidad implícita de articular nuevos formatos de colaboración entre escenarios geográficos “inter-municipales” e “inter-territoriales” desde los que propiciar un planteamiento más coordinado de los papeles, los usos, las cargas, los crecimientos (y las reservas) en el territorio, favoreciendo, así, un desarrollo más “asimétricamente” equilibrado de los propios desarrollos urbanos, compensando ingresos (y plusvalías) y repartiendo recursos entre escenarios de crecimiento y escenarios de “protección”, lejos de los habituales ámbitos competenciales locales –y de las consecuentes rentabilidades urbanísticas particularistas–; pero lejos, también, de los habituales modelos de ocupación, zonificación y distribución, basados en modelos “isótopos” y en obsoletas clasificaciones del suelo.

“Barcelona no puede seguir mirándose solo a sí misma. Su límite municipal no es el de su influencia real. El equilibrio territorial depende de varias policentralidades”.

Diversidad, mixicidad, densidad y plurinuclearidad serían algunos de los factores clave de esa nueva ciudad/territorio (o multiciudad territorial) más integrada y articulada, apoyada en una nueva sistemática de relación entre infraestructuras de enlace e infraestructuras de paisaje y caracterizada por un diseño avanzado de sus espacios de vida y relación sensibles al medio y, por tanto, a una correcta gestión de los ciclos básicos ambientales (energía, agua, materia y residuos) y de aquellos parámetros cualitativos de confort, salud, economía e interacción social, abordados con racionalidad, desde criterios culturales y tecnológicos innovadores.

Barcelona no puede seguir mirándose tan sólo a sí misma. Su límite municipal no es el de su influencia real. La fuerza de la “Barcelona central” impulsa al territorio, pero el mayor o menor equilibrio del territorio depende decisivamente de las diversas policentralidades que conforman la propia configuración global, definitivamente multinodal. Los límites de los antiguos núcleos municipales aparecen así integrados en una amplia red de conexiones y articulaciones que requieren nuevas lógicas de concepción transversal capaces de asegurar desarrollos concertados sobre la región, más allá de las habituales operaciones de fortuna y acumulación coyuntural al uso.

Concibiendo la ciudad “hacia afuera y hacia adentro” a un tiempo, impulsando operaciones de “enlace” interurbano pero, también, operaciones de “refuerzo” urbano –de consolidación, de contención o de coagulación, de concentración, de reestructuración y/o de reciclaje– e instrumentalizando, al mismo tiempo, la propia idea de paisaje no sólo como vacío intersticial sino como auténtico “sistema operativo”, abierto al uso y a la actividad.

Barcelona se encaminaría hacia estrategias en las que el paisaje –ese “vacío significativo”– no separaría sino que, paradójicamente, uniría. El paisaje no sería ya un elemento pasivo –el residuo de lo lleno–, sino un sistema activo: el nuevo actor territorial. La antigua estructura, expansiva y/o radiocéntrica, alrededor de un único y gran centro, dejaría paso, así, a la escala territorial, a un nuevo tipo de definición policéntrica, polinuclear y pluri-compacta –en red– desarrollada en posibles secuencias de granulometría, ritmo y cadencia variables, conformadas por sistemas y subsistemas de conexión y articulación que definirían nuevas estructuras básicas de imbricación entre bolsas de densidad y paisajes y flujos, “en(tre)lazados”: esquemas” que

definirían zonas de ocupación y/o preservación, espacios de densificación y espacios de dilatación, favoreciendo una particular seriación “colonización / paisaje / infraestructura”, “lleno / vacío / enlace” abierta de modo flexible a posibles evoluciones, pero atenta siempre a la disposición táctica de los espacios de desarrollo y los espacios de relación.

Rodeando la vieja ciudad histórica, sobre el antiguo llano paleozoico, se extiende hoy la gran cuadrícula de Cerdá, el Ensanche Central construido sobre la práctica totalidad de la plana barcelonesa y que ha acabado convirtiéndose en imagen y emblema/esquema icónico de una fábrica urbana con múltiples puntos de fricción en sus diversas concreciones. Un trazado aparentemente isótropo y, no obstante, vocacional y decididamente diferencial en sus volumetrías, gálibos, límites y encuentros, y que requeriría, decididamente, nuevas lecturas tipológicas y edificatorias.

La paradigmática red urbana central –ese gran cosido “trama/edificación” destinado a dotar de continuidad edificatoria a la ciudad tradicional– se proyecta hoy hacia una nueva red *geourbana* policentral, en un nuevo cosido “trama/naturaleza” destinado a su vez a dotar de continuidad paisajística a la ciudad territorial.

Una ciudad que se extiende hoy más allá de sus antiguos límites, sobre los corredores del Maresme, el Garraf o el Vallès, en una nueva condición dinámica que precisa, a su vez, una nueva interpretación relacional de sus antiguos ámbitos desde la que articular nuevas visiones, nuevos esquemas y, por tanto, nuevas conexiones entre viejas y nuevas estructuras. Ámbitos y esquemas que se interseccionarían, solaparían o cruzarían en una nueva lectura, relacional más que morfológica, destinada a propiciar un nuevo tipo de sistemática abierta a la compatibilidad entre geometrías radiales y geometrías transversales, movimientos verticales y movimientos horizontales.

El resultado de todo ello ofrece una nueva realidad abierta e irregular, alejada de los tópicos monolíticos de la imagen “acabada”, idealista, pero también del circuito turístico básico o de la estricta división sectorizada. La de una ciudad múltiple, hecha y, al mismo tiempo, en proceso de redefinición; una ciudad donde las viejas ruinas y los nuevos restos –en construcción–, donde los antiguos estratos y las nuevas capas –en evolución– se cruzan y superponen a la vez. **M**



Propuestas/respuestas

En busca de un relato cultural

Texto **Jordi Pascual** Coordinador de la Comisión de Cultura de Ciudades y Gobiernos Locales Unidos para el Institut de Cultura de Barcelona

A finales del siglo pasado, analistas y activistas acuñaron algunos conceptos. Uno fue “la sociedad del conocimiento”. Se proponían medidas para llegar a ella en el menor tiempo posible. Se anunciaba que el siglo XXI sería el del conocimiento. Pero se hablaba más de las herramientas que de las personas... Quizás por esto otros anunciaban que el siglo XXI debía ser, ante todo, el siglo del reconocimiento. Los colonialismos, la explotación laboral y el expolio medioambiental de los siglos XIX y XX han dejado en la mayoría de los países una impronta física y emocional de dimensiones todavía no medidas. En consecuencia, en el siglo XXI haría falta poner énfasis en un reconocimiento que se dirija hacia el pasado y el territorio para aprender de nuestros orígenes y evaluarlos críticamente, y para identificarnos con la diversidad (biológica y cultural) como elemento de riqueza para el futuro de todos los pueblos y todas las sociedades que hoy forman parte de un mundo único.

Reunir conocimiento y reconocimiento es uno de los deberes de la cultura, entendida en sus tres acepciones: como proceso individual de cultivo, como sistema de valores y prácticas de una sociedad, y como actividad de los profesionales vinculados a las artes y el patrimonio. Puede ser la principal misión de las políticas culturales en este siglo. Concebir e implementar las políticas culturales a diversas escalas –el barrio, el municipio, la metrópolis, el país, el continente, el mundo– es seguramente una condición para el desarrollo sostenible de un territorio y un requisito para la profundización de la democracia.

¿Qué se entiende hoy por desarrollo sostenible de un territorio? Un triángulo de procesos integrado por el crecimiento económico, la inclusión social y el medio ambiente: un territorio (ciudad, metrópolis, país) debe generar riqueza y exportarla, debe asegurar que todos sus habitantes tienen las mismas posibilidades de acceder a unos servicios (salud, educación, pensiones) y debe velar para que su impacto en el medio ambiente no ponga en peligro las oportunidades de las generaciones futuras. Estos tres son los pilares que articulan los procesos de planificación estratégica de los territorios. ¿Dónde está la cultura en este triángulo? ¿Qué sociedad sostenible podemos desarrollar sin memoria, belleza, creatividad o conocimiento crítico? ¿Qué futuro puede tener una sociedad que no otorgue un papel capital a la cultura? Estas preguntas deben conducir a una estrategia valiente, claro está. Cada vez somos más quienes creemos que el mundo de la cultura debe elegir convertirse en el cuarto pilar del desarrollo sostenible. Para

“La metrópolis de Barcelona no puede omitir tener una estrategia cultural compartida, si no quiere hipotecar el futuro del conjunto de municipios. Hay un relato cultural pendiente, y los mejores temas para construirlo”.

evitar instrumentalizaciones y garantizar que los valores intrínsecos de la cultura estén presentes, por ellos mismos, en los procesos que definen el futuro de una sociedad. Insistimos. Los valores intrínsecos de la cultura, la memoria, la belleza, la ritualidad, la diversidad, la creatividad, el conocimiento crítico— se han convertido en componentes fundamentales del desarrollo humano, entendido tal y como lo han formulado Amartya Sen y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, como proceso de ampliación de la capacidad de elección de cada individuo, o dicho a la vieja manera, como inicio de la libertad. Se puede formular de otro modo: hoy la ciudadanía plena comporta adquirir y utilizar capacidades de orden cultural. Un territorio que no incorpora la cultura en su proyecto de futuro está abocado a fracasar.

Con este objetivo, las ciudades y los gobiernos locales de todo el mundo se dotaron de una Agenda 21 de la cultura. Aprobada el 2004 en Barcelona, hoy es el documento utilizado por más de 350 organizaciones vinculadas a la Comisión de Cultura de la organización mundial de Ciudades y Gobiernos Locales Unidos (www.agenda21culture.net). El documento propone la metodología y apunta contenidos para que cada ciudad desarrolle una estrategia cultural coherente con su pasado, sus recursos culturales y su ciudadanía; propone que la cultura conforme el cuarto pilar del desarrollo de un territorio y, también, que los agentes culturales estén presentes en la planificación de un territorio en pie de igualdad con los indiscutibles arquitectos, urbanistas, economistas o ingenieros. Un ejemplo: si los agentes culturales hubieran podido participar en la planificación territorial de las dos últimas décadas con capacidad para prescribir, quizás se habría podido evitar el crecimiento de la ciudad difusa y sus nefastas consecuencias de orden cultural. Hay ejemplos de ciudades en todo el mundo que utilizan la Agenda 21 de la cultura como base de la contribución de esta al desarrollo de un territorio, desde Montreal hasta los Redlands australianos, desde Porto Alegre o Quito hasta Lille o Barcelona.

Los municipios que conforman la metrópolis barcelonesa se cuentan entre los gobiernos locales que más recursos dedican a la cultura y entre quienes otorgan más centralidad a la cultura. Lo dicen las delegaciones que nos visitan y estudian. El salto adelante que han hecho todos los municipios en términos de programas culturales no tiene parangón. Aun así, los límites administrativos heredados han impedido la articulación de una

escala hoy más necesaria que nunca para la coherencia de un proyecto de futuro con la cultura: la escala metropolitana.

Es una cuestión objetiva que la metrópolis de Barcelona funciona como tal, al margen de los marcos legales y los reconocimientos administrativos. También está claro que la escala metropolitana da respuestas que no se obtienen en ninguna otra. Aporta más que la suma de los componentes. En el campo de la cultura, las ciudades europeas (Londres, Lille, el Ruhr, Lyon...) han entendido que las murallas medievales (pétreas en el XIX, administrativas en el XXI) no pueden impedir la articulación de relatos y la puesta en marcha de programas culturales metropolitanos. Ya hace años que lo están haciendo. Hoy, la metrópolis de Barcelona no puede omitir tener una estrategia cultural compartida, si no quiere hipotecar el futuro del conjunto de los municipios. Ya lo había anunciado en los años 2002 y 2003 el Foro Metropolitano de Concejales de Cultura, en su declaración *Por un espacio cultural metropolitano*. El relato cultural de la metrópolis de Barcelona está pendiente, y el despliegue de programas culturales conjuntos, también. La Carta Municipal de Barcelona y la Ley de capitalidad permiten impulsar una estrategia cultural metropolitana con equilibrio, subsidiariedad y participación, pero la legislación catalana sobre la ordenación territorial retarda el proceso y la indefinición de los límites geográficos (¿el área, la región?) dificulta la elección de la escala adecuada de intervención.

Existen los mejores temas para construir el relato. Tenemos un patrimonio y una memoria industriales, con las tres chimeneas de Sant Adrià como símbolo —aunque haya otros—, que necesitan reconocimiento metropolitano. Disfrutamos de identidades locales o *ultralocales* que reclaman protección por ser universales. Aparecen nuevos equipamientos dedicados a la creación y la producción culturales en Barcelona, Mataró, Granollers o Sabadell, que buscan cooperación estrecha. Proyectamos espacios públicos metropolitanos que requieren nueva iconografía. Encontramos bibliotecas especializadas, como la ejemplar la Bòbila de L’Hospitalet, dedicada al género negro, que merecen más difusión. Acogemos una población que pide conocer el capital cultural acumulado con nuevas estrategias de creación de públicos y desarrollo de audiencias. En pocas palabras, para ser, la metrópolis necesita un relato cultural. La cultura necesita un reconocimiento metropolitano para progresar. Que el Año Cerdà haga posibles los debates sobre estos temas. **M**





Ellas

El tren ya no se ve. En los andenes de la estación quedaron todas las mujeres. Se diría que el mundo ha perdido las barandas y que se despeñaron la pena y la alegría.

Ellos viajan a temibles distancias de muertes verticales, de plomo furioso, de resonancias de tierra ofendida y de apocalípticos hospitales.

Pocas, muy pocas han llorado. A veces casi las traiciona un sollozo, que pronto fue ahogado por una risa absurda del todo.

Son las madres, las esposas, las hermanas. Las de labio que quiere y de corazón que no sabe; las de pecho maduro y manos no avaras, las de regazos hondos y cabeza cubierta.

El mismo oscuro miedo gregario de rebaño perdido en la montaña las junta sobre el sucio pavimento. Son una muda plegaria de alma y de entraña.

Permanecen inmóviles como un friso esculpido en piedra nocturna y silencio gris de ceniza de urna.

Tienen agonías de palomo en sus caras ajadas, campanas de niebla se mecen en sus rizos, las rondan luces gélidas, como fieras domadas, y en sus ojos les pesan campanillas de lágrimas.

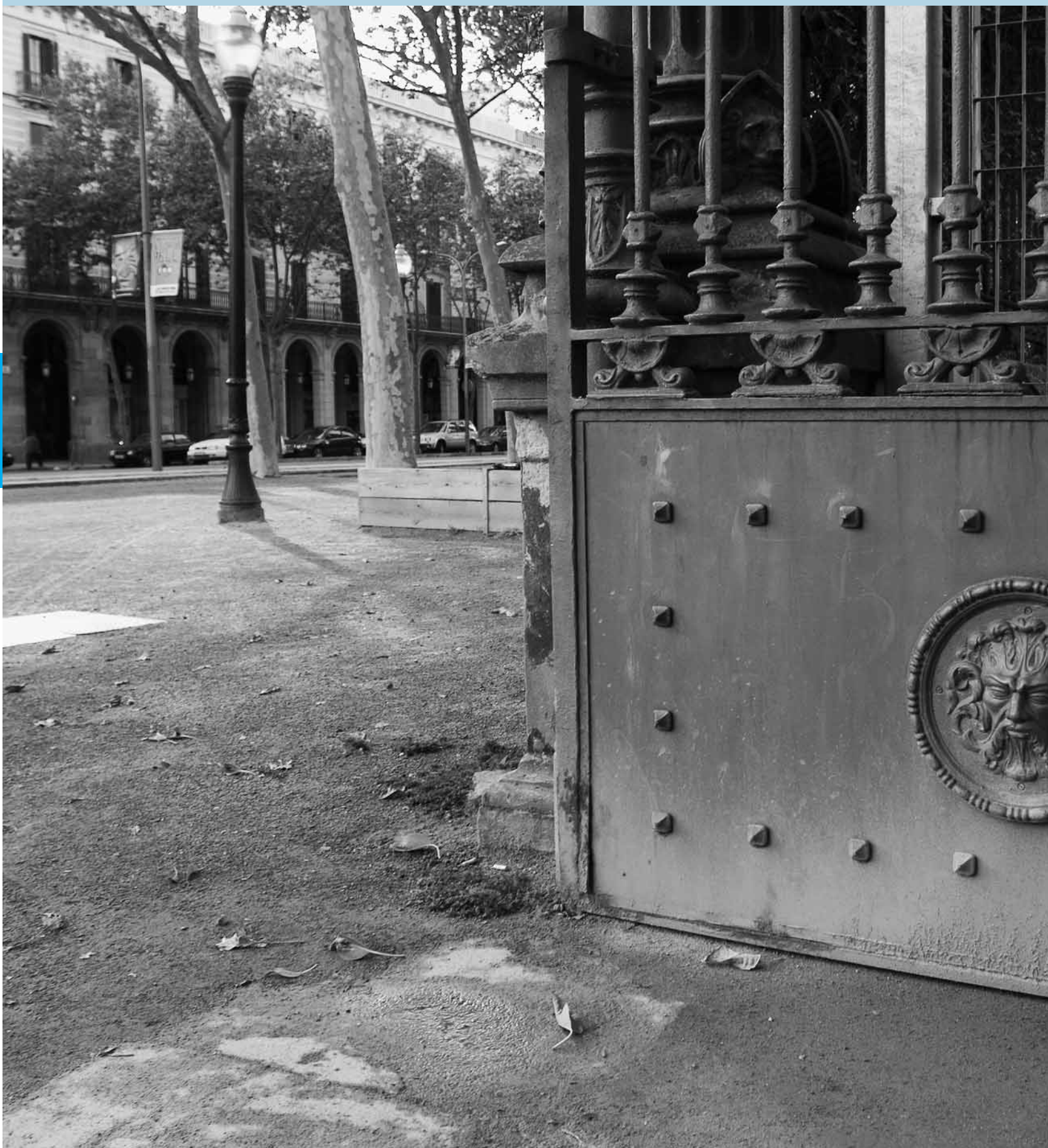
La ciudad las espera con sus alarmas ocultas, con la mesa escasa de pan. Con noches de hojas insepultas y un pájaro muerto en la mano.

Y se van. Se van poco a poco, todas juntas, ayudándose el paso, sosteniéndose el cuerpo. Arrastran un lastre de esperanzas y preguntas y pisan las últimas flores del día.

Son las madres, las esposas, las hermanas. Las de labio que quiere y de corazón que no sabe; las de pecho maduro y manos no avaras, las de regazos hondos y cabeza cubierta.

© AGUSTÍ BARTRA (1908-1982)
CANT CORPORAL. EDICIONS OASI. BARCELONA, 1938
Traducción de Daniel Alcoba

OBSERVATORIO





Travesías

La ciudad no es su arquitectura, lo es nuestra mirada, que selecciona fragmentos de calles, recortes de cielo y de tejados, bocas de metro, horas de lluvia refugiados en un patio de naranjos junto a la catedral, en un septiembre esperanzador en el que hemos imaginado nuestra vida y nuestro amor.

Texto **Amador Vega** Universitat Pompeu Fabra

“Un gran maestro dice que su atravesar es más noble que su fluir... En el atravesar permanezco libre de mi propia voluntad”. Meister Eckhart

Me gustan las ciudades que se parecen a momentos de mi vida. He pasado por ellas como la vida pasa por mí, como un extraño a quien todo le resulta familiar. Al deambular por calles nuevas y entre voces diferentes, he sentido la rara excitación del abandono que sólo una cierta desprotección nos ofrece. Nadie en tu entorno sabe de ti. Y tú penetras en aquella ciudad con la certeza de que cada lugar escogido, cada calle paseada y cada encuentro no son sino los únicos posibles.

Me parece que también así la vida nos visita y nos atraviesa. Como si fuéramos ciudades extrañas, pasa por nosotros en una calle de dirección única, que da un sentido único a la vida.

Apenas hay momentos sin ciudades en el horizonte de nuestras vidas. Las ciudades organizan la memoria: dan nombres a las calles, plazas y parques que se acumulan confusos en el pasado y nos asisten en la duda, cuando sucumbimos bajo la muchedumbre de imágenes y gentes que se agolpan a nuestras espaldas.

En Barcelona, los parques actúan como una memoria ancestral. En algunos de nosotros son un pedazo extraído de un libro de historia natural. Una de mis estampas preferidas es la del Parc de la Ciutadella: desde algunos lugares, de pie o sentado en un banco, miro por el hueco de la palma de mi mano, a modo de catalejo, y selecciono pedazos de un paisaje tropical, que me parecen totalmente ahistóricos y utópicos. Detengo la mirada en las copas de dos inmensas palmeras recortadas sobre un cielo claro en una mañana de primavera. A esa hora las cotorras que anidan allí van y vienen en silencio, cargando en su pico materiales para sus construcciones. Si descendiendo un poco mi particular mirador, descubro la cúpula de un palacio o de una iglesia y, más abajo, entre los árboles, el busto de mármol de algún prohombre de la ciudad, o quizás de un naturalista que dio nombres latinos y

griegos a las plantas y a los minerales del Museu de Ciències Naturals. De pequeño lo visitaba con frecuencia, y más tarde lo he hecho con la fantástica idea de haber trabajado allí algún día, clasificando piritas y antracitas en un gabinete de muebles barnizados, ajeno al murmullo de los coches que circulan por el paseo Picasso y ajeno también a los avances en geología o en historia de la Tierra.

El Parc de la Ciutadella aviva en mí momentos de una continuidad tal que desprecia el paso de los años, los avances en arquitectura y urbanismo de Barcelona, y la ansiedad por convertir la ciudad en un objeto de deseo constante. Cuando en 1996 la Universitat Pompeu Fabra, en su primera expansión importante, se trasladó al otro lado del parque, tuve un sentimiento ambiguo, pues abandonaba otro de mis lugares preferidos, el entorno de Rambla de Catalunya, para dirigirme sin embargo a un lugar de ensoñaciones. Cuando por las mañanas atravieso temprano el parque para acudir a mis clases, tengo la tentación de desviar mis pasos para adentrarme en su selva tropical y pasar aquellas primeras horas mágicas, sentado ante el estanque, asistiendo al crecimiento del día: el paso de grupos escolares serpenteando por los parterres, los equipos de jardineros replantando los setos con multitud de pequeñas macetas que extraen de un vehículo de propulsión eléctrica. Durante las tardes del mes de junio, cuando camino de regreso junto al muro de la calle Wellington, pasan en silencio los tranvías, oigo los rugidos de los leones al otro lado y pienso en su cruel destino de ficción.

Ahora hace ya mucho tiempo que no entro en el Museu d'Art Modern, junto al Parlamento, pero durante mis años adolescentes fue una referencia de mi educación estética. Su patio de entrada, intemporal, me recuerda a algunas villas alemanas con pretensiones mediterráneas. Puedo trazar de memoria el recorrido de sus salas y pinturas: entrando a la izquierda la gran *Batalla de Tetuán*, de Marià Fortuny, y ya hacia la derecha, el joven Dalí, las gitanas de Nonell, los colores siempre vivos de Mir... En sus largos corredores situó, de

Durante años el Parc de la Ciutadella no ha sido querido por su pasado hostil, como Montjuïc, y ha permanecido como una colonia extranjera, a pesar de que de él ha surgido la ciudad nueva, entre tropical y mediterránea. En la imagen que abre el artículo, la entrada a la Ciutadella desde la avenida Picasso.

pronto, algunas pinturas de Arnold Böcklin, del Kunstmuseum de Basilea, por esa pasión que tenemos por aunar aquellos lugares que atraviesan nuestras vidas, ajenos y familiares a un tiempo. El crujido del parqué a nuestro paso despierta de su modorra a algún vigilante en su silla y nos advierte de la soledad preciosa, ya perdida de los museos, hasta hace muy poco tiempo templos de silencio. En un párrafo de *La gaya ciencia*, Nietzsche habla de la necesidad que tienen nuestras ciudades de grandes espacios, como antaño las iglesias, para el recogimiento interior. Durante décadas esa ha sido la función secreta de los museos: una soledad y abandono que educan el alma de quien se pierde en ellos sin un propósito pedagógico señalado, tan sólo por el instinto de protegerse del frenesí de la cultura, que como una peste invade los corazones de los hombres.

Al salir del museo, la luz del mediodía y el primer calor de la primavera nos llevan a sentarnos frente al estanque con nenúfares delante del actual Parlamento, a la vista de la escultura de mujer, de Josep Llimona, flotando desconsolada en el agua. Del otro lado los niños salen de un colegio que parece surgido de una novela francesa del siglo XIX. Si cruzamos el parque en dirección a la Estació de França, y pasamos entre la estatua ecuestre del general Prim y la capilla castrense, llegamos a otro rincón maravilloso: el umbráculo, con su luz filtrada entre las lamas de madera del techo, apenas un refugio en los aguaceros de septiembre.

La atracción que en mí ejerce este parque se debe a ese lugar otro que ocupa en la ciudad: no querido durante muchos años por su pasado hostil, como Montjuïc, ha permanecido como una ciudad dentro de otra, como una colonia extranjera. Y sin embargo de ahí sale la ciudad nueva, con una vocación entre tropical y mediterránea, como la plaza del Duc de Medinaceli, como tantos lugares de Nápoles, en los que una mezcla de delirio y bienestar hacen posible la vida. Son lugares de travesía, en los que uno tiene la sensación de navegar más que de caminar por ellos. Pero no es éste el único de la ciudad. De hecho, lo podría ser cualquiera, basta con que haya configurado, en algún momento de tu vida, algo así como un trayecto continuo. Muy poco tienen que ver en esa mirada común los estilos o la historia. Hay una cierta vocación itinerante en esa mirada a tu ciudad, pues las palmeras de aquel parque dialogan de pronto con ciertas buganvillas de las zonas altas de Barcelona, en Sarrià, en la avenida Tibidabo, pero también a lo largo de los muros alejados de la misteriosa Vallcarca.

La ciudad no es su arquitectura, lo es nuestra mirada, que selecciona fragmentos de calles, recortes de cielo y de tejados, bocas de metro, horas de lluvia refugiados en un patio de naranjos junto a la catedral, en un septiembre esperanzador en el que hemos imaginado nuestra vida y nuestro amor.

En las tardes calurosas de verano has podido oír, de pronto, la sirena del buque que parte del puerto hacia las islas, o quizás

simplemente has recordado cómo te gustaba oír ese zumbido en el aire, en los años jóvenes en que cruzabas de noche el mar y despertabas en el puerto de Mahón o en Palma. Al regresar, cuando de mañana aparecía la montaña de Montjuïc entre la bruma, sentías como se te encogía el pecho, la ciudad gris, el cementerio sobre el puerto, que nunca fue el de Paul Valéry, y toda la vida por resolver en aquellas calles y con aquellas gentes, de pronto tan extrañas, tan lejos de cuanto deseabas.

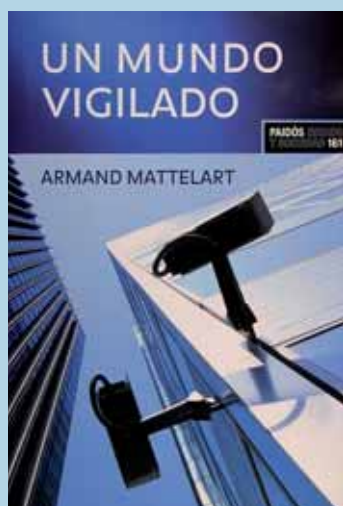
Hablo de un perímetro urbano muy pequeño, pero esa es mi ciudad. Me resulta imposible hablar en abstracto de Barcelona, construida demasiadas veces sobre los conceptos. Cuando ha sido levantada sobre el delirio del espíritu, ha dado gloriosos resultados. Pero el concepto se ha impuesto sin piedad, nada bueno para una cultura meridional en la que la luz despeja por las mañanas los horrores de la noche. No así en las ciudades del norte de Europa, de París hacia arriba, en donde la niebla que ha generado las sagas y las *eddas* hizo que sus constructores tuvieran que refugiarse en el concepto y en la geometría.

Hay una geometría truncada, sin embargo, que ha alimentado nuestras historias urbanas. Algunas partes del Eixample, para una mente dada a atravesar caminos, se han podido convertir en un laberinto en el que a pesar de los años todavía andas subiendo y bajando de las aceras y comprobando los nombres de las calles: París, Londres, Còrsega, Sardenya...

A la ensoñación de la infancia, atada al alma meridional, se despierta un día esa pasión más abstracta, que nos lleva a los barrios del norte, a leer a los poetas ingleses o a Marcel Proust en el Turó Park y a deleitarse con la buena acústica de nombres como la Vía Augusta y a subir y bajar por escaleras de antiguas villas ocultas tras jardines muy crecidos y a sentarnos a tomar el sol en sus aceras tranquilas, disfrutando de un silencio proyectado por los monasterios, hasta que pasado el mediodía la campana del refectorio nos recuerda la hora de la comida.

La ciudad, como en aquel poema de Kavafis, siempre está ahí, la llevas contigo a todas partes, desde ella lees las otras ciudades, y cuando regresas a la tuya, te preguntas si es tan tuya. Atravesamos las ciudades, pero tu ciudad, como la Diagonal, te atraviesa de parte a parte y deja tu vida expuesta en dos mitades, como una res abierta en canal. No sabrías muy bien por qué lado tomar partido, a un lado los deseos y los sueños, despojados de barrios y nombres todavía; en el otro, las historias vividas, con su luz, su oscuridad, con voces que se apagan a medida que vas sintiendo la ciudad menos tuya, deshabitada de tus orígenes, irreconocible en sus aceras y chaflanes. Y de pronto, sientes aquella antigua sensación de caminar por ella como un extraño en una ciudad nueva, aunque aquí y allí reconocas gestos, abrazos, conversaciones, despedidas. Quién sabe si al visitar una ciudad nueva, nuestras elecciones, aparentemente arbitrarias de recorridos y lugares, no responden a una memoria y a una continuidad que nos hace y nos deshace, sin que podamos corregir las travesías de nuestra vida. **M**

OBS ZONA DE OBRAS



Un mundo vigilado

Armand Mattelart

Paidós
Barcelona, 2009
250 páginas

Cuando desaparece la distinción entre normalidad y excepción, todos vivimos bajo sospecha. La vigilancia ordena el mundo con un ojo para el que cualquier gesto es potencialmente delictivo o peligroso. Los datos de la vida privada y de la vida pública se mezclan en un registro exhaustivo de nuestros movimientos con el que se debe evaluar el nivel de amenaza que cada uno de nosotros representa para el correcto funcionamiento del sistema. Desde la tarjeta de cliente del supermercado hasta los datos biométricos de los nuevos pasaportes, desde las normativas cívicas que organizan cómo comemos, nos sentamos y nos desplazamos en la calle, hasta las cámaras omnividentes de Google Earth, en todo momento estamos siendo vigilados con nuestro consentimiento.

El mundo global se ha convertido en una sociedad de la sospecha basada en una confiscación consentida de la libertad. ¿Cómo ha sido tan fácil nuestro consentimiento y nuestra colaboración en la instauración de este nuevo régi-

men de dominio exhaustivo sobre nuestras vidas? ¿Cómo se explica que genere tan poca resistencia? El miedo ha entrado en nuestras vidas occidentales de la mano del terrorismo, la inmigración ilegal y la precarización económica. En las últimas décadas no hemos vivido grandes guerras dentro de nuestras fronteras y sin embargo nos sentimos amenazados. Esto podría explicar la facilidad con la que el poder despliega sus tentáculos y se hace dueño de nuestros datos y nuestros comportamientos. Pero explicar la intensidad de la vigilancia actual solamente a través de la gestión del miedo tras el 11-S sería insuficiente. Armand Mattelart da un paso más en este libro: inscribe la realidad de la vigilancia mundial actual en la historia de los lenguajes, los saberes y las instituciones que desde finales del siglo XIX hasta hoy han establecido y garantizado el orden de las sociedades modernas. Con este trabajo, el abstracto debate entre seguridad y libertad toma cuerpo en una historia paradójica y compleja en la que vemos cómo democracia y vigilancia, liberalismo y seguridad nacional, comunicación y control se entrelazan y se empujan entre sí hacia la conformación de un mundo al que difícilmente podemos llamar “libre”. El mundo vigilado que habitamos no nació el 11 de septiembre de 2001 ni es el resultado de una deriva fascista de determinados gobiernos. Es hijo de una larga historia científica, policial, económica y geopolítica de la que los países llamados democráticos son los principales artífices.

Todos los libros de Armand Mattelart son piedras arrojadas contra la dictadura del tiempo corto que nos impide pensar y cuestionar la realidad en la que vivimos. El tiempo corto se impone a través de diversas estrategias discursivas que acaban conformando una modernidad amnésica y carente de proyecto emancipatorio. Mattelart tiene la virtud de luchar, con su escritura y sus investigaciones, contra esta amne-

sia y por la búsqueda de nuevas propuestas emancipatorias. Armand Mattelart no es gurú de la comunicación. A pesar de trabajar en este campo tan abonado para las recetas fáciles, es un intelectual comprometido que no se ha dejado engañar nunca por las palabras altisonantes ni por las promesas encantadoras. Él mismo no promete nada. Hace una labor seria de crítica de las palabras, especialmente de aquellas que “pretendidamente apátridas, no dejan de introducirse subrepticamente en el lenguaje común y enmarcar las representaciones colectivas” (*Historia de la sociedad de la información*, Paidós, p. 178). Comunicación, globalización, redes, sociedad de la información, guerra global contra el terrorismo..., son términos que a través de las ciencias sociales y de los medios de comunicación se nos sirven como el signo de la evidente necesidad de lo que es y, sobre todo, de lo que supuestamente tiene que ocurrir. En este mundo vigilado, Armand Mattelart nos lanza una llamada a ser más vigilantes, a constituimos en agentes de una contravigilancia de las palabras con las que nos inscribimos en el mundo y nos sometemos a su realidad incuestionable. Es lo que él mismo aporta en unos libros en los que trabaja a partir de genealogías y de contextualizaciones. No son trabajos de historia en un sentido inocente. Son verdaderas intervenciones que retoman el poder que, de Nietzsche a Foucault, debe brindarnos la genealogía: el de cuestionar nuestra normalidad y poder preguntarnos ¿cómo hemos llegado a ser lo que somos? ¿Y cómo dejar de serlo? Con estas preguntas la historia se convierte en la pregunta por la relación de fuerzas que explica nuestra situación actual y abre perspectivas de resistencia a ellas.

Después de diversos libros sobre la comunicación y la información, que fueron sus campos de trabajo como docente durante más de treinta años en Vincennes-Saint Denis (París VII), Armand Mattelart aborda en esta oca-

“En este mundo vigilado, Mattelart nos lanza una llamada a constituimos en agentes de una contravigilancia de las palabras”.

“La sociedad del control y de la sospecha es la otra cara de la sociedad de la información; la lógica policial se da la mano con el paradigma gerencial del nuevo capitalismo, y los proyectos militaristas son expresión de la violencia del liberalismo económico”.

sión la historia en la que se enmarcan y toman todo su sentido las medidas de excepción que ha impuesto la hoy llamada “guerra global contra el terrorismo”. No se trata de un cambio de tema, como se podría suponer. Lo interesante de su perspectiva es que anuda perfectamente la evolución de la primera globalización, la globalización neoliberal que prometía una sociedad de la información libre gracias a la mano del mercado global, con la deriva securitaria de los últimos tiempos. La sociedad del control y de la sospecha es la otra cara de la sociedad de la información, la lógica policial securitaria se da perfectamente la mano con el paradigma gerencial del nuevo capitalismo. De la misma manera, los proyectos militaristas nuevamente basados en la doctrina de la seguridad nacional son una expresión más de la violencia del liberalismo económico.

Armand Mattelart desgrana las lógicas de esta relación a través de tres momentos: en primer lugar, de finales del siglo XIX al nazismo, parte del concepto fundamental de sociedad disciplinaria para mostrar la relación entre gestionar y disciplinar a través del estudio de la delincuencia como laboratorio político. Del nacimiento de ciencias como la frenología, la antropometría o el invento de la huella digital hasta la experimentación con la propaganda como “ingeniería del asentimiento”, Mattelart traza un primer recorrido que va de la gestión del individuo criminal a la movilización total de la sociedad. En una segunda parte presenta el mundo de la guerra fría y de las luchas postcoloniales para mostrar las devastadoras consecuencias de la hegemonización y la pacificación como doctrinas de la seguridad nacional. Vemos, en esta parte, cómo la seguridad nacional es una noción de “mágica fuerza invocatoria” que bloquea cualquier actitud crítica. En dirección ya hacia la guerra global de nuestros días, en este segundo periodo el enemigo se globaliza y el poder se internacionaliza. Sus acciones bélicas y

policiales dejan de establecerse únicamente entre naciones para perfilarse lo que será la detección de “situaciones insurreccionales”, especialmente en la periferia, y la intervención en territorios ajenos entendida como “acción cívica”. En este contexto, Mattelart pone especial énfasis en el caso latinoamericano y en Chile, más concretamente, ya que tuvo experiencia directa del golpe contra Allende, de cuyo Gobierno él fue asesor en los años setenta para temas de comunicación. La intervención norteamericana en Chile les costó a Armand y Michèle Mattelart el exilio de Chile, donde hacía años se habían establecido, y un difícil retorno a Francia.

En su última parte el libro se centra en el análisis del nuevo orden interior desde los años sesenta, a partir de la dinámica “securizar/insecurizar” que caracteriza a nuestra sociedad de la sospecha. Es aquí donde se trenzan los grandes temas de Mattelart: la relación entre la información y el poder, la comunicación y el control, el paradigma gerencial y la sociedad policial. Mattelart nos lleva de Estados Unidos a la Unión Europea y no se escuda en sus evidentes diferencias para mostrar, en definitiva, que el *soft power* de la globalización no tiene nada de suave. La cultura de la seguridad insta un régimen que no sólo controla en un sentido inmaterial, como podía entenderse aún en el famoso escrito de Gilles Deleuze sobre la sociedad de control en los años noventa, sino que reparte muerte entre todos aquellos que no respetan sus códigos. El inmigrante ilegal, con su cuerpo expuesto a la violencia mortífera de las fronteras, de la separación entre ricos y pobres, es la contrafigura de la aclamada sociedad de la información y sus veloces autopistas globales.

Armand Mattelart anuncia, al final de libro, “nuevos vientos rebeldes”, y para ellos escribe. Por eso, una vez más en su larga trayectoria, su escritura debe ser recibida con agradecimiento.

Marina Garcés



Rompepistas Kiko Amat

Editorial Anagrama
Barcelona, 2009
313 páginas

El escenario de esta novela no está a muchos kilómetros del de las novelas de Francesc Candel. La manera coloquial de escribir de Kiko Amat no está tampoco muy lejos de la que empleaba Candel en sus primeras novelas. Y en lo que respecta al contenido, *Rompepistas* habría podido perfectamente titularse *Donde la ciudad cambia de nombre* o *Han matado un hombre, han roto un paisaje*.

“Este no es un libro hippy ni un libro socialdemócrata”, dice el protagonista narrador. Tal vez, pese a las formas, es tanto una como otra cosa. Está escrito en forma de diario de dos semanas y media, las que van desde el día 6 de junio hasta la verbena de San Juan del año 1987, con algunos *flash back* del año 1980, y con un prólogo y un epílogo situados en el momento actual, en el entierro de un amigo muerto de SIDA, en el que vuelven a encontrarse todos los que conformaban el *dramatis personæ* de entonces, y comprueban como han cambiado.

Rompepistas sucede en Sant Boi de Llobregat, el pueblo donde nació el

autor, aunque él no lo mencione explícitamente en ningún momento. Pero no hay lugar para la duda en las referencias al paisaje urbano de este pueblo donde “lo único que hay son diferentes tonalidades de gris mierda”, donde “el humo de la Seda de Barcelona oculta el universo, lo exterior”, “con el índice de alcoholismo más alto de Cataluña”, con un manicomio y un equipo de rugby famosos, o con “una ermita de la montaña del pueblo”, fácil de identificar con la de Sant Ramon.

Dedica al pueblo los peores calificativos, y lo hace a pesar de la nostalgia de unos años en que vivió allí las amistades y los amores adolescentes. No es probable que en Sant Boi le dediquen nunca una calle ni le entreguen la llave de la ciudad.

Los hechos descritos en *Rompepistas* suceden en el año 1987, cuando Kiko Amat estaba a punto de tener diecisiete años, como el protagonista de la novela. Demasiadas coincidencias como para no pensar que hay una buena parte autobiográfica en esta obra de descripción del tránsito de la infancia a la adolescencia, y de la adolescencia a la juventud, del descubrimiento de la propia capacidad de enfrentarse a la vida sin la ayuda de los padres, de aprendizaje del gusto de la venganza pero también del perdón y, sobre todo, de la petición de perdón, basada en un auténtico acto de arrepentimiento. Amat matiza muy bien los personajes de su círculo, que no son radicalmente buenos ni radicalmente malos, y busca justificaciones para sus actos, pero no hace lo mismo con los jóvenes de grupos más marginales, que son presentados como la personificación del MAL con mayúsculas.

Kiko Amat tiene ahora treinta y siete años, pero supo escribir la novela como lo habría hecho cuando tenía diecisiete, y este es uno de los principales atractivos para el lector. Hay muchos otros, como la descripción del mundo de los jóvenes del extrarradio barcelonés de

una manera muy auténtica, sin mitos de sección de sucesos. Un mundo donde se mezclan los hijos de familias de campesinos y obreros arraigados al pueblo desde hace generaciones con la tercera generación de los emigrados de las regiones pobres de España. Son hijos de los hijos de emigrados, con padres que ya no escuchan flamenco sino discos de Creedence Clearwater Revival y de Simon & Garfunkel. El mundo que describe Kiko Amat no es el de los marginados ni el de la delincuencia suburbana, aunque también aparece allí, sino el de los hijos de la pequeña burguesía de bajo nivel social, que han ido a la escuela de los salesianos –y han sido expulsados–, a quienes los padres han intentado integrar sin éxito en un club deportivo, que se enamoran de chicas que tienen una madre bibliotecaria.

Kiko Amat, hijo de catalanes y formado en la escuela catalana, optó por el castellano como lengua literaria, tal vez como una demostración de fidelidad a la realidad lingüística en la que se hizo adulto, tal vez como rechazo de un mundo de catalanismo folclórico en el que identifica la palabra *esbart* con el sonido de los eructos de su mejor amigo, unos ambientes donde el castellano es la lengua de intercambio mayoritaria, pero donde la enseñanza es en catalán y a las dos y media de la tarde todos ponen el *telenotícies* de TV3.

Como Candel, el autor ha elegido el castellano para reflejar mejor estos barrios y pueblos devorados por la Gran Barcelona, pero con unas descripciones que no despertarían el entusiasmo de Jordi Pujol como lo hicieron los libros de Candel. Un castellano en el que mezcla palabras catalanas respetando la ortografía (*garrella, tortell, guatlles, menuts, sangtraüt*), forzándola (*eixidas, enganxifoso*), traduciendo modismos literalmente (*no toco ni cuartos ni horas, tocarle el voraviu, bien poco*), o incluyendo letras de canciones populares catalanas. Es la pura transcripción de la realidad, del *catanyol* o mejor

dicho el *espatalà* que se habla en tantos lugares del país.

El protagonista de este libro sólo desea irse de Sant Boi, de “toda esta mierda”, y finalmente lo puede hacer, como también su chica (por separado). Ambos son hijos de familias catalanas, bien estructuradas a pesar de algunos momentos de tensión conyugal, y bien integradas socialmente. Los riesgos que asumen al practicar el inconformismo son menores que para algunos de sus amigos. Las gamberradas y el vestuario *punk* de *Rompepistas* son considerados por la sociedad pecados de juventud, sin más trascendencia, y son finalmente perdonados. Pero para algunos de sus compañeros son la puerta de entrada al infierno. **Jaume Fabre**



**Teatros de la memoria, vol. I.
Pasado y presente de la cultura
contemporánea**
Raphael Samuel

**Publicacions de la Universitat
de València
Valencia, 2008
564 páginas**

Teatros de la memoria fue la última gran obra salida del History Workshop de Raphael Samuel (1934-2006). Concebida originalmente en tres volúmenes, de

los que sólo dos han llegado a ver la luz, su intención era ofrecer un “texto abierto que pudiera ser leído por distintos lectores de maneras distintas y con distintos propósitos” (p. 12; p. x de la edición original). *Pasado y presente de la cultura contemporánea* era el primer volumen. El segundo, *Island Stories: unravelling Britain*, se publicó póstumamente en 1997. El tercero se habría llamado *Memory Work*, un “trabajo de la memoria” que Samuel esboza en el prefacio del primer volumen y que constituye el argumento principal de toda la obra: el trabajo de la memoria es un “trabajo [labour] intelectual”, un modo de construir el conocimiento que plantea, como la historia, una cuestión de “cita, imitación, préstamo y asimilación” (p. 12; pp. ix-x de la edición original).

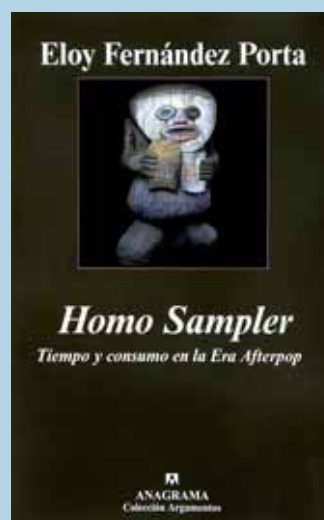
Con esta perspectiva, *Teatros de la memoria* es una obra historiográfica que tiene que ver tanto con la lectura de la historia como con la escritura de la historia. La concepción de la historia como una ciencia completa en sí misma, que no toma nada en préstamo ni proporciona instrucción alguna fuera de su dominio, le es completamente ajena. Samuel es heredero de una escuela cultural que, más allá de sus colegas y maestros E. P. Thompson o Christopher Hill –los grandes descubridores marxistas de la línea que va del puritanismo al laborismo– o del liberalismo de Peter Laslett y los *Cultural Studies* de Raymond Williams, podría reconocerse perfectamente en la historia disidente de lord Acton. Como Acton –y contra Ranke–, *Teatros de la memoria* celebra la expansión de una cultura histórica que exige que la investigación y la recuperación no omitan fuente ni esfera alguna de documentación (véanse las páginas 46-48, 144-145, 181, 197, 210). La “historia viva” y la “dimensión teatral” de la memoria libran así “una batalla perdida contra las erosiones del tiempo” (p. 182; p. 150 de la edición original).

El *English Heritage* es la metáfora central de Samuel, y los argumentos a

favor o en contra del “patrimonio histórico” o “legado” –como los traductores vierten el término– se suceden sin que el lector pueda decidirse del todo: “El sufrimiento de la vida real acaba siendo un espectáculo turístico y se crean simulacros de un pasado que nunca ha existido” (p. 285), “Quienes se ocupan del legado histórico oyen el latido de la tierra con mucha mayor intensidad que aquellos que se limitan a jugar con cifras” (p. 326). Paradójicamente, la idea misma del *Heritage*, en lugar de reforzar la hegemonía de una versión conservadora del pasado nacional, habría supuesto un *sea-change* que impediría que ninguna versión –liberal, radical, conservadora– alcanzara nunca más esa hegemonía. Culturalmente, el *Heritage* es pluralista. En el postfacio, Samuel habla de “híbridos”.

Teatros de la memoria es también una autobiografía: los capítulos sobre “El ojo de la historia” o la “Escopofilia” no se refieren sólo a la incorporación de la fotografía a la historia, sino que aportan un “reconocimiento tardío” de las dificultades del propio historiador a la hora de adquirir el conocimiento de su disciplina y reproducir lo que sabe. La confesión de Samuel de que sus nociones “eran completamente literarias” cobra, sin embargo, un valor de lectura extraordinario cuando analiza las adaptaciones cinematográficas de Dickens en los dos últimos capítulos (en mi opinión los más logrados) del libro. En las versiones cinematográficas más recientes de Dickens –productos de la contracultura que transmiten, sin embargo, una moral victoriana–, el problema de la distancia entre la intención y el efecto se plantea en todas sus dimensiones. El problema de la distancia entre la intención y el efecto acaba encontrando expresión en la superación de la ironía y (como en la versión de *Nickolas Nickleby* de la Royal Shakespeare Company que Samuel comenta) en un último gesto

de reconciliación. Las últimas palabras del capítulo caen como un telón sobre el escenario de los *Teatros de la memoria*: Kate abandona el círculo familiar para coger al pequeño niño perdido de la mano. **Antonio Lastra**



Homo Sampler
Tiempo y consumo en la Era
Afterpop
 Eloy Fernández Porta

Anagrama
Barcelona, 2008
372 páginas

Eloy Fernández Porta (Barcelona, 1974), escritor de formación humanista, considera que el humor es una forma más o menos velada del ejercicio intelectual. Esta consideración, nietzscheana, le ha llevado a escribir un ensayo accesible y culto al mismo tiempo, sin renunciar a su iconoclasta e incendiado estilo literario, plagado de bromas y giros lingüísticos, así como una visión del mundo sorprendentemente actual.

Después de leer *Homo Sampler*, uno tiene la sensación de que *Afterpop*, el ensayo más rompedor del año 2007 que consagró a Eloy Fernández Porta en su tarea de escritor y sociólogo (en suma, pensador), sirvió de prólogo para este

intenso e interesante recorrido por la sociedad actual. En *Afterpop*, Fernández Porta tuvo la audacia de abordar la problemática de las jerarquías y de crear su propia terminología para la situación cultural actual, hipermodernidad o post-posmodernidad.

En una de las escenas clave del páli-do y reciente *remake* de *Ultimátum a la Tierra* (2008, Scott Derrickson), preciso modelo de *blockbuster* comercial, lujoso e instantáneo, la destrucción del planeta Tierra era planeada por los Altos Mandatarios Alienígenas, previsiblemente infiltrados en cuerpos humanos, desde un restaurante McDonald's. La escena es significativa y fue malinterpretada como un signo inequívoco de *product placement*, sin embargo ¿hay algún otro lugar que resuma los temas más representativos de esta época humana? No lo cree Eloy Fernández Porta, y por eso *Homo Sampler* articula en torno al McDonald's sus tres secciones: la del descubrimiento del lado Ur, la más ambigua y que retrata la "fascinación por lo primitivo en las urbes ultramodernas", el secuestro del Tiempo por parte de la publicidad y, finalmente, la fascinación y persistencia de la Cultura Basura en nuestros días.

Una vez que Fredric Jameson puso en juego el tramposo juego de máscaras que conformó la posmodernidad, Fernández Porta insinuó en su primer libro (y en la introducción de este) que la Alta Cultura, "revestida de *underground*", dio asalto de nuevo. Esto implicaba muchas preguntas, ya que incluso una serie como *Padre de familia* podía contener las coordenadas de un fanzine furioso. Jameson es uno de los referentes clave para entender la descripción de nuestro lado Ur. Fernández Porta define el "gesto UrPop" como "una historia de la catástrofe y la violencia del pasado, que, fundada en los beneficios del relato anterior, llevará a la bancarrota a sus autores". En suma, un reajuste de los roles (delirante y primitivista) que sostienen las convenciones. La pre-

gunta es si esta actitud primitiva desvela (o desmantela) las estrategias actuales o funciona como una especie de baño catártico obligatorio para el consumidor actual. La respuesta queda en el lector, que, siguiendo las instrucciones del autor en sus muy divertidos y anárquicos tests y guías, deberá "descubrir su lado Ur".

En su segunda sección, titulada con fina ironía *RealTime*, no resulta casual pensar en Paul Virilio, cuya *Estética de la desaparición* también anuncia cosas relevantes sobre nuestra percepción del tiempo concebible perfectamente en *loop*. El citado Jameson escribió: "Pero el tiempo hoy es una función de la velocidad", refiriéndose a una aceleración consumista que Fernández Porta detalla mejor como auténtica intervención. Su idea de colocar un anuncio de relojes Swatch y observar las consecuencias que tiene la idea, publicitaria, de estar a la última está ligada con el citado libro de Virilio, que describía así las conexiones y consecuencias del medio habitual de la publicidad (el audiovisual): "En la velocidad audiovisual todo llega. En el mundo automovilístico hay una partida, un viaje y una llegada. En el audiovisual, todo viene a mí, sin necesidad de haber partido. El ser deviene un ser de la espera: en ese cambio hay cosas, fundamentales, que están en juego".

En su tercera sección, Fernández Porta continúa los trabajos estéticos hechos por Manganelli y Jordi Costa respecto a la Cultura Basura, pero comparte un referente exclusivamente literario: Nathanael West. West, autor de dos libros tan crueles como *Miss Lonelyhearts* o *El día de la langosta*, le sirve primero como explicación sencilla y brillante para trazar las relaciones, estrechas y evidentes, entre el *glamour* y lo *trash*. Harold Bloom definió a West como un "parodista demoníaco", definición que no desencaja en el muy divertido y apocalíptico diagnóstico de Fernández Porta que confirma la vigencia y omnipresencia de lo *trash* y tam-

bién se pregunta sobre los aspectos esenciales de este, como su definición, quizá el aspecto más importante.

Pero este es también otro tipo de obra: es el regreso del yo literario más brillante del autor de *Caras B* y *Los minutos de la basura*. En su consideración del humor como faceta intelectual, Fernández Porta ha elaborado en sus digresiones cómicas todo un ejercicio de estilo que le demuestra como prolongador y continuador de todos esos autores a los que no sólo se refiere, incluyendo a los más avezados escritores experimentalistas recientes, sino que los adopta y demuestra su alcance formal en su obra, proponiendo otra opción a su distanciamiento del humanista tradicional, académico y alejado de la sociedad mediática (cuyo símil está en el escritor alérgico al cine).

En su investigación, Fernández Porta llega a una conclusión pesimista, terrible: la atracción de las formas ha tomado (cuando no ganado) la batalla a las auras de Benjamin y ha sabido camuflarse. Existe, pues, un problema (cuando no un final) para la subversión desde el sistema que profetizara Walter Benjamin o las obras de arte de extrema ligereza que ya vio venir David Foster Wallace en *E unibus pluram*. La pregunta final que cierra este ensayo es la de si se podrá distinguir posturas legítimas y no impostadas en una industria cultural que ha modelado, perfectamente, la dulcificación de sus envases y ha eliminado la distinción entre verdaderas auras. Fernández Porta consigue explicarlo en términos musicales, cinematográficos e incluso gastronómicos. Cumple aquello que el mismo Walter Benjamin, precisamente definido en este libro como auténtico pensador *proto-afterpop*, requirió de los críticos: "En vez de dar su propia opinión, un gran crítico permite que otros se formen la suya a partir de su análisis crítico". Es decir, el crítico como divulgador y como generador de pensamiento. **Pablo Muñoz**

"Fernández Porta llega a una conclusión pesimista, terrible: la atracción de las formas ha tomado la batalla a las auras de Benjamin y ha sabido camuflarse. Existe, pues, un problema para la subversión desde el sistema".



© Lluís Ros

El edificio Media-Tic una “medusa” en el 22@

El distrito del 22@ culmina las más recientes propuestas de arquitectura en Barcelona con un edificio de gran singularidad gracias a su aspecto “acolchado”, que es además un invento genuinamente sostenible y una cantera de patentes producto de la experimentación tecnológica.

En breve se inaugurará el Media-Tic, un proyecto de Cloud 9, estudio fundado por Enric Ruiz-Geli (Figueras, 1968), que ganó en el 2005 el concurso público convocado por el Consorci de la Zona Franca de Barcelona y el distrito 22@ para proyectar la sede de la Casa de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación). El nuevo equipamiento se concibe como un punto de encuentro entre las empresas e instituciones del mundo de los medios. Una buena parte de sus instalaciones se dedican a “incubadoras” o vivero para el desarrollo de proyectos de jóvenes especialistas en tecnologías, un sistema parecido al de Barcelona Activa.

Situado en la confluencia de las calles de Roc Boronat y Sancho d'Àvila, en el entorno del Parc Barcelona Media y Can Framis, el Media-Tic se ha concebido como un elemento de innovación en la era digital, equivalente un siglo después a la sensación que provocó la Casa Milà de Antoni Gaudí en la era industrial. El arquitecto Ruiz-Geli lo compara además con una medusa –“varios organismos, un sistema”– que se adapta con soltura al medio. El edificio causará sin duda impacto, ya que dos de sus fachadas son móviles y cambiarán de aspecto dependiendo de la climatología exterior y de las necesidades de los usuarios. Será el primer edificio de Barcelona que no es estático y que rompe con la lógica de la inmovilidad del parque constructivo de la ciudad. El Media-Tic se encuadraría en la categoría de la “arquitectura performati-

va”, término acuñado por Terence Riley, antiguo responsable de arquitectura del MOMA, que seleccionó este edificio para la exposición “On site. New architecture in Spain”.

El edificio consiste en una estructura en forma de cubo de 40 metros de alto por 40 de ancho, con un total de 20.000 metros cuadrados de superficie. La primera singularidad ya se encuentra en la disposición de la misma estructura: en primer lugar se montaron dos pórticos metálicos unidos por una jácena para ir después instalando las distintas plantas de arriba abajo, al revés de lo habitual, con lo que el 80% del edificio está suspendido. El montaje de los pilares-tirante que las sustentan se realizó mediante gatos hidráulicos, propios de la alta ingeniería, que trabajaban en horizontal.

Las fachadas del Media-Tic son distintas entre sí, porque su eficiencia tiene relación con su respectiva orientación solar. A Ruiz-Geli le parece un disparate supeditar la arquitectura a la estética y se ha alejado del vidrio de las oficinas y del ladrillo de las viviendas para elegir innovadores materiales. La fachada principal, en Roc Boronat, deja a la vista la estructura metálica como un homenaje –dice el arquitecto– a los constructores de las naves de las fábricas con orientación norte del Poblenou. Al estar situada en el noreste queda a resguardo de la luz solar casi todo el día, con lo que no se precisa un sistema de protección solar externo y se ha construido de cristal. Pero, de noche, la fachada brillará sin gastar energía ya que el metal se ha pintado con una pintura luminiscente que se autoilumina y se “carga” durante el día.

La entrada al Media-Tic se sitúa en un lateral del chaflán este, en Sancho d'Àvila. Esta fachada recibe seis horas de sol al día, con lo que a



la pared de vidrio que la recubre se le ha aplicado una doble piel o membrana de EFTE (Ethilene Tetrafluor Ethilene), o teflón, ligero y elástico, pero de tal dureza que una superficie pequeña puede sostener el peso de un Land Rover. En total, hay 106 membranas o cojines de EFTE, de color plateado/azulado, que irán hinchándose o deshinchándose lentamente dependiendo de la climatología. Cada “cojín” se controla de forma autónoma, con sensores individuales de calor, temperatura e inclinación solar. En el lado del edificio que da a la sede en construcción del CAC (Consell de l’Audiovisual de Catalunya) habrá solo un gran cojín de EFTE, pero que en este caso se irá llenando de una nube vertical de partículas de nitrógeno: se utiliza la densidad del aire para crear un filtro solar que protege el interior del edificio.

En dicho interior, el ahorro de energía es también una prioridad. Los fluorescentes cenitales cuentan con sensores de luminosidad que controlan automáticamente el encendido y el apagado. El Media-Tic no será uno de esos espectrales edificios de oficinas con todas las luces dadas y nadie en su interior. Se ha conseguido bajar un 35%, aproximadamente, el nivel de consumo eléctrico. Sólo con el recubrimiento de EFTE, unos 2.500 metros cuadrados de fachada, se logra un 20% de aho-

rrero energético. El presupuesto asciende a 23 millones de euros; sin desviación, advierte su autor. “Se trata de un edificio sostenible también en economía. Se pone lo necesario pero no más, sin derroche ni decoración. Con economía de recursos y buena gestión”, asegura.

El programa del equipamiento destina las cuatro plantas superiores a la instalación de empresas TIC en régimen de alquiler. Las plantas 2, 3 y 4 se dedican a las “incubadoras” de nuevos proyectos empresariales de pequeña escala. En la primera planta habrá un auditorio para 300 personas y salas de talleres pedagógicos de internet. En la planta calle se proyecta un museo dedicado a la comunicación. Ruiz-Geli califica esta estimulante mezcla de usos y usuarios como “una especie de Rue del Percebe del mundo digital, donde no se hace un monoprograma sino programas híbridos y múltiples”.

En la gestación del Media-Tic se han registrado media docena de nuevas patentes en colaboración con un *pool* I+D+I de empresas con las que suele colaborar Cloud-9 y entre las que se encuentran Vector Foiltec, Iguzzini, CIAB, Lunatus, Baf, Mee Fogg, Futura Group, Cricursa, Tecmolde y Elmes. El fundador de Cloud-9 es partidario de establecer colaboraciones y complicidades con colectivos diversos. En su taller del Eixample trabajan no sólo arquitectos sino también programadores de *software*, biólogos e incluso músicos, en este caso J.M. Ballester, de la Orquesta del Caos, autor de una composición que acompañará, en momentos determinados, el lento movimiento de las fachadas.

Actualmente Ruiz-Geli trabaja en diversos proyectos singulares como el Acuario de Nueva York, en Long Island, y en el desarrollo de una gran ola artificial en la playa de San Sebastián. Su trayectoria profesional se ha concentrado en los campos del diseño de exposiciones y la escenografía. Pocos arquitectos de su generación han logrado hacerse un lugar en el panorama actual, fenómeno que atribuye “al tapón generacional”. Por eso sostiene que el 22@, un distrito con nuevas tipologías arquitectónicas, sería un excelente campo de pruebas para una generación que ha ido acumulando experiencia. **M**



El Sortidor de Poble Sec

Texto **Gregorio Luri** Fotos **Christian Maury**

Hay lugares en los que se hacen cosas y lugares en los que no puede dejarse de hacer cosas. El restaurante El Sortidor es uno de estos últimos. El espíritu protector que lo habita es especialmente inquieto, como un buen vecino de Poble Sec.

Muy probablemente no hay en toda Barcelona mejor lugar para vivir las puestas de sol que Poble Sec. Si se trata meramente de contemplar la mecánica crepuscular, es evidente que la ciudad no está falta de atalayas, pero hay que venir a este barrio si se aspira a sentir cómo va virando la luz de la tarde hacia tonalidades cálidas, pasteles, doradas..., cómo el aire parece espesarse a medida que la luz va perdiendo consistencia y capacidad para recortar los perfiles mientras las sombras se van compactando. Es una delicia recorrer pausadamente la calle Magalhães, que está orientada hacia el punto de Vallvidrera por el que el sol deja sus últimos rescoldos. Durante unos minutos mágicos, justo cuando las ramas de los plátanos de la plaza del Sortidor se interponen entre el sol moribundo y el paseante, nos acoge una atmósfera de irrealidad provocada por la generosa metamorfosis de la luz. Aconsejo iniciar el paseo en el extremo de la calle Magalhães que nace en la calle Nou de la Rambla y seguirlo plácidamente hasta la plaza del Sortidor. Nuestros pasos nos conducirán por un barrio mestizo y muy vital, situado entre la montaña de Montjuïc, el puerto y el Paral·lel, que ha proporcionado tradicionalmente cobijo a las diversas olas migratorias. El paseante debe saber que camina por el primer ensanche de Barcelona, el de Santa Madrona, anterior al proyectado por Cerdà. Es, ciertamente, un ensanche sin pretensiones de estridencia, pero por ello mismo recoge también el Modernismo más contenido de Barcelona, un Modernismo modesto, pulcro, sin aspavientos, pero muy hermoso precisamente por sus justas

medidas humanas y por su capacidad para dialogar con la luz, que es responsable en gran parte de la singularidad del barrio.

El centro de la plaza del Sortidor fue ocupado entre 1874 y 1918 por la fuente de Ceres, diosa de la agricultura y la fertilidad, de cuyo surtidor de agua recibió el nombre. La estatua fue realizada en 1825 por Celdoni Guixà. Había sido proyectada para el todavía no urbanizado Passeig de Gràcia, pero por motivos diversos fue trasladada hasta aquí. Ahora se encuentra en la plaza de Sant Jordi, en Montjuïc. En el espacio abandonado por la diosa se colocó una típica fuente barcelonesa que en los años noventa tuvo que dejar su puesto preeminente y central a un ascensor que comunica con un parking subterráneo. Es ésta una de las pocas plazas de estilo inglés de Barcelona. Aunque con la construcción del parking perdió parte de su imagen original, todavía conserva intacta su vitalidad. Es el corazón de un barrio dinámico y lleno de vida. Los niños de la escuela de las Franciscanas, conocidas popularmente como “*les monges del Sortidor*”, corren a su aire; los abuelos charlan plácidamente en los bancos, a la sombra de los plátanos y las tipuanas; los jóvenes ríen en la terraza del restaurante La Soleá, que por siete euros y medio ofrece dos platos, postre, pan y bebida. Aquí tienen lugar también los actos centrales de la fiesta mayor y el bienal Festival de Danza Internacional, que se dirige hacia su tercera edición con gran éxito de participación.

Por cierto, la escuela de las Franciscanas fue atacada y quemada durante la Semana Trágica, que tuvo en este barrio uno de sus puntos más candentes. Se supone que en aquellos disturbios se perdieron las reliquias de la reina Leonor de Chipre, que se guardaban en la capilla. Después, durante la Guerra Civil, fue utilizada como hospital. No se acabaron



aquí sus avatares. En 1975 vivió un buen sobresalto cuando en el patio apareció nada menos que un elefante. Se había escapado de un circo que actuaba en el Palacio de los Deportes y accidentalmente fue a parar aquí.

La plaza y sus proximidades se han convertido en los últimos años en un importante centro de restauración. Podemos encontrar desde cocina tailandesa y árabe hasta cervecerías. Pero, a pesar de los cambios, aún se mantienen vivos los lazos con el pasado. La Bodegueta de Poble Sec, por ejemplo, sigue luciendo su anuncio de “Depósito de hielo”. Junto a ella se encuentra el bar Nila, refugio de los dominicanos del barrio, que luce bajo su nombre esta inscripción: “Aquí és on es passa el millor moment” [Aquí es donde se pasa el mejor momento].

Al otro lado de la plaza (recordemos que venimos por la calle Magalhães) se encuentran, a la izquierda, el supermercado Bona Compra, que deja bien claro en el cartel anunciador que sus propietarios son los “Mian Brothers”. No es, ni mucho menos, la única tienda del barrio con propietarios indios. Poble Sec es, después del Raval, el barrio con más inmigración de la ciudad. A la derecha está nuestro destino, el restaurante El Sortidor. El Ayuntamiento le ha dedicado una placa en la que puede leerse: “*En reconeixement als seus anys de servei a la ciutat*” [En reconocimiento a sus años de servicio a la ciudad]. Son, efectivamente, muchos. El edificio, que data de 1870, es el más antiguo de la plaza y uno de los más antiguos del barrio. Ya era taberna cuando en 1901 lo empezó a regentar la familia Jeniu y albergó sociedades diversas, como el club de fútbol Univers, el coro La Camèlia y la conocida peña Tiburón, que contaba con treinta y cuatro miembros, por ser estos los que cabían en un autocar de los de entonces. Llevó el nombre de Bar Genius durante un tiempo, pero era sobre todo conocido como Can Jesús, a causa del nombre del propietario. A finales de 1991, el hijo de Jesús, Joan, con más de setenta años –muy querido en el barrio–, traspasó el negocio. Después de pasar por diversas manos, en el año 2001 se hizo cargo del mismo Claudio, un italiano procedente de Turín, que poco a poco fue consiguiendo hacer que reviviera añadiendo a las actividades

propias de la restauración música en vivo y recitales de poesía. “Muchos restaurantes modernos de Barcelona –me dijo un día– parecen tiendas de zapatos”. No es el caso, evidentemente, del Sortidor, que “está –me asegura un vecino– como cuando venía Joan Manel Serrat a comprar hielo”. A principios del pasado mes de mayo, Claudio le traspasó el local a otro italiano, Giuseppe. Cuando fui a entrevistarle tenía el local patas arriba, en plena reforma. Las mesas y las sillas estaban amontonadas en el centro, cubiertas de polvo. En la pared permanecía, impasible, una antigua fotografía, de 1924, mostrando un grupo de clientes. Giuseppe apartó dos sillas, las limpió y me invitó a sentarme mientras iba desgranando sus proyectos.

–Aquí pondré una pantalla, porque quiero organizar encuentros de cine. Esta pared la reservaré para exposiciones. Los recitales de poesía los haremos de esta manera... Seguiremos con la tradición de la comida mediterránea que ha caracterizado últimamente al local, queremos desarrollar una síntesis catalano-italiana, con notas marroquíes.

–¿De dónde eres exactamente, Giuseppe?

–De Padua

–Giuseppe... ¿qué más?

–Flores d’Arcais.

–¡Como el filósofo!

–Sí, es mi tío.

El apellido de Giuseppe es de origen español, mientras que el de su mujer, Esther, que es catalana, es de origen italiano: Feriche.

–La abuela de mi mujer era del barrio. Iba a esta escuela de aquí.

–¿La de “les monges del Sortidor”?

–Eso.

Aconsejo al paseante que llega a la plaza del Sortidor por la mañana que se siente un rato en las mesas del restaurante. El sol que asciende por el Este, siguiendo su camino por la calle Magalhães, atraviesa en diagonal las vidrieras de colores del local –uno de sus elementos decorativos más característicos– y cae tamizado sobre las antiguas mesas de mármol. A media mañana sólo llega del exterior el brusco aleteo de las palomas cuando elevan al unísono el vuelo espantadas por el paso de alguna moto. Apenas hay turistas. Quizás alguno, despistado, en busca del Museo Joan Miró. Aquí es difícil estar meramente de paso. **M**

El Sortidor

Plaza del Sortidor, 5. El Poble Sec.

Tel.: 670 29 00 07

Cada día de 12 a 17 h y de 20 a 24 h. Martes cerrado.

Menú 9,50 euros + carta, tapas y vermut.

Aforo: 40 personas. El espacio es reducido, pero muy vivo.

Los conciertos y recitales de poesía comienzan a las 20 h.

Página web: En construcción.



En tránsito

Adam Zagajewski

“Cuando dejamos de nombrar el mundo éste nos deshereda y sólo nos queda retórica vacía”

Entrevista **Sergi Doria**

Fotos **Eva Guillamet**

Muchos lo descubrieron en la contraportada de *The New Yorker* el día después de los atentados del 11-S en Nueva York y hoy sus lectores se identifican con los versos de *Antenas*, *Deseo*, *Tierra de fuego* y ensayos –literarios o memorialísticos– como *En defensa del fervor* o *Dos ciudades*, que ha publicado Acantilado. En aquellos días de ceniza, Adam Zagajewski (Lvov, 1945) destiló una desusada épica en tiempos de miseria: “Intenta celebrar el mundo mutilado / recuerda los largos días de junio / y las fresas silvestres, las gotas de vino *rosé* / las ortigas que con esmero cubrían / las fincas abandonadas de los exiliados”. Aunque algunas de sus obras se habían vertido a lengua inglesa, no era todavía un poeta conocido. En aquella página del *New Yorker*, donde normalmente se insertaban viñetas de humor y parodias, este escritor y profesor de sesenta y cuatro años recuperaba unos versos referidos a su infancia, teñida también de destrucción y exilios. Cuando el editor Jaume Vallcorba lo incluyó en sus catálogos, su poemario *Deseo* se situó entre los libros más vendidos. Frente al escepticismo y al “sálvese quien pueda”, Zagajewski reivindica cierta forma de heroísmo; su lírica nace de la experiencia personal; poemas que recuerdan las entradas de una enciclopedia sobre las torturadas paradojas europeas. Haber nacido en la Polonia roturada por los totalitarismos imprime carácter y restaura mundos mutilados... “En otoño cogías bellotas en el parque y las hojas / se arremolinaban en las cicatrices de la tierra. / Celebra el mundo mutilado, / y la pluma gris que un tordo ha perdido, / y la luz delicada que yerra y desaparece / y regresa.”

En 1982 Adam Zagajewski se exilió, pero no era la primera vez. De niño tuvo que desplazarse de Lvov a Gliwice; luego fue de Gliwice a Cracovia; años después de Cracovia a Berlín, donde permaneció dos años; pasó una larga estancia en París; desde allí viaja cada año a Houston y ahora a Chicago...

Lo explico en mi libro *En defensa del fervor*: Lvov, que por más de cien años había sido la capital de Galitzia, una región del imperio de los Habsburgo, unía las influencias de la cultura occidental con la apertura a la luz de Oriente (aunque es cierto que Oriente tenía allí menos presencia que en Vilnius o incluso en Varsovia). En 1945 mis primos, abuelas, tíos y vecinos hicieron las maletas y se reencontraron en Gliwice, una antigua ciudad de provincias prusiana, sede de una guarnición, cuya historia se remonta hasta la Edad Media y que tras la Segunda Guerra Mundial fue concedida a Polonia por tres señores de edad propecta. En la escuela yo estudiaba ruso y latín; además, tomaba clases particulares de inglés y alemán. El hecho de que mi familia se hubiera trasladado –obligada a ello– de Lvov a Gliwice ilustraba bien las grandes transformaciones que se habían producido. Mis mayores perdieron la memoria, apesadumbrados en aquella fea ciudad donde iban a morir. Paradójicamente, mi país, si bien había sido anexionado en el año 1945 por el imperio del Este, se desplazó en el sentido físico hacia el Oeste, lo cual no dio fruto hasta más tarde.

¿Y qué significado tienen las ciudades en su biografía personal y literaria?

En Cracovia sentí la irradiación de lo mejor de la tradición polaca: los remotos recuerdos del Renacimiento grabados en la arquitectura y en las piezas de museo, el liberalismo de la *intelligentsia* del siglo XIX, la energía de los veinte años del periodo de entreguerras, la influencia de la oposición democrática naciente... Cracovia son los años setenta, cuando formaba parte del movimiento de oposición: me encontraba bien como persona, pero no acababa de sentirme escritor. Me resultaba difícil conciliar política y literatura. En París y en Berlín pude alcanzar ese equilibrio. El Berlín occidental de principios de los ochenta me pareció una extrañísima síntesis de la antigua capital prusiana con una ciudad frívola, fascinada por Manhattan y las vanguardias (a veces tenía la sensación de que los intelectuales y los artistas locales veían el Muro como una ocurrencia más de Marcel Duchamp). En París tal vez no encontré grandes espíritus franceses, árbitros de la civilización –para eso llegué demasiado tarde–, pero vi la belleza de aquella metrópoli europea, una de las pocas que han descubierto el secreto de la eterna juventud. Luego conocí Houston, situada en un llano, sin historia, ciudad de robles perennes, ordenadores, autopistas y petróleo (pero también excelentes bibliotecas y una espléndida Filarmónica). Cuando uno va de aquí para allá consigue ser capaz de distanciarse de las cosas que conoce y así puede valorarlas mejor. Yo he vuelto a una Cracovia tranquila en el marco de un país democrático y cada año viajo a Estados Unidos, últimamente a Chicago. Eso me permite una inmersión en la ciudad a la que pertenezco y, a la vez, ser crítico, adoptar una posición distanciada. Estar en ninguna parte, como cuando viajo en tren o vuelo en avión, fomenta el proceso creativo.

El exilio como oportunidad de aprehender el mundo...

Comprendí que de aquella catástrofe que había sido la guerra, de la pérdida de mi ciudad natal, y también de mis viajes posteriores, podía sacar algún provecho a condición de sacudirme la pereza y conocer a fondo las lenguas y literaturas de mis cambiantes domicilios. ¡Y aquí estoy provisto no de uno, sino de cuatro periscopios! El primero y el más importante me muestra mi tradición familiar. El segundo me abre a la literatura alemana, a su poesía y su –ya olvidado– afán de infinito. El tercero, al paisaje de la cultura francesa, con su inteligencia perspicaz y su moralidad jansenista. El cuarto, a Shakespeare, Keats y Robert Lowell, a la literatura en concreto, de la pasión y la conversación.



En uno de sus ensayos asegura que la poesía es una de las artes que menos palidecen. ¿Es posible preservar el poema de coyunturas políticas para que sea perenne?

No me considero un autor comprometido: el compromiso político fue un episodio de mi juventud. Más recientemente he mostrado mi desagrado hacia el Gobierno de los Kaczynski; esa opinión la comparten muchos polacos. No asisto a mitines, aunque, eso sí, mantengo los ojos bien abiertos respecto a la situación política. Escribir poemas puede ser algo moderno y del pasado, porque la poesía evoluciona constantemente. En mi caso, yo busco la frescura y detesto el retoricismo de la poesía académica. La lírica debe estar viva, ser del presente aunque nos pueda remitir a un pasado cultural que, por otra parte, es inevitable.

En 2008 se cumplieron cuatro décadas del Mayo del 68 parisino y, también, de la Primavera de Praga. ¿Fueron dos maneras diferentes de manifestar la rebeldía contra el orden establecido?

Aquellos hechos –en Praga, Varsovia o Cracovia– se desarrollaron en el mes de marzo: dos meses antes que en París. En principio, cuesta establecer diferencias entre el Este y el Oeste, pero si fijamos la atención en aquellas fechas, vemos que en la Europa del Este no fue una rebeldía antiburguesa, sino contra una dictadura comunista. Pese a que yo era un estudiante comprometido en la disidencia que iba repartiendo panfletos contra el Régimen, no pude contactar con mis correligionarios de Occidente. Creo que nos hubiéramos podido entender en el aspecto irracional de la rebeldía, pero nuestras ideas eran bien distintas. En los países del Pacto de Varsovia protestábamos porque la tradición había sido traicionada, pero no en el sentido de los museos o las costumbres burguesas, sino en lo que atañe a la decencia del ser humano. En cambio, los estudiantes de París sólo combatían la tradición.

Tiene usted dos poemas dedicados al viejo Marx; lo imagina en su último invierno: en un Londres húmedo y gélido “sospechaba haber propuesto al mundo / tan sólo una nueva forma de la desesperanza”. En el viento de la crisis económica, algunos intelectuales europeos festejan el fracaso del capitalismo y la resurrección de Marx...

En efecto. Algunos amigos me están diciendo que Marx sigue vivo, cosa que yo no comparto. Desde un punto de vista político puedo admitir algunas sensibilidades de la izquierda, aunque yo vote al centro. Reconozco su preocupación por la justicia social y cada día escucho que los partidos de izquierda europeos quieren redefinirse... En Francia, el Partido Socialista no acaba nunca de encontrar su identidad y en Italia sucede algo parecido ¿Y qué supone esa redefinición? Volver a Karl Marx es una idea reaccionaria porque se limita a resucitar viejas utopías, una repetición mecánica de sistemas que ya fracasaron.

Uno de sus poemas lleva por título “Europa ya se está durmiendo”. Escribe en los últimos versos: “Cuando Europa por fin duerma profundamente, / América velará / sobre el pobre y callado mundo, / con recelo, como una hermana pequeña”. ¿Cree que el viejo conti-

nente debería asumir más responsabilidades estratégicas en lugar de limitarse al discurso antiamericano?

Esa actitud irá cambiando con el presidente Obama. Pensamos en Europa como en un museo maravilloso aunque carente de energía histórica. La paradoja es que la propia Europa ha aceptado el fin de su historia. No soy un analista político, pero Putin da miedo, y me disgusta profundamente porque está reavivando la llama de la violencia mientras sólo tiene ante sí una Europa que cultiva el “buenismo” y una fraternidad que no sabemos cuánto durará. ¿Será la Unión Europea capaz de protegernos de los peligros que nos acechan?

En España se ha producido un crispado debate sobre la oportunidad de la Ley de Memoria Histórica. En Polonia se llevó a cabo una iniciativa similar que provocó también cierta fractura social... ¿Suscitar la memoria histórica desde el Estado no resulta contraproducente?

La memoria forma parte de un conjunto más amplio de fuerzas mentales y debe conjugarse con la imaginación. En Polonia, muchos intelectuales, periodistas y pensadores se han obsesionado con la memoria y eso no aporta nada bueno: significa quedarse en el pasado, ignorar el presente y vivir cargados de odio. Es difícil establecer cuál debe ser la proporción de memoria y olvido, porque para sobrevivir hay que desarrollar un proceso mental que conlleva cierta dosis de olvido. Los jóvenes están menos obsesionados con el pasado, y es natural. El Estado no debe acaparar la memoria porque se convierte en una política de la historia muy peligrosa de la que yo abomino. Me parece más positivo suscitar el libre debate en la sociedad civil. En Polonia los gemelos Lech y Jaroslaw Kaczynski estaban obsesionados con la memoria; en este aspecto, el Gobierno actual es más inteligente y prefiere ocuparse de la crisis económica. No digo que debamos perder la memoria pero sí encontrar, insisto, un término medio, una forma de poder imaginar el futuro.

Vayamos a su *Tierra de fuego*. En “Banderas” habla de “arrugadas sábanas de héroes” que nos tapan los ojos... En otro de sus libros escribe que la *boat people* es la única nación sin nacionalismo...

Tal vez pueda haber belleza en una bandera; yo no las prohibiría porque todos necesitamos algún símbolo, pero detesto el nacionalismo y me resulta difícil analizar los grados del patriotismo. Tampoco puedo condenar a los patriotas de buena fe aunque hay una delgada línea roja entre ese patriotismo bien intencionado y la locura del nacionalismo que proclama que somos los mejores. En ese aspecto nadie está libre de pecado. Los polacos no se portaron bien con los judíos y los ucranianos y siguen sin reconocer esa culpa. Cada nación convive con un sentimiento compartido entre la culpabilidad y el orgullo. También es ilusorio confiar en que la fraternidad universal lo resolverá todo: sería recaer en la utopía.

Vivimos en un mundo dominado por el pensamiento políticamente correcto que utiliza el eufemismo y llega un momento en que ya no sabemos de qué estamos hablando. En uno de sus escritos contempla un Occidente donde un discurso de *El banquete* de Platón

“El lenguaje, como el sol, puede calentar a muchos seres humanos y la poesía ayuda a reconstruir la vida con pequeños gestos. El encantamiento del mundo es un deber del poeta”.

puede ser considerado sexista. ¿La poesía nos ayuda a recobrar el valor de la palabra por encima de convenciones buenistas?

Es un mal generalizado. En la televisión francesa, por ejemplo, cuando se refieren a los colectivos árabes de la *banlieu* hablan de “jóvenes”... Para el escritor ese panorama plantea dificultades porque hay que combinar dos realidades: la faceta más dura de la existencia –la enfermedad y la muerte– y los motivos más elevados de la poesía. En toda escritura se manifiesta una tensión entre el mundo digamos “superior” y la vida cotidiana. Lo primero pertenece al mundo de los sueños y el ideal; lo segundo designa los aspectos más temibles o risibles de la condición humana. Si te quedas en uno o en otro, te llamarán hipócrita. Un estilo elevado desprovisto de un sentido del humor lleno de indulgencia para con nuestro mundo ridículo, cruel e imperfecto se asemejaría a las canteras de la Carrara toscana, de donde ya se ha extraído todo el mármol y sólo queda la blancura... El estilo elevado se desprende de una conversación incesante entre dos esferas: la espiritual, cuyos guardianes y creadores son los muertos y, por otro lado, la del presente eterno, nuestro camino, nuestro instante único, el cajón del tiempo en que nos ha tocado vivir. El estilo elevado hace de intermediario entre los espíritus del pasado, entre Virgilio y los jóvenes que, absortos en el rock, se deslizan sobre monopatines por las tersas aceras de las ciudades occidentales... El escritor honesto debe compaginar en su obra la fealdad de la vida con la belleza que atesora.

Pero una gran proporción de las figuras poéticas antiguas ha desaparecido. ¿Cómo trabaja el poeta desprovisto de todo ese bagaje simbólico?

Cuando repaso los *topoi* de la literatura medieval, con sus figuras retóricas e imágenes, no soy pesimista. En muchos poemas modernos se oyen ecos antiguos, aunque no aparezcan de forma tan clara como en la lírica medieval. En la poesía contemporánea el soneto no ha sido todavía abolido. No creo que se haya producido una ruptura radical con el pasado. El problema es distinto: hasta qué punto el lector está preparado para aprehender esta unidad orgánica entre la antigua poesía y la poesía moderna.

Vayamos a su poema “Diccionario biográfico polaco en la biblioteca de Houston”. Recorre la dolorosa crónica de su tierra y remata la composición con dos versos emocionantes: “Tanta vida para una patria / tanta muerte para un diccionario”. Doce años después de ese poema, ¿cómo ve Polonia?

Percibo un contraste entre el momento en que lo escribí, porque era un momento de expectativas sobre cómo salía el país del comunismo, y ahora. Hoy, Polonia es un país más de la Unión Europea. La experiencia es positiva. La democracia funciona más o menos bien, con problemas similares a otros países democráticos. Nunca pude creer que Polonia llegara a ser un país europeo. Pero, lógicamente, una cosa es la solución política y otra la vida personal, y esta no depende del sistema político. En la poesía, la vida privada ocupa el lugar más importante.

Usted nace entre los rescoldos de la Guerra Mundial y el Holocausto. Se ha repetido hasta la saciedad el aserto de que después de todo eso era imposible escribir poesía...

El desastre radical de la guerra, la destrucción masiva de las ciudades no es algo externo o ajeno a la poesía: no es asunto exclusivo de políticos, generales y viudas. Es objeto de una nueva comprensión del arte. No sólo el arte debe ser entendido de nuevo; la vida debe ser redefinida. Sólo podemos vivir la vida comprendida, nadar en ríos conocidos. El impacto de la guerra fue tal que el mundo ya no era el mismo: lo vieron Celan y Enzensberger. Debían reorganizar sus hogares poéticos para que fueran idénticos al mundo. La ocupación nazi de París no impidió que Paul Valéry siguiera en el *Collège de France*; en Polonia las cosas fueron muy diferentes: tan sólo se permitió la educación primaria y se prohibieron las editoriales. Polonia se convirtió en un inmenso cementerio judío, el país de la Shoah. Tras la capitulación del gueto, lo que quedaba de población se dirigió a los campos de exterminio y la *Werhmacht* convirtió Varsovia en un océano de ruinas. La naturaleza reconquistó la ciudad: entre los escombros de los edificios anidaron pájaros y florecieron plantas: ¡Un auténtico paraíso para los ecologistas! Los poetas negaron toda responsabilidad en la acción de sus Gobiernos y tan sólo se declararon responsables de sus sueños. La poesía debe ser transparente: no vivimos para ella, sino para escuchar a otro ser humano. Es un vehículo que no debe ser alabado y menos aún, Dios no lo quiera, loado.

En ese modelo de poeta sitúa usted a Zbigniew Herbert y Czesław Miłosz...

Miłosz escribió su poema “En Varsovia” justamente en 1945, casi inmediatamente después de que cesaran las acciones militares. Todos hemos visitado ruinas célebres en alguna ciudad europea. Casas y establos construidos con restos de ilustres edificaciones anteriores. En poesía, en lugar del mármol, disponemos de metáforas y símiles. Las ruinas sirven en muchos casos para construir una nueva ciudad. El lenguaje, como el sol, puede calentar a muchos seres humanos y la poesía ayuda a reconstruir la vida con pequeños gestos. En el poema citado, Miłosz evita ser un plañidero ritual y nos dice que es una locura vivir sin alegría. El encantamiento del mundo es un deber del poeta. Cuando dejamos de nombrar el mundo, éste nos deshereda y entonces sólo nos queda una retórica vacía, un sonido hueco. Al sentido del humor se debe unir el sentido de la alegría que vindica Miłosz. Un gran poema es un modelo de vida que influye en nuestra experiencia, aunque de forma delicada. La penúltima colección de poemas de Miłosz se tituló *Segundo espacio*. Le admiro porque superó el genocidio para sobrevivir.

¿Hasta qué punto los poetas deben tener opiniones firmes y claras ante los problemas contemporáneos?

Deben tener opiniones sólidas en cuanto a la vida y la muerte, pero no opiniones políticas: la reforma de la legislación fiscal no creo que sea asunto de los poetas. **M**



Ilustración: Miquel Zuera

El gusto del ajenjo

Texto **David Castillo**

La ciudad se abre ante mí como una especie de iluminación. O como una sandía en verano. Con frecuencia me han preguntado por qué sitúo los poemas o las novelas en un marco urbano, y no sé qué responder. Podría ser una epifanía, pero desde muy pequeño, desde los primeros poemas, Barcelona se ha convertido en la escenificación de mi cuadro. También la razón, la fiel compañera, a pesar de los constantes cambios de piel, que me afectan como una puñalada, una cicatriz, una maldición gitana o una infidelidad amorosa.

Comencé la novela *No miris enrere* en la montaña del Carmel. *El cel de l'infern* saltaba entre el Barrio Chino y la Barceloneta. En los poemarios, *El pont de Mühlberg* ofrecía las vistas de Can Baró y del Guinardó; *Game Over* tendría que titularse *Camí dels àngels*, una calle al otro lado del Carmel, que une el barrio del Coll con la Taxonera y Vall d'Hebron, y *Poble Nou flash-back i Menta* están indisolublemente vinculados con mi barrio natal, el Poblenou. La ciudad se me adelanta cada vez que escribo una línea. Decía Henry Miller que se consideraba un patriota del puente de Brooklyn. Cuando siento hablar de patrias me gustaría decir que soy un patriota del puente de Vallcarca, de Ciutat Vella, del Poblenou y de la calle Tantarantana, donde al viejo número 4 –hoy sólo le queda la fachada– está vinculada mi educación sentimental.

La ciudad... ¿Qué queda de ella más allá de nuestros recuerdos? Cuando paseo por detrás

del parque de la Ciutadella, por la calle Wellington, y me llegan los olores del zoológico, siempre me vuelve a la cabeza el libro de Miquel de Palol, *Amb l'olor d'Àfrica*. Cada vez que cruzo la calle Escudellers no puedo dejar de pensar en André Pyere de Mandiargues y su novela *Al margen*. Mil escritores son también mi ciudad. Hemingway, el increíble Jean Genet del *Diario del ladrón*, el gran Josep Maria de Sagarra de *Vida privada*, el poliédrico Juan Marsé, Paco Candel, el fantástico Joan Perucho, el Juli Vallmitjana de los gitanos, de la antigua playa de Can Tunis y del barrio Chino que tocaba el puerto...

¿Con cuál rincón quedarme? ¿Dónde soñé la última vez? ¿En la fuente de Sant Salvador, en el interior del Parc Güell donde jugaba en la infancia? ¿En las barracas del Carmel, donde luchábamos en los años setenta? ¿En los campos de fútbol del Martí Codolar? ¿En la Rambla libertaria de 1977? ¿En las calles estrechas del barrio Chino, donde emulábamos gestas románticas bebiendo ajenjo que se disolvía en el azúcar del bar Marsella, rodeados de viejas prostitutas que sabían más de la vida que los historiadores más sabios? ¿O con el recuerdo que me conduce hacia la plaza Maragall y el cine Maragall –doble sesión de cine de autor–, a donde iba con mi novia de la universidad?

Los caminos de la mente son sinuosos. Tal vez la solución comporta evocar un sitio que has amado. La plaza de Les Glòries, donde mi

abuela me llevaba hasta los puentes cada tarde y veíamos pasar los trenes. O la calle de la República Argentina, donde mi padre me compraba las revistas de historietas el sábado por la mañana. Paisajes de la memoria, grabados para siempre en nuestra geografía íntima. Continuaremos con los ejemplos. Ver la ciudad esplendorosa después de una tormenta de verano. Recuperar la libertad saliendo de la cárcel Modelo por la calle Entença. El gusto de la saliva de una chica amada desde la montaña del Tibidabo escuchando *Cadillac solitario*, de Loquillo y los Trogloditas: “Y ahora estoy aquí sentado en un viejo Cadillac de segunda mano, junto al Mervellé, a mis pies mi ciudad. Y hace un momento que me ha dejado, aquí en la ladera del Tibidabo, la última rubia que vino a probar el asiento de atrás”.

Tal vez estos versos son los que mejor me pueden identificar con la Barcelona más nítida –y oscura– que amé y que amo. Con las “Barcelonas” del añorado maestro Manuel Vázquez Montalbán. Con un poco de brisa por las calles de Poblenou o el regusto del salitre de la playa de los baños de Sant Sebastià, también. O con las tapas del bar Resolis de la plaza del Raspall. O con la sonrisa de Toni, del bar Roure, de la riera de Sant Miquel. Estas son mis sensaciones de Barcelona, la ciudad popular, la *Rosa de foc*, la plaza con el nombre de un poeta o los bancos donde los jubilados toman el sol. *Gitana hechicera...* **M**



“La ciudad es también dificultad para vivir, para ser lo que se desea, para aspirar a lo que se cree tener derecho. La ciudad también tiene un rostro duro, bronco, violento e incluso desagradable, a cuya interpelación no podemos sustraernos. El debate que nos ha estallado en la cara es, en el fondo, el de cuánta desigualdad estamos dispuestos a soportar. No debe ser casual que la imagen de la ciudad absolutamente vacía la hayamos terminado asociando al día después de la destrucción nuclear...”

(Del editorial)

Núm. 76

Otoño 2009

www.bcn.cat/publicacions

www.barcelonametropolis.cat



8 400214 062153